Un millón de ruiseñores

Susan Straight

«Deslumbrante e inolvidable. Una historia de amor, tragedia y perseverancia que atrapa al lector con la fuerza de un clásico.»
The Miami Herald

Traducción
Damià Alou

INCLUYE E-BOOK

UN MILLÓN DE RUISEÑORES

SUSAN STRAIGHT

Traducción de Damià Alou

MALPASO
BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

© 2006 Susan Straight

© 2014 Malpaso Ediciones S.L.
C/ Diputación, 327 ppal. 1.ª
08009 Barcelona
www.malpasoed.com

Título original: *A Million Nightingales*

ISBN ebook: 978-84-15996-68-2
Primera edición: noviembre de 2014

Traducción: Damià Alou

Diseño de cubierta: Design by Atlas
Composición digital: Pablo Barrio

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Para mi madre y su madre, Frieda. Para Fine, Callie, Daisy, Alberta y las anónimas antepasadas de mis hijas. Para todas las que vinieron antes que ellas.

En las ramas de mi corazón hay
un millón de ruiseñores que cantan a la libertad.

Desafío (poema de Mahmud Darwish
adaptado para la letra de una canción)

NOTA DE LOS EDITORES

En esta novela se emplean numerosas expresiones propias del francés criollo o de lenguas africanas. Dada su abundancia hemos optado por no marcarlas con letra cursiva. Un glosario explica sus significados al final del libro.

1. AZURE

A finales de verano recogía musgo con las mismas varas que empleábamos para cosechar pacanas en otoño. Sacudía el palo y las marañas grisáceas de los robles caían en el suelo junto a la casa, no lejos del calvero donde nos bañábamos y cosíamos.

No podía coger el musgo de los dos robles situados frente a la fachada que daba al río porque a madame Bordelon le gustaba contemplarlo. Era un adorno. Me observaba desde la ventana del dormitorio. Las tierras delanteras eran de madame, servían para decorar. Las traseras eran de msieu Bordelon, servían para ganar dinero.

Y yo… ella me miraba continuamente. Me miraba el pelo aunque no lo viese. Lo llevaba recogido bajo el tignon negro que mi madre me había hecho el año anterior, cuando cumplí trece. Odiaba ese peso sobre mi cráneo. El pelo debía estar oculto, decía mi madre. Era la ley.

Notaba la tela en la frente como si fuera un vendaje, como si me sujetara el cerebro. Un cerebro flotaba en uno de los tarros del doctor Tom, en el cuarto donde se alojaba cuando venía a tratar a la grandmère Bordelon, por su gordura, y ahí se alojaba ahora para tratar a Céphaline, por su cara. El cerebro es como una enorme pacana pálida y arrugada. Una pacana que no se quiebra flotando en un líquido.

Cuando fui a buscar su ropa para la colada estaba en el escritorio y el cerebro en un estante con los demás tarros. Me dijo:

—Puedes cogerlo.

La vasija pesaba en mis manos y el cerebro temblaba en el agua plateada.

—Lo compré en 1808, sí, así fue, y ya lleva dos años dentro del tarro después de pasar unos cuantos dentro de un cráneo. No parece que te dé miedo cogerlo ni examinarlo, Moinette —dijo en inglés; era de Londres, y las palabras curvaban sus finos labios de un modo muy distinto al habitual en los criollos—. Esa falta de temor indica que tu propio cerebro funciona bien —después regresó a sus papeles y yo me llevé su ropa sucia.

¿Cómo podía haber cerebros distintos? Empecé a medir cabezas de

la manera como mamère me había enseñado a medir los puñados de grasa antes de arrojarlos a la marmita del jabón: ahuecando la palma. Un buen puñado tenía que alcanzar el segundo recodo de mis dedos, el otro lado de los nudillos: ese cojinete carnoso repleto de perlillas ovaladas que se forma cuando una persona extiende la mano para agarrar algo. Me miré las palmas de las manos tanto tiempo, cerrándolas y abriéndolas, que mamère me puso ceño y me dijo que removiera el jabón. En la linde del cañamelar donde descansaban los macheteros me escondí entre las altas cañas y coloqué mis dedos doblados sobre sus cabezas. Las cabezas de los adultos se cubrían con sombreros o tignons, pero los cráneos eran casi todos del mismo tamaño bajo mi mano ahuecada. De todos modos no era algo exacto. Con un trozo de alambre formé un círculo y medí la cabeza de Michel cuando estaba en el cañamelar. Era un adulto, como msieu Bordelon.

Los macheteros estaban muy quietos cuando descansaban. Apoyaban sus espaldas contra las ruedas de la carreta y los árboles.

Cuando llevé la ropa limpia a la casa me quedé cerca del comedor y medí a toda prisa las cabezas de quienes estaban a la mesa. El mismo lazo de alambre para la cabeza de msieu: la comida era el único momento en que no llevaba sombrero.

Todas nuestras cabezas eran del mismo tamaño según nuestra edad y sexo: la mía y la de Céphaline, la de mamère y la de madame, las de los macheteros y la de msieu Bordelon. Todos los cráneos eran iguales debajo del pelo, y la gran pacana que flotaba dentro de ese hueso debía de tener el mismo tamaño, a no ser que a la cabeza le pasara algo malo, como a la del bebé de Eveline, que murió. La cabeza de aquel niño estaba tan hinchada como una calabaza cuando en verano se la riega demasiado y revienta.

En septiembre arranqué el último musgo de los robles que había junto a los campos de labor. Para mí eran los más bonitos. Sus ramas se posaban en la tierra y yo podía caminar sobre la corteza; era casi negra, mis pies la notaban húmeda.

Oía cómo la gente trabajaba en el cañamelar cercano, a alguien que gritaba o reía, las azadas que de vez en cuando chocaban contra la roca. Estaban arrancando hierbajos. Las cañas eran tan altas que la gente era invisible. Amontoné el musgo sobre la carretilla que usábamos para transportar la colada entre el calvero y la casa. Con las manos aplastaba la esponjosa capa de volutas grises.

Cuando sonó la campana del almuerzo apreté bien una última pella colgante y ya tenía a Christophe detrás de mí.

—Hiérvelo y mátalo y parece pelo tuyo. Luego duermo encima.

Ahora me odiaba. Siempre me tiraba del pelo cuando éramos chicos, pero ahora ya había cumplido dieciséis años y me odiaba. Tenía el pelo húmedo separado en perlas negras sobre la cabeza por el

calor. Su camisa negra y desteñida estaba blanca de sal en torno al cuello. Hasta Navidad no nos darían ropa nueva.

Se subió la manga rota.

—Tengo una chica en Petit Clair. Ella cosió. Tú nada sirves.

Me encogí de hombros.

—No podemos coser para ti. Sólo los Bordelon.

Me imitó encogiendo los hombros de manera mucho más dramática.

—Cadeau-fille —dijo.

Chica de regalo; siempre me llamaba así y luego añadía: «Pardas sólo buenas para una cosa, para eso debajo de tu vestido. Todas iguales. No trabajo. No ser nada hasta que él os regala».

—Te veo la cabeza pequeña —dije echándome hacia atrás para formar un círculo con los dedos y medir como hacía con el alambre.

Pero él avanzó y me apartó la mano.

—Alguien viene por ti pronto. Justo como tu madre.

—Cierra el pico.

Mi madre había sido un regalo de una semana, un obsequio de cama para un tratante de azúcar que vino de Nueva Orleans. Yo fui lo que ella recibió. Pero no me llamaba cadeau-fille.

Empujé la carreta camino abajo desde el corral hasta el calvero que había junto a la casa de mi madre. Teníamos que hervir el musgo.

Christophe me siguió. Hablaba en voz baja y sin parar, como un enjambre de abejas revoloteando sobre mi hombro. Dijo que él era un caballo, al menos un animal purasangre y útil. Dijo que yo era una mula, una mezcla, y que incluso una mula trabajaba duro. Dijo que era el estúpido pavo real que a les blancs les gusta tener en el patio de su casa para mostrar a la gente algo bonito. Luego dijo:

—Y los hombres, estás ahí y así pueden pensar debajo de tu…

En el calvero ardía la lumbre bajo las marmitas, pero mi madre no estaba. Le tiré una pastilla de jabón. No quería seguir oyéndolo.

Recogió el jabón y lo arrojó lejos.

—Vete a las cañas y búscalo. Entonces cadeau-mère no puede verte. Tienes que levantar el vestido cuando msieu elige a alguien para ti. Levántalo ahora. Corre.

Entre el calor y la cólera se me humedecieron los ojos. Christophe había dicho a algunos hombres que me iba al cañamelar con él. Sólo para dejarlo mirar. Las mujeres se lo habían contado a mamère.

—Todos somos animales —dije—. Tenemos piel y pelo como los animales —no tenía nada más que tirarle.

Me empujó contra el pacano donde enganchábamos el tendedero; luego me fui corriendo al cañamelar. Las cañas se apartaron y

enseguida se quedaron quietas.

Encontré la pastilla de jabón. Estaba blanda y húmeda porque mamère la había usado toda la mañana. Le quité el polvo con los dedos mientras lloraba.

Mi madre y yo hacíamos el jabón en Azure. Cada pastilla significaba para mí medir y remover. Christophe era un hombre, así que no le importaba si sus ropas estaban lavadas ni pensaba en el jabón que le limpiaba las manos untadas con jugo de caña. Sólo pensaba en que la caña era trabajo. Odiaba mi cara y, sobre todo, mi pelo.

El pelo me llegaba a la cintura, bucles como los del musgo que cuelga de las ramas, pero negros. Aunque sólo mi madre lo veía. Los domingos por la noche me lo lavaba con jabón de aceite de almendra y calabaza hervida, me lo enjuagaba en la bañera y me lo rizaba ensortijándolo con sus dedos. Nos sentábamos cerca de la lumbre. Cuando ya tenía el pelo seco me hacía una trenza tan apretada que me escocían las sienes. Luego me la tapaba con el tignon.

El pelo sólo me cubría la cabeza. Era la tenue urdimbre que me protegía el cráneo. Y el cerebro. Mi pelo era sólo una cubierta. También el de Céphaline Bordelon, como el de cualquier otro ser humano.

Pero el suyo era fino y castaño, y su trenza era apenas una cola de ratón que le caía por la espalda. Tenía los ojos azules y luminosos, y yo sabía que, dentro, su cerebro era perfecto, pues aprendía todo lo que le enseñaban sus preceptores e incluso cuestionaba esas enseñanzas. Pero su piel pálida estaba salpicada de boutons rojos.

Madame tenía que casar a Céphaline con alguien de dinero, y durante semanas la niña lloró hasta que en sus ojos azules apareció una orla como de sangre. Ninguno de los hombres que visitaban a Céphaline podía ver su cerebro. Sólo su cara, su pelo y su boca, que nunca se cerraba o se curvaba en una sonrisa. Su boca siempre hablaba y discutía, su boca le leía a la gente cosas de sus libros.

El musgo del cesto era blando en mis manos. Me gustaba mirar cada hebra y palpar la envoltura, como el terciopelo del vestido marrón de Céphaline. Mi madre se habría enojado si me hubiera visto estudiar el musgo. Quería que lo hirviera y lo pusiera a secar. No era una lección. Era un relleno. Cada otoño renovábamos las camas: ese año setenta y dos jergones para los esclavos y cinco colchones para los Bordelon.

Vivíamos a medio camino. Le quartier era una larga calle, las casas bordeaban el camino de tierra que llevaba hasta el cañamelar y el ingenio, pero una arboleda de pacanos separaba esa calle de la casa de

los Bordelon. Tretite, la cocinera, vivía en la cocina que había en la trasera del edificio, y Nonc Pierre, el mozo de cuadra, vivía en el establo.

Pero la casa de mi madre se hallaba en un claro próximo a los pacanos, en la linde del cañamelar. Un sendero la unía al camino principal. Madame Bordelon nos vigilaba desde la galería de la segunda planta, podía ver el color de la ropa que tendíamos o si habíamos lavado los manteles, pero no podía oír lo que decíamos.

Mi madre me hablaba cada día bajo los árboles, pero sólo cuando tenía algo que enseñarme y sólo cuando estábamos solas.

Cuando era chica le preguntaba lo mismo muchas veces hasta que lo entendía.

—Mamère.

—Oui.

—¿Quién es mi dueño?

—Yo —nunca vacilaba—. Eres mía.

—¿Y de nadie más?

—No.

—¿Ni de msieu?

—No.

—¿Ni de Dios?

Entonces callaba. La veía echar otro cazo de agua a las cenizas de madera que hervían en una artesa colocada sobre la gran marmita. Aquella especie de barrillo goteaba dentro del agua hirviente.

—No —decía ella entonces removiendo el agua con lejía.

Yo sabía que no debía acercarme. Si salpicaba una gota y te daba, te quemaba le piel. De marrón pasaría a rosa. Rosa con un relieve reluciente como las motas de madreperla en los antebrazos de mi madre. Parecían cosidas a la piel, como si hubiese remendado la ropa de los Bordelon y hubiera decidido adornarse.

—¡No! —la voz le brotaba imperiosa en la garganta, ronca como si mascara granos de café—. Aquí, en la Tierra, me perteneces a mí. Si murieses pertenecerías a Dios. Là-bas —alzaba la barbilla hacia el cielo que coronaba los pacanos—. Eh, bueno, yo también moriría porque necesitaría… irme contigo.

—¿Irte?

—Allí. No aquí. Là-bas… contigo.

Yo no levantaba la cabeza. No quería ver ese cielo, là-bas. Posaba la vista en el fuego que ardía bajo el hierro negro y picado de la marmita de lavar hasta que era capaz de decir algo.

—¿Dios también te mataría? ¿Por haberme dejado morir? —

susurraba.

—¡No!

Los ojos de mi madre se entornaban ferozmente bajo el tignon que le cubría el pelo y la frente. La tela se le subía, de manera que una franja de piel reluciente y sin polvo asomaba sobre sus cejas

—Dios no te mataría, ni a mí tampoco. Mi único trabajo aquí es mantenerte con vida —escupía en el agua y la removía; su brazo desaparecía entre el vapor y yo me asustaba—. Éste no es mi trabajo. Así es como mato el tiempo mientras te protejo.

Cuando yo era pequeña y ella decía eso, yo extendía los brazos y giraba bajo la fina tela de muselina tendida a secar bajo las ramas bajas del olivo oloroso. Había remendado la mosquitera rota de la cama de madame con muselina nueva y más blanca. Los zurcidos de mi madre flotaban sobre mí como nubes diminutas.

Cuando su garganta volvía a calmarse, mi madre vertía más agua sobre las cenizas, la cara convertida en una máscara de sudor y polvo. Sacaba una pluma de pavo del bolsillo de su delantal y la metía en la burbujeante agua con lejía. Al cabo de unos segundos sacaba el cañón, que parecía un hueso blanco y pelado. Yo contemplaba la llama azul que había debajo de la marmita.

—¿Cuál es mi trabajo? —le solía preguntar antes de comprender que trabajaría a todas horas.

—Lavar, coser y ser precavida. Haz lo que yo te diga, exactamente.

—Pero soy una mula. Tendré que acarrear cosas, ¿no?

Se volvía hacia mí con la pluma, que parecía una espada de juguete.

—¿Qué? ¡Una mula!

—Christophe dice que soy una mula. Y que él es un caballo. Él es mejor.

—Él es huérfano. Está enfadado porque tú tienes madre.

Christophe ya cortaba caña, vivía con otros tres hombres. Yo seguía sin entender lo de la mula. Tocaba las nubes de muselina y decía distraídamente:

—¿Y cómo llegarías allí? ¿Là-bas? ¿Con Dios? ¿Conmigo?

Mi madre se separaba de la marmita y se enjugaba el lustre de la frente.

—Igual que hago todas las cosas —decía enfadada; yo apartaba las manos de la tela y retrocedía; ella escupía vapor de lejía y me clavaba los ojos sin sonreír—. Por mí misma. Llegaría sola, por mí misma.

La creía. Yo era lo único que le importaba, si exceptuamos el café. Le gustaba tanto que atesoraba los granos dentro de una lata especial que había en nuestra habitación. Los contaba durante la noche, antes

de dormirse, cuando creía que yo tenía los ojos cerrados.

Pero antes de colocárselos bajo la nariz con la palma plana, con las fosas nasales casi pegadas a los granos oscuros, rezaba, y yo la escuchaba. Encendía dos velas pequeñas que mantenía ocultas porque estaban prohibidas. Se las había hecho ella misma cuando fundimos las otras para los Bordelon. Vertía un sorbo del café del día dentro de un diminuto plato azul que había en la jofaina y colocaba un grano sobre una tela tan azul que era casi negra. También colocaba un peso de oro sobre la tela y un rizo de mi pelo tan redondo como una pulsera.

Me miraba y mis ojos seguían cerrados.

Mamère rezaba en francés, aunque asomaban palabras africanas. Yo sabía que las había aprendido de su madre, pero eran palabras que nunca me decía. Rezaba a todos los dioses, del agua y la tierra, al Dios que está allá arriba, mon Dieu, para que yo me levantara sana por la mañana, aguantara viva todo el día; para que me cuidara hasta la noche siguiente, cuando ella volviera a rezar.

Cuando acababa, apagaba las velas de un soplo y las dejaba junto a nuestros platos de madera. Parecían frías y pequeñas. Después, junto con la tela, la pulsera de pelo y la moneda, las ponía dentro de una bolsa y las escondía en la cocina, donde guardábamos las cucharas y las tazas. Si alguien entraba a mirar, no pensaría que esas cosas pudieran tener valor para nadie. Quizá se llevarían la moneda, pero no sabrían que el resto era su templo.

Dormía en su silla gran parte de la noche. Me despertaba y la veía recostada contra el respaldo de junco, la mejilla derecha sobre la mano abierta. Era ya noche cerrada: de la lumbre sólo quedaban las rojas ascuas.

Hacia el amanecer se echaba junto a mí en la cama con aquella respiración áspera como la escofina que los hombres usaban para afilar sus machetes. Me despertaba antes del alba, cuando atizaba el fuego. Tostaba sus granos de café en la sartén negra y luego los molía en el molinillo metálico que mantenía sujeto al borde de la mesa. Vertía agua hirviendo sobre el café en la cazuela mellada, una de las primeras cosas que recuerdo haber visto de niña. Luego cogía su cesta de trapo y sacaba la lata de los cigarros. De allí, envuelto en papel marrón, extraía un cono duro de azúcar blanco que relucía al fuego.

Caña verde prensada y hervida; luego melaza escurrida y el azúcar se volvía blanco y formaba un cono duro como los cuernos de vaca gracias a una magia que ocurría en lugares remotos. Los esclavos tenían melaza medida en baldes durante la semana. Tretite, la cocinera, había robado el azúcar para mi madre semanas antes a cambio de un vestido de boda blanco. Sólo los Bordelon tenían azúcar.

Mi madre cortó dos pellizcos grandes con sus viejas tijeras para el azúcar. Removió su dureza dentro del café y abrió los postigos de madera. Contempló el rosa o el gris del día por la ventana y observé cómo se le movía la garganta al tragar el café.

Me llegaba un fuerte olor a tierra amarga. No entendía cómo podía beber ese líquido ni masticar los granos durante el día. Una vez se lo comenté y me dijo que su madre mascaba algo que le dejaba los dientes anaranjados. Una nuez o una semilla.

—En África.

—¿Sabía bien la nuez?

Se encogió de hombros.

—Nunca la probé.

—¿Estabas en África?

—Yo era una niña en el barco. Sólo recuerdo el barco.

—¿Cómo murió ella, tu madre?

Mi madre levantó la barbilla hacia mí, exactamente como hacía con madame y con todos, y por un momento ni siquiera me vio. Apretaba los labios con tanta fuerza que desaparecían, y su cara era como algo que flotara en el cuarto del doctor Tom, como si el aire fuera un líquido plateado que enmarcara su silueta.

Pero entonces sus ojos caían sobre mí y, sin que se la oyera respirar, su pecho subía muy alto y luego bajaba.

—Murió del olor. Azul soldado. Ese añil.

Hoy, cuando ha apartado la mirada de los postigos, el cielo aún estaba oscuro. Ha dejado su taza sobre la mesa y se ha ceñido el tignon. De la lata ha sacado mi plato con el pavo real.

Mi madre le cambió a un vendedor de los pantanos jabón del bueno y tela por ese platito. Yo tenía siete años. Me dijo que, si me comía mi galleta o mi papilla de maíz, todo un mundo aparecería debajo.

Un árbol con ramas colgantes. Una verja y más allá un río con un bote. Y sobre la verja un pavo real, la cabeza coronada y la cola, ese ornamento que arrastra.

De la calle llegaban tenues voces. La campana del trabajo sonaría pronto. Envolvió el cono de azúcar en un papel y cerró la lata para protegerlo de hormigas y ratas. Alguien llamó entonces a los postigos. Mi madre se volvió con el gesto de alguien que acaba de ver una serpiente.

Nadie visitaba a mi madre sin avisar. Ella iba a ver a las mujeres de le quartier, a veces les llevaba cosas para intercambiar, pero incluso Tretite, la cocinera, siempre le anunciaba de antemano que iría a visitarla.

—Marie-Thérèse —susurró una voz apremiante cerca de los

postigos abiertos—. C'est moi.

Eveline. Me incorporé en la cama. El amanecer era apenas un hálito plateado sobre los árboles. Había dos mujeres junto a la puerta.

Eveline entró, pero la otra mujer, una desconocida con cicatrices en la cima de las mejillas, se quedó en la entrada.

—La visita mensual llega cuando estoy en el campo, junto a Petit Clair —dijo Eveline—. Demasiado lejos para andar y se me echa a perder el vestido.

Mi madre abrió el fardo y olí la sangre. Eveline suspiró y me miró mientras yo me trenzaba el pelo.

—Sé que a Moinette también le llega ya su mes. Sé que tienes mucho que lavar, Marie-Thérèse. Te traigo algo de parte de Michel, para las gracias.

Abrió una bolsa de tela que había a sus pies y asomó la reluciente cabeza de un pato, su pico amarillo verdoso. ¿Hueso? ¿Los picos estaban hechos de hueso?

Su marido, Michel, ponía trampas los fines de semana y hacía trueques con los conejos y las aves. Eveline y Michel cortaban más caña que nadie en Azure. Eveline se irguió de nuevo. Era rolliza de brazos, de cara y de estómago, por sus cinco hijos, decía, que le habían dejado en el cuerpo su grasa de bebés. Pero cuando levantaba la cabeza el cuello era su parte más hermosa. Era largo y tan perfecto como un jarrón con tres líneas de adorno, tres líneas de piel parda más pálida que se le formaban por estar agachada entre cañas todo el día y cuando cocinaba durante la larga noche.

—Llegamos muy tarde. Dicen que tal vez viene helada. No puedo lavar y no puedo dejar el vestido en casa. El olor trae ratas.

—Lo haré hoy —dijo mi madre con una mueca; luego alzó la barbilla en dirección a la entrada, hacia la mujer alta y desconocida.

—Es nueva —dijo Eveline—, comprada para la molienda. Quiere verte.

Cuando Eveline se fue, la mujer entró y se detuvo educadamente. Mi madre volvió a levantar la barbilla como le hacía a todo el mundo. La mandíbula y la barbilla de mi madre eran casi todo el alfabeto de su lenguaje: cómo ladeaba la cara para indicar ira o curiosidad, cómo levantaba ese saliente de hueso directamente hacia alguien para mostrar que estaba escuchando.

La cara de la nueva era estrecha y oscura, como la de mamère, pero tenía más arrugas en torno a los ojos. Las dos cicatrices de las mejillas formaban una protuberancia brillante como tiras de satén. Se reclinó contra la pared.

—Recién llegada —dijo en inglés—, yo y mis hijos —levantó cuatro dedos.

Mi madre asintió.

—Poco inglés yo, pero ella más —desplazó la barbilla hacia mí.

—Yo Hera —dijo la mujer.

—Marie-Thérèse.

Los ojos de Hera se movieron rápidamente desde la cama a las sillas, desde las tablas de lavar colgadas en la pared a los tres cutíes para colchón que habíamos acabado de coser la noche anterior. Luego prosiguieron hasta mí.

—Alguien te deja una carga bonita —me examinó el pelo que no había acabado de trenzarme.

Mamère no contestó. Movió los colchones hacia la puerta. Teníamos que llevarlos a la casa.

—¿Él aquí?

Me mordí los labios. Mamère odiaba esa parte y yo también. Cuando nos veían por primera vez, tratantes, nuevos esclavos o quienes visitaban Azure, todos intentaban averiguar quiénes éramos, de dónde había salido yo.

—Non.

Hera se quedó callada después de percibir cólera en la respuesta de mi madre. Se frotó los brazos y miró mi labor de costura. Una manga de vestido para Céphaline.

Nos observaba. Veía lo que teníamos. Nos calibraba como los humanos se calibran continuamente, cada minuto. Quería ver qué aspecto teníamos, qué poseíamos, para compararlo con lo suyo, para adivinar cómo podría conseguir que le diéramos algo o aceptáramos algo o trocáramos algo para su habitación, enfrente de la de Eveline. Quizá no tuviese nada. O quizá tuviera más que nosotros. No. Mírala a los ojos. Como madame Bordelon cuando tasaba los carruajes, los abrigos y la porcelana de otras mujeres.

Hera me miró otra vez.

—¿Tú sola?

Mi madre levantó la vista.

—Basta una vela para iluminar cuarto —dijo.

Hera asintió y volvió a frotarse los brazos. Me llegaba el olor a sangre de las ropas de Eveline.

Mamère dejó en el suelo el cesto de lavar con las ropas negras y dijo:

—Quoi besoin? —me miró ceñuda, buscaba las palabras inglesas.

—¿Qué necesita? —les susurré a las dos.

—Yo nada —dijo Hera.

—¿Qué necesitan? —mi madre aludía a los hijos de Hera.

—Dicen tú coses.

Mi madre alzó la barbilla una pulgada.

—Dicen haces trueque.

Levantó las cejas.

—Mi hija quince —dijo Hera—. Necesita vestido para Año Nuevo. Oigo que amo sólo da vestido negro. Ella necesita vestido bonito, encontrar alguien y estar mejor —sacudió la cabeza hacia mí—. La mía no guapa como ésta. ¿Cuántos años?

Sus cicatrices tribales relucieron: supe que era africana. ¿Qué edad tendría cuando la cortaron? ¿Se lo había hecho su madre? ¿Había rajado la piel de su hija?

—Acabo de cumplir catorce —dije.

—Poco tiempo —dijo Hera—. Tan guapa, alguien se la lleva pronto.

—No pronto —dijo mi madre entornando los ojos hasta que desaparecieron; abrió la puerta.

El cielo era ya plata y Hera no debía alejarse de le quartier a no ser que desfilara con los otros hacia los cañamelares.

—La campana suena pronto.

Pero Hera no se movió.

—¿Tú piensas trueque?

Mi madre inclinó la cabeza hacia la izquierda. Ojalá Hera comprendiera que eso significaba «tal vez».

Mi madre metió el pato en un cesto que colgaba del techo. Dejó un trozo de pan del día anterior en el plato. Dentro del amarillo colocó una esquirla de azúcar. Se me derritió en la lengua.

Cuando entrábamos en la cocina, Tretite nos daba carne y galletas con el fardo de la colada. Y granos de café. Mamère sólo comía carne y galletas, pero todo el día mascaba granos de café.

Estiró la manta sobre el colchón, aunque sólo había estado echada unas horas. En un lado, junto a la ventana, mi cuerpo había ahuecado el musgo dejándolo con mi forma.

—¿Por qué no te metes en la cama antes? —le preguntaba cuando era pequeña.

—Porque la cama es demasiado blanda.

—¿Coserás para ella? —le pregunté ese día.

Se encogió de hombros.

—¿No estás cansada? ¿Por qué duermes en la silla y no en la cama?

Esta vez mamère puso otra cara.

—Porque estaría cómoda. Estar tendida en la cama es como volar. Si me sintiera así toda la noche no podría levantarme —dijo.

Miré la manta de lana que había sobre el espacio vacío que era mío.

—¿Comprends? —murmuró mirándome—. Da miedo estar tan descansada.

Asentí, pero no lo entendía.

Chirriaron las ruedas de la carreta. Mamère se puso otro pellizco de azúcar en el bolsillo del delantal. Pero el azúcar nos rodeaba, un muro de cañas que delimitaba nuestro calvero. Tres metros de alto. Lo medí a palmos. Una vez, el doctor Tom le dijo a msieu: «Michel, su esclavo más grande, debe de medir un imponente metro ochenta». Y yo retrocedí hasta que mi mano rígida igualó la estatura de Michel.

La caña era como Michel más la mitad de su cuerpo.

—Basta —susurró mamère—. Parece que estás saludando.

—¿A quién?

Me pegó la mano a un costado.

—A quien sea.

Esperamos en la galería de atrás a que Tretite nos trajera el fardo. Su cara era una tarta aplastada bajo el tignon rojo, las mejillas lisas, anchas y relucientes de sudor; los ojos, la nariz y los labios apiñados en el centro.

Cuando yo tenía seis años me vio mirándola y susurró:

—Me duermo boca abajo cuando yo petite como tú. Me aplasto tout —después me puso las manos en su pequeño mentón, que brillaba con el marrón rojizo de la melaza al gotear.

Aquella mañana asintió y dijo:

—¿Dorm bien?

Mamère sacudió la cabeza. Era lo que decían: ¿has dormido bien?

Detrás de Tretite, en la despensa, había grandes tarros de aceite de oliva alineados junto a la pared y velas que había que despabilar.

—¿Tête bien?

Mamère cogió el fardo y alzó la mirada hacia Tretite, que se encogió de hombros. Cada día tenía dolor de cabeza. Con su dedo achaparrado señaló el montón de servilletas sucias.

—Merci —dijo mi madre.

Dentro de los cuadrados con las iniciales bordadas estaba nuestro desayuno y diez granos de café. Tretite siempre robaba para mamère, por el vestido de muselina blanco que mamère le cosió con una mosquitera vieja.

Tretite tenía cuarenta años, pero le encantaban los vestidos de boda. Pertenecía a madame Bordelon desde los veinte, me dijo, y

nunca le permitieron casarse.

—No quiere que yo distraer con hombre o con bebé. Entonces no cocinar perfecto. Yo no quiero hombres, sólo vestido blanco. Ya tuve el hombre cuando tenía dieciséis, demasiados problemas. Mi casa es mi casa. Mi fuego es mi fuego.

Presenció la boda de madame Bordelon con msieu y cocinó el elaborado banquete. Durante todos esos años quiso un vestido blanco. Lo llevaba los domingos para visitar le quartier.

—Yo paloma y vosotros estorninos —decía, pero la gente sólo se reía porque ella también se reía, y los domingos ellos podían olvidarse de sus ropas negras.

Recogí el cesto de la colada y regresé a nuestra casa.

Desde la galería de atrás se veían los graneros y los establos a un lado la cocina de Tretite y su habitación adosada. Camino abajo, nuestros tres pacanos, nuestro calvero como una gruta, aunque madame hiciera podar las ramas para vernos.

Ellos podían verlo todo.

Camino abajo, la calle de los esclavos flanqueada de casas y catalpas. Las chimeneas, cada una con una columna de humo fina como un hilo subiendo hacia el cielo, como si Dios tirara de las oscuras madejas.

Ahora que ya tenía catorce años debía quedarme en nuestra habitación o en el calvero. Ni siquiera podía ir a los cañamelares o a la linde del ciprière, donde los ancianos cipreses hundían las raíces en el agua vítrea y negra. Ya no podía merodear por el río porque alguien podría robarme. Tretite dijo:

—Nosotros muy al sur de Nueva Orleans y los hombres de Lafitte vienen por río o por bayou. Buscan gente para vender. Te ven, te llevan enseguida.

—Los hombres de Lafitte no se meterán en el cañamelar —dije enfadada—. Los corsarios no quieren hierba.

—Ladrones de esclavos agarran a cualquiera. Se llevaron a ese niño de Petit Clair que pescaba. Su madre ya ha perdido dos. Chilló tan fuerte que la oí desde nuestro patio. Los hombres de Lafitte venden a una niña como tú…

Mi madre dijo:

—Quédate donde te vea. Siempre.

—Hay buen musgo en el ciprière —comencé a decir, y mi madre dijo:

—Los hombres de Lafitte conocen todos los bayous de todos los ciprières.

—Los hombres de Lafitte saben lo que hay debajo de tu vestido —

dijo Tretite—. Tienen a niñas como tú allá abajo, en Barataria, donde viven —me bajó el tignon hasta dejármelo bien apretado.

El pelo me ardía bajo el tignon. Debajo del vestido, encima de mi cabeza. Estaba harta de oír las palabras. ¿Qué harían con mi pelo? ¿Arrancármelo de la cabeza? ¿Tejer una cuerda para estrangularme? ¿Se quedarían mirándolo?

Yo tenía el pelo suave como el musgo gris cuando cuelga de las ramas. Pero hervíamos el musgo durante días en las tinas de lavar y luego tendíamos las cortinas negras y goteantes en las estacas de la verja y en las matas. Al cabo de un tiempo al sol, el musgo quedaba como un alambre negro, tieso y enmarañado. Mamère y yo metíamos el musgo seco en los nuevos cutíes que habíamos cosido para los Bordelon.

Yo transportaba los colchones de uno en uno en la carreta y Félonise, la doncella, me ayudaba a subirlos a las habitaciones. Me miraba con aire soñador.

Félonise rara vez decía nada a nadie. Tan sólo se quedaba mirando lo que tenía delante: la mesa que abrillantaba, el florero que limpiaba, el suelo que fregaba.

Un día, cuando yo tenía diez años, me llevó al cuarto de msieu Bordelon a limpiar los muebles. Félonise me dio un trapito rociado con aceite de limón y mi mano siguió la suya mientras describía círculos sobre el armario. Era más alta que yo y canturreaba, y el canturreo vibraba en su garganta, caía sobre mi cabeza y penetraba en mi cráneo como un estremecimiento. El aceite de limón desaparecía en la madera dejando una pátina. Mi trapo se volvió traslúcido y, cuando acabamos, Félonise aún no había dicho una palabra, sólo había canturreado tanto que me dolían los oídos. Me cogió la mano y nuestros dedos parecían conchas glaseadas, la mano de Félonise iba pegada a la mía cuando salimos del dormitorio.

Ya habíamos cargado el colchón hasta el cuarto de grandmère Bordelon, en el lado de la casa de las mujeres. Grandmère estaba muy gorda y se sentaba en una silla delante de las puertas que conducían a la galería. Tenía un catalejo y espiaba el río. Se volvió hacia nosotras y dijo:

—Vosotras… no os olvidéis de alisarla bien. Siempre hay que alisar una nueva cama.

El rodillo estaba apoyado en unas muescas colocadas en lo alto de la cabecera de caoba. Colocamos el colchón sobre las cuerdas y bajamos el rodillo, pesado y lustroso. Adelante y atrás, alisamos los tercos grumos de musgo y, mientras trabajábamos, Félonise puso los ojos bizcos hasta que no vio nada, ni el cutí ni mis dedos, al otro lado.

Grandmère se pasaba el día y la noche hablándole y la hacía ir de

un lado para otro de la casa trayendo, llevando y esperando. Me asustaban las mejillas de grandmère Bordelon, enormes y temblorosas, que le caían por debajo de la barbilla como si se le hubiese derretido la cara; la grasa estaba bajo nuestra piel, la grasa como las manchas blancas y cerosas que había bajo la basta piel del jamón.

Grandmère era la madre de msieu. Había vivido en la primera casa, más pequeña, entre los robles de las tierras adyacentes a los campos, y después de la muerte de su marido era incapaz de dormir sola. Su esclava Marie-Claire tenía órdenes de no moverse de su lado ni cuando dormía. Pero una vez grandmère se despertó y estaba sola. Chilló, pero Marie-Claire estaba en le quartier con un niño que tenía fiebre.

Grandmère hizo atar a Marie-Claire. Se pasó dos días amarrada en el patio. Tretite dijo que, desde la galería, Marie-Claire parecía una muñeca olvidada en el suelo y que nadie se podía acercar a ella.

Cuando la soltaron, Tretite vio en las mejillas de Marie-Claire unos agujeros que sangraban.

—Ratas —dijo Marie-Claire, y fue incapaz de hablar durante semanas.

Las ratas acudían cada noche a la casa de grandmère, donde guardaba una provisión de dulces y nueces.

La primera casa ardió por culpa de un fuego en la cocina y ahora no había nada entre los robles.

Pude oler el aliento de grandmère. Cuando hubimos hecho la cama y puesto el cobertor blanco que yo tantas veces había blanqueado para quitar las manchas, grandmère me cogió la falda con el índice y el pulgar.

—Sang mêlé —dijo levantándome la muñeca y dejándola caer—. Me había olvidado de ti.

Su vestido de crepé negro olía a vino agrio, a cebollas y a humo.

—Ya tienes edad. En Nueva Orleans, las mulâtresses son las mejores para peinar —asintió terminante—. Hoy, hoy aprenderás a peinar. De buen grado o por la fuerza, Céphaline necesita una doncella que sepa vestirla.

Me escrutó la cara: tenía los ojos azules como los de Céphaline, sólo que turbios en los bordes, como si alguien hubiera removido harina de maíz en el interior.

Volví a la cocina. Mulâtresse. «Eres una mula, pero las mulas no engendran —me dijo una vez Christophe—. Tu único trabajo es dar placer.»

Hijos. ¿No podía tener hijos? Félonise estaba junto a la mesa, comiendo un higo. Tenía la piel del mismo gris pálido que las camisas lavadas muchas veces. Igual que los ojos. Cogió el higo y desapareció

en la sala. Entró Tretite.

—Tretite —susurré sabiendo que eso era algo que mi madre no quería enseñarme cuando estábamos a solas en el calvero; a lo mejor no lo sabía—, dime qué es Félonise.

—Comprend pas —dijo toqueteando los higos púrpura.

—Mulâtresse, c'est moi —dije—. ¿Y Félonise?

Tretite me miró con severidad y frunció su boca diminuta hasta que desapareció bajo sus mejillas divididas en pliegues.

—Pourquoi?

Levanté la barbilla y sentí a mi madre dentro de mi cráneo. Luego levanté aún más la barbilla y dije:

—Grandmère Bordelon dijo que una mulâtresse debe aprender a peinar.

Tretite colocó los higos en un cuenco azul y a continuación posó los dedos en abanico sobre el borde de la mesa.

—Oui. Mulâtresse. Y Félonise, c'est quadroon. La madre como tú, el padre, c'est blanc. Eh là, Félonise tiene hija y el padre blanc. En Nueva Orleans. C'est octoroon, la niña. Se la llevan cuando tiene dos años y Félonise vendida aquí. Esa niña… blanca como Céphaline, pero pelo negro negro y ojos negros negros.

Aquel día los dedos de Félonise apretaban los míos, el aceite de limón abrillantaba nuestras palmas.

—Y lo contrario es Eveline. Griffe. La madre mulâtresse, el padre, negro. Los niños de Eveline, sacatra. Griffe y negro. Ya ves —dijo Tretite.

Oí a mamère con el carro, que traía el nuevo colchón de Céphaline, y salí. Mi madre era africana, singalesa, pero en su frente no brillaba el negro puro bajo el tignon, también había rojo y negro. Las palmas de las manos tenían arrugas blancas de tanto lavar. Sacaba la lengua rosada al remover. Los ojos casi púrpura cuando miraba los míos. Y una raya de polvo dorado en las mejillas, donde se había frotado.

¿Cómo puedes calcular números como en las clases de Céphaline, pero dentro de la sangre de alguien? Félonise se me acercó por detrás para subir el colchón a la habitación de Céphaline.

Céphaline estaba sentada en su escritorio. Tenía el pelo lacio y sujeto con una cinta sucia. No levantó la cabeza para mirarme. Las letras y los números eran tan pequeños y apretados que la página parecía cubierta de encaje negro. Yo había aprendido a leer sus palabras desde pequeña. Tan sólo pude identificar unas pocas (coeur, cheval, écrire, ordinaire) cuando pasé lentamente a su lado para bajar el rodillo de la cabecera de su cama.

Corazón, caballo, escribir, ordinario.

Todavía no le diría a mi madre que la dejaba para trasladarme a la casa. Aún era pronto. Agité los frascos de nuestras soluciones limpiadoras para ver si alguna se había pasado.

El mantel, extendido sobre la mesa de trabajo de nuestro calvero, estaba manchado de muchos colores. El vino derramado era como una lengua roja. Eso debía de ser cosa de msieu Lemoyne, un vecino muy viejo que vivía solo en Petit Clair. En la cena del domingo siempre le temblaban las manos.

Ayer los Bordelon invitaron a dos familias que viven río abajo. Lo que significaba que Céphaline había tenido que sonreír y cantarles a los hijos y que hoy estaría de un humor tan agrio como el olor de este frasco quitamanchas de aceite.

Mamère anudaba hilos de colores diferentes en torno al cuello de cada frasco para saber qué había en cada uno.

La grasa del jamón formaba ventanas de transparencia en el mantel, hacía rielar la tela, de manera que debajo se veía la madera de la mesa, y apreté la punta del dedo en la grasa. ¿Cómo penetraba en los hilos la grasa de cerdo? La misma grasa que hervíamos para el jabón… ¿Cómo transformaban las cenizas la grasa en el…? ¿Cómo lo llamaba Céphaline en sus clases con mademoiselle, cuando las niñas Auzenne se reían de su concentración, de su manera de arrugar la frente? El agente. ¿El agente que eliminaba la grasa?

Me pregunté cuánta grasa había debajo de mi piel y me pellizqué el brazo. Mamère vio mis dedos.

—Quita la grasa, emplea el verde.

—Lo sé.

Agité suavemente el frasco. El jabón blanco lavaba muy bien, agua de lluvia blanda y sal, dos yemas de huevos frescos, zumo de col, hiel de toro y sal de tártaro de la cocina de Tretite.

Froté el líquido en las zonas doradas.

—¿Qué? —mi madre sabía que una pregunta me rondaba por la cabeza.

Me vio mirándole los antebrazos y las muñecas, más anchos que la parte que quedaba encima del codo, y dijo:

—Toujours lavando, cada día, te queda el brazo así.

—No. Tu brazo, no.

—¿Entonces qué?

Era incapaz de preguntárselo. Odiaba las preguntas que, junto con las ropas sucias de Céphaline, yo traía de su cuarto después de oírla leer o discutir con su institutriz. ¿Cómo mides la grasa de una persona? Me hundí las mejillas con el dedo. ¿Era grasa lo que había debajo de la mejilla? ¿No era músculo?

Mi madre nunca quería hablar de las clases que trataban de

cerebros, huesos y libros, de manera que cuando estábamos solas comenzaba rápidamente su propia instrucción con una palabra.

—Sangre.

Introdujo la ropa negra de Eveline en el interior de una marmita con agua que no echaba vapor. Pero entonces me entregó la funda de un almohadón blanco con pecas marrones. El almohadón de Céphaline. Se había vuelto a rascar los boutons, los granos de sus mejillas.

—Hilo blanco.

El jabón blanco limpiaba bien, una libra de alumbre, tártaro y agua de lluvia. Mamère empapó un trapo blanco de franela con el líquido y frotó la sangre seca.

Desde que yo era pequeña, ella siempre comenzaba con una palabra.

—Sangre. Agua fría y esmero. La sangre se queda para siempre, igual que se extiende en la tela.

—Salsa. Quítala. Utiliza el frasco del hilo marrón.

—Barro. El frasco del hilo negro.

—Vino. Hilo rojo.

Jabón para las manchas de sudor en las axilas de la camisola de madame y de Céphaline, que olían a sal y a preocupación, las camisas blancas de msieu, que olían a humo y a hierba, y los enormes bombachos que grandmère llevaba bajo el vestido: carne rancia y agua de rosas.

¿Cómo quitan la grasa de los hilos las yemas de huevo y el zumo de col? Los frascos contenían sus turbios fluidos. La sangre, la saliva y las lágrimas estaban dentro de nosotros. ¿Qué fabricaba las lágrimas?

Hervimos las ropas blancas y las enjuagamos en azulete. Antes de mediodía las tendimos en los hilos que colgaban de las ramas de los pacanos con las pinzas de madera que el marido de Eveline, Michel, labró para mamère hace mucho. Se ensancharon en los extremos como señoras que bailaran, y me acordé de cuando era pequeña y sólo utilizaba las pinzas para jugar. Ahora parecían hombres sin cara encabalgados en las ropas.

Hacía tanto calor que la ropa blanca se secó enseguida y de nuevo pareció cobrar vida. El aire estaba en su interior. Primero descolgué la de Céphaline, del mismo tamaño que la mía, y fue como si anduviéramos juntas siguiendo el tendedero. Su camisola estaba llena de viento, inclinándose hacia mí. Y la camisa de msieu se retorcía para esquivarme.

Madame Bordelon salió a la galería de atrás e hizo visera con la mano, un gesto que repetía todo el día. Sus dedos un pico de ganso, la muñeca y el antebrazo un largo y curvo cuello de ganso. Como una

señal secreta dirigida a alguien, aun cuando los únicos esclavos que viera fuéramos nosotras dos. Casi siempre podía vernos.

—¿Ropa blanca? —le gritó a mamère—. ¿Has lavado toda esa ropa blanca y todavía no el vestido de grandmère?

Mamère no parecía nerviosa. Madame bajó hasta la mitad las escaleras de la galería que llevaban al patio. La cocina y el calvero eran responsabilidad suya, pero no los campos. Los ojos de madame eran una franja oscura de sombra, pero su boca era una reluciente franja de dientes cuando levantó el labio para poder entrecerrar mejor los ojos. Para ver.

Lavar la ropa de los trabajadores de los campos no era trabajo de mamère. Éstos tenían que lavarse su propia ropa. Nosotros sólo lavábamos la ropa de los Bordelon, sus invitados y Tretite. La falda negra de Eveline flotaba en la marmita.

—El vestido de madame es el siguiente.

Mamère alzó la voz, pero no la cara. Nunca pareció inquietarla que madame pudiera bajar al calvero, pero madame todavía no se dio la vuelta como solía hacer.

—Moinette.

—¿Madame? —respondí.

Mi madre dejó de frotar la ropa en la tabla de lavar, cesó el flof flof.

—Vendrás cuando la campana dé las doce, Moinette —luego madame dio media vuelta en las escaleras—. Marie-Thérèse —añadió —, no te olvides de quitar los botones.

—Los botones de azabache son de París —remató mamère en voz baja.

Hojas de higuera hervidas en agua es lo que utilizábamos para quitar las manchas de los vestidos de crepé negro de grandmère. Llevaba diez años ataviada de negro, desde que su marido murió y le dejó Azure y toda la tierra a ella. Desde ese día, todos los demás también han vestido de negro. Solía decir:

—Es fácil distinguir los cuervos negros en el cañamelar. Ver si roban. Ver si duermen.

Dormir era robar. Robar tiempo. Cortó los hilos de los botones.

Mi madre alzó la vista.

—¿La campana de las doce? —preguntó—. ¿Hoy?

Sujetó la pila de ropa en la marmita, negra como papel calcinado, pero el agua de lavar era de un rojo oscuro. La sangre de Eveline. Bajo el vestido.

—¿Sólo vas hoy?

Los botones de azabache relucían sobre la mesa como ojos de pájaro. Dije:

—No lo sé.

Mi madre estaba asustada. Le daba miedo que tuviera que dormir dentro de la casa, lejos de ella.

Los cascos de los caballos rasparon la superficie del camino. Madame Auzenne estaba allí con sus hijas. Venían cada semana para las clases, pero hoy se traían a su peluquera de Nueva Orleans para que preparara a Céphaline para la temporada de invierno: cenas, bailes, hombres.

Mamère escuchó las ruedas del carruaje.

—¿Céphaline toma sus clases para casarse igual que tú te tomas la costura? —preguntó.

Sabía que yo odiaba hacer las puntadas cada vez más pequeñas, como deben ser. Olía el lugar siempre húmedo, en la linde del cañamelar, donde vertíamos el agua sucia de lavar, el olor musgoso a azulete y humedad, y de repente nuestro calvero pareció atiborrado, como el armario de Tretite donde me escondía cuando era pequeña. Sentía la cabeza demasiado grande bajo el pañuelo negro. Las voces de las Auzenne llegaban a través de las hojas como diminutos martillos golpeando hierro. Agudas risas y parloteo. La cara de mi madre muy pequeña y oscura bajo su tignon.

Las ropas me rodeaban con sus mangas húmedas. Tenía prohibido meterme en el cañamelar y encontrar un tallo para masticar, tenía prohibido pasear por la ribera del río por miedo a lo que trajera la corriente. Tenía que quedarme ahí, tan cerca de las marmitas de lavar que su hierro caliente me exhalaba en el brazo.

—No son sus clases —dije—. No son las clases que tú crees.

Creía saber lo que pasaría, quise decir. Conocía los líquidos de limpieza, cómo había que planchar y coser y plegar la ropa; dónde encontrar musgo, cómo olía el sebo cuando hacíamos jabón. Creía saber a quién pertenecía. A mamère.

Pero quería volver a ver el cuarto de Céphaline, echar un vistazo a sus palabras sobre el papel y a las palabras de los libros, oír las palabras que pronunciaba en sus clases. El año pasado, cuando madame discutía con Céphaline por el corsé y mis manos tensaban los cordones, mis ojos no se apartaban de los papeles de Céphaline. Páginas cubiertas de una letra perfecta, números, dibujos y poemas. Aprendí a leer algunas palabras a base de escuchar sus clases y ver sus libros infantiles. Yo conocía los números porque de pequeña me encantaban: disponía las pacanas en círculos y las multiplicaba tal como Céphaline hacía con sus puntos de tinta en la página.

—Entiendo las clases que tú me has dado —le dije entonces a mamère porque madame Bordelon salió a la galería y se llevó la mano a las cejas; me buscaba—. Céphaline entiende las clases de los libros.

Pero las otras clases, casarse con alguien con dinero, se niega a oírlas.

Después dejé a mamère entre las ropas, y ella apartó la mirada sin decir nada.

Esperé en el patio. Se habían llevado el carruaje. La voz de la institutriz al leer era monótona como una caravana de hormigas. Hileras de palabras sin ningún objeto que esquivar.

Mademoiselle Lorcey era la segunda institutriz que vivía en la habitación contigua a la de Céphaline. La primera duró mucho tiempo, con sus gruesas gafas como diminutos estanques de agua transparente ante los ojos. Céphaline la adoraba. Le enseñó los números y que se podían multiplicar y dividir hasta el infinito.

En aquella época, cuando yo tenía ocho y diez años y doce, entraba en la casa como una mosca. Permanecía en cada habitación lo suficiente para dejar la ropa, limpiar los zapatos con betún, tocar unas pocas mesas y los armarios con los dedos mientras guardaba la ropa blanca.

Oía las clases. Aquella institutriz, madame Lustgarten, era una viuda de Nueva Orleans que no había tenido hijos. «Eres casi mi propia hija», le decía a Céphaline. «Tienes una mente tan despierta… Y las niñas… nunca aman los números como tú. La ciencia les da miedo. Pero a ti no. Nunca he tenido un alumno como tú.»

Yo escuchaba cuando nadie me veía, en medio del largo pasillo, donde el suelo relucía como un río de melaza y los retratos de la pared se miraban entre sí, pero no a mí.

—Herrumbre. Óxido de hierro. Mira los elementos.

Mamère conocía la mezcla para quitar la herrumbre de las camisas blancas de msieu, de cuando inspeccionaba la maquinaria del ingenio azucarero.

—Mira cómo reaccionan los elementos si ponemos este clavo dentro de un tarro con unas gotas de agua.

Ahora, en las escaleras de la parte de atrás, recordaba haberlas oído a las dos. Mamère y madame Lustgarten. Barniz y aceite de limón. Herrumbre y metal. Jabón hecho de sebo y cenizas.

Pero msieu echó a esa institutriz después de tres años porque Céphaline se pasaba todo el tiempo con ella en su habitación, con sus papeles. Ni cosía ni tocaba el piano ni bailaba. Ya ni le dirigía la palabra a grandmère Bordelon, sólo miraba al vacío: ni siquiera veía a las personas o las paredes o las ventanas. Cuando veía sus ojos dirigidos al aire que había delante de ella sabía que estaba haciendo sumas y experimentos dentro de su cerebro.

Después de madame Lustgarten, pasó mucho tiempo antes de que viniera nadie. Estábamos a treinta millas al sur de Nueva Orleans,

decía madame Bordelon con ansia.

—Nadie de categoría quiere vivir ya en la parroquia de Plaquemines.

Recordé cuando Céphaline se aprendía los nombres de los huesos.

Debajo de mi vestido no había más que costillas, piel y estómago. Céphaline me hablaba del cuerpo mientras yo tendía la ropa. El año pasado, en invierno. Después de que echaran a madame Lustgarten, era como si tuviera que contarle sus clases a alguien. Céphaline se sentía sola.

Dijo que éramos huesos y ligamentos y tendones y grasa y músculo y órganos. Dijo que mirara el cuerpo de un cerdo cuando lo mataban; éramos lo mismo, exceptuando el tamaño.

—¿De qué? —pregunté dejando sus zapatos en el suelo.

—De esas cosas. Del cerebro, los huesos, los estómagos. Los mamíferos lo tienen casi todo en común. Mira… —estaba en su escritorio—. Los mamíferos alumbran crías vivas. Los reptiles ponen huevos. Y las aves. Mira las clasificaciones.

Las páginas de su libro tenían los bordes dorados. Sabía que yo era incapaz de leer esas palabras. Pero en sus libros ilustrados para niños aprendí rápidamente otras palabras: chat, cheval, chien. Gato, caballo, perro.

Aquel día ordenaba los animales por columnas. Vaca. Cerdo. Caballo. Serpiente. Pavo. Pollo.

—¿Dónde está la mula? —dije.

Frunció el ceño y recorrió las columnas con el dedo.

—Una mula es la cría de un caballo y un asno. Es un híbrido.

Madame me llamó. Llevé los manteles planchados envueltos en una cinta roja. Mamère siempre ataba las ropas limpias con cintas en líos cuadrados, al principio para que yo supiera de quién era cada una y luego porque a madame le gustaba.

Madame y msieu se levantaban de la mesa. La diminuta astilla de madera entre los dientes.

—Por eso la chica es valiosa —dijo madame mirando la ropa blanca que yo abrazaba.

Recordé las palabras. Mamífero. Híbrido.

—¿Ella? —él me miraba.

Un escalofrío me recorrió el espinazo. Los omóplatos, me había dicho Céphaline. No son alas de ángel. Eso es una bobada. Son huesos. Somos humanos, no ángeles.

—No —dijo madame cogiendo los fardos—. La madre, Marie-Thérèse, hace la colada a la perfección y me la devuelve liada con estos preciosos lazos.

No me miraba a mí, sino a la cinta. Él dijo:

—Está limpia. Cómo entreguen la colada no es importante.

Madame se expresó con cierta impaciencia.

—Es la presentación de la belleza —dijo—. Tiene más importancia de lo que imaginas.

—¿Para quién? —él levantó un poco la voz—. ¿Para ti?

La voz de ella era tan etérea como el vapor.

—Para las mujeres que vienen a esta casa y ven los manteles y las servilletas y nos juzgan. Las mujeres que tienen hijos. A no ser que este invierno nos pasemos semanas en Nueva Orleans, sólo tenemos a los Desjardin y a los Auzenne como posibles maridos. ¿No ves cómo miran esta casa? ¿Y a ella?

Ella era Céphaline. Yo tenía que aprender a ponerla guapa.

—Moinette —madame Bordelon me llamó desde el comedor—. Coge el pastel de jengibre y diles que voy enseguida. No sé dónde se ha metido Félonise. Está tan vieja que no puede ni moverse.

Madame Auzenne, con sus rizos como orugas cayéndole por las mejillas, vestida de seda marrón, estudiaba algo en el aparador.

Llevé la fuente a la sala, donde las niñas tenían que tocar el piano una hora después de comer.

Las niñas de los Auzenne estaban en el sofá. Tenían doce, catorce y dieciséis años. Tenían el pelo negro y rizado en las sienes, las mejillas blancas y tersas como la curva de una cáscara de huevo. Durante las clases de historia se quedaban sentadas igual que las muñecas de las estanterías de Céphaline, la cabeza erguida, las manos quietas, y cuando mademoiselle Lorcey les preguntaba el nombre del gobernador de Nueva Orleans o del rey de Francia, tan sólo movían las cejas y los hombros para dar a entender que ni lo sabían ni les importaba.

Céphaline enseguida cogió un trozo de pastel.

—El jengibre es una raíz, no una vaina —dijo, y las niñas de los Auzenne sonrieron educadamente como si hubieran trastabillado en la hierba.

Los boutons de las mejillas de Céphaline y su mandíbula relucían como diminutas bayas insertas bajo la piel. Esperé cerca de la puerta, acordándome de los clavos que Tretite introducía bajo el cuello del jamón.

—Las clases han acabado por hoy —dijo mademoiselle Lorcey, y las niñas de los Auzenne pusieron una tenue sonrisa.

Pero no cogieron ningún trozo de pastel hasta que no entró la madre y les dijo:

—Petites.

Madame Lorcey suspiró.

—Al menos los nombres de la realeza os ayudarán a entablar conversación con alguien durante la cena.

La mayor de las Auzenne volvió a enarcar las cejas.

—¿Céphaline tiene que tocar el piano hoy? A lo mejor la peluquera podría ayudarla ahora. A… arreglarse. Así no llegaríamos a casa tan tarde.

La boca de Céphaline formaba una línea tan fina como un arañazo con sangre. Se había frotado pétalos escarlata de geranio en los labios, tal como le había indicado su madre.

—Lo tuyo en cambio no tiene remedio —susurró, y al marcharse revolotearon las faldas cerca de mí.

Madame Bordelon se la quedó mirando, la cara inmutable.

—Moinette, sube —dijo; el borde de su vestido recogía los trocitos de pastel que Céphaline había tirado.

El invierno anterior, para prepararla para la temporada invernal de bailes y cenas de Nueva Orleans, madame me enseñó a vestir a Céphaline y a arreglarle el pelo. Céphaline debería haber tenido ya una doncella, pero no permitía que Félonise la tocara. Céphaline se negaba a llevar corsé y se recogía el pelo en una bola sobre la nuca.

Siempre estaba inclinada sobre su escritorio. Ya entonces yo practicaba para ponerle el corsé o tensar las ballenas y su espalda curvada se erguía. Pero comenzó a caérsele el pelo (un nido de pájaro de un castaño apagado en el cepillo, mechones en el almohadón), y el doctor Tom vino de Nueva Orleans a caballo. Le trajo tónicos y medicamentos, como hacía siempre para grandmère.

Msieu habló con madame.

—No confío en él… es un médico inglés. Aquí nadie quiere a los ingleses. Tal vez deberíamos llevar a Céphaline a París.

Msieu estaba en el dormitorio de Céphaline y parecía preocupado. Amaba a su hija, aunque nunca sonriera. Bajo el sombrero negro tenía la cara reseca y agrietada de tanto cabalgar por los cañamelares.

Me acurruqué en el camastro que había en un rincón, pero ella no dormía. Tenía la cabeza inclinada hacia la bola de luz color diente de león que proyectaba su vela mientras leía.

—No puedo estudiar si respiras —dijo al final.

Yo aspiraba y espiraba mi aire, sólo mi propio aire, con las mejillas apretadas contra el enlucido donde las paredes se encontraban. Pero ella me había enviado a la cocina a por leche y luego había cerrado la puerta con llave, negándose a dejarme entrar, ni a mí ni a nadie más. Dijo que nadie la volvería a tocar. No quería que la toquetearan ni que le pusieran más lacitos.

Ahora leía en su escritorio, la espalda doblada como si llevara un pesado chal en los hombros. Se volvió cuando entré en el dormitorio.

Los ojos de Céphaline eran de un azul parecido a la parte inferior de una llama, a la lumbre de cocinar con madera de pino de Tretite, y

dentro del azul había líneas negras como los radios de una rueda de carreta. Sabía que sus ojos eran algo jamás visto antes.

Pero tenía la piel de las comisuras de la boca y de los bordes de la línea del pelo roja e hinchada por culpa de los boutons. Tenía el pelo ralo en las sienes y de un castaño apagado como cáscaras de pacana descoloridas. No negro criollo como las chicas de los Auzenne, cuyos cabellos eran espesos y lustrosos y les llegaban hasta la columna vertebral, de manera que podían recogerlo, sujetarlo con alfileres, rizarlo, a fin de que… un hombre pudiera soltárselo.

La peluquera que venía de Nueva Orleans se llamaba Zerline. Llevaba dos frascos, licoreras de cristal tallado como las que se utilizaban para el brandi y el coñac, pero más pequeñas y con la boca más ancha.

Era de piel más clara que yo. ¿Cuál de las palabras de Tretite le correspondía? ¿Quadroon? El pelo era liso y de un negro reluciente como el cuero de una bota, recogido en un moño tan apretado que era como si no tuviera pelo.

—El olor me llega al cerebro —dijo Céphaline sin levantar la mirada.

Después bajó la cabeza hacia las páginas, y cuando su madre la levantó quedaron manchas de aceite en el papel.

—El precio de la belleza —dijo su madre en voz baja—. En Francia llevábamos un peinado tan alto y pesado que en el carruaje había que ir de rodillas. Da gracias de que sólo tengas rizos a los lados.

Las tenacillas de rizar estaban junto a la lámpara, afiladas como tijeras negras.

—Esto viene de Nueva Orleans, madame —dijo Zerline con su tenue hilo de voz—. Se ha hecho especialmente para las señoras de allí, para los bailes y las fiestas. Si lo aprueba, lo mandaré en el barco.

Sumergió un peine de plata en el frasco y el líquido negro se quedó pegado a los dientes hasta que lentamente pasó el peine por el pelo de Céphaline. Los mechones quedaron separados, diminutas hileras de caña de azúcar, hasta que le recorrió el pelo con las palmas de las manos transformando el tinte en un lustroso casco.

—Maintenant, espera un poco. La piel es lo siguiente.

Vertió líquido del otro frasco en un cuenco y formó una pasta con alumbre de la cocina. Del pelo de Céphaline subía un olor a alcanfor y las mejillas y la frente quedaron cubiertas por máscara blanca.

Me miró con ojos de furia. Aparté la vista. Alguien nos quitaría los alfileres del pelo, pondría su boca en la nuestra y luego nos quitaría el vestido.

Lo que ocurriría después no quería saberlo.

—Nada de lo que Céphaline diga te ayuda. Cuando tenías nueve años dije que la caña es una hierba y que hay que cortar la hierba pequeña que rodea la casa, hacer una pasta y hervirla. Luego vomitas.

Mi madre estaba furiosa. No tenía palabras para ella. Yo había pronunciado la palabra *rótula* en voz alta mientras cosía.

¿Quién fue la primera que comió la hierba en la India? Céphaline decía que la caña de azúcar venía de allí. ¿Quién vio mecerse una hierba alta y se le ocurrió aplastarla con los dientes mientras estaba verde y descubrió ese jugo dulce?

¿Y si se hubiera muerto?

—Dice los nombres de los huesos. ¿En qué te ayuda eso? Clavícula. Fémur. Cráneo. El hueso que rodea el cerebro.

—Me gusta saber las palabras.

—Todavía no sabes nada.

Introdujo la aguja en la manga. Ahora que los colchones estaban acabados teníamos que coser nuevas levitas para los hombres, para la Navidad. El tosco algodón ya estaba teñido de negro.

—El doctor Tom le ha dicho que las uñas y el pelo le crecen, pero muertos. No están vivos. Por eso no le duele cuando se lo cortas o lo quemas. Las tenazas de rizar están más calientes que tu plancha.

Tenía que transformar el pelo de Céphaline en negros rizos en espiral. Rizos más grandes que los míos.

—No te quedes en la misma habitación que ese médico —dijo mamère—. Nadie confía en los ingleses que tienen esa voz. Es viejo y no tiene casa. Sólo un caballo blanco y frascos. No lo escuches.

El doctor Tom tenía dos ojos en un tarro. Cuando yo le colgaba la ropa en el armario de la habitación de invitados y él se iba a ayudar al anciano msieu Lemoyne, que no respiraba bien, yo me quedaba a ver los tarros y los libros.

¿Qué era el disco de color del borde de la bola blanca? No toqué el cristal. ¿De quién era ese ojo de color verde turbio? ¿De quién era ese cerebro? ¿De quién ese bulto pálido que había en otro tarro?

En un platillo había unas muelas cuyas raíces blanquecinas parecían espinas y que guardaba para enseñárselas a los esclavos que no se creían que las muelas fueran tan difíciles de arrancar.

—No te creerías que eran de un niño —dijo detrás de mí; y dejé caer el fardo de camisas blancas.

—Lo siento —dije, pero él rio.

—Necesito una camisa limpia —dijo separando la tela manchada de bálsamo de su cuerpo—. He tardado toda la noche en calmar los pulmones de Lemoyne.

Desanudé la cinta que mamère había atado en torno a sus camisas.

—¿Los pulmones son así de blancos? —señalé el tarro con el bulto

pálido con la esperanza de que me dijera lo que era.

El doctor Tom extendió sus manos sobre el pecho.

—Los pulmones son grandes y de un rosa grisáceo, están protegidos por las costillas —dijo—. Lemoyne es un anticuado, como todos los franceses. Se cree que cuando empiece la molienda los vapores del ingenio de azúcar le limpiarán los pulmones. Una deliciosa superstición criolla… que cuando se corta la primera caña, todo va bien.

—Si cree que eso lo curará, quizá tenga razón —dijo madame Bordelon fríamente desde la puerta inclinando la cabeza para estudiarme.

Mis dedos recogieron la ropa sucia del suelo.

El doctor Tom pasaba consulta entre Nueva Orleans y las casas del sur que seguían el río, y era el único que estaba dispuesto a cubrir toda esa distancia por el Misisipi. Msieu le pagaba para que cuidara a grandmère y a Céphaline y a cualquier esclavo que se pusiera enfermo o se hiciera daño, y como Azure era una plantación grande, se alojaba allí mientras trabajaba. En la siguiente localidad hacia el sur, Bontemps, msieu LeBrun criaba perros de caza: algunos para cazar ciervos y zorros, otros para cazar esclavos. En las cacerías de LeBrun, los hombres recibían algún disparo accidental o se caían del caballo y se rompían una pierna.

—Soy el impasible y latoso reparador de los descuidos de esos criollos franceses borrachos —decía el doctor Tom enseñándome la sangre que llevaba en los pantalones de alguna herida de bala de una cacería.

Mamère odiaba su cabeza calva y sus patillas rubias y sucias, sus tarros y, sobre todo, las cosas que me contaba. Ahora yo trabajaba cada día en la casa, y por la noche intentaba explicarle el cuerpo a mi madre.

—¿Los pulmones? —agarró la aguja—. ¿Te ha enseñado un pecho? Yo te diré las otras palabras —volví la espalda a su tono áspero; harta de no poder decir nunca nada, de tener que escuchar siempre, mamère dijo—: ¡No! Mi trabajo es decírtelo. Tu trabajo es tener cuidado.

—¿Piel? ¿Dice que la piel protege el cuerpo?

Aplastó la pesada plancha sobre las camisas del médico mientras fuera la lluvia se arremolinaba en torno a las ramas de los pacanos. Me dolían los dedos de los engrudos, la colada y la aguja. Mi madre me preguntó enfadada:

—¿Por qué la piel es tan blanda, entonces? ¿Por qué a les blancs les salen granos? ¿Y pelo en la cara y los brazos?

Bajé la cabeza hacia las puntadas de la levita. ¿Cómo era posible que esos boutons sólo le salieran a Céphaline en la cara y no en las

manos ni en la barriga? Ni una pústula.

Entonces, por primera vez, vi que mi madre no estaba segura.

—El pelo —dije—. Me has enseñado a esconder el pelo bajo el tignon. Ellos me enseñan a rizar el pelo de Céphaline. Y para nada. El pelo está muerto. Como la corona de la habitación de madame, la corona de flores con el pelo de su madre.

—¡Moinette! —exclamó mamère con dureza, como si escupiera cáscaras de pacana.

—Todo el pelo está muerto. Eso es lo que me dice el doctor Tom. Dice que el pelo y las uñas son como la piel y las garras de los animales. Es sólo que lo utilizamos mal. Él no me mira… bajo el vestido. Me mira como… a un cuerpo. Un cerebro. Hombres o mujeres. Animales —las hormigas de mis puntadas recorrían la manga —. ¿Para qué tanto esfuerzo si al final vamos a ser como animales?

Mi madre dijo:

—A mí no me preguntes eso. No me preguntes.

Se dio la vuelta y levantó la siguiente levita, pesada e informe, sin brazos.

La mujer llamada Hera deslizó su voz entre los postigos cerrados y mi madre la dejó entrar.

Yo había estado durmiendo, mi madre cosiendo en su silla.Un viejo mantel colgado de dos clavos para proteger la cama de la lumbre y que así la luz no me impidiera dormir. A la luz, las manchas de grasa eran como islas de agua dorada, y pude oír a Hera, que estaba cerca de la puerta.

Mi madre dijo en voz baja:

—¿De dónde has sacado ese nombre? No lo había oído jamais. Hera.

Nunca le había oído preguntarle eso a nadie.

—Es el nombre de una reina. Él me dijo algo así. Todos los nombres los saca de un libro. Mi hija es Phrodite.

—¿Dónde?

—Carolina del Sur. Vino aquí el año pasado a plantar azúcar. Debería haberse quedado en los arrozales. Le dio la fiebre. Murió en una semana —extendió un momento los brazos, el cuello doblado mientras se los estudiaba—. El azúcar es más seco que el arroz. Pero hay humo y es afilado. Te corta.

Mi madre asintió:

—Toujours. Todos los días.

Reanudó su costura, invitando a la mujer a retirarse. Retírate, eso era lo que le decía Céphaline a su madre, cosa que ésta detestaba. Ya puedes irte. Retírate.

Hera dejó resbalar la espalda por la pared y quedó tan baja que fue como si secara una línea de líquido con la espalda. Se quedó acuclillada en el suelo, la cabeza echada para atrás, y luego se llevó las manos a las mejillas, los dedos extendidos como un abanico. Entre los dedos, imaginé sus cicatrices centelleando.

—Éste de aquí nos compra en la subasta de las cosas del muerto. Para la cosecha. ¿Vende rápido? —susurró.

—No —dijo mamère, ahora, para mi sorpresa, en tono amable—. Los conserva.

Hera se hundió las puntas de los dedos en las mejillas, tan fuerte que levantó la piel hacia los ojos.

—Phrodite. Le dicen que aquí sólo se lleva ropa negra, pero el domingo llevas lo que quieres —señaló con la cabeza la casaca negra que había en el regazo de mamère—. Es todo lo que te dan. Pero ella necesita un vestido. Algo bonito para encontrar un hombre. Una casa. Si yo falto, que pueda cuidar a mis dos pequeños.

—¿Si faltas? —dijo mamère.

—Por lo que veo aquí, en Luisiana, es fácil faltar.

—¿Partir? —mi madre parecía confusa.

—Morir.

Mi madre se puso en pie y con la mano le hizo señas a Hera para que se sentara en mi silla. Esa mujer pensaba que un vestido podía solucionarlo todo, que la belleza y una tela harían que su hija estuviera a salvo.

—Las cicatrices —dijo mamère.

Hera separó los pies y apoyó las manos en las rodillas.

—Aquí dicen que las cicatrices son singalesas. Mi mamá dice que bambaras. Cuando muere yo tengo nueve años. No te ponen las marcas hasta que no te llega la sangre. Cuando tengo catorce años, una anciana las hace.

Entonces mi madre dijo algo con las mismas palabras africanas que utilizaba para rezar. Reconocí unas pocas. Ni. Dya. Faro.

Hera aspiró.

—No puedo hacerle las marcas a Phrodite. Aquí los africanos no gustan. Quieren negro criollo. Siempre me preguntan si soy negra criolla. No puedo hacer nada por Phrodite —respiró con fuerza, casi llorando, los pechos bajaban y se estremecían—. No puedes marcar a tu hija, tan guapa.

Mi madre dijo:

—No, nada de marcas para Moinette.

Tenía los ojos cerrados porque sabía que me estudiarían mientras dormía y bajarían la voz. Hera dijo:

—¿Él no está aquí?

Preguntaba por mi padre. Pero mi madre no se enfadó. Dijo:

—Un comprador de azúcar vino a ver la cosecha. Tretite, la cocinera, dice que el hombre me ve en el campo y le gusta mi cara. Me llama petit visage cuando viene —mi madre ahuecó las manos en torno a la cara.

Cara pequeña. El hombre que era mi padre. Pero lo que él quería…

—Y ella —dijo Hera—. Cara pequeña, ojos como miel. Todo ese pelo. Y tan guapa…

Mi madre negó con la cabeza.

—No. No digas eso.

—¿A quién se parece?

—A nadie —dijo mamère—. Nadie la ve. Pero ahora está allí —mi madre levantó la barbilla hacia la casa.

—Una chica guapa —Hera se puso a hablar de nuevo, pero mi madre la interrumpió.

—Dicen que arreglas el pelo.

—¿Le arreglo el pelo? —preguntó Hera.

—El mío.

Ninguna de las dos se movió. Entonces mi madre dijo:

—Hago un vestido. Azul. Para los domingos por la noche.

Mamère ya estaba fuera cuando me desperté por la mañana.

Cortaba una de las viejas fundas de almohadón de Céphaline. Los rectángulos de tela eran del tamaño de una manga. Iba a hacerle un vestido a una chica que no conocía, a una mujer a la que sólo había visto dos veces.

Una mujer con marcas como las de la madre de mi madre. Habían hablado en voz baja y las voces se habían trenzado como hierba.

Cada mañana el betún era una nube de lluvia sobre la funda del almohadón de Céphaline. Madame me había dado tela blanca para hacer siete fundas, una para cada día.

Empapábamos las manchas negras en la solución blanca. Luego mi madre decía:

—Ahora vete a la casa. Madame te llama.

Me retiraban. Apliqué la pasta blanca con el dorso de una cuchara.

—Tengo la cara tan fría —dijo Céphaline—. Y el hierro está tan caliente.

Zerline me lo había enseñado todo. Preparaba la pasta con clara de huevo, agua de rosas y alumbre, preparaba el betún con grafito, alcanfor y una gota de aceite de almendra. Zerline me había dicho que si se nos acababa el grafito utilizáramos negro de humo, pero que el grafito era lo que utilizaban en París.

Comprendí cómo se sentía mamère cuando se sentaba en su silla. Yo no quería echarme. Me dolían los brazos de tanto lavar, de tanto peinar y de tanto mantener los hierros sobre la lumbre, y me ardían los hombros de tanto procurar no hacerle daño a Céphaline.

Entonces Hera se colocó detrás de la silla de mi madre y le quitó el tignon. Mi madre llevaba el pelo recién lavado. Hera cogió el peine y comenzó a separar las largas hebras de pelo que brotaban de la frente de mi madre.

Siempre se lavaba el pelo por la noche y se lo peinaba ella misma cuando yo me había dormido. Se lo recogía en un tosco moño bajo el tignon.

Pero Hera le fue dibujando unas trenzas que se alejaban de la cara de mi madre como si un fuerte viento le separara el pelo en hileras.

—Porque no sabes hacerlo —dijo—. Peina el pelo de Céphaline, no el mío.

—¿Por qué te enfadas? ¿Dónde vamos tan tarde? —había sonado la campana de la noche.

—¿Enfadada? —mi madre caminaba a paso vivo; llevaba una pequeña bolsa con un cuchillo y un trapo; hablaba en tono áspero—. No estoy nada… ¿Qu'est-ce… la palabra? —miró la calle en dirección a le quartier, donde los postigos estaban cerrados y las casas a oscuras —. Inútil. Como las uñas. Pas animal, no mato con garras.

Había estado llorando desde que yo volví, ya tarde, de la habitación de Céphaline. Los bordes de sus iris estaban empañados de rojo.

Nos apresurábamos por un sendero hacia la tierra que rodeaba los campos. Franz, el capataz, nos vería en su ronda.

—¿Nos estamos escapando? —susurré, y como mi madre no paraba de andar, le tiré del brazo como hacía de niña.

Nos hallábamos justo en la linde de los cañamelares. El contorno ennegrecido de la pequeña casa donde antes vivía grandmère Bordelon estaba bajo nuestros pies. Entonces Franz se nos acercó montado en su caballo, y una pequeña figura apareció de la verja baja que rodeaba las tumbas familiares.

Marie-Claire. La vieja esclava de grandmère Bordelon: las mejillas marcadas por los círculos rosados de los mordiscos de rata, lo único que por un momento vi en la oscuridad. Como puñados de flores acercándose. Al igual que el resto de ella, tenía la boca rodeada de arrugas que bailaban cuando sonreía.

—Marie-Thérèse —nos susurró—. Y su niña.

Nos enseñó una calabaza.

—Cada noche hago pipí y lo traigo aquí. Le echo un poco sobre la lápida. Me meo en su nombre. El resto lo echo donde la enterrarán cuando le llegue la hora. A la vieja gorda. Le ablando el suelo. Cuando se vaya là-bas —Marie-Claire chasqueó los dedos como si rociara agua sobre una tela para plancharla—, moi seguiré aquí. Entonces me mearé en su cabeza cada noche.

Franz volvió a acercarse. Dijo:

—Estoy estirando mis viejos huesos, msieu. Merci.

Se encaminó a le quartier. Franz nos dijo:

—Vosotras no sois viejas. ¿Adónde vais?

Mi madre, como siempre, no se puso nerviosa.

—Recogemos hierba para quitar una mancha del almohadón de mademoiselle. Su medicina.

—En treinta minutos vuelvo —dijo—. Quedaos aquí y esperad a que os vea. O echaré a los perros.

Nos metimos en las hileras de caña. Sobre nosotras se oía el susurro de los tallos convertidos por la luna en cintas de plata. Cintas para los vestidos. Mamère balanceó el saco de tela y dijo:

—Treinta minutos. Y acabo.

Delante de mí, a la luz, su tignon negro y estrecho era como humo negro. Los tallos de caña me arañaban la cara y me cubrí las mejillas con las mangas. Mi vestido nuevo: un vestido viejo del montón de trapos de Céphaline. Un estampado de percal en amarillo y rosa.

Salimos al camino de la franja de tierra que separaba Azure de Petit Clair y mi madre se encaminó hacia el ciprière, la negra tierra pantanosa que no se cultivaba. En algún lugar, ciprière adentro, había un bayou donde los piratas y los comerciantes del río se encontraban. Christophe decía que los vigilaba en secreto. Mi plato con el pavo real procedía de esas aguas.

El fuerte olor de la inminente escarcha me llegaba a la nariz y a la garganta. Los macheteros de la zafra tendrían que empezar al día siguiente o al otro, antes de que el hielo echara a perder el azúcar.

Cuando llegamos al ciprière, mi madre jadeaba mientras el vapor pasaba junto a su cara. Se volvió y vi que tenía una lágrima en cada mejilla.

—Hera ha conseguido este vestido y se lo ha dado a su hija. Madame y grandmère compran vestidos para Céphaline, la ponen guapa. Y yo.. —pasó la mano por mi falda—. De mí nada. De mí sólo palabras. Palabras que no quieres. El médico te dice palabras. Puede llevarte con él cuando se vaya y nunca te veré. ¡Jamais! ¡Se acabó! ¡No tengo nada!

Intenté abrazarla, pero ella me dio la espalda y su espalda me cubrió como una capa. La apreté con fuerza y ella se estremeció bajo

mis brazos. Sabía que estaba reprimiendo todo lo que tenía dentro. A continuación se secó las lágrimas y dijo:

—Treinta minutos hasta que Franz nos busque. Las viejas plantas de los árboles.

El agua negra era como café en torno a los tocones de ciprés de la ciénaga, pero nosotras cogimos un sendero lleno de hierbajos que se adentraba en el bosque. Nunca había estado allí. La media luna iluminó el cuello de mi madre cuando agachó la cabeza y se abrió paso entre la maleza. Antaño, por ese camino había pasado un carro.

—Esto no es el fin —dije a su espalda—. Siempre escucho.

—Tanto da.

—Dímelo de una vez. ¿O por qué me has traído aquí?

Trastabillamos entre lianas que parecían los hilos raídos y grises de la camisa de un gigante. Mi madre se cayó y el cuchillo se metió entre las hojas. Puso la cara entre las rodillas y volvió a llorar, y lo único que pude hacer fue arrodillarme a su lado.

—Nunca te dejo sola —dijo—. Siempre me siento en la silla, espero a que vengan a buscarme. O a ti. Pero ahora veo que nadie viene a por ti. Tú te vas con ellos —apretó el saco—. Hago este vestido para la niña de Hera y ella encontrará a alguien. Quizá a Christophe. Ella se queda con Hera y tiene un bebé. Pero Céphaline encuentra a alguien y se va. Te lleva con ella y nunca vuelvo a verte.

Entrelazó los dedos detrás del cuello y tiró tan fuerte que por un momento los nudillos se hincharon. Cuando se puso en pie, se limpió la cara con la manga. Sal en la tela, pensé al tocar la humedad.

—Nonc Pierre y sus hombres abrieron este camino —dijo en voz baja—. Cortaron los cipreses para la casa de msieu. Los senegaleses conocen la madera.

—¿Cuándo?

Encontré el cuchillo entre las hojas, y un trastabillar de diminutos pies se alejó de nosotras.

—Hace tiempo. Cuando vienen Bordelon y Lemoyne. De Francia. Todos son de otra parte. Menos los indios que viven en el ciprière.

Nos abrimos paso hasta un claro en medio de los árboles. Paredes de ladrillos cubiertas de enredadera: dos grandes tinas cuadradas. Cuatro tuberías de hierro penetraban en la tina más alta; debían de llevar el líquido a la tina más baja.

—Lejos de la casa por el olor —dijo mi madre, apenas en un hilo de voz—. Cuando fabrican el añil.

Siempre decía esa palabra como si fuera veneno. Respiré con cautela, pero sólo olía a agua fría y estancada y al almizcle de una zorrera.

—Donde la caña crece ahora, todo añil. Cogen las ramas y las

amontonan en la primera tina y las empapaban con agua clara. Luego las hojas se pudren y tienen ese olor. Pasan el agua a la segunda tina y las mujeres tienen que levantarse el vestido y meterse en el agua y darle con un palo. Para sacar el azul han de golpear el agua. El azul se queda en el fondo. Pero el olor se mete en la piel. En el cuerpo.

Una liana colgaba de uno de los tubos, como un collar. La segunda tina estaba llena de hojas secas y barro salobre. Nada azul.

—La caña puede cortarte —susurró mi madre con una voz tan leve como espuma de jabón al viento—, pero el añil se te mete dentro. Tout mort.

—¿Todo muerto? —el ladrillo se desmenuzaba entre mis dedos.

Asintió.

—Nonc Pierre y los hombres construyen la casa y el granero, pero las mujeres hacen cosecha. Cuatro, cinco años. Luego las entierran.

La última fila del cementerio de los esclavos era una hilera de cruces de madera cuyos brazos casi se tocaban. No había nombres. Pero una vez al año mi madre dejaba fragmentos de un frasco azul roto. Y pronunciaba el nombre de Amina.

Se inclinó hacia el suelo.

—Crece silvestre donde cae una semilla —murmuró.

Unas plantas de la altura de sus rodillas crecían en grupos y las hojitas tenían forma de uña. Se cubrió la palma de la mano con el trapo y arrancó toda la planta del suelo. Sólo me llegó el olor de la tierra húmeda y la hierba amarga cuando la metió en el saco.

—Franz espera allí —dijo—. Date prisa.

—¿Nos pondrá enfermas?

Mi madre bufó por la nariz disgustada.

—¿Alguna vez he dejado que te pasara algo malo? ¿Crees que dejaría que un maringouin se te posara en el brazo?

Ni siquiera un mosquito que entrara en nuestra habitación escaparía a sus ojos y oídos. Se sentaba junto a mí en la cama y esperaba su zumbido.

El aire helado se me clavaba en los lóbulos de las orejas, la única parte que no me cubría el tignon.

—Esto no es el fin —dije—. Te escucho. Te oí decir ni cuando hablabas con Hera. Y dya. Faro.

Pensé que eso la detendría, pero negó con la cabeza.

—Da igual lo que escuches. No eres bambara. Eres rótula. Crees que el pelo está muerto.

—¿Cómo no va a estarlo? —le grité al viento, pero entonces olimos el humo.

2. FARO

Una hoja. Una hoja enrollada que se deja arder.

No es dulce. No es caña. Cuando salimos al camino del cabo vimos una mancha de luz roja en la distancia. No era Azure. La casa de msieu Lemoyne: Petit Clair.

Corrimos por el cañamelar hacia donde Franz no nos estaba esperando. Había cruzado nuestros campos para tocar la campana que llamaba al trabajo, gritándoles a los esclavos que se unieran a él con cubos.

Por encima del cañamelar que refulgía al viento, la casa ardía, pequeña y roja, como la chimenea de Dios detrás de una rejilla de ramas.

Por la mañana, la casa de msieu Lemoyne eran ascuas humeantes entre pilares de ladrillo. Desde donde estábamos mamère y yo, con los otros que habían venido de Azure, veíamos fragmentos de hierro como patas de araña.

—Se fumó un cigarro y se olvidó de dónde lo había dejado —dijo Tretite; un humo azul revoleaba sobre las cenizas—. La cocinera, Nonnie, ahora está en mi cama. Tiembla toda la noche. Acaba el trabajo, él sube las escaleras, se duerme y el fuego se inicia en el escritorio. No tiene a nadie más que le ayude, y él está muy pesado, y ella es muy vieja. Nonnie sólo consigue llevarlo a las escaleras.

¿Su cuerpo estaba allí? ¿Como el sebo de nuestro jabón? ¿Cenizas de madera y cenizas de piel? Cigarro: hojas de un tabaco que msieu Lemoyne cultivaba con especial dedicación. Una planta que arde y quema el papel y luego la madera. Huesos y pelo.

—¿Creen a Nonnie? ¿Msieu y madame? —murmuré.

Oíamos los fuertes sollozos dentro de la habitación de Tretite, los roncos jadeos una y otra vez. Tretite se encogió de hombros.

—Se quema las manos intentando sacarlo. ¿No crees que lo intenta? Pero esta noche se lo ha de contar a la familia de él, que viene de Nueva Orleans. Quizá no la creen.

Cuando regresamos a Azure, mi madre se dirigió hacia el calvero sin hablar y yo comencé a limpiar las cenizas de las cercas del porche e incluso del cuello de los tarros de cristal del doctor Tom. Vimos

cenizas de caña cada día durante la cosecha, agujas negras y astilladas. Pero esas cenizas (suelo y alfombra y piel y dinero) eran copos grises y rescoldos oscuros y temblores blancos de polvo que se derretían cuando los tocaba.

Las cenizas ponían nerviosos a los Bordelon. Azure alojó a los parientes de los Lemoyne de Nueva Orleans que fueron a presentarle sus respetos a msieu Lemoyne.

—La construyó en 1790 —le dijo msieu a madame con las patillas negras de hollín—. No se ha salvado nada. Nada. Pero puedo llevar el ingenio con Franz. No tenemos por qué interrumpir la cosecha.

Madame se movía por las habitaciones con decisión, añadiendo flores en un jarrón, enderezando el retrato de msieu hecho en Francia. Los dedos de madame recorrían el brillo de la larga mesa del comedor. Amaba la casa como si fuera una persona; mi madre tocaba sus cosas de la misma manera, igual que Eveline tocaba la cabeza y hombros de sus hijos.

En el piso de arriba le dijo a Céphaline:

—Tienes que sacarle provecho a esta tragedia. Los Lemoyne traerán a mucha gente de Nueva Orleans y se alojarán aquí —luego se volvió hacia mí—: Moinette, coge tus cosas. Céphaline necesita estar preparada. A partir de ahora te quedarás en su cuarto, le guste o no.

Mamère no estaba en las marmitas de lavar cuando llegué al calvero. No estaba dentro de la casa cuando metí el otro vestido y el otro tignon en una bolsa. Toqué el baúl, su altar, que sólo contenía los adornos que se usaban durante el día: platos de madera y tenedores curvos. El peine de hueso estaba en el colchón.

Mamère no había acabado conmigo. Ni con sus palabras ni con sus lecciones. Salsa. Sangre. Faro. Ni.

Me daba miedo dormir allí, en el cuarto de Céphaline. Me daba miedo romper algo, quemarle el pelo. Nannie, la cocinera, se había desmayado.

—Su corazón está tan asustado que podría pararse —dijo Tretite.

¿Y si le tiraba del pelo a Céphaline y se le caía más?

¿Quién me peinaría ahora? Aun cuando no debería recordarle a madame que yo tenía pelo, tal vez podría escabullirme hasta la casa de mi madre, al menos un momento.

Tenía la piel todavía blanca, pero en la nariz de Céphaline había agujeros. Diminutos agujeros negros. Y los boutons le habían pasado de las mejillas a la mandíbula y la frente, como tachuelas pintadas de rojo.

Fui a la cocina a por el alumbre. En la cara de Tretite había

círculos plateados de sudor seco. Estaba tan preocupada y ocupada cocinando para los invitados que no había tenido tiempo de secarse la frente.

—Msieu y madame hablan. La hija de Lemoyne vende Petit Clair. No quiere la tierra. Pero msieu quiere la tierra como sea. Y el ingenio. Muele allí la cosecha. Pero ahora no tiene dinero.

Cuando los Auzenne necesitaban dinero, vendían esclavos. Siempre hablaban de ello durante la cena del domingo.

—Siempre pollos extra o cerdos o Pierres —había dicho riendo una vez msieu Auzenne.

—¿A quién venderá? —susurré.

Sus dedos separaban las piedrecitas del arroz.

—A Céphaline —me contestó—. La casa por dinero, msieu compra las tierras de al lado y construyen una nueva casa. Quieren ver si su marido la trata bien. Es lo que madame dice. Dice que Céphaline es frágil.

La carne de pollo tenía un reluciente color rosa sobre la tabla de cortar. La quilla se astilló y la médula salió por los agujeritos.

Tretite me entregó un cuenco pequeño.

—Clara de huevo. Vete.

Le apliqué la pasta a la piel de Céphaline. La clara de huevo. Si la yema, con su mancha roja, era el comienzo de la cría, ¿qué era el blanco?

Sus ojos seguían siendo hermosos. El doctor Tom había dejado eufrasia para quitarles la rojez. No dejaría de escribir en toda la noche. Yo intentaba mirar dentro de sus ojos, las venillas, pero ella los cerraba.

—Ahora se supone que debemos bordar y que yo debería contarte mis secretos —dijo—, pero no tengo ninguno.

—Oui —dije.

Yo tenía las manos en el regazo. Habló a través de la clara de huevo de la cara.

—Ahora duermes aquí. Pero no somos amigas. Y no somos como hermanas. Las niñas de los Auzenne miman a las criadas y les dicen que son como hermanas. Mis padres no tienen más hijos.

—Entiendo.

—Mi madre dice que en Francia las mujeres llevan el pelo tan alto que en la ópera no pueden ver el escenario. Dice que va a venir una medicina de París. Para mi cara. Entonces ya no tendremos que usar esto.

Le limpié la cara con una esponja y sus boutons relucieron. Abrió los ojos.

—Los Lemoyne y los Auzenne vienen esta noche —pronunció los

nombres como si fueran una enfermedad—. Juzgarán tus estúpidas clases de belleza, pero nadie preguntará por las mías.

Agité el frasco poliédrico y mojé el peine en él, procurando que no quedara demasiado líquido en los dientes. Desprendía un fuerte olor a alcanfor. Céphaline tenía el pelo negro como el mío y suavemente le recorrí el cráneo con el peine, desde la frente. Como hileras de ralas hierbas, y el cuero cabelludo la tierra entre ellas. Las venas azules cerca de las sienes, la irritación rosácea del cogote, los bultitos rojizos allí donde había tenido llagas y se las había rascado.

Bajo su cuero cabelludo estaban el hueso blanco y el cerebro nadando. Dentro de los pliegues y los valles, ¿estaban las palabras y las recetas y los números? ¿Cómo decidía el cerebro de un hombre que quería mirar bajo el vestido? ¿Cómo aprendía el cerebro de una mujer a valorar los dibujos pintados en un plato?

—Incluso desde aquí se puede oler el humo —dijo amodorrada—. Grandmère dijo que esta mañana olía como Haití cuando ella era pequeña. En Haití cultivaron azúcar hasta la revolución.

Cerró los ojos. En cierto modo, su voz sonaba ahora como la de su abuela, repitiendo una historia exactamente del mismo modo.

Desde ahí arriba, lo alto de los tallos de los cañamelares se veía dorado y quebradizo, y el ingenio de Petit Clair emitía velos negros de humo. Toda esa hierba de la India convertida en dinero. A continuación una hoja de tabaco al quemarse lo borró todo.

Tenía el pelo negro, más tupido a causa del líquido, y cuando las mechas se sacaron, calenté las tenacillas sobre la lámpara.

—No me importa que me peines —dijo de repente—. Me da sueño. Pero odio que me lo ricen. No me quemes, Moinette. No me quemes.

—No.

Separé las puntas de hierro y abracé con ellas la primera sección. La giré lentamente, como Zerline me había enseñado. El aceite de almendras dulces de su peinado emitió un siseo y me acerqué a la sien todo lo que pude. Ella puso una mueca y yo le dije:

—No te muevas, por favor.

Cuando abrí las tenacillas, me temblaba la mano. El rizo cayó grueso y reluciente sobre su hombro. Espiré. Se oyeron voces abajo.

—Si Dios hubiera inventado una tortura especial para mí, no podría haber elegido mejor —dijo.

Y también para mí. Si la quemaba, ¿me quemaría msieu, en el mismo lugar de la cara o el cuello? Un mozo de cuadra de los Auzenne había dejado que el hijo pequeño se cayera del caballo y se rompiera un brazo. También le rompieron el suyo. ¿Quién le había partido el hueso del brazo?

La voz de Céphaline tenía la amargura de las hojas de higuera,

pero su aliento era demasiado dulce cuando me llegaba a la cara, casi como si hubiera estado comiendo corteza de naranja caramelizada. Pero no. No había comido desde el año pasado.

Volví a llevar las pinzas al calor de la lámpara y ella dijo:

—Esto me daña el cerebro. Cada vez que me pones esa cosa caliente cerca de la cabeza, siento que me quema por dentro.

—Ni te rozaré con ellas —dije cuidadosa.

No me había acercado ni a dos dedos de su cabeza, lo había medido con los ojos. Tenía la garganta llena de saliva (la palabra que utilizaba Céphaline cuando decía que los hombres escupían tabaco y saliva) y el líquido del miedo avanzó en mi interior.

Félonise me trajo café, pasteles y carne fría. La hija de msieu Lemoyne, de Nueva Orleans, y su marido. Los Auzenne, sin sus hijas. Hablaron del incendio, de los esclavos, del ingenio que msieu dirigiría mientras decidían qué hacer con Petit Clair. No mencionaron a Nonnie.

Luego la hija de msieu Lemoyne dijo:

—¡Céphaline! ¡Ya no eres una niña, sino una joven preciosa! Mañana traeremos a los primos de mi marido y estarán encantados de conocerte.

Céphaline tenía el pelo reluciente. Sus boutons estaban cubiertos de un fino polvo blanco y quedaban como diminutas galletitas espolvoreadas de azúcar sobre las mejillas y la mandíbula. Ella lo sabía. Se quedó mirando a su madre y ésta le devolvió la mirada.

Apenas pude dormir en mi camastro del rincón de su cuarto. Céphaline leía a la luz de las velas, y madame entró dos veces a decirle que lo dejara. Al final, madame sopló las velas y le quitó el libro.

A esa hora mi madre encendía las velas. Rezaba. ¿Estaría mirando la cama vacía? ¿Comería en el plato del pavo real?

Sólo una vez había dormido lejos de ella. Me acurruqué sobre un lado y vi todo el calvero. La falda de mi madre cerca de mi cara cuando yo era pequeña, una mancha descolorida, como una nube en el cielo negro. Una reluciente cicatriz rosada en el antebrazo, de una quemadura. Cacharros de hierro forjado con cráteres como piel cicatrizada. Pinzas de la ropa alineadas para bailar en la arena. El plata de la tabla de lavar recorrido de venas de óxido como sangre.

Incluso el olivo oloroso parecía mirarme y la caña era más alta que el cielo. Cuando yo era pequeña, nuestro calvero era la tierra de mi madre y de nadie más, y siempre y cuando pudiera tocar su falda de vez en cuando, nunca quería marcharme.

Entró por la mañana con las ropas limpias y planchadas en el carro y me reuní con ella en la sombra.

—Mamère.

Levantó la barbilla. No podía decirme que me retirara. Acabábamos de empezar.

—¿Dorm bien? —susurré.

Apretó los labios como si tuviera un grano de arroz entre ellos.

—Le pregunté a madame si podía llevar las ropas a nuestra casa. Pero dijo que ahora tengo que vestir a Céphaline.

Mamère cogió el cesto de la ropa sucia. Dentro de la servilleta manchada de mayonesa había quince granos de café. Yo los había escondido ahí, pero no podía decírselo.

Sus ojos se inundaron de luz y se dio media vuelta.

—Incluso el transporte es poco práctico —dijo Céphaline, mirando por la ventana, y su madre frunció el ceño.

—Los nuevos carruajes son así —dijo madame.

Até la cinta cerca de la frente de Céphaline.

Abajo ayudé a Tretite a quitar la mesa después del concurrido desayuno. Madame Lemoyne había regresado a Nueva Orleans, y su marido se había quedado para ayudar con los esclavos en Petit Clair. Llevé el café al despacho, donde msieu y el marido abrieron los libros mayores.

—¿Por qué guarda aquí todas estas cosas tan truculentas?

—Es médico —dijo msieu—. Estudian el cuerpo. Yo no quiero saber lo que hay dentro. Si mi estómago está bien, ya me siento feliz.

—¿Es inglés?

—Mejor que si fuera americano —msieu hojeó más papeles—. Lemoyne tenía cuarenta y cinco esclavos.

—¿Y si alguno se escapa? ¿Aquí no hay nadie más que tu capataz Franz?

Oí cómo msieu pasaba las páginas.

—Franz es bueno. El ingenio va a toda máquina. Aquí no se escapa nadie mientras LeBrun tenga esos perros. Chiens de nègre, chiens de renard.

—El zorro es más divertido.

—Sólo los bozales se escapan. Se ve en las cicatrices que traen cuando llegan en el barco. Tengo sólo unos pocos bozales. Los míos son criollos. Los míos no se escapan. Vigilaré a caballo tu plantación de día y por la noche mandaré a Franz.

—No es mi plantación. Es de ella. Hasta que ella decida.

Allí yo no medía nada. Pasé la herramienta plana y plateada por el mantel para quitar las migas. Guardaba los granos de arroz y los bordes del pan de maíz para Tretite, que se los daba a sus gallinas. Transporte. Tretite llevaba la comida a las gallinas y luego mataba una y la llevaba de vuelta a la casa para la olla. Café de los granos, azúcar de la hierba. Tragar y esperar a que todo pase por tu cuerpo. Te quitas las ropas y lavas la salsa y el sudor y las manchas por donde la comida pasó a través de ti y fue a parar a la letrina.

El armario estaba lleno de los platos que madame se había traído de Francia. Para que Céphaline pudiera vivir y un hombre pudiera sacarla de allí y pudieran juntar su dinero y construir una casa de madera y comprar platos de Francia y tener hijos que quisieran platos.

Llevé las migas a la cocina, al cuenco de madera de Tretite. Los macheteros estaban en el cañamelar que había más allá de nuestro calvero. Mamère no estaba allí. Los cuchillos de la zafra brillaban como pájaros revoloteando. La carreta esperaba los tallos. Transporte. La hija de Hera necesitaba un vestido para poder vivir y que un hombre se la llevara a otra casa y unieran sus herramientas y sus mesas y tuvieran hijos que quisieran platos.

Yo quería decirle a Céphaline que comprendía lo que querían para ellos, pero que no comprendía para nada lo que ella quería para mí. Mamère.

—¿Has visto el cerebro del tarro? —me preguntó Céphaline—. Te he oído allí dentro.

—Sí —dije.

Había entrado en el estudio del doctor Tom para llevar los papeles que se había dejado en el comedor.

—El cerebro pertenecía a un hombre que murió de un tiro de bala. Le abrieron el cráneo con una sierra y le sacaron el cerebro para examinarlo.

—¿Él te contó eso?

—Cuando el doctor Tom vino por primera vez me dijo que el cerebro era de un bebé que habían encontrado junto al camino. Me dijo: «Y tu madre te quiere y no te dejará junto al camino, de modo que haz todo lo que te diga, ¿entendido?».

Céphaline pasó junto al despacho de su padre, donde su enorme escritorio y el libro mayor daban a las puertas de la galería abierta y al río y después entró en el cuarto de invitados, que estaba al lado.

—Céphaline —dije—. No deberíamos…

—Mira —se dio media vuelta y señaló el tarro grande donde flotaba el cerebro—. Todavía está perfecto porque le dispararon en el corazón. Pero hay algo que me da dolor de cabeza. Las tenacillas y

tanto peinado. A veces no puedo tragar. El olor de esa pasta tuya.

Me clavó una mirada furibunda. ¿Podía llevarle la contraria?

—La pasta es de Zerline —dije sin inmutarme—. El cráneo… el calor no puede entrar en el hueso, ¿no? Sólo te duele el cuero cabelludo.

—No, el cerebro —giró el tarro y el cerebro nadó en el líquido—. Dentro de los huesos hay tuétano. Pero lo único que está totalmente rodeado de hueso es el cerebro.

¿Qué se me permitía decirle? ¿Que odiaba tocarla?

—Ojalá no tuviera que rizarte el pelo.

—Pero ése es tu aprendizaje. El mío es aprender estupideces y olvidarme de lo importante —se llevó las manos a las sienes—. Mis ojos no se parecen a los de nadie. Pero ¿de quién he recibido el cerebro? No de mis padres. Y grandmère Bordelon sólo conoce es a sí misma y las partes de su cuerpo. Su boca, su estómago, sus pies.

Nunca sabía si contestar o escuchar. Si decir la verdad o mentir. No sabía lo que quería Céphaline. Nadie sabía lo que quería.

—Debo de haber heredado el cerebro de algún francés. Un hombre. O quizá no desciendo de esta gente. ¿Sabes dónde se formó? —hablaba más deprisa.

—¿El cerebro? —pasé lentamente el trapo por la mesa baja de patas salomónicas.

—El bebé.

¿Debería decir que en otro tarro la matriz era un puño blanco furioso y apretado, y que el doctor Tom había dicho detrás de mí: «Cuando la matriz está viva, está roja de sangre y se extiende en torno al bebé, tan tensa que se parte como la piel de una uva cuando la cortan»?

Besoin. ¿Qué necesitas?

—Tú no necesitas saber nada. Sólo hacer lo que debes —dijo Céphaline.

Con las palmas se aplastó el pelo contra las sienes. Sus ojos no eran cielos. No eran flores. Ningún joven diría eso.

—No pongas cara de ofendida —murmuró—. Yo también debo hacer cosas. No hago distinciones entre nuestras tareas.

Sus ojos no eran azules.

En el plato que tenía a su lado, los dientes de un niño eran grises como tiza vieja. El pelo de Céphaline olía a metal, aceite y perfume. Tenía los rizos lacios, el cuero cabelludo rojo y casposo. Un gorro de dolor: ¿peor que el calor de mi tignon cada noche, cuando intentaba dormirme y el sudor me recorría mi propio cuero cabelludo? Madame vio que me lo quitaba la primera noche y dijo: «¡Es la ley! ¡Tienes que llevar la cabeza cubierta!».

Yo me quitaba la tela en cuanto llegaba la noche y el aire me daba en la cabeza, donde mamère decía que el cráneo había sido blando… cuando era una recién nacida.

Céphaline no podía quitarse el cuero cabelludo. Alzó la mirada hacia mí.

—Dilo.

—¿Qué?

—Lo que guardas dentro.

—Los recién nacidos tienen una zona blanda en la cabeza —dije con cautela.

Se incorporó rápidamente.

—Pero no sabes cómo se forma.

No iba a contarle lo que me había dicho mi madre. Los cuatro labios. El conducto que formaban.

—Se supone que no he de saberlo —dijo—. Que sólo he de producir un mamífero. Un hijo varón. Mi madre no pudo. Y tú has de producir mamíferos hembras. Monsieur Lemoyne siempre decía que las chicas como tú valían más que los chicos.

Mis omóplatos no eran alas de ángel. Eran huesos. Fríos. ¿Qué sabía Céphaline de los animales como yo?

—He de ayudar a Tretite en la cocina.

Pero me tiró del brazo, me llevó al escritorio de su padre.

—No hago ninguna distinción entre nosotras. Hoy he de conocer al primo de Lemoyne y al sobrino de los Auzenne y aparearme con alguno. Tú te apareas con otro. Sé leer en latín y en español y eso no cambiará mi tarea.

Abrió el libro mayor y pasó el dedo por una lista de palabras. Intenté leer con rapidez.

> Dos armarios: veinticinco pesos. Cucharillas de postre de plata: once pesos. Platos decorados: cinco pesos.

—La lista equivocada —dijo, pasando la página.

Otra lista, la escritura de msieu, con los caracteres inclinados como si hicieran frente a un fuerte viento.

Esclavos. La lista en la que figuramos.

> Hera: singalesa, 32. Phrodite: negra criolla, 15. Apollo: negro criollo, 10. Janus: negro criollo, 9. Romulus: negro criollo, 7. (En famille: novecientos cincuenta pesos.)

Las compras más recientes escritas al final. Su dedo pasó rápidamente por los nombres.

—Un recién nacido —dijo.

> Michel: negro criollo, 30, mil pesos. Eveline: griffe, 26, setecientos pesos. Bat: sacatra, 10, trescientos pesos. Alphonse: sacatra, 8, trescientos pesos. Séraphine: sacatra, recién nacido, cincuenta pesos.

—Mira, hay un bebé. ¿Lo ves? En cuanto tu mamífero respira, ya vale dinero.

Estaba harta de lecciones, a cada momento del día y de la noche, todas esas palabras: sacatra, mamífero, rótula, dalia. Dije:

—¿Y nuestras tareas no son diferentes?

Mi cara se sonrojó de miedo ante mi voz colérica. Si se lo decía a su padre…

Cerró el libro mayor antes de que yo pudiera encontrar mi nombre. O el de mi madre.

—Mi tarea es ganar dinero casándome —dijo mirando hacia la galería—. En cuanto yo consienta, mi padre gana dinero. Pero luego he de acostarme y dejar que me hagan un varón. O todo estará perdido. Eso es lo que cuchichean en el pasillo.

Se volvió hacia mí:

—Cuando me aplicas soluciones que queman en la cara y las manos, me digo que estás llevando a cabo tu tarea y yo la mía. Intento no odiarte.

Fuera oímos caballos y un bote que flotaba en el río. Yo no podía odiarla. Cuando la mandaran con su marido, a lo mejor me llevaba a mí. ¿Cuánto valía yo? Abrió el libro mayor en la misma página. Marie-Claire: singalesa, 60, cinco pesos.

La mujer que había permanecido despierta noche tras noche con grandmère Bordelon… hasta que las ratas le comieron la carne.

Céphaline cerró el libro y miró hacia fuera.

—Yo también intento no odiarte —dije en voz baja, y esperé a que me golpeara, pero ni me escuchaba.

Las palabras que Tretite me había dicho medían la sangre. «Mulâtresse» después de mi nombre. Y un número. Mis lecciones. Dije:

—La lista de tu padre dirá el nombre de mi mamífero. La Biblia de tu padre dirá el nombre de tu mamífero.

Céphaline miró a mi espalda. Dijo:

—El primo o el sobrino dirá «tus ojos». Los criollos no tienen estos ojos. Eso es todo lo que dirán. Yo quiero decirles «estos ojos ven». Eso es lo que siempre digo.

No podía hablarle a mi madre de las palabras ni de los números.

Marie-Claire se pasaba el día hilando delante de su casa, los dedos relucientes como madera lustrosa. Cinco pesos. Menos que las cucharillas.

No pude ver a mi madre. La casa estaba llena, con los Lemoyne de Nueva Orleans, hija y marido, tres tías y primos, todos preocupados por Petit Clair y el ingenio.

Los ojos de Félonise se movían como cochinillas grises, atendiendo veloces cada cubierto, pero las manos eran lentas como un gato de cacería mientras lo colocaba todo. Pichones: veinte en total, servidos en fuentes, y los huesos tintineando en los platos, como un juego.

Céphaline estaba callada, incluso cuando la tía Lemoyne dijo amablemente:

—He oído decir que estás escribiendo un libro.

Madame dijo rápidamente:

—No, pinta. Pájaros y flores.

Pero Céphaline no dijo nada; no se comió el pichón ni el jamón. Tocó la cola del pescado en la fuente. Llevaba el pelo perfecto, la cinta azul de la frente le hacía juego con los ojos, y la piel, desde lejos, era blanca. Pero las costras formaban un mapa bajo los polvos de arroz.

—Esto queda muy al sur de la ciudad —dijo la hija de msieu Lemoyne sujetando el tenedor con delicadeza; los huesos de la muñeca se movían como huesos de melocotón bajo la piel—. No hay ópera ni escuelas. Prefiero quedarme en la otra casa. Y el abogado quiere preguntar enseguida por posibles compradores.

El marido era rubio y tenía poco pelo. El sudor de la nuca le desaparecía en los pliegues del cuello cuando levantaba la cabeza del pescado.

Msieu estaba callado, jugaba con el arroz del plato. Necesitaba dinero. Quería el ingenio azucarero. Yo miraba fijamente una escama de pescado, reluciente, curvada, que se había posado sobre el mantel como una uña arrancada a un ángel.

Yo odiaba el café. ¿Y si alguien movía la taza y yo le quemaba la mano? Sus dedos se movían demasiado. Tretite dijo que el marido de la hija había vendido a Nonnie, la cocinera de msieu Lemoyne. No era culpa de ella que él se hubiera dejado olvidado el puro que quemó la casa, pero la subastaron en Nueva Orleans.

Yo sujetaba los platos decorados esperando a que Félonise trajera el postre.

¿Dónde había conseguido mi plato con el pavo real el tratante que lo trajo? Había círculos rosados en las mejillas de Marie-Claire, esos platos valían más que sus huesos. Là. Allí. Yo estaría contigo là-bas, había dicho mamère. Estaba en su silla rezando para que no se me cayera ese plato.

—Los de la dalia —dijo madame, levantando los higos en almíbar —. Mis platos favoritos.

A la mañana siguiente procuré estar abajo para cuando llegara mi madre. Y cuando me la encontré en las escaleras de la galería de atrás no deslizó los dedos dentro del fardo de la ropa sucia en busca de granos de café. Dijo:

—¿Me preguntas por qué lo intentamos si sólo somos animales? Porque hasta una rata alimenta a sus crías y trabajo duro para ganarme el azúcar y el pan. Hasta una rata se queda toda la noche en vela mirando la oscuridad. Cuando sus crías duermen —señaló las tierras adyacentes a los cañamelares—. Las ratas se comen las mejillas de Marie-Claire y convierten su sangre en leche para sus crías.

Madame gritaba en el piso de arriba. Mi madre dio media vuelta y se alejó.

—¡Creemos que son los libros los que causan los boutons!

Madame estaba furiosa. Yo los quitaba del estante del salón y los apilaba en cajas de madera.

Céphaline me quitó dos volúmenes de las manos.

—No pongo la cara entre las páginas.

—¡No duermes! ¡No sales! Las hijas de los Auzenne van a montar cada día y preparan ramos de flores para el salón. Tienen el rubor de la salud. Tú siempre lees y te pones nerviosa.

Céphaline dijo sin inmutarse:

—Tú estás nerviosa. Yo estoy leyendo.

Eran los libros del marido de grandmère Bordelon traídos de Francia. Toqué los lomos.

Madame suspiró.

—Los Lemoyne decidirán si venden la tierra. Encargaremos vestidos en Nueva Orleans para el invierno. Y tu tarea es tener una conversación agradable. No hablar de libros.

Nonc Pierre, el mozo de cuadra, con el pelo plateado levantándose como niebla de su cabeza, se llevó los libros al establo. Madame me hizo lustrar la estantería de caoba con aceite de limón y en los estantes colocó jarrones y abanicos españoles con encaje.

Céphaline rio.

—Seguiré escribiendo mis libros —dijo.

Tenía los dedos púrpura, las mangas manchadas de negro. ¿Y si no los lee nadie más que tú?, quise preguntarle. ¿Siguen siendo libros entonces? Pero me callé.

Al día siguiente, tenía páginas y páginas escondidas bajo el colchón. Susurraban cuando ella se movía para pedir agua. Cuando cogió el vaso, su cara pareció flotar en una nube oscura henchida de

lluvia sobre el almohadón y su aliento era dulce y caliente como brandi con azúcar.

Pero su libro me llevó de vuelta con mi madre, aunque sólo fuera por una mañana.

—Fíjate en la tinta —dijo inquieta madame—. Hoy Céphaline está demasiado enferma para las clases. Lleva estos vestidos a tu madre para que quite las manchas.

Céphaline dormía, los párpados recorridos por bayous color lavanda, como sus mapas. En la cocina, Tretite preparaba un cesto.

—Tu madre dice remolacha blanca para la tinta. La hoja también. Seis huevos. Ella dice que lleves sal.

Corrí hacia nuestro calvero. Allí las cañas aún estaban altas. Los macheteros dejarían para el final las filas más cercanas a la casa de los Bordelon, las cortarían cuando llegara la Navidad y le ofrecerían el último tallo a msieu atado con una cinta roja.

—Mamère.

Bebía su café del amanecer, sentada en la silla. Me arrodillé a su lado y besé sus rodillas de huesos circulares a través del vestido.

No podía expresar cuánto echaba de menos sus palabras, aun cuando me hubieran asustado y enfurecido cuando me obligaba a escucharlas. Con sus duros pulgares en mi frente y sus ojos clavados en los míos.

Y ahora, esperaba.

—Las cejas —dije—. Así es como sé lo que sienten. Ten cuidado.

Asintió.

—Madame y Céphaline son lo mismo. Sapos que se besan y se apartan de un salto —abracé sus piernas y me senté—. Las de msieu son como las del pelo de su cabeza. Incluso tiene pelo en los dedos. Está muy enfadado. Quiere comprar Petit Claire. Necesita dinero.

Mamère me aflojó el tignon y sacó la pesada trenza. Notaba sus manos cálidas y secas en mi cuello. Al otro lado de la puerta abierta, el sol enviaba agujas de oro al calvero. Incluso había echado de menos las ropas que volaban huecas, limpias y silenciosas. Las mangas aplastadas bajo la plancha y sin caras que asomaran del cuello para hablar.

—¿Céphaline aún no está a punto?

—No. Madame espera una medicina de París. Pero hoy Céphaline vuelve a estar enferma. La cabeza.

Mamère asintió.

—Escribe, escribe. ¿Oui? —estudió los vestidos manchados que le había traído, percal con un estampado de ramillas y muselina rosa con manchas de tinta negra azulada en los puños y las mangas—. Quítalas,

haz una pastilla de jabón. Como la que te enseñé a hacer la primera vez que vino el médico. Él trajo la tinta china. Os trajo todas esas palabras.

Después de eso no dijo nada. Comenzó a moler la hoja de remolacha en el mortero y la hoja soltó un jugo amargo. Quería echarme en mi cama pero había un vestido extendido sobre la manta. Hilvanado, no cosido. Falda de mantel manchado. Mangas de almohadón.

—No he visto a Phrodite —dije.

—Ha estado en la zafra desde que vino. Todo el día.

Me acerqué al vestido. Alguien a quien no había conocido dormía en mi sitio. Tiras de algodón barato de adorno en la cintura y el cuello.

—Se parece a su madre. Bambara. Pero no tiene cicatrices —dijo mamère—. El mismo animal. Pero tú eres un animal diferente a mí. No tienes cicatrices. Pero eres medio mía. Tu pelo no está muerto.

—Entonces, ¿cómo puedo quemar el de Céphaline y que no grite?

Mi madre se encogió de hombros como si se rindiera.

—El doctor lo sabe. Él y la institutriz lo saben. Céphaline lo sabe. Yo sólo sé otras palabras.

Comenzó a desenvolver algo en la mesa.

—Una madre nunca es institutriz porque siempre se equivoca. Toujours. ¿Pero las cicatrices? ¿En Hera? Mi madre me dice cuatro labios. Dos en tu boca, dos bajo tu vestido. El doctor no te dice esto.

No quiero oír hablar de debajo de mi vestido. Levantó la diminuta galleta de añil. Una pastilla de crepúsculo.

—Una anciana me enseñó esto. Mi madre ya ha muerto. Me lleva a sacudir el balde, el índigo se queda en el fondo y tienes suficiente para una tela. Dice que en África el añil es silvestre y la gente tiene bastante para sus ropas. Dice que mi madre llora y le dice que añil buena suerte en África. Alguien de África lo trae aquí y crece tanto que los mata. Se acabó.

Mi madre no lloraba. Su tono era enérgico pero meticuloso, como si le hablara a Tretite de un encaje dañado.

—Ahora llevas el vestido de Céphaline. Hago un vestido para Phrodite, y su madre le habla del pelo. De los bambaras. A lo mejor un día la marcan —se puso un grano de café en la boca—. Pero quizá tú no crees las palabras bambaras si te las digo. Tú crees las palabras de doctor. Tú me dices todas tus palabras. Pero yo no puedo decirte nada.

Levantó la cabeza.

—A lo mejor acabo con las lecciones —dijo.

—Sé lo que pasa —comencé a decir, pero ella envolvió la pastilla de añil y se sentó en la silla.

Señaló al suelo, lo que significaba que me sentara y me arreglaría el pelo. Me frotó aceite de almendra en el cuero cabelludo y movió la piel contra mi cráneo. Dijo:

—Li travaille… tu trabajo es besoin. Lo que ellos necesitan. Quienquiera que venga. El médico. Tal vez el marido de Céphaline. Tienes cuatro labios. Tres conductos. Te dicen que te eches y te estés quieta. Te dicen que te muevas. Lo que digan.

—No —le susurré furiosa

—Céphaline volverá a ser guapa, como cuando era una niña. Se casará. Y te irás con ella. Pero no lejos. Hasta el río. Ecoute. ¡Escucha! Tretite me dice los nombres de los sitios. Así que, si te vas, yo sé adónde —su voz era tranquila—. Esto es Azure. El azul. Là-bas, río abajo, Bois Belle. Constance. Maison Blanche. La Pinière. Y casa de los Auzenne, Coeur Fort.

Tierras con nombres de hijas o árboles o esposas o amores.

—Río arriba, al norte, está Orange Grove. Les Palmiers —cerró los postigos y murmuró—: Besoin. Lo que necesiten. Tú haces tu trabajo y ellos no te llevan lejos. Los pies pueden llegar.

Sabía cómo había ocurrido. El bebé. No fue difícil imaginarlo como ciencia. Los conductos de nuestro cuerpo. La matriz.

Pero me negué a imaginar que me pasaba a mí. Céphaline estaba echada en la cama con las nubes de mi madre en la mosquitera que había sobre su cabeza. Yo estaba echada sobre mi angosto colchón, con mi musgo debajo. Mi tignon estaba caliente. Imaginé que mi pelo se rizaba contra el algodón de Madrás y el musgo se rizaba contra el cutí del colchón y crecía a través de los hilos donde la grasa de animal y las cenizas de madera crearon jabón para limpiarse el uno del otro, y que mi pelo se enredaba con el musgo y se rizaban juntos para hacerme dormir para siempre.

¿Mamère seguía durmiendo en la silla? ¿Qué estaba esperando?

Aquí, en nuestra habitación, nadie vendría a por mí. Estaba en el cuarto de Céphaline y nadie mandaría a un hombre aquí, donde Céphaline respiraba tan fuerte y pedía agua, agua.

Me quedé mirando el cuadro de la pared. Céphaline cuando era un bebé. La mano rolliza y sonrosada como una estrella de mar en el océano. La cara rolliza y sonrosada como una de las nectarinas de su libro de jardinería.

—Los libros de mi infancia —dijo mientras yo los miraba, a medida que pasaban los días—. Los únicos que tengo ahora, con ilustraciones. Casi no tienen letras.

—Tus ojos —dijo madame—, no son buenos para tu salud.

—Mi cerebro —dijo Céphaline—. Ponlo en su tarro.

Cada día el doctor Tom le colocaba la sanguijuela en la sien. Grande, negra, palpitante. Las hormigas de las palabras que escribía eran cada vez más pequeñas. Madame le quitó el papel. Las espirales de pelo en el cepillo.

El doctor le dio tabletas:

—Pasta azul: mercurio para equilibrar la sangre.

¿Cómo se llamaba su sangre ahora?

Cosí un roto de la manga de Céphaline, intentando hacer unas puntadas como pestañas. Finas como las de mi madre. Céphaline se quedaba mirando mi aguja. Su cara no se movía.

El emplasto la hacía maldecir. El doctor Tom se lo colocaba en el cuello, donde llevaba la sangre a la piel, y luego la sanguijuela se bebía la sangre envenenada.

—Cheval blanc —dijo en voz baja Céphaline desviando la mirada hacia el doctor Tom—. Cuanto más lo miro a la cara, más me recuerda a su caballo.

El doctor Tom puso una expresión de enojo.

—La sangre fluye por las venas del cuello hasta la cabeza… hasta la cara —le dijo a madame—. Esto es lo que los médicos de Nueva Orleans dicen que hay que intentar antes que las inyecciones. La sangre transporta desechos e impurezas a la piel, donde se acumulan.

—Boutons —murmuró madame.

Le daba vergüenza la palabra. La cara de su hija. Su piel era tersa y blanca como un cuenco, aunque en la frente ahora tenía tres arrugas como hilos.

Cogí el espejo mientras Céphaline dormía. Dentro de mis ojos se veían los colores de la orilla del río. Cieno marrón, negro, dorado.

La nueva oración de mi madre. No lejos. No lejos.

Al final del pasillo, grandmère volvía a llamar a Félonise dando golpes con su bastón. El cristal redondeado mostraba mi piel clara como la arena húmeda que había en lo alto de la orilla. No barro húmedo, no fango seco. Mis cejas eran plumas negras. ¿A quién le importaban mis pestañas y mis cejas? Los hombres que exploraban el vello que había bajo nuestro vestido, ¿tenían que fijarse en nuestra piel y en nuestras pestañas?

Céphaline tenía las mejillas llenas de pústulas, como si le hubiera atacado la cara un colibrí. Las cicatrices de Hera sobresalían y brillaban, las de Céphaline se hundían en la piel a causa de sus uñas. Sus cuchillos.

Las Auzenne vinieron para ayudar a mademoiselle Lorcey a mudarse a casa de ellos, pues Céphaline no podía estudiar durante el tratamiento. Gracias a las tersas curvas del cuello y las mejillas de las

Auzenne, a sus plácidas frentes y a sus labios cerrados, se les podían perdonar sus ojos apagados como cuero negro u olivas negras. Un hombre no vacilaría a la hora de poner sus labios en esas mejillas o en esa frente, y de todos modos, los párpados estarían cerrados.

Las Auzenne no subían al cuarto de Céphaline.

Aquella noche, desde mi camastro, el reloj sonaba como un fantasma caminando sobre tacones diminutos, el pasillo murmuraba cuando alguien venía a ver cómo estaba.

Era msieu. Sus botas eran más pequeñas que las del doctor Tom.

Se sentaba junto a la cama de Céphaline, su respiración movía la mosquitera, que caía en pliegues lechosos junto a sus pies. Podía abrir un ojo y ver y luego cerrarlo sin moverme.

—¿Cómo podía saberlo? —murmuraba msieu, el olor de su respiración melodiosa e impregnada de alcohol flotaba hasta mi rincón—. De pequeña eras perfecta.

Movió las botas y oí pellas de barro aplastándose bajo sus tacones.

—Pero tu cara. ¿De quién es esta cara? Tienes sangre francesa. El maldito médico inglés no sabe nada de Francia.

Se puso en pie, pero una bota resbaló. Trastabilló. Cruzó el cuarto, mantuve mi respiración regular, como si durmiera. El barro de sus suelas se desmenuzó cerca de mi cara: estiércol de caballo y cieno del río. Se paró en el altar.

—He rezado. A la Virgen tanto le da tu aspecto. Ella concibió a su hijo sin tener que preocuparse por eso. No me importaría si ahora mismo dejáramos de darte la medicina —soltó dos bufidos rápidos y sus talones aplastaron arena en la madera al volverse.

Yo vería la arena por la mañana, la barrería de los tablones estriados. Estaba de pie a mi lado.

—Y ésta tiene un buen pelo y una buena cara, pero sólo para apartar la cola. Como la yegua. Maldita sea.

Se dirigió hacia la puerta, se volvió y dijo:

—Dormez bien, petite.

La respiración de Céphaline era áspera como la nuez moscada en el rallador.

Las sombras negras de sus botas cruzaron la rendija de luz cuando cerró la puerta y luego apagó la vela que llevaba.

Esperé un buen rato. A continuación me palpé la clavícula, las rótulas. Mi nariz de cartílago, mi pelo de algo que no entendía, mi columna vertebral, el bulto duro sobre las nalgas. Músculos y grasa, como los cerdos. Bajo nuestra ropa.

—No puedes repararme —le dio Céphaline a su madre, que sólo abandonaba la silla que había junto a su cama cuando Céphaline

dormía.

—Oui, petite, podemos.

—No estoy estropeada.

—No. Eres perfecta. Es sólo…

—No soy un plato que se ha caído al suelo.

—No.

—Estoy manchada como un maldito mantel —rio.

—No. Es fácil borrarlos. Los borraremos.

En los hilos, el azulete convierte el rojo (de sangre, vino o frambuesa) en blanco. El añil penetraba en la piel y en el aliento de mi grandmère. ¿Cómo penetraba? El líquido del café penetraba en la sangre de mi madre, la hacía permanecer despierta noche tras noche en la silla, esperándome.

Los frascos del doctor Tom llenaban su tocador. Los frascos de mi madre llenaban nuestro arcón. La ropa tendida como gente volando. La mosquitera que había remendado, las nubes ocultas en los pliegues. La medicina de París en un tarrito. El doctor Tom dijo:

—Éste es el pedido enviado por Valréas, de París. Nos conocimos en Londres el año pasado y me dijo que era lo último que había salido para la piel. Un polvo que puede prepararse no sólo para aplicarlo en la cara, sino también para inyectarse.

Céphaline no dijo nada. Su propia cara, su retrato de cuando era niña, la miraba desde la pared.

El doctor le clavó la aguja en el brazo. Le apliqué la pasta en las mejillas, la frente, la barbilla. Madame le cogía los dedos. Grandmère llamaba desde su habitación y me mandaron para que le dijera que ahora la medicina se ponía por dentro y por fuera. Eso fue lo que dijo madame.

Msieu entró con humo de azúcar en las ropas. Cuando se fue, me llegó el aliento más dulce que venía de la cama de Céphaline. Tenía la boca abierta como una luna nueva, los dientes secos como el resplandor calcáreo de la luna.

Luego madame se fue a su cuarto, ya pasada la medianoche. Los pies de Céphaline se movían bajo el cobertor. Peces blancos que nadaban de un lado a otro.

Aquella mañana madame le había dicho al doctor Tom:

—Nos queda muy poco tiempo para tenerla a punto antes de que empiece la temporada. Mi marido se enfadará si el tratamiento no surte efecto. Todavía no le ha visto enfadado de verdad. Quiere que ella sea feliz, casarla bien.

Msieu se pasaba la noche cabalgando por Petit Clair, porque la helada descendía en halos sobre los cañamelares y los macheteros tenían que trabajar durante la noche. El doctor Tom se quedaba

sentado en el pasillo por si Céphaline llamaba. Las páginas de su periódico habían dejado de frotarse entre sí, por lo que debía de estar dormido.

Yo permanecía echada en mi camastro, escuchando. Cogí la aguja de coser y me pinché la frente. Sangre. Esperé a que se endureciera y probé el botoncito. Sal y cobre. Lo mismo de siempre. Pero la sangre no podía fluir hacia mi pelo. La medicina de Céphaline, en su sangre, fluía hacia los boutons y los eliminaba.

Volví a oír el susurro de sus pies, nadando sobre la sábana. Luego no se oyó nada. Me llegó un gusto a sal en la garganta. Mi propia sangre. Me daba miedo levantarme y mirar a Céphaline. Hacía horas que no hablaba.

No se oía nada. ¿Ya no respiraba?

¿Ahora nos odiaba a todos? ¿Me odiaba porque podía andar con libertad, por mi cara sin más marcas que una cicatriz blanca del tamaño de un grano de arroz en la barbilla, donde me di contra una roca una vez que Christophe me empujó?

¿Odiaba a su madre por no tener un hijo varón? «Cada día dices que me quieres, que me quieres. Pero no engendraste al mamífero adecuado, y ahora lo sientes. Ahógame y vuelve a empezar.»

¿Respiraba? Céphaline odiaba al doctor Tom. No lo llamaba si no sentía dolor. Tampoco me llamaba a mí. Ni a nadie. Yo no podía moverme, pues si me ponía a su lado pensarían que la había tocado. Que la había ayudado a dejar de respirar. Pero si me quedaba aquí, cuando la encontraran por la mañana pensarían que era culpa mía. Como con Nonnie. Tretite dijo que siempre había que culpar a alguien.

No respiraba. Si el aire no se movía en sus pulmones, ¿tampoco se movía su sangre? Su corazón. El músculo. ¿Estaba demasiado cansado? ¿Y si el medicamento le había parado el corazón?

Pero yo era la única que estaba allí.

Fingía dormir. Nada en mis manos excepto mi propia sangre, y me la quité con la lengua. Mamère… dime la palabra. Sudor en la frente. Sal. Nada de lágrimas. No.

Seca. La funda del colchón seca. Me froté la cara con la manga para que nadie viera las lágrimas ni supiera que yo sabía que estaba muerta. Yo no sabía nada. Pero ¿y su espíritu? Los ancianos creen en los espíritus, en el ciprière. ¿Y si su espíritu rondaba por ahí esperando ayuda?

—Cheval blanc —dije con una voz aguda y dura como la de ella.

Él sabría que era su voz. ¿Cómo iba a ser la mía? Yo nunca diría esas palabras por temor al látigo.

Puse la cara en la pared, enterré la boca en el musgo. Espirales

muertas y negras. Hebras de pelo.

Se abrió la puerta.

—¿Mademoiselle? —una voz inglesa de palabras ásperas en la lengua; una lengua que no está en un tarro.

Duerme. No se mueve. Respira. No escuches.

La lámpara se movió. El siseo del aire al salirle entre los dientes. Los ojos en el tarro. Los míos no están abiertos.

No mires.

La respiración del doctor era suave, un siseo como al echar agua al fuego. Luego el susurro de las mantas. Le tocaba el brazo para tomarle el pulso, como hacía siempre, luego el corazón, como hacía siempre.

El doctor guardaba partes del cuerpo en tarros. ¿Ahora le tocaba la cara? ¿Cómo podía mantener los boutons en un plato? Aquel día le rocé un bouton a Céphaline cuando le aparté el pelo: una costra pequeña y dura de polvos se le cayó del bultito rojo y me pareció un rubí, y vi que relucía como el anillo de su madre.

Me acordé de los rubíes para no chillar. Porque ¿cómo se podía dormir con ese ruido? El siseo de la respiración del doctor. Él la había matado. Ellos la habían matado.

Salió al pasillo. ¿Se subiría a su caballo? ¿Adónde iría? No conocía los bayous, y si se dirigía a Nueva Orleans alguien lo vería. Si se dirigía hacia el sur, acabaría en el mar, donde los barcos penetraban en la desembocadura del río. Donde llegaba todo el mundo: de Francia o de África.

Llamó a la puerta de madame.

Madame entró en la habitación de Céphaline y se puso a chillar, unos sonidos breves y estridentes, hasta que el doctor le puso la mano en la boca y dijo:

—Despertará a esta esclava y a los demás. Este medicamento. Aún no se conoce la dosis.

Ella lo apartó y dijo:

—Vaya a buscar a mi marido.

Cubrió a Céphaline con todo su cuerpo mientras sollozaba.

—Petite. Petite. Mi pequeña.

Yo respiraba como si durmiera, como si pequeñas nubes me entraran y salieran de la boca. Grandmère gritó desde su habitación, su mole cayó de la cama al suelo, la lámpara tembló con la vibración. Intentaba llegar al origen de los chillidos.

Si me escapaba, era culpable. Si no estaba allí, no estaba vigilando. Pero yo dormía. ¿Cómo iban a culparme?

El doctor Tom me sacudió con la bota.

—Moinette. Despierta. Corre a los establos y trae al mozo. Dile que vaya a buscar a monsieur Bordelon al ingenio.

Me levanté y me froté los ojos. Ahora grandmère avanzaba por el pasillo arañando la pared con la mano. Se arrastraba.

Me apreté contra la pared a la espera de que grandmère apareciera por la puerta y se dirigiera a la cama y no me viera escabullirme.

Los postigos de Tretite estaban a oscuras. Ahora la luna estaba más llena, ovalada, brillando sobre el establo.

—Nonc Pierre —susurré en la puerta de su cuarto, que daba a los establos—. Nonc. Despierta.

Abrió la mitad superior, su maraña de pelo aplastada a un lado de dormir.

—Madame dice que vayas a Petit Clair a buscar a msieu. Céphaline está enferma.

Se mordió los labios tan fuerte que desaparecieron bajo sus cicatrices.

No podía decirlo. Estaba muerta. ¿Y si alguien le preguntaba si yo lo sabía? Sólo podía decírselo a mamère y no podía ir a verla porque me buscarían.

Cuando se hubo marchado, me adentré en el cañamelar. Los campos eran casi todo rastrojo, hielo y fibras afiladas que me cortaban los pies como cuchillas. Corrí hacia el sendero por el que mi madre me había llevado. No había adónde ir. Igual que el doctor. El río me engulliría y en el pantano me encontrarían los perros.

Un día. Nadie se acordaría de mí durante un día. Luego Tretite me diría qué palabras se habían dicho.

En el camino del cabo, cerca de la casa de msieu Lemoyne, el último de los tallos de caña me azotó un lado del cuello, cortándome como una uña. Salté a la acequia y me abrí paso entre las matas tiesas de escarcha por el mismo camino por el que me había llevado mi madre.

En el sendero hasta el ciprière aún se veían nuestras huellas, y sólo esas. Eché a correr, la espalda me picaba de sudor, como si las estrellas me pincharan la espalda. En las cubas de añil, un animal se movió en la maleza. Me subí a las paredes de ladrillo y me dejé caer dentro de la tina inferior.

Me quedé sentada en un rincón con el vestido sobre la rodilla. Las rodillas bajo las mejillas. Nada en nuestras caras donde estaban las mejillas. Ni cartílago ni músculo de verdad.

El esternón protege el corazón.

¿Seguía su madre cubriéndola con su cuerpo, para protegerla? ¿De qué? ¿De sí misma? ¿Ahora también moriría su madre, para estar con Céphaline? ¿Dónde? ¿Iban les blancs al mismo lugar que nosotros?

Mamère. ¿Ahora oía los gritos? ¿Se preparaba para ir a donde yo

iba: là-bas, o al ciprière o…?

¿Adónde iría yo? El aire exhalaba más escarcha sobre mi cabeza, mis hombros, los ladrillos. Todas las mujeres que trabajaban en la tina, los vestidos subidos hasta la cintura como pliegues de piel extra. Sus caras mientras intentaban no respirar. Intenté no respirar.

Mi grandmère. Cuatro cicatrices en cada mejilla, cuando respiraba por la boca le asomaban los dientes intentando huir del hedor que se alzaba del agua.

¿Cómo podía escapar del mismísimo aire? ¿Y cómo correría yo por el agua?

Entonces oí los caballos. Unos tenues bufidos y los cascos sobre el sendero que discurría entre los árboles. LeBrun de Bontemps, perros para cazar nègres: ¿ya me estaba persiguiendo?

Hacía meses que nadie tomaba ese sendero, había dicho mi madre. ¿Sabía que yo había venido aquí? ¿La habían puesto sobre un caballo manteniéndola erguida para que me buscara?

La voz de msieu cruzó los árboles como si fuera astilla de caña.

—¿Lo habéis atado bien? Se está escurriendo.

Una zorrera: recordé el olor de cuando mi madre me trajo aquí. Crucé las enredaderas hacia el olor almizclado rezando para que el zorro estuviera de caza o se hubiera ido para siempre. Había un montón de ramas y hojas donde el olor era más fuerte. Me introduje en la zorrera, la cabeza y los hombros aún fuera, y apoyé la mejilla contras las hojas secas, que crujieron.

Sólo destellos de movimiento asomaban entre los troncos de los árboles, y recé para que nadie pudiera verme, mi vestido negro y mi tignon como madera calcinada, la mejilla derecha vuelta a la luna como una piedra.

—Bajadlo del caballo. Todavía no está muerto, pero no se despertará. Le he dado fuerte. Meted también ahí el caballo.

La voz de Nonc Pierre.

—Msieu, pardon, pero un caballo no entra ahí.

—Entonces llevad el caballo al río. Ni cuchillos ni balas. Al caballo dadle fuerte en la cabeza y echadlo ahí para que cuando la corriente lo lleve al sur parezca que el doctor se ahogó.

Las hojas me calentaban la mejilla o la mejilla enfriaba la tierra. Msieu había matado al doctor Tom. ¿Recordaría que yo también estaba con Céphaline?

Michel habló entonces.

—Msieu, ¿tenemos que ocultar al hombre?

—El caballo no ha hecho mal a nadie —dijo Nonc Pierre.

Msieu calló. Dejaron caer algo y luego se oyó un disparo, tan fuerte que fue como si la bala me atravesara los oídos y se me metiera en el

cráneo. En el cerebro.

Pero cuando el pitido cesó, sólo silencio. Nadie más lo habría oído, no en el cañamelar.

Los caballos bufaron, se encabritaron y los cascos tronaron contra la tierra. Tenía la falda y la cara húmeda. Mi corazón golpeaba contra el hueso largo y plano que lo protegía como una puerta.

—Cubridlo. Traeré lodo. Aseguraos de que se quede ahí para siempre.

Msieu volvió a montar en el caballo; el chasquido del cuero. Después cabalgó entre la maleza.

Los hombres se quedaron en silencio hasta que Nonc Pierre se alejó con el caballo blanco. Entonces comenzaron a cavar.

—¿Toda esta tierra no parece sospechosa si alguien viene? —dijo Christophe—. Mejor tierra del bosque, no de aquí.

Las lágrimas me entraron en el oído derecho y las palas se adentraron en el agua. Ahora me encontrarían y Christophe me levantaría el vestido antes de que msieu me matara.

Nadie me buscaría excepto mamère. Y ella me buscaría siempre.

Volví lentamente la cabeza para que no asomara mi mejilla plateada, sino la que estaba cubierta de barro. Oscuras como la noche, las hojas, la tierra.

Michel dijo:

—Nadie viene aquí. Yo nunca cazo por aquí. Tenemos que encontrar algo pesado para él, para que nada pueda desenterrarlo. No está bien dejarlo así.

Se le quebró la voz. Tenía casi tanto miedo como yo.

El barro estaba cada vez más frío en mis mejillas. Se me habían dormido las piernas. Los hombres no hablaban.

El caballo de msieu regresó por el bosque.

—Esperad.

Cristales haciéndose añicos contra el suelo de las tinas, contra los ladrillos, una y otra vez. Los tarros del doctor. Luego páginas que revoloteaban, libros que caían al suelo.

—Michel… empieza por los ladrillos. Tienes el martillo.

Cuando el caballo volvió a alejarse, Christophe dijo:

—¿Eso es un ojo?

—Cállate —dijo Michel.

—Maldita sea, toda esa ropa —dijo Christophe—. He dicho que te calles.

Ellos cavaban y el ritmo de las palas era mi respiración. Luego comenzaron a echar en el agujero todo lo que encontraron: trozos de madera, ramas caídas. ¿Y si necesitaban el montón bajo el que yo me

encontraba? Pero comenzaron a quitar ladrillos de las paredes y demolieron la segunda tina.

El calor de mis párpados era como diminutas mantas. Cuando acabaron los golpes, Christophe dijo por fin:

—¿Rezamos una oración?

Michel dijo:

—Reza para que nadie haga preguntas y mañana a cortar caña.

Luego se alejaron por el bosque. Cuando por fin abrí los ojos, la luna se había caído del borde de la tierra.

No tenía donde ir. Nadie sabía lo que había visto, pero si no volvía a casa con mi madre y me lavaba, alguien podría sospechar. Y si msieu se enteraba de que la esclava que había mandado a buscar a Nonc Pierre no había regresado, me creería culpable de algo.

Salí del hueco y me quedé en el suelo moviendo los brazos y las piernas para despertarlos. Un insecto. Un escarabajo desamparado y estúpido. Sin cerebro. El cerebro estaba enterrado bajo los escombros. La segunda tina estaba destruida y sólo quedaban unos cuantos ladrillos como dientes rotos, y las cuatro tuberías, como dedos finos y alargados, acariciaban la espina dorsal del arbolillo desarraigado que había encima.

—Mamère —susurré a los postigos—. Mamère —se me quebró la voz por la escarcha y el almizcle que se me había pegado en la garganta.

Abrió la puerta y caí a sus pies.

—Mamère. Mamère. Mamère.

Me metió en la tina de lavar con agua fría para que no se viera humo, y mi cuerpo temblaba tanto que sentí como si se me descoyuntara la clavícula. Puso mi vestido manchado en la chimenea y echó encima cenizas calientes. Le dije que Céphaline había muerto, que me habían mandado a buscar a Nonc Pierre, que me había escondido en el cañamelar.

Ella no dijo nada. Ni una palabra. Cuando estuve seca y me hubo puesto su otro vestido, se echó a mi lado en la cama, cálida y sólida. Se quedó mirando el techo ennegrecido de humo que teníamos sobre nuestras cabezas, y sus labios sólo se movían para adentro, donde se los mordisqueaba suavemente.

No lavamos nada. Por la mañana mi vestido ardió con el desayuno, y el almizclado olor a zorro se incrustó en nuestros ladrillos. Fuera, encendimos la lumbre bajo las marmitas y comenzamos a hacer jabón con el sebo y la grasa reunidos por Tretite. Nadie salió a la galería. No vimos ni el sombrero de msieu ni la mano de madame haciendo visera.

Mamère no dijo nada. Colocó los moldes de madera para el jabón y se metió en la boca un grano de café. A veces su ceja derecha sufría un espasmo y saltaba con el sonido del llanto que traía el viento.

Por la tarde, caballos y carruajes aparecieron por el camino de conchas. Nonc Pierre se acercó al calvero.

—Tretite dice que necesita que la ayudes con toda esa gente.

Me sequé las manos y anduve despacio a su lado.

—¿Encontraste a msieu ayer por la noche? —dije.

Nonc Pierre asintió. Una magulladura le oscurecía el brazo, quizá la coz de un caballo. Dijo:

—¿Esta noche has dormido aquí?

Yo también asentí.

—Céphaline ha muerto. ¿Lo sabes? —preguntó.

Negué con la cabeza y me cubrí la barbilla con el delantal.

—Mañana en el barco viene un hombre de Nueva Orleans. La pintará. Es lo que dice Tretite.

Esperé a Tretite en la despensa. La sala estaba invadida por los Auzenne y gente desconocida. Félonise me cogió la mano.

—¿Murió sin sufrir? —susurró; sus ojos grises me observaban.

—No lo sé.

—¿No estabas allí?

—Fui a buscar a msieu.

Suspiró.

—Madame no sale de su habitación.

Temía que msieu irrumpiera en la casa, me viera y recordara quién dormía con Céphaline, pero no apareció.

Después de que las visitas se marcharan, la casa quedó en silencio a excepción del llanto que llegaba de arriba. Me quedé de pie en las escaleras. Madame no salía de su habitación, Félonise dormía en el pasillo, junto a su puerta. ¿Tenía que dormir yo junto a la del cuarto de Céphaline? ¿Seguía ésta echada en su cama o estaba en la cama de su madre, cubierta por la piel de su madre?

En el cuarto de Tretite, al lado de la cocina, vigilamos la puerta trasera de la casa.

—¿Cómo murió? —me preguntó por fin.

—No lo sé.

—Tú conoces los huesos y las partes —dijo—. Te oigo hablar. ¿Qué le falló primero? ¿El corazón, la cabeza…?

—No lo sé.

—Msieu le puso la máscara mortuoria. Sabes cómo lo hacen. Les cubren la cara con yeso. Luego hacen el cuadro. Como el de la grandmère de msieu, en Francia. El que hay sobre la chimenea.

La cara de Céphaline, cubierta de nuevo con una pasta blanca, sus ojos aún azules bajo los párpados. No. Cuando alguien moría, ¿se le iba el color? ¿Y el ojo que había en el tarro roto, ahora en el bosque, negro de suciedad?

—Vete a casa. Tu madre te espera. Tiene miedo por ti —dijo Tretite.

—El pelo —dijo mi madre—. Ahora lo crees. No está muerto.

El pelo de Céphaline no era lo que la había matado. Pero algo en el interior de su cerebro le había parado el corazón. La sangre.

Mamère cruzó la estancia hasta su arcón, y me sorprendió que trajera el trozo de tela azul y la pulsera de mi pelo. Eran suyos, escondidos. Privé.

Pero los tenía en la palma de la mano.

—El pelo de mi madre.

El circulillo negro trenzado. Siempre lo colocaba junto a las velas y rezaba por mí, así que siempre pensé que era mío.

—El pelo contiene el ni. El interior de… —se interrumpió, miró por la ventana—. El interior de ti. Cuando los franceses hablan de Dieu, dicen el alma.

Me pesaba la trenza en la espalda. Temía el brillo de sus ojos, la manera en que sujetaba la tela y el circulillo, tan quietos. Todos los animales humanos de Azure me daban miedo.

—Te lavo el pelo, he de cuidar tu ni —dijo mi madre—. Yo trenzo, cojo con cuidado tu ni. Mi madre me lo dice en el barco. Nos dejan un balde de agua salada. Me habla del pelo al oído. Dice: «Si muero en el barco, ¿quién me dirá las palabras?».

Mi madre se puso en pie y se quedó a mi lado. El respaldo de junco de la silla susurró cuando recuperó su forma.

Sus ojos estaban surcados de venillas rojas, como si no hubiese dormido desde que yo durmiera.

—Dicen que el agua que rodeaba el barco era faro. Faro es el alma del agua. Faro da la lluvia y el ni del maíz. Faro da conchas para que la gente tenga dinero.

Puso el circulillo en mi mano.

—En el barco, la madera chilla. Fuerte, como los pájaros. Chilla, chilla en las olas. Un espacio para nosotras. Muy oscuro y escuchas los sonidos. Ella susurra así.

Me tocó el oído. El frío me atravesó el cuello.

—Mi madre dice que faro crea el espíritu del viento, Teliko. Pero faro dice a la gente que lleve aros de cobre en la oreja, para oír las palabras de Teliko, y los franceses cogen el cobre de mi madre.

Me apretó suavemente el lóbulo.

—Ella tiene cuatro agujeros en cada oreja. Llora y llora. Dice que nadie puede oírla ahora, dice: ¿y si tú no te acuerdas? Pero recuerdo las palabras. Luego llegamos aquí y nada es lo mismo.

Me trenzó el pelo tan apretado que parecían hilos.

—Todo el día está en el añil. Por la noche, vengo de estar con la anciana y mi madre me lava el pelo.

Había untado el circulillo, un olor dulce a almendra.

Me miraba con unos ojos negros como la noche. ¿Parecía mi madre mientras me hablaba en ese momento? No estaba enferma, no iba a morir, pero yo la había abandonado. Sólo un largo sendero a la casa, pero me había ido, y ella hablaba deprisa, como si yo estuviera a punto de abandonarla, de huir de su relato.

—Dos años y ya no puede respirar. Luego no puede comer. La anciana dice que cuando mi madre muere, he de mantener a salvo su ni. En la casa —señaló con la cabeza lo que yo tenía en los dedos—. Pelo y agua. Dice que la otra parte es dya, sombra de tu interior. Faro mantiene el dya en el agua, lo mantiene limpio. Luego, el siguiente bebé se los queda a los dos al nacer. Ni y dya van al bebé. El bebé de tu sangre.

El pelo que yo tenía en mi mano no parecía mío.

Enterraron a Céphaline en el cementerio de la familia. La lápida se labró en Nueva Orleans, la trajeron en el barco. Céphaline Eugenie Bordelon, 1796-1811. El artista se llevó su vestido y su máscara mortuoria a Nueva Orleans, donde la pintaría.

Después de ese día, madame no volvió a salir de su cuarto. Félonise le llevaba la comida y cerraba la puerta. Yo iba a la habitación de Tretite al alba, después de que mi madre me diera leche y café y me susurrara:

—Calla. No hables a no ser que te pregunten. Ahora allí no hay nadie. El doctor ya no está. Ni la institutriz. No hay nadie para la cena. Quédate junto a Tretite.

Así lo hice. Tretite preparaba la comida, yo llevaba las fuentes a Félonise, en la despensa, pero no las sacaba al comedor. Me quedaba en la despensa junto a los sacos de pacanas. No quería que msieu me viera. Se pasaba el día fuera, contando toneles de azúcar antes de que se los llevaran a Nueva Orleans.

Cuando se iba, lustraba los muebles de su despacho, donde estaba el libro mayor. ¿Cuánto valía yo ahora? Yo nunca tocaba el libro. En el cuarto de invitados, el artista había dejado polvo de yeso blanco en el suelo. El yeso fue absorbido al instante por mi trapo húmedo. ¿Eran muy chicos los granos?

Eran muy chicos los trozos de hueso? ¿Qué le pasaba al pelo?

Félonise me dijo que no fuera al piso de arriba. Los ojos de Tretite se encontraron con los suyos sobre mi cabeza. Grises y marrones. No quería que msieu me viera. Me dijo que si llegaban los caballos, me quedara en la cocina de Tretite.

Dormí allí, en el suelo, junto al fuego.

Cada mañana mi madre venía a buscar las ropas. Me preguntaba de manera casi formal:

—¿Quién ha venido a la casa?

—Nadie.

—¿A quién sirves?

—A nadie.

Nos comíamos la carne que Tretite nos había dejado. Pollo asado, que grandmère Bordelon se comía en la cama. Msieu volvía muy tarde y sólo bebía brandi. Madame no salía de su cuarto.

Ahora madame estaba tan triste y asustada como lo estaba siempre mi madre. Ahora mamère se quedaba sentada a mi lado en la habitación pequeña y oscura de Tretite, junto a la cocina. No rezaba. No encendía las velas. Nos quedábamos sentadas en la oscuridad, la luna poco más que una uña, los postigos bien cerrados.

Por la mañana crujían las ruedos de los carros por el camino de conchas: transportaban el azúcar al barco. Recogía las ropas de msieu del suelo de su dormitorio vacío. Félonise me traía las ropas de madame. Tretite dijo:

—Empieza a hacer el postre. Esta noche vienen los compradores de azúcar. Son cinco. No puedo cocinar todo yo sola. Mo tout seule.

El dolor de cabeza hacía que Tretite apretara los ojos. Las nuevas pacanas eran blandas y pálidas, y las tosté en la sartén hasta que se doraron. Desplumamos los pichones, los metimos en la sartén con vino y brandi, los colocamos al borde de la lumbre para que se asaran.

Diez pajarillos en la fuente, dispuestos en torno a un lecho de arroz, y cuando me incliné junto a msieu, éste alzó la mirada.

—Tráenos tres botellas… —comenzó a decir, pero entonces me miró fijamente a la cara, los ojos, el tignon.

Deposité suavemente la bandeja en la mesa. Pero acabó de decir:

—Tres botellas más de vino —luego me indicó con un gesto que me retirara.

Que me retirara. Como la mandíbula levantada de mi madre.

—Azure —dijo uno de los hombres—. ¿Le puso usted el nombre?

—Fue mi madre —replicó msieu—. Por el color añil.

—Cuando tiene todo este azúcar, ¿lo vuelve blanco?

—El azúcar no es blanco hasta que no llega a la refinería. Moreno, ¿oui?

Todos rieron. Él no. Msieu dijo sin inmutarse:

—Ahora el nombre significa algo más para mí. Los ojos de mi hija.

—Descanse en paz —dijo uno de los hombres, y todos se santiguaron.

Yo tenía la espalda apretada contra la fría pared de yeso. ¿Ahora descansaba en paz? ¿Là-bas? ¿Dónde estaba su là-bas?

Entonces oí la voz de Céphaline. Rótula. Híbrido. Clasificación. Ella fue mi institutriz. Yo fui su alumna. Cerré los ojos. Clavícula. El calor de las tenacillas doblando el pelo. La tinta de su muñeca.

Los hombres se fueron al salón. El humo de los cigarros llegaba al techo, y cuando pasaba ante la puerta llevando los platos sucios, era como si el musgo se enredara en sus hombros.

Tretite y yo lavamos las fuentes y la plata lo último, y apilamos los platos buenos. Era casi medianoche.

—Estoy muy cansada, y tal vez quieren más tarta de pacana. Lleva esto al armario.

Los platos de postre y los platos con la dalia. Los favoritos de madame.

—Si madame nunca vuelve a salir de su cuarto —dije—, ¿quién llevará la casa? Grandmère no puede bajar las escaleras.

Tretite asintió.

—Ponlos en el armario por si baja.

Una vez en el comedor, dudé delante del armario. Oía el susurro de los pasos de madame sobre mi cabeza. El peso de grandmère incrustaba su cama con dosel contra las tablas de madera cuando se giraba.

Coloqué los platos de postre en una hilera del segundo estante, como siempre, y las fuentes a ambos lados. Faisanes y rosas. Dalias: ¿por qué era ésa la flor favorita de madame?

La voz de msieu me llegó desde la puerta:

—¿Has contado el último envío de Lemoyne? Déjame ver el libro mayor.

Después apareció por el pasillo precedido por volutas de humo. De nuevo me miró a la cara e inclinó la cabeza a un lado. Bajé la cabeza hacia los platos y él entró en su despacho.

Tretite ya había encendido la lumbre, había puesto los cuencos para la pasta de galleta, la sartén para tostar los granos de café. Se estaba recogiendo el pelo con un cordel. Tretite tenía el pelo largo y tupido, y cuando se lo soltaba y se ponía su vestido blanco, por detrás parecía una jovencita. Hasta que se daba la vuelta y le veías la cara, los labios apretados en pliegues, los ojos rodeados de arrugas como en punto de cruz de tantos años entrecerrándolos por el humo.

—¿Ya están? —susurró.

Asentí.

—¿Dónde está Félonise?

—En la cama del pasillo —Tretite le echó otro vistazo a su cocina —. Ve sin hacer ruido y pregúntale cuántos desayunan. Dile que uno se marcha esta noche.

Volví a enfilar el pasillo. La sala estaba en silencio; algunos de los hombres se habían ido a dormir a las habitaciones de invitados. Pero nadie abría nunca el cuarto de Céphaline.

Yo nunca volvería a verla. Nunca volvería a oír sus palabras.

Toqué un plato, no quería pasar por delante de la puerta de la sala, donde los hombres. La dalia tenía cincuenta y dos pétalos. No se oía nada. Me dirigí hacia las escaleras y me encontré con msieu.

—Irás con el hombre del traje negro —me dijo.

Me cogió del brazo y me llevó a la puerta principal. Intenté soltarme de sus dedos, pero me llevó por la galería en dirección al río.

—Msieu, voy a…

—Te irás en el barco.

Intenté dejar de andar, pero él me sujetaba por el codo, me hundía el pulgar en la parte de dentro. Me había visto la cara. ¿Sabía que yo lo sabía? No, sólo recordaba que yo estaba viva y Céphaline no.

Mamère. Mamère. Quizá ella pudiera pararlo. Hablarle.

—Msieu, no tengo nada. Necesito volver a recoger mis cosas. Por favor.

Ya íbamos por el camino del embarcadero, por donde circulaban los barriles de azúcar.

—Mis cosas, msieu —dije intentando arrancar el codo de su mano.

—Tienes lo que necesitas —dijo.

Un hombrecillo esperaba en el embarcadero, sobre el escaso muelle. El barco subía y bajaba con el agua y msieu me empujó hacia la rampa, sobre la ribera parda.

3. CONDUCTO

Ella dijo que el barco era oscuro y que la madera chillaba. Ella estaba dentro, entre las piernas de su madre.

Yo estaba en la bodega con los toneles de azúcar que temblaban a mi alrededor como mil tambores.

Dijo que su madre lloraba, pero en silencio para que nadie la oyera, y las lágrimas de su madre le mojaban el pelo mientras estaba sentada en su regazo, cálidas cuando le caían en la coronilla y frías cuando le resbalaban por el cuello. Agua en el cráneo. Pero mamère no conocía la palabra cráneo. Cráneos como el de Céphaline, como el del doctor Tom. Bajo tierra.

Conocer la palabra cráneo no me ayudaría ahora.

Me rodeé las rodillas con los brazos. La madera temblaba bajo mi vestido.

En aquel barco ella tenía a su madre. Su madre la tenía a ella.

Inundaba la bodega el olor dulzón que desprendían el azúcar y la melaza. En torno a mis pies temblaban gotitas marrones. Oscuras como los boutons de Céphaline cuando se los rascaba; como un grano de café entre los labios de mamère.

Lloraba en silencio para que el pequeño msieu no volviera. Ella tenía a su madre. Su madre la tenía a ella. Yo no tenía a nadie.

La madera del barco graznaba como un cuervo furioso. ¿Qué había chillado en la madera del barco de mi madre?

El barco se movía lentamente río arriba. Hacia el norte. No se deslizaba veloz río abajo con telas y clavos y la medicina de Céphaline procedente de París.

Msieu me había vendido porque cada vez que veía mi cara se acordaba de Céphaline.

Apreté la cara contra las mangas de mi vestido para oler mi pelo y el jabón de mi madre. En Azure, las lágrimas de mi madre sólo la mojarían a ella. No a mí. Su madre la había tenido a ella, mientras el barco gemía y se movía y se las llevaba.

Mi madre había dicho que si me iba vendría conmigo. Là-bas. Pero yo no estaba muerta. ¿Cómo me encontraría?

Cuando nos alejamos del embarcadero de Azure, el pequeño msieu me empujó por la cubierta, donde habían cargado algunos barriles de azúcar, pero entonces se detuvo.

Entonces el pequeño msieu me miró a la cara por primera vez. Yo casi no podía mantener el equilibrio y extendí la mano hacia la barandilla. Nos dirigíamos al norte, hacia Nueva Orleans. El viento hinchaba las velas, pero la corriente intentaba hacer recular el barco. Ya no se veían las luces de Azure.

La batture que seguía el río estaba llena de madera seca. La luz de la luna sólo iluminaba el túnel que los árboles formaban en el río, y al cabo de un tiempo pasamos junto a la extensión calcinada de lo que había sido Petit Clair. El agua del río corría impetuosa, y en ella se veía el círculo de luz del farol

—¿Va a saltar? —dijo otro hombre.

También había cenado en Azure, tenía el bigote con las puntas tan finas y caídas que me acordé de cómo hacía las comas Céphaline, girando la pluma. Era el factor de msieu Bordelon, el hombre que vendía el azúcar durante la molienda y luego iba al sur con productos de Nueva Orleans: café, telas y duelas para los toneles.

—Tú… ¿piensas saltar? —dijo el pequeño msieu.

Me daba miedo mirarlo a la cara. No era ni diez centímetros más alto que yo. Tenía una voz francesa, pero el vello de las muñecas era de un castaño claro.

Si decía «no» hubiese mentido porque estaba pensando que en ese momento todavía podría dejarme llevar flotando hasta casa. Si decía «sí» quizá me azotara. Seguramente me azotaría de todos modos. A lo mejor me levantaba el vestido. O se reía. O me quemaba, como dijo Eveline que le habían hecho una vez. Yo había visto las cicatrices grises y redondas del suave borde de su pecho un día que se quitó una camisola sucia para que se la lavara.

Si decía la verdad, que era que no lo sabía, tal vez se enfadara más que con las otras respuestas, porque a los msieus no les gustaban las cosas complicadas. No querían oír la palabra «yo». Nunca. No había yo.

Los dientes contuvieron mi lengua.

Entonces aparecieron las palmeras, como malezas de chimeneas recortándose contra el cielo nocturno. Quizá era Les Palmiers, un lugar que madame a menudo mencionaba. Al norte, cerca de Nueva Orleans. Pero un nombre que mamère conocía.

—¿La acabas de comprar? ¿Es muda? —dijo el otro hombre.

El pequeño msieu dijo:

—Me pareció oírla hablar cuando la trajeron al barco.

Se me quedó mirando un momento más, y el bote se estremeció

contra la corriente. No bajes la mirada. Pensará que vas a saltar. Podrías saltar. Si saltas, a lo mejor encuentras una rama con la que flotar.

Pero Christophe dijo que el río nunca es de ayuda cuando alguien se escapa. Las aguas marronosas ocultan la piel morena hasta que le borran el color de los brazos y las piernas, y los cuerpos que arrastraba la corriente eran blancos.

Si saltaba, ¿cómo vería Azure con las orillas del embarcadero cubiertas por una maraña de basura y madera a la deriva?

La luna llena despierta en el este y se acuesta en el oeste, decía mi madre. Esa luna estaba en el arco de descenso. Blanca como una pastilla de jabón, pero le faltaba una rodaja equivalente a dos días, como si mi madre le hubiera arrancado un trozo para lavar.

El barco reducía la marcha para su siguiente parada. Esa casa tenía un sendero de árboles cubiertos de naranjas que casi relucían tras las farolas que alguien sujetaba en el embarcadero.

El agua se arremolinó, pero el agua contendría mi alma. ¿Faro? ¿El espíritu del agua? ¿Iría flotando hasta ella, aunque muriera? Entonces ella se reuniría conmigo là-bas.

—Orange Groove —gritó alguien.

El pequeño msieu dijo con brusquedad:

—Ponedla con la carga. Sólo nos quedaremos un par de horas. Si la bajamos a la orilla podría escaparse.

No veía nada, ni siquiera el perfil de los toneles que me acompañaban en la bodega. El ojo enfoca cuando se le da tiempo suficiente para adaptarse, decía Céphaline.

Tenías los ojos púrpura al nacer, solía decirme mamère. Cuando creciste se volvieron castaños y me seguían a todas partes, en cualquier momento del día hasta que tenía que dejarte al final de la hilera de cañas.

¿Qué miraba hasta que regresabas?

Sais pas. Quizá el cielo. Quizá nada.

Lloré hasta que tuve el vestido tan mojado como si lo hubiera lavado. Ahora no había nadie más en el barco. Intenté hacer funcionar el cerebro, pero sentía la cabeza tan hinchada como el bebé de Eveline que murió.

Su bebé se había ido. El bebé de madame se había ido. El bebé de mi madre se había ido.

Piensa. Tu cerebro es del mismo tamaño que el suyo. El pequeño msieu ha comido con msieu Bordelon. Se conocen. Todo el azúcar fue cargado para Nueva Orleans, donde todo se vendía.

Lo que yo tenía bajo el vestido valía dinero.

Los otros labios. La noche en que Hera se sentó con mamère mientras ésta cosía y hablaron de las marcas. Dos a cada lado. Los cuatro labios. Los de tu cara. Los de entre las piernas.

En Nueva Orleans alguien me levantaría el vestido y metería la mano ahí y luego me compraría.

—Te meten el dedo ahí —dijo una vez Eveline encogiéndose de hombros.

Tal vez yo podía marcarme la cara. Hera dijo que no había marcado la cara de Phrodite porque no era bueno. Si tenía cicatrices en la cara, nadie me querría.

Rocé las muñecas contra el grillete de hierro, que estaba encadenado al aro de la pared. Mi delantal. Todavía llevaba el delantal de servir. Quizá hubiese algo en mi bolsillo con lo que pudiera cortarme. Metí los dedos entumecidos en el bolsillo del delantal. Objetos pequeños y redondos, otros largos y lisos.

Granos de café y pinzas de la ropa. Las palmas de las manos sólo sentían esas formas, tenía las manos muy frías.

Recliné la cabeza y la apoyé contra la madera, golpeándome el hueso que me cubría el cráneo. Nada con que marcarme.

¿Y si me marcaba la cara y no podían venderme?

¿Y si el pequeño msieu me pegaba un tiro, como a un caballo cojo, por haberme desfigurado?

Entonces estaría là-bas. Y mamère me encontraría allí. En el otro mundo.

Pero ¿y si mamère estaba esperando que volviera con ella?

¿No là-bas, sino en nuestra cama, echada, pero no durmiendo? Sentada, igual que yo, esperando.

Un hierro arañó la cerradura. Yo tenía los ojos secos e hinchados como si los agujeros estuvieran llenos de arena. Vi el ojo en la tina de añil, imaginé los ojos del doctor Tom y los de Céphaline dentro de la tierra.

¿Qué miraba ahora mi madre? ¿Qué quería que hiciera?

Un hombre de piel morena que llevaba una casaca blanca me estudiaba. Dejó en el suelo un plato con pan de maíz y un montoncito de tocino flácido, un tazón de hojalata con agua y un balde. No bebería de esa agua. No utilizaría el balde. No me levantaría el vestido. A lo mejor escuchaban.

Abandonamos Orange Groove. Alguien gritó: «¡Al norte!». El grillete de hierro me dejaba marcas rojas en la muñeca derecha. Los ojos se me volvieron a llenar de lágrimas. ¿De dónde salían? Quizá toda el agua que tenía en el cuerpo me saliera por los ojos y no tendría que utilizar el balde.

Tenía las piernas entumecidas. Me brotaba un junco en la espalda cuando intentaba moverme, pues la columna se me había doblado mal. Las vértebras.

Conocer la palabra importaba muy poco. Estaba atada, como Marie-Claire, con sus espirales de carne rosácea decorándole las mejillas. Poco importaba que Céphaline me hubiera enseñado todas esas palabras, simplemente repitiéndolas. Si quería vivir, necesitaba otras palabras.

Tenía que utilizar el balde. Me repetí palabras, palabras que Céphaline había utilizado cuando su madre estaba enfadada. Sólo excreciones. Sudor. Orina. Lágrimas. ¿En qué pliegues de nuestro cerebro se formaban nuestras palabras?

Nada que se formara en mi lengua me ayudaría ahora. Cuando el pequeño msieu abrió la puerta y pareció sorprenderse al verme entre el azúcar, esperé a que las palabras correctas surgieran de una rama secreta de la blandura que había dentro de mis huesos. Pero entre mis ojos (que vieron los dientes de la llave entrar en el cerrojo que había junto a mi mano) y mi garganta (que se llenó de temor cuando me sacaron a la cubierta en una zona donde el río se ensanchaba marronoso hasta los diques y donde ya se veían los tejados de la ciudad) no se formó ninguna frase.

—Te vendió sin ningún defecto —dijo el pequeño msieu estudiándome la cara en la barandilla.

¿Boba o inteligente? ¿Qué me perjudicaría o me ayudaría? Miré sus botones. Obediente.

—Oui, msieu —dije.

—¿Intentaste escaparte de Azure?

—No, msieu.

—¿Por qué ya no te necesitaban?

Debía de saber lo de Céphaline. Debía de saber que yo había estado ahí esa noche. Dije:

—Su hija ha muerto.

Sus ojos tenían ese gris plateado de un machete nuevo. Bajé los ojos. Mis pies sobre la madera temblorosa. Madera que chilla.

—Tú —dijo, y apareció de nuevo el hombre de piel morena; tenía una mancha de café en la manga de la levita—, quédate aquí mientras preparo la descarga. Que no se mueva.

En un recodo de la ribera, donde el barco aminoraba la velocidad, había dos cabezas ensartadas en sendas picas.

Les faltaban los ojos. La piel estaba seca como un pellejo. Marrón púrpura. El pelo estaba cubierto de polvo del camino del río. Los rizos que les quedaban eran claros como el oro.

—San Juan Bautista —dijo el capataz en voz baja—. Intentaron

rebelarse. Hay cabezas antes y después de la ciudad.

Las picas ya les habían atravesado el cerebro. ¿Y dónde encontraron a un hombre dispuesto a subirlos allá arriba? Levantarlos y luego…

Ya no eran caras. Cerré los ojos hasta que el barco dejó de moverse cuando desembarcamos en Nueva Orleans.

El otro hombre, el factor, ató una cuerdecita alrededor de mi muñeca en carne viva. Metí los hombros, como si fueran una capa. Los hombres estaban en todas partes: con los ojos me recorrían la cara, la pechera del vestido.

En el muelle, el msieu y el factor compraron café, abrieron las bolsas y masticaron unos granos. Ante ese olor (el de los granos que mi madre se metía en la boca) los ojos se me volvieron a llenar de lágrimas. Mi interior ya debía de estar seco.

Mi madre había tenido a su madre cuando ellos la trajeron al mercado de esclavos. ¿O la llevaron a Azure directamente del barco con velas y la vendieron en el embarcadero? Tenía a su madre de la mano.

—Nunca me quedo más de lo necesario —le dijo el pequeño msieu al factor.

—¿Con los bailes y cenas que hay? —dijo el factor.

—La gente gana dinero en su plantación y lo pierde en la ciudad.

El pequeño msieu estudió los sacos de café, los aros de hierro y los montones de tela. Señaló el barco.

—Contrata a unos nègres del muelle para que bajen el azúcar —entonces miró a los hombres que había en el muelle—. Tengo cuarenta acres de tierra nueva —dijo, ahora con voz más baja—. Necesito cinco hombres para rozarlas. Africanos, pero no es probable que los encuentre aquí. Como esos malditos americanos han cambiado la ley, tendré que coger el barco hasta Barataria Bay. Jean Lafitte siempre tiene africanos para vender.

El factor asintió.

—Cuando le vi en casa de Auzenne, me lo mencionó. ¿Le gustaron las hijas?

Se paró bruscamente y las cerdas de la cuerda me quemaron la muñeca. Yo era un animal: más grande que un perro, más pequeño que un caballo. Una mula. Petite mulâtresse.

Las chicas de los Auzenne. Su piel clara y sus rizos perfectos. El hombre quizá tuviese que regresar a por una de ellas, y a lo mejor yo también volvía.

Pero el pequeño msieu hizo un gesto de indiferencia.

—Demasiado al sur. Y mi hijo sigue en París. Quiero irme mañana

a Barataria.

El factor susurró:

—¿De verdad quiere comprarle a Lafitte y a los corsarios? ¿Con los americanos patrullando?

No podías mirarlos ni dejar que sus ojos encontraran los tuyos. Un zapato se detuvo cerca; un dedo blanco asomaba de un agujero como una larva pálida.

El pequeño msieu se encogió de hombros.

—Ésta no puede rozar la tierra. Bordelon dijo que no la necesitaban —hizo visera con la mano para mirar el embarcadero—. Dijo que tal vez la necesitan en otra parte, y estoy de acuerdo.

La voz del factor parecía distante.

—En la ciudad las chicas de piel clara se pagan bien. O se la puede cambiar a Lafitte por algunos hombres.

Cuando nos dirigíamos al hotel, dos hombres nos detuvieron.

—Vendes a ésa, ¿oui?

Dedos en mi manga. Una mano de ralo vello negro, una casaca con una mancha de grasa como un mapa, una rodilla redonda como un platillo cuando el hombre subió la pierna a una plancha de madera y me estudió.

Si me compraba, ¿podría golpearme con esa mano, cubrirme la cara con esa casaca, meterme esa gruesa rodilla entre las piernas?

Dejaría que toda la sangre se me escapara del cuerpo en cuanto pudiera, y se me coagularía y se secaría como azúcar hervido en el último cazo, y luego alguien molería la sangre sólida hasta transformarla en polvo. Se echaría mi sangre en el café.

Finalmente entramos en la puerta de una casa grande, situada debajo de un cartel. El factor le entregó la cuerda a una mujer con las mejillas encarnadas de estar junto a la lumbre de la cocina.

La mujer abrió la puerta del almacén y me senté en unos sacos de café amontonados cerca de tarros de aceite de oliva.

—Rompe algo y te lo hago pagar —dijo la mujer, y cerró la puerta con llave.

Los ladrillos eran cálidos y no temblaban. Me quité el tignon y me hice un almohadón con el pelo en la nuca.

Echarme me hace estar demasiado descansada, decía mi madre. Si me echo no puedo vigilar.

Vigílame. Vigílame.

¿A quién rezarle? ¿Ni? ¿Faro? Aquí no hay agua. Mi sangre se convertiría en polvo y alguien espesaría la sopa con mi cuerpo. Una sopa roja. Carne de buey y sang mêlé.

Sangre mezclada. De la sangre de un tratante de azúcar. Un hombre alto y rubio, que ahora comía sopa de carne de buey y reía arriba con el pequeño msieu, que no era de los que ríen. Por la mañana nos alejaríamos más de Azure. De mamère. El tratante de azúcar se dirigiría a otra plantación, donde probaría el azúcar, hablaría de dinero y buscaría una mujer. Para esa noche, para esa semana.

No. Ese hombre estaba muerto. Tretite le había dicho a mamère hacía mucho tiempo, en voz muy baja mientras yo estaba en la cama: «¿Ése, el que madame llama le gros blond avec le yeux rouge? Mort. Msieu dice que no vuelve para la próxima cosecha porque juega en un barco y lo matan».

Recosté la cabeza contra el gran tarro de aceite de oliva. Echarse significa que no puedes vigilar. Mamère siempre lo decía. O sea, que descanso así.

Por la mañana, la mujer habló con alguien en la cocina y la puerta se abrió rápidamente. Soltó un grito.

—¡Ay! ¡Me había olvidado de la negrita! ¡Parece un fantasma con la barbe espagnol en la cara!

Me apreté el tignon. Me sacó a empellones de la cocina, me dio dos galletas y cogió la cuerda que estaba a su espalda.

En la calle, el pequeño msieu y el factor hacían una lista de mercancías. Tela, café, azúcar blanco en conos, duelas de hierro para los toneles.

La melaza de mi vestido se había secado en el dobladillo, donde iba recogiendo polvo. El agua se quedaría marrón cuando lo lavara.

El pequeño msieu dijo impaciente:

—Necesito dos barcos: uno para las mercancías, otro para los nuevos esclavos.

—Pero entonces tendrá que fiarse de dos canadienses —dijo el factor—. Contrate a Chalan. Lo llaman así por la barcaza. Lleve en un solo barco todo lo que compre —entonces apartó la mirada—. Tengo que cobrar los pagos de la cosecha de Bordelon y llevar su mercancía a Azure.

Su casaca negra desapareció entre la multitud. Centenares de espaldas y sombreros y cajas. Regresaba.

Pero la cuerda tiró de mí hacia los barcos y el río, tan ancho y marrón que los árboles del otro lado parecían bocanadas de humo.

No lloraría delante de ese hombre. Mandé las lágrimas que nacían de vuelta a los huecos de mi cráneo. El agua salada quemaba como lejía. Mi madre podría mojar una pluma de pavo en los charcos que se formarían bajo mis ojos, y el cañón se quedaría pelado como una

aguja blanca.

El pequeño msieu contrató al barquero llamado Chalan.

—Lafitte siempre tiene tela y especias. Vino. ¿Qué más necesita?

La barba del canadiense era tupida y castaña como una piel de conejo.

—¿Cuántos esclavos cabrán? —el msieu miraba el barco, que era grande, y las cajas.

—En cette voiture cabe mucho. Veremos cuántos hombres tiene cuando lleguemos.

—¿Cuánto tardará?

—Mi trabajo es llegar allí. Su trabajo es pagar.

El pequeño msieu tiró de mí hasta el centro de la embarcación, donde las cajas estaban cubiertas por una lona, y me miró por primera vez ese día.

—Si te encadeno aquí y el barco vuelca, te ahogarás. ¿Lo entiendes, oui?

—Oui.

Sabía lo que me preguntaba, pero me negué a decirlo. No saltaré. Ahora no. Todavía no.

Me senté en una caja. Las pinzas de la ropa que llevaba en el bolsillo del delantal quedaron sobre mis piernas. No me encadenó. No estaba dentro de una caja. Una joven. Buena para una cosa. Christophe tenía razón.

El capitán dijo:

—Cuando salte, caerá al río como una bolsa de pesos. Estos africanos son un saco de pellejo negro. Los sang mêlé no suelen ser salvajes.

El pequeño msieu no dijo nada. No había decidido si yo valía la pena, si era salvaje, o lo contrario.

Cuatro esclavos remeros se alineaban en el barco delante de otro hombre blanco. No me miraban. Estaban sentados en bancos y nos alejaban del atracadero mientras el segundo hombre blanco les daba órdenes desde su asiento, justo detrás de ellos. Notaba el aire frío en la cara, la sal dentro de mis mejillas, las palabras que no diría acumulándoseme en el pecho.

Los omóplatos de los remeros subían y bajaban como hachas bajo sus camisas. No eran alas de ángel.

Una garceta blanca apareció en el aire cuando enfilamos un bayou más estrecho, y sus alas se extendieron como abanicos cosidos, las patas negras colgando sobre mi cabeza.

Christophe se jactaba de que se escapaba para ir a ver a la chica que tenía en la plantación de LeBrun. Decía que si se perdía encontraría el lugar donde las garcetas anidaban en el ciprière, al sur,

y entonces sabría cuál era el camino.

Pero nos habíamos ido hacia el norte, y el sol no se veía, y yo no tenía ni idea de qué camino seguíamos. Dos garcetas más se alejaron volando en direcciones distintas.

Bayou Coquille. Bayou des Familles. Bayou des Rigolets. Repetían los nombres de los lugares por donde pasábamos.

—Para despistar a los americanos, cuando buscamos a Lafitte, tenemos innumerables métodos —le dijo el capitán al pequeño msieu —. Los americanos son lentos. Comen demasiada vaca.

El pequeño msieu rio y se inclinó contra el poste que sostenía la lona.

—¿Y tú?

—¿Yo? Vivo de la tafia —dijo el canadiense—. Ron de caña.

La noche en que cosieron juntas, Hera le habló a mi madre de unos africanos que, había oído, nunca mataban las vacas. Cada día dejaban correr la sangre dentro de una calabaza y la leche en el interior de otra. La gente bebía y crecía y las vacas vivían. Sólo cuando alguien se casaba o se moría mataban una vaca y se comían la carne, le dijo.

Mamère se quedó callada. Luego dijo:

—En el barco bebí sangre.

Hera arrugó el ceño.

—Mi sangre —dijo mi madre—. En ese barco los hombres gritaban y la madera chillaba. Teníamos mucha hambre. Mi madre me dijo cómete un trozo de dedo. Mordí alrededor de la uña, pero allí no había más que piel. Luego probé mi sangre. Me hice un corte. Tuve la sangre en la boca un buen rato.

La estela del barco movía las ramas. De las bocas de los remeros salía vapor. En una caja, a mi lado, había un clavo suelto, y apenas tuve que mover la muñeca para pinchar los surcos dejados por el grillete de hierro.

Me hice cuatro agujeros en la muñeca. Parecía un buen número. Cuando noté caliente el cuarto pinchazo, me pareció que tenía suficiente. El aire secó la sangre, y me llevé la piel a los dientes para que los botones negros me entraran en la boca.

—Lago Salvador —dijo el capitán.

Un espejo negro, las nubes en lo alto. A Céphaline le habría gustado. Un espejo en el que no podías ver nada. La embarcación se quedó al borde del agua hasta que se oyó un silbido en los árboles.

—El vigía dice que estamos a salvo de los americanos —dijo el capitán, y escupió en el agua oscura—. A este lugar lo llaman «el templo» porque los indios mataban aquí. Rezaban cuando mataban.

Había una empinada elevación de tierra, un chênière, donde las

conchas formaban un montículo de buena altura y ahora crecían los árboles. Michel siempre decía que los chênières que había detrás de Azure eran buenos lugares de caza porque los animales se dirigían allí cuando había marea alta. Pero en esa isla había construcciones dispersas.

Y el capitán me sacó de la embarcación y me metió en una jaula, como a un animal. Se detuvo delante de un edificio bajo de ladrillo y dijo:

—Guardadla aquí. No quiero que Lafitte y sus hombres vean una guapa sang mêlé como ésta. A menos que quieras vendérsela.

Otro hombre abrió la cerradura de las barras de hierro de la entrada. Dentro respiraba alguien. Aun cuando la puerta quedara abierta, no había a donde escapar. Sólo al agua, para ahogarse. ¿Se echaría a perder el espíritu, entonces? ¿Un saco de pellejo que valía unos pesos perdía el espíritu?

El pequeño msieu me puso un dedo en el hombro.

—Tú, ¿tu padre está allí, en Azure?

Quería saber si mi padre era msieu Bordelon o el capataz Franz.

—Non.

—¿Sabes quién es?

—Non.

Pelos cortos y castaños en sus muñecas e incluso en los dedos, entre los nudillos. ¿Qué había dicho Céphaline de los nudillos? ¿Por qué parecían tan absurdos? Estaban pensando en venderme allí mismo. A Jean Lafitte.

—¿Sabes cocinar?

—Un poco.

—¿Qué sabes hacer?

Tenía los ojos pequeños, como las pasas de una galleta, relucientes por el azúcar que subía al cocerlas. Dije las palabras: lavar, limpiar, planchar. ¿Me conservarían o me venderían? Sabía… coser. Esa palabra movió agujas en mi garganta. Todavía no sabía coser. Mis puntadas torpes y torcidas aún no eran buenas. Mi madre no había acabado conmigo. Todas las lecciones…

—Sólo trabajar en el campo. Me ponen en la casa a veces, si hay una cena.

El pequeño msieu se encogió de hombros.

—Aquí no hay campo.

—Dentro —dijo el capitán.

La llave giró como el cuchillo de Tretite sobre la piedra de afilar.

Tres paredes de ladrillo y una puerta de barrotes. Tres mujeres

dentro. Se conocían, porque una espantaba una mosca del hombro de la otra. Las dos hablaban en voz baja, palabras que yo nunca había oído, y la tercera no paraba de vomitar en un hoyo excavado en el rincón.

Me senté en el otro rincón, en la arena. Se me quedaron mirando. Contemplé el agua hasta que la oscuridad surgió de debajo para llenar el cielo.

Una mujer con un farol abrió la puerta. Tenía la piel marrón rojiza, como un ladrillo viejo, los ojos azul verdosos como el agua de la superficie. Dijo «¡quatre!» y negó con la cabeza. Dejó en el suelo tres platos de madera llenos de sagamite.

Los trozos hervidos de maíz brillaban a la llama del farol.

Regresó con el mío. Cuando acabé de comer, me cogió la mano para examinarme las uñas.

—Sucias —murmuró al ver mis dedos, pero sacó los rizos de mi tignon—. ¿Lafitte te ha visto? —preguntó.

Ladrón de esclavos. No moví los labios ni los ojos.

—¿Cuarterona? ¿Mulâtresse, eh? No india como yo. Yo piel roja como mi padre.

—¿Me han vendido a Lafitte? —pregunté.

De repente se puso en pie y se encogió de hombros, y su vestido dobló la esquina de la puerta después de ella.

Por la noche, el viento venía del lago y la arena volaba contra las paredes y salpicaba la madera y mi cráneo. Tenía tanto frío que no podía dormir incorporada, como mamère. La noche púrpura difuminaba los barrotes, y las formas de las tres mujeres se acurrucaban la una contra la otra.

A lo mejor mañana las vendían más al sur. Las vendían en Azure o Petit Clair. Caminarían por los cañamelares cerca de la casa de mi madre, olerían el café y llamarían a su puerta para susurrarle cuando aprendieran francés: «Acabamos de llegar. ¿Haces trueque?».

Me despertaron unos dedos en las franjas de luz gris que penetraban entre los barrotes. Dos de las mujeres estaban acuclilladas a mi lado, tirándome del tignon. Cuando se cayó, pensé que lo recogerían. Pero me tocaron el pelo, que ahora quedaba suelto.

No dijeron nada. Mi pelo susurró entre sus dedos cuando levantaron mis rizos y los palparon. Entonces me moví y ellas recularon. Recogí el tignon y aparté mi mirada de sus caras, oscuras como las de mamère y Hera, pero con diminutas cicatrices en relieve siguiéndoles la línea del pelo.

No eran singalesas. Ni bambaras. Un pueblo que no había visto nunca. Sus caras no mostraban los cuatro labios, sino algo que sólo ellas sabían.

La mujer de ojos oceánicos volvió con más sagamite. Se fue sin hablar ni mirarme. La melaza se hundía rápidamente en el maíz.

En ese mismo momento mamère derretía el azúcar en la lengua, en el amanecer anacarado. Tanto daba que me vendieran a Lafitte o me cambiara por otros esclavos. La mujer enferma resbaló hasta el suelo, apoyada en la pared, y gimoteó.

Igual que Hera se había deslizado apoyada en la pared de mamère aquella noche, cuando quería el vestido. Ahora su hija tenía el vestido. En la tela que habíamos teñido estarían los hilos del amor y el cuidado de su madre y todas las palabras que ésta había reunido. La planta de añil arrancada del suelo era hija de las plantas que mataron a mi abuela. El azul estaba en su sangre.

Ahora no tenía más que pinzas de la ropa y granos de café. Esperaba a quien tuviera que venir, fuese quien fuese, con esa madera tallada en el bolsillo del delantal. No sabía nada. Sólo los aceites de las puntas de los dedos de mi madre, moviéndose hacia los míos.

La arena que tenía debajo se mecía como el barco. Pero llevé los dientes a las costras negras de mi muñeca hasta que brotó sangre fresca. ¿Sabía a óxido? Quizá el óxido del clavo se había filtrado en mis venas e infectado la sangre. Céphaline dijo que el óxido era un compuesto. Mamère decía que en las camisas blancas el óxido era lo más difícil de sacar.

—¡Sang mêlé! —gritó una voz entre los barrotes.

Un hombre blanco con barba, las manos palmeadas de tierra. Me puso una argolla de hierro y tiró de mí hacia la puerta. Cuando me paré al sol, me pellizcó la punta del pecho con la otra mano y tiró otra vez de mí.

Me dolió como si tuviera hormigas dentro del pecho. Rio y me dijo:

—Es mi manera favorita de hacerlos andar. Dolor o plaisir, los dos endurecen el pezón y sólo tienes que sujetarlo.

La argolla de hierro me pesaba. Mantuve la cabeza inmóvil y seguí a mi pecho.

—Aquí está —dijo el hombre.

Me di cuenta de que era el piloto de la embarcación.

Dejó caer la mano rápidamente. El pecho me ardió y me palpitó. El pequeño msieu se volvió desde la cubierta de la embarcación.

—La argolla no hace falta —dijo—. Ne pas sauvage.

El hombre me lo quitó. Le daba la espalda al pequeño msieu.

—Pero a mí me gusta ponerla —me susurró—. Me gusta hacerlos andar así.

Sentía el pecho como si las hormigas aún me comieran la carne. Estaba cerca de un atracadero. Olía a canela. Entonces cinco hombres se dirigieron hacia nosotros, encadenados, llevando el paso como caballos. No me miraron, ni a mí ni al pequeño msieu. Tenía la vista en el agua.

Sin marcas en las mejillas. ¿Qué pensaban que había en el agua?

Trajeron más cajas. Me quedé inmóvil. Un animal paciente. Una pequeña mula. Aún me ardía un poco el pecho.

De la gabarra anclada allí al lado llegaban gemidos como el vapor que salía del agua. Un médico, con una bata negra y un maletín, estaba acuclillado en cubierta, donde los hombres permanecían echados en camastros a la sombra de un hule. El doctor untaba con algo las encías de cada uno de ellos, y de otro que mantenía los labios completamente abiertos y extendidos llegaba un resollar y la garganta le subía y le bajaba.

—Escorbuto —le dijo el piloto al pequeño msieu balanceando la argolla de hierro—. Los africanos tienen escorbuto y pestilencia cuando llegan. El doctor los compra baratos e intenta curarlos. Los vende en la ciudad.

La pasta blanca en las encías, la pasta verdosa en los brazos, piernas y hombros; los ojos cerrados menos los del hombre que suspiraba, que contemplaba fijamente la lona que tenía en lo alto. Ni siquiera podría ver el cielo si se moría. ¿Era una persona que creía en los cielos? ¿Venía de una tribu de agua?

Los cinco africanos nuevos estaban encadenados por los tobillos a los bancos de los remeros. El capitán hizo gestos a los africanos y los remeros intentaron hablar con ellos, pero los africanos no contestaban ni reaccionaban. De todos modos, cuando remaron intentaron seguir el ritmo de los demás.

Cuando la embarcación se alejó del atracadero, el viento me llegó frío a la cara y tuve los ojos cerrados un buen rato. Ya no importaba que recordara adónde íbamos. Nunca encontraría el camino de vuelta.

Cuando abrí los ojos estábamos en otro bayou rodeado de sauces negros. Sólo ramas de invierno y colgando lianas peladas.

Las espaldas de los hombres se retorcían. Todos tenían una señal en el hombro derecho, reluciente y en relieve, como si les hubieran insertado gruesos gusanos bajo la piel. Una A. No podían ser del mismo pueblo, de manera que tenía que ser el nombre del navío o del capitán.

Las letras se movían cuando remaban, las cicatrices flotaban sobre la piel tensa de los omóplatos. No eran alas de ángel. Ninguno podía volar.

Y mamère: en el barco había sido una niña. Yo nunca había visto su espalda desnuda: ella siempre se lavaba en la oscuridad. ¿La habían marcado? ¿Marcarían a un niño? Enseguida me mordí las costras de la muñeca para ahuyentar de mis costillas la astilla del miedo. Yo no era una niña. Cuando llegara a casa del pequeño msieu, ¿me marcaría?

El látigo del piloto era pequeño en comparación con el del capataz de Azure, pero la punta enseguida cortaba la piel. Había abierto una pequeña hendidura en la espalda de uno de los africanos, una sonrisa roja se abría cada vez que el hombre se inclinaba para remar.

Me llegó bilis a la garganta. Así era como la llamaba el doctor Tom, el fluido que nos descomponía los alimentos. Y entonces vi sus ojos y el tarro junto a él, en la tina de añil, y los boutons negros de Céphaline y sus ojos rojos, y la piel del hombre que estaba ahora más cerca de mí, cubierta de hilos de sal blanca del sudor al secarse, y vomité la sagamite y la melaza por la borda.

El capitán rio.

—Alimenta a los peces —dijo—. A los peces del Atchafalaya les gusta el maíz.

Al atardecer, cuando se levantó viento y la embarcación cabeceaba y se movía de un lado a otro, encontraron un lugar donde echar amarras. Ataron la gabarra fuerte a los árboles y caminamos sobre una maraña flotante de maderas arrastradas por la corriente y musgo y tierra que tembló cuando los pisamos. El hombre de la argolla llevó a los africanos hasta los árboles. Regresaron con leña e hicieron un fuego sobre la arena negra y las cenizas, donde otros habían cocinado antes.

Los africanos estaban encadenados a un árbol en la linde del calvero, pero yo no. El pequeño msieu dijo:

—¿Sabes preparar sagamite y galleta?

Negué con la cabeza. El capitán dijo:

—¿No la habrás comprado por eso, oui?

El piloto preparó la cena. Sirvió la comida en tres platos de madera, y mantuvo la olla delante de mí y cogí un puñado. Los africanos comieron de la olla después de mí. Mantenían el maíz caliente en la palma de la mano y masticaban, la mirada siempre en el agua.

Cuando los árboles y el musgo se volvieron negros, no hubo más luz que el fuego, y sólo eran visibles los tres hombres blancos que estaban cerca, sus barbas, sus caras y sus sombreros. Bebían tafia, la melaza convertida en licor.

Las cadenas de los hombres tintineaban cerca de los árboles, como grillos.

El pequeño msieu y el capitán regresaron a la gabarra, el ruido de

succión de sus pisadas sobre la plataforma de madera. El capitán gritó:

—Vigílalos hasta las cuatro y despiértame.

—¿No encadenas a la sang mêlé? —preguntó el piloto.

—Oui.

Me puso el grillete.

Me acurruqué. Me picaba el pelo, tenía frío en las piernas y el aire me entraba por la falda, con la que me arropaba.

La tercera noche desde que me fuera. ¿Rezaba mi madre en ese momento, con sus granos de café y sus pesos? ¿Había añadido algo a su iglesia? ¿Mi plato con el pavo real? ¿Mi otro tignon? ¿Algo para llevarme de vuelta?

Con los dedos froté suavemente un grano de café que llevaba en el delantal y me llevé los dedos a la boca para poder olerlo.

Me despertó el tacto de los dedos del piloto en la boca. Me sujetaba la lengua y me dijo al oído:

—Si chillas te ahogaré y diré que lo hizo un salvaje. El bosque está lleno de indios.

Los sonidos de la noche habían cambiado. Era casi de día. Los dedos que me puso en la boca sabían a ceniza y tafia. Luego me puso los dedos bajo el vestido y metió uno bajo los otros labios. Un ardor diferente de las hormigas. Su dedo me apretaba por dentro y no grité. Escuché la arena bajo mi cráneo. Me daba con el codo una y otra vez en el pecho. Movía la mano sobre sí mismo.

Cuando su respiración volvió a tranquilizarse apartó los dedos. Sentía el aire frío en las piernas. Tenía el vestido mojado. Me puso la lengua junto al oído, la lengua agria y caliente.

—Te he tenido y no he pagado nada.

Luego no oí nada. No llegaban ronquidos del barco. Ni tintineo de cadenas. Nada más que el agua lamiendo las orillas.

Si me soltaba de la cadena, si me deslizaba dentro del agua, ésta me lo quitaría todo. Pero este bayou me llevaría de vuelta al lago, y a Lafitte. La única razón para meter mi cuerpo dentro de las aguas marronosas sería desaparecer. Ir là-bas y esperar.

Pero si Tretite había oído al pequeño msieu mencionar su casa, y se lo había dicho a mamère y ésta conseguía llegar adonde el pequeño msieu me estuviera llevando, estaría là-bas sola.

Cuando trajo la olla con la sagamite metí la mano dentro. Yo olía a él. Céphaline dijo que percibimos cómo se forman los bebés que están dentro de nuestro vientre. Los bebés vivían dentro del líquido. Mi vestido estaba seco y rígido. Los bebés estaban muertos. Me comí el maíz con los ojos cerrados.

¿Por cuánto me había vendido msieu Bordelon? ¿Había anotado el nombre y la dirección del pequeño msieu? Si Félonise lustraba su escritorio…

Pero sólo yo sabía leer sus palabras.

El pequeño msieu me quitó la cadena y me apoyé contra el árbol, con escozor entre las piernas. Llevé la olla vacía junto al fuego, la limpié en la orilla del bayou con arena seca, la volví a llenar de agua cenagosa y me metí en el bosque para lavarme.

Bayou Cocodrie. Bayou Boeuf. El bayou Courtableau era el más largo. Más profundo, más negro que los otros. En el atracadero, las mercancías se cargaban en una carreta y el pequeño msieu pagó a un hombre para que fustigara a dos mulas y que se movieran.

Nosotros teníamos piernas. No nos subieron a los carros. Los africanos y yo caminábamos detrás.

Ese bayou era negro como el grafito, brillante como las pupilas de Céphaline. No servía de nada saltar. Esa agua nunca llegaría al río Misisipi, sólo al golfo y luego al océano. La corriente era tan lenta que una hoja y yo tardamos mucho tiempo en adelantarnos cuando dejamos el atracadero, y el polvo de todas nuestras pezuñas formó una nube marrón sobre las aguas quietas.

4. ROSIÈRE

Cuando el hombre habló, sin mirarnos y con los ojos fijos en la mano que movía sobre el papel al escribir, no lo escuché.

No te pertenezco. No pertenezco a msieu Bordelon, y todavía tampoco a Dios. Le pertenezco a ella. Soy suya hasta que muera y la encuentre. Là-bas.

—¿Cómo te llamas?

Estábamos en el patio, entre la cocina y la casa. El viento se había vuelto más frío a medida que íbamos hacia el norte. Los árboles no tenían hojas, las ramas eran oscuras, como quemadas. Esa casa era mucho más grande que Azure, más nueva, tenía ocho columnas blancas en la parte de delante y vidrios de colores rematando la puerta principal. El sendero de ladrillos donde esperábamos olía a arcilla nueva. La cocina de ladrillo, separada de la casa, era más grande que la de Tretite, y en la puerta había dos mujeres que nos miraban fijamente.

—Agua, Léonide —dijo el pequeño msieu.

La que asintió era la cocinera. Sujetaba una cuchara como si nunca la soltara. Era baja y gruesa, tenía rollizos hasta los lóbulos de las orejas, que parecían gotas de regaliz bajo el tignon. El cerebro tiene lóbulos. La oreja tiene lóbulos. Nada más.

—¿Sabéis hablar francés? —preguntó el pequeño msieu.

Ninguno de los africanos respondió. Todavía estaban encadenados. El cuello del hombre que estaba más cerca de mí, el que tenía un corte en la espalda, estaba cubierto de una capa de sudor y polvo tan gruesa que detrás de las orejas se le habían formado unos regueros.

—Amanthe —le dijo la cocinera a la otra mujer, que llevaba un delantal blanco.

Tendría unos veinticinco años. Servicio doméstico. Me tendió una calabaza con agua. Levantó la vista hacia arriba, y sus pómulos eran altas cornisas de piedra ruborizadas bajo la piel morena.

No quería conocer más gente nueva.

Pero la cocinera me estaba mirando, y en sus ojos vi dedos. Lo que pensaba saber de mí, de las cadeau-filles. Chicas regalo.

—Nueva Orleans —farfulló la cocinera en lo hondo de la garganta,

como si las palabras le dieran vergüenza.

El pequeño msieu estaba sentado a una mesa de madera. Sacó unos papeles de la casaca y los esparció delante de él. También tenía los dedos sucios. Sujetó el papel sobre la mesa para que no se lo llevara el aire invernal.

Todos los dedos. Colgando sobre el hombre que había a mi lado. El dedo de msieu volvió a señalar al primer africano.

—Tu nombre es Athénaïse —dijo dirigiéndose al primer africano; se quedó un momento en silencio—. A veces aprenden palabras en el barco. No este grupo. Me ha salido muy caro. Incluso tuve que comprarle las cadenas a Lafitte —dijo volviéndose a un capataz que iba a caballo, un francés de dientes amarillos y montados que apoyaba las manos, rojas por el frío, en la silla—. Hoy que duerman. Mañana que empiecen en las tierras nuevas del otro lado del bayou.

El pequeño msieu puso nombre a todos los africanos.

—Athénaïse —el dedo apuñaló el aire delante del primer africano —. Athénaïse —luego el dedo se movió de lado para indicar al africano que se acercara un poco más al río.

—Gervaise. Apollonaise. Hélaise. Livaudaise —el dedo apuntaba cada vez a una cara y después lo movía de lado a través del aire.

En ese momento salió una mujer blanca que se quedó junto al pequeño msieu, estudiando el papel. El vestido era de percal, con un bonito estampado y no demasiado descolorido por el lavado. No tan elegante como madame Bordelon.

—Te hemos echado de menos.

—Tu primo te manda saludos.

El pequeño msieu dejó de escribir. Oí la ausencia de roce contra el papel. Mantuve la mirada en el olivo oloroso que había junto a la cocina.

—Ya casi he acabado. ¿Podemos comer cuando esté?

Ella asintió. Asintió lentamente con la cabeza ante cada una de las figuras que había en el patio, miró detenidamente las espaldas de los hombres que se alejaban.

—Necesito un hombre para el jardín —dirigía la voz hacia mí—, no una niña.

Tenía los ojos azules. No el azul intenso y reluciente de los de Céphaline. Los suyos eran de un azul lechoso, como cuencos de porcelana. No hablaba como si ya me odiara.

—Tendrás un hombre para el jardín en cuanto hayamos rozado las nuevas tierras —dijo el pequeño msieu.

—¿Cuántos hombre tenemos ahora? —entornó los ojos para mirar el libro mayor—. ¿Veintisiete? ¿Veintiocho? ¿Y no puedes prescindir de ninguno?

—De ninguno —me señaló—. No me gustan los nombres africanos. Pero, desde luego, tú no eres africana.

Volvió a escribir palabras. Yo no quería que supiera que sabía leer. Lancé una mirada rápida a los papeles cuando mojó la pluma en la tinta. Escribía junto a los nombres «congo», «ki» o «tribu africana».

Yo era medio bambara. Él no lo sabía. Si le decía mi nombre verdadero y no le gustaba y me lo cambiaba por el que él quisiera, entonces sólo mamère tendría mi nombre. Podía guardármelo dentro de la boca. Para mí. Hasta que volviera a verla.

Pero si tenía un nombre distinto, ¿cómo me encontraría?

—No parece muy lista —dijo el msieu—. Durante el camino me ha parecido muy poco avispada. Bordelon dijo que sabía arreglar el pelo, pero que no la necesitaban.

La madame dijo:

—Aquí tampoco necesito a nadie que me arregle el pelo, ya tengo a Amanthe —no parecía enfadada; sonaba como si eligiera una tela—. ¿Cuántos años tienes?

Por su manera de mover los ojos sobre mi perfil, lenta e imprecisa, comprendí que no me veía muy bien. Por eso no me odiaba. Tenía el pelo recogido en un moño. Mate y castaño como una bellota. Sus nudillos eran grandes, como rosas. Quería un hombre para el jardín. No un regalo.

—Catorce, madame —dije.

La pluma del pequeño msieu volvió a rozar el papel. Podía verme.

—¿Sólo sabes arreglar el pelo? —me preguntó; se volvió hacia su marido—. No entiendo por qué la has comprado.

—Guillaume Bordelon necesitaba un favor y era barata.

—¿Qué más sabes hacer? —preguntó, los ojos clavados en un punto situado a la izquierda de mi cara.

Si decía que sabía lavar y planchar me pasaría el día en ese patio, junto a una mujer que ya hacía la colada. Olería el jabón de otra, oiría las palabras de otra en mi oído, nunca aprendería los límites de ese lugar, no podría escapar de las inmediaciones de ese patio.

—Trabajar en el campo —dije.

El pequeño msieu ya había escrito «mulâtresse criolla, 14».

Su dedo dibujó la misma línea inclinada hacia el río. A continuación hizo una pausa y frunció el ceño.

—¿Nombre?

—Moinette —dije.

Una manta, un cuenco, una cuchara hecha con un trozo de calabaza y una capa. Eso fue lo que me dio la mujer llamada Sophia. Dijo:

—¿Eres del sur? ¿Pasado Nueva Orleans? Aquí hace frío. Estás cerca de Washington. Frío y hielo —me enseñó cómo se levantaba la capucha cuando el viento azotaba los campos.

La suya era la segunda casa de la calle que cruzaba le quartier. No se veía la gran casa blanca de Rosière, sólo el granero y el establo. Luego la casa de los capataces: Mirande y Baillo, dos hermanos franceses de pelo color zorro.

—Uno duerme, el otro monta toda la noche y nos vigila —dijo Sophia.

Doce casas y árboles en el centro de la calle.

Dos puertas en esta casa. Dentro, un anciano y una anciana sentados. Los dedos de la mujer eran tan finos y secos que parecían cubiertos de papel quemado. Cosía el dobladillo de un vestido de niño. Cuando alzó la mirada, vi una filigrana marrón en el blanco de sus ojos.

Tras la puerta de Sophia había una salita: chimenea, mesa y tres sillas. Había una habitación trasera con seis estantes de madera que hacían de literas, dos en cada pared.

Sophia me estudió, casi como madame, pero sus ojos se movían más deprisa. A continuación se llevó las manos a la cara y se la frotó, y sus dedos desaparecieron en el pelo de la frente.

—¿Por qué te han puesto aquí conmigo? Estoy muy cansada. No quiero a nadie más.

Yo tampoco le pertenecía a ella, así que no respondí. Sophia me entregó un vestido extra. De algodón basto, teñido de un marrón amarillento con manchas de negro en el dobladillo, como barro pintado encima. No me hablaba a mí, sino a la mesa.

—Me la dan a mí y no le dan ropa. Madame se olvida de todo. El domingo tengo que decirle «no tengo ropa». Como sólo tengo una niña, me dan las niñas que nadie quiere.

Me puse el tignon en el regazo, los dedos sobre las puntadas de mi madre. Cuando la madre de mi madre llegó a Azure, tenía una niña. Quizá no tenía nada más.

Entraron dos niñas transportando astillas en sus faldas. No miraría sus faldas, sólo el tejido de sus faldas.

—Hemos traído toda esta madera —dijo la pequeña.

—Sang mêlé —dijo la mayor mirándome.

—Tú también eres sangre mixta —murmuró Sophia—. Congo mezclada con tontería. Tu mamá me lo dijo. Lávate —después la mayor alargó las manos y Sophia dijo—: Ésta es Fronie. Tiene diez años. Es mía.

—Fantine —dijo la mayor—. Yo no soy de nadie. Mi madre tiene tres chicos más. No hay sitio para mí, por eso me quedo aquí.

—Traed más madera —dijo Sophia, ceñuda junto a la lumbre.

Calentó agua y la echó en la tina de lavar.

—Lávate, Moinette. No quiero bichos aquí.

—No tengo bichos.

—Tienes algo.

Tenía mi hatillo: mi delantal atado alrededor de los granos de café y las pinzas de la ropa, las tiras del delantal sujetándolo. Lo escondí dentro de la capa, en mi litera. Todavía no sabía quién robaba en ese lugar. Cuando me quité el vestido, la arena cayó como azúcar en torno a mis pies. Sophia llevó el vestido fuera para sacudirlo.

—Sang mêlé —dijo Fronie—. ¿De qué color es tu sangre? —las niñas me miraban y yo me sumergí en el agua caliente.

Me mordí el pulgar en carne viva hasta que la sangre goteó sobre mi palma y lo levanté para que pudieran verlo. A continuación noté el agua penetrando por mi conducto.

En la oscuridad, en la litera, cogí las pinzas y los granos de café. Un grano ya se había partido para formar tres de las comas negras de Céphaline. Céphaline inclinada sobre el papel, farfullando que una coma cambiaba toda una frase y que una letra cambiaba todo un mundo.

Echaba de menos su voz. Sus palabras como un bordado en el aire. Ella no me amaba. Pero había oído su voz toda mi vida.

Tres fragmentos de grano, y se me hizo la boca agua cuando me los llevé a la nariz. El agua era amarga, como si brotara cual lejía de mis mejillas.

Mamère tenía el grano de café en la lengua toda la mañana, para ayudarse a pasar la jornada. Yo no podía llevarme ese grano a la boca. Se diluiría en mis dientes y me tragaría el líquido marrón y me abandonaría. Por uno de los conductos.

Tampoco pertenezco a Dios. Le pertenezco a ella.

Tres granos de café. Dos pinzas de la ropa. ¿Dónde los guardaría mañana para no perderlos? ¿Quién entraría en esta habitación cuando estuviésemos en los campos?

La voz de Sophia llegó de las inmediaciones de la lumbre.

—¿Li mère?

—Está en el otro lugar. Azure.

Se quedó callada. En la oscuridad, la lumbre emitía un sonido de parpadeo. Brillaba. Como la de mamère. Todos los fuegos, en todas las casas, todos junto a los ríos y bayous. Todas las madres. Aspiré el café. ¿Qué quería de mí? ¿Preguntar?

—No tendrás problemas si te callas —dijo Sophia—. Te quiero callada siempre. Nadie discute. Todo en silencio. Cada día, cada

noche. En invierno, enciendes la lumbre cuando suena la campana. En verano, tienes los postigos abiertos y ellos vienen cada hora a verte dormir. Todos en la cama. No duermas en una silla o te apuntan en el libro. El nombre en el libro dos veces en una semana y te quedas sin carne. Nada. Sólo maíz.

Las puertas se cerraron en las casas del final de la calle, y los cacharros tintinearon en la chimenea de la anciana, al otro lado de la nuestra. Fantine y Fronie ya dormían.

Las llamas se movieron y Sophia dijo «así, basta».

Un caballo se movió lentamente calle abajo, demorándose delante de cada puerta. Notaba la dureza de la madera contra mis omóplatos. ¿Alguien de aquí conocía los huesos? Tenía la capa debajo, el tignon bajo la cabeza.

Si mis cosas estaban envueltas en mi tignon, alguien podría robar la tela. Y mi pelo tenía que estar oculto.

Mi pelo. Desgarré un trozo del dobladillo descosido del vestido que acababan de darme y envolví las pinzas y los granos de café, dejándolos bien apretados. Por la mañana, me los colocaría dentro de las trenzas.

El segundo día, Fantine esperó a que levantara los brazos para hacerme la trenza y me acometió el regazo con la rapidez de una serpiente. Mi atado se deshizo entre sus dedos, y entonces se rio de mis pinzas. Los granos de café menguaban astillándose continuamente y cayeron al suelo sin que los viera.

—Pensaba que tenías dinero —dijo—. Joyas. No tienes nada.

Me puse en pie lentamente, para que pensara que estaba avergonzada, y alargué la mano para que me diera las pinzas. Cuando las dejó caer en mi palma izquierda, llevé mi puño derecho a su barbilla, tal como Christophe me había hecho una vez. El hueso de su mandíbula le sobresalía como una piedrecita, y lo empujé más fuerte, hacia arriba.

—No vuelvas a tocar mis cosas —susurré—. No puedes hacerme daño. Pero yo a ti sí.

Se le ensancharon las aletas de la nariz.

—No tienes nada. Todo lo que tienes es pelo como la barbe d'espagnol. Una barba que te cuelga de la espalda.

Cuando salió, recogí los granos de café. Tres trozos de uno, el otro aún entero, pero más pequeño, más seco.

Mi pelo. Musgo. Barba española. Un gordo: un hombre que me ataría a un árbol con mi pelo, que sacudiría mi cabeza como un caballo, que me asfixiaría con mis trenzas. Mi pelo: ¿cómo algo podía significar cualquier cosa? ¿Cómo podía haber dentro un ni, un

espíritu, si mi madre, que creía en ese dios, nunca me volvía a tocar el pelo?

Mi pelo, pesado y sucio colgándome de la espalda porque nunca me lo lavaba yo misma. Mi madre me lo lavaba. Los rizos negros y apretadísimos de mi madre, el pelo rubio del tratante de azúcar… ¿era ahora barcia inútil que el viento aparta del heno? ¿Cómo se combinan las sangres? ¿En el conducto? ¿En el puño de la matriz?

Fuera, yo era la que tenía miedo. Fantine se lo diría a su madre, que ahora les gritaba a los chicos, y que tenía una cara dura llena de arrugas como antenas que le brotaban de entre los ojos.

Pero su madre asintió y en el pozo me rozó al pasar a mi lado. Fronie y Fantine me estudiaron esa noche junto a la lumbre, como si yo fuera un conejo con cinco patas. Me quedé despierta durante un buen rato para ver si Fantine seguía enfadada y fuera sólo oí cascos de caballo, que resonaban más agudos donde el suelo se había helado.

Cada noche miraba la pared que había junto a mi cara, madera que entre las rendijas tenía bousillage: barro mezclado con crin de caballo, musgo, paja. ¿Se habría escapado ya mi madre para ir a buscarme? ¿Esperaría, como hacía uno cuando se perdía?

No podía escaparme. Los árboles estaban pelados, los bayous tenían poca agua, eran fríos y húmedos. Cada mañana, durante semanas, el sol penetraba entre las rendijas de los postigos como hielo plateado. Era incapaz de medir la distancia: dos días en el río al norte de Azure hacia Nueva Orleans, desde allí dos días hasta donde estaba Lafitte, cuatro días hacia el norte por el Atchafalaya y los bayous hasta Rosière.

¿Cuántos días a pie?

En el aliento de la oscuridad, Sophia se agitaba, pero yo siempre encendía la lumbre. Quería que fuera mía.

Pero por muy temprano que me levantara, la anciana del otro lado ya estaba en su chimenea. El roce de la olla contra el ladrillo me llegaba por el aire que se arremolinaba en la chimenea que compartíamos. Se llamaba Philippine, y su marido era Firmin. Le hablaba en voz baja, sin parar, mientras él hacía cucharas y cuencos con calabazas. La cara de él era sólo huesos, y en las mejillas se dibujaban viejas cicatrices.

Al alba sonaba la campana en la torre y los cascos de los caballos subían y bajaban la calle para movernos.

No había café. Sólo maíz para hacer gachas. A veces leche. Nada de azúcar.

Las costras de mi muñeca se habían secado y caído. Mordía la esquina del pulgar hasta que tenía un trozo de carne entre los dientes,

hasta que me llegaba la calidez de la sangre.

La gente me miraba de arriba abajo. Yo no decía nada si no me preguntaban. Cuando alguien me hablaba, tenía que decidir lo inteligente que quería parecer.

Todos somos animales, decía Céphaline. Comemos y excretamos y engendramos.

Escucha y está alerta, decía mamère.

Los dos capataces, Mirande y Baillo, no me miraban si no era para decirme que cogía mal la azada. Cuando los vi los primeros días en el campo, dos hermanos con los ojos ocre, bigote rojo y ralo como hormigas en la cara, tuve miedo. Pero Sophia decía que nunca tocaban a las mujeres. Esperaban que sus mujeres, que estaban en Francia, vinieran a reunirse con ellos cuando poseyeran tierra propia, y los domingos iban a la iglesia de otra población.

Cada mañana caminábamos detrás de la carreta que transportaba las azadas y el almuerzo y el agua. Mirande iba a caballo cerca de los hombres, los nuevos africanos encadenados al final de la fila: talaban los cipreses y avenaban las ciénagas.

Baillo iba junto a las mujeres: rozaban para la caña del año siguiente. Los campos eran todos rastrojos, tenían tallos quemados y hojas secas. Cuando me secaba la cara, Sophia me decía:

—Esto ni siquiera es caña. Estamos en enero. Pas même. La caña se corta en octubre, oui.

La pala de mi azada cortaba terrones. La tierra estaba helada hasta que aparecía un débil sol. El hielo se disolvía en agua. El agua entraba en la tierra, y nosotras cambiábamos la tierra de sitio. Surcos e hileras. Cada día.

Amontonamos los restos de caña de la última cosecha. Mirande encendió las hogueras. El humo subió hasta el cielo gris e imaginé las nubes cristalizadas de azúcar, moviéndose hacia el sur, la lluvia cayendo en la lengua de mi madre.

¿Dónde esperaba mi madre? ¿En la tierra? ¿O là-bas?

El bayou Rosière se abría paso entre la tierra, demasiado estrecho para barcos grandes, sólo piraguas cargadas con musgo o pieles o cazadores solitarios que pasaban junto a los campos. Observé el sendero hasta el ciprière, donde los hombres desaparecían con hachas y cadenas, intenté estudiar los bordes, tal como mi madre siempre me decía, las fronteras que se podían cruzar y las que no.

Conocía el este y el oeste por el sol. Medía los campos por las zanjas y los bayous. Cinco campos. Los barcos pasaban por el bayou Courtableau.

Todavía no podía escaparme. Cada mañana la escarcha cubría los

peldaños de la galería del porche, formando una suerte de pelaje blanco en las astillas. Las ramas de incluso los arbustos más bajos estaban peladas, nada donde ocultarme en los bosques que había en las lindes de los campos que rozábamos. Los tejados eran blancos, como si el hielo contuviera azulete. Me apreté la capa en torno a los hombros, me eché la capucha sobre el tignon. Un círculo de aire frío flotaba ante mi cara cuando seguía el carro hasta los campos. En Azure no teníamos heladas parecidas. Vi a mamère sentada junto a la lumbre, cosiendo, los labios sellados. Esperando.

Se hacía de noche antes de cenar, y yo u otra de las chicas hacíamos cola para moler el maíz en los dos molinillos manuales con la única luz de las antorchas. Entonces Sophia preparaba pastelillos de maíz o sagamite.

La calle era una maraña de voces, como las madejas de mamère en el cesto, pero yo no quería clasificar a la gente, conocerla, porque no me quedaría mucho tiempo. Pero la gente me hablaba. Las mujeres me hacían preguntas, sus ojos brillaban como monedas a la luz. Los hombres sonreían y asentían, sus dientes flotaban en la oscuridad.

Sophia dijo:

—Es mejor que hables. Sé educada. ¿Quién muele el maíz para los africanos? Viniste aquí con ellos.

Negué con la cabeza.

—No los conozco.

El que tenía la cicatriz como una sonrisa en la espalda, Athénaïse, siempre me miraba apretando los ojos en unas feroces medias lunas. Les dijo una palabra africana a los demás. Yo sabía que la palabra se refería a lo que yo era (mulâtresse, piel clara, sangre blanca), que expresaba cólera por la manera como el piloto del barco me había hablado, por lo que significaba mi existencia.

Le devolví la mirada, imaginando a mi madre y a la madre de ésta, y escupí en el suelo. Dije en voz alta:

—La saliva es siempre la misma.

Sophia dijo:

—Los africanos se creen mejores. Pero ¿qué comen?

La madre de Fantine envió a sus tres chicos a la casa ocupada por los africanos, al final de la calle. Los chicos dijeron que los africanos se fabricaban su propia mano y mortero con tronco de ciprés, y habían atrapado un pájaro, que asaban en la lumbre.

—¿Pájaro grande o pequeño? —dijo Sophia pensando en carne.

Yo cada día mantenía la mirada en el carro que iba delante de mí, luego en los árboles que había en la linde de los campos. De noche, mantenía la mirada en los peldaños del porche. Las lindes de las escobas de las mujeres. Los hombres se sentaban en las entradas de las

casas esperando la cena. Veía sus zapatos.

Sólo escuchaba las órdenes que Baillo gritaba en el campo, y la voz suave y aguda de Fantine mientras comíamos. Fantine estaba enamorada.

—Cuando tengas dieciséis años consíguete un hombre —me dijo—. Madame te casará con la Biblia.

—Para que pueda engendrar y hacerle ganar dinero.

—No. Para que seas feliz.

Se paseaba con un chico cerca del cementerio de los esclavos.

La reproducción, quería decirle. Ovillada junto a la lumbre me acordé de Hera. «¿Dónde está tu hombre?», había dicho mi madre, y Hera había replicado: «Nos han vendido tres veces, a mí y a los míos. Estaré caliente por la noche, los hombres siempre lo están».

Por la noche, Sophia se alegraba de no hablarme, y yo me alegraba de no escuchar. Me daba en el brazo con su astilla de encender la lumbre para empujarme a la cama. No quería que los cascos de los caballos se detuvieran delante de nuestra puerta. Quería comer carne el domingo.

Los domingos por la mañana recorríamos el largo camino que llevaba hasta el patio de la casa de msieu para las oraciones. Madame leía la Biblia y yo entendía algunas palabras. Céphaline solía leer latín en voz alta. *Deus* era Dios. *Corpus* era cuerpo. El doctor Tom dijo que un cadáver[1] era un muerto. Le dije a mi madre la palabra *Deus*. Por la noche, cuando rezaba ante su altar con el trozo de tela de su madre, tenía la voz grave y ronca. Cuando rezaba para mantenerme viva.

Yo estaba viva. Msieu me daba maíz seco sin levantar la vista, manteniendo la mirada en sus papeles, con sus garabatos negros de tinta. Yo no era un cadáver. Estaba viva. Ella me quería sana y salva. No sabía si yo estaba viva, o a salvo, o era un cadáver.

Mamère rezaba para averiguar el nombre, el lugar. Rezaba a los mismos dioses. Era paciente. Tenía que ser paciente.

Sophia sólo miraba el montón de carne y el cuchillo.

Cuando madame acababa su lectura, en el aire flotaba el silencio hasta que movíamos los pies.

Si tu nombre no estaba en el libro (por no haber acabado el trabajo, por hablar cuando no debías, por dormirte en la silla o junto a la lumbre, si Baillo oía ronquidos procedentes de la habitación donde no había que dormir cuando pasaba en su caballo y abría los postigos con su larga vara para ver dónde estabas) te daban un trozo de carne. Cerdo salado en cachos cuadrados, a veces panceta, a veces extrañas partes del cuerpo del cerdo. Cadáver.

Maíz seco. Melaza en un balde de madera.

Sophia se comía toda la carne la primera tarde, mientras limpiaba nuestras ropas. La hervía con pimientos secos que guardaba en una bolsa, o la freía hasta que la grasa chisporroteaba. Cada vez que tendía un vestido, daba otro bocado de carne hasta que desaparecía. Mientras masticaba quedaba con la mirada perdida a lo lejos, y cuando le entregaba trocitos de carne a Fronie, contemplaba los árboles.

Recordé a mi madre introduciéndose trocitos de carne seca en la boca mientras lavaba, recordé las astillas de carne que formaba con los dientes. Me daba la fresca y se comía la seca.

—No me gusta la grasa —dijo Fronie un domingo.

Sophia la fulminó con la mirada:

—La grasa es buena para ti. Así no tendrás frío.

Sophia susurró como un alambre incrustándose en la madera.

—Cuando eras pequeña yo masticaba la carne y te la metía en la boca. Así creciste. Te comes este trozo aun cuando yo lo quiero. No seas amable. La amabilidad no sirve para nada.

Vio que yo miraba y dijo:

—Mira a Moinette. Donde estaba antes comía mucha carne. Carne del msieu. Tu padre, ¿no? Mucha carne. Tu madre masticaba carne para ti, ¿no?

Me quedé mirando los ojos de Sophia, planos y negros como cabezas de clavos negros incrustados en su frente.

Cruzó los brazos apuntándome con los codos. Los había sentido muchas noches para que me apartara de la lumbre.

—Tú sang mêlé. Aquí no hay más sang mêlé. Echas de menos tu casa donde tu padre te trataba bien. Tú très jolie.

No dije nada. Mamère se guardaría las palabras en la boca, con los granos de café.

—Crear un lugar nuevo o guardar un lugar viejo en tu cabeza. Sólo dos caminos —dijo entonces en voz más baja.

Una noche, cuando Sophia estaba fuera, Fronie dijo que antes vivían en otro lugar, que su padre había muerto, y que todo lo que recordaba era a su madre rompiendo platos para cubrir la tumba.

—Rompió platos especiales —susurró Fronie—. No platos de madera. De porcelana, con adornos rojos. Dos. Crac crac. Lo recuerdo. Yo estaba asustada.

Pasaron los africanos acarreando madera. Guardaban su pueblo en sus cabezas, ellos no habían creado un lugar aquí, porque por dos veces el llamado Gervaise se había negado a comprender órdenes en francés, y lo habían puesto en el cepo. Sin comida ni agua ni ropa. Toda la noche se la pasó farfullando en africano. Lo oíamos a través de los postigos.

Msieu no azotaba. Baillo ponía a la gente desnuda en el cepo bajo el campanario y tenían que dormir y mear allí donde estaban arrodillados.

Una noche volví tarde de la letrina y Athénaïse estaba arrodillado junto a Gervaise. Athénaïse pronunció la palabra con que me designaban y escupió en el suelo cerca del cepo.

—No hablo africano —dije.

Gervaise: su cabeza flotaba en la negrura delante de la madera pálida. Las cabezas en las picas. Podía decir las palabras de mi madre: ni, faro y dya. Porque estos hombres eran del Congo, dijo Sophia. No creían en los mismos espíritus.

Los domingos, los hombres movían las letrinas y paleaban tierra y cieno sobre los pozos, y nuestro olor penetraba en la tierra de msieu para deplazarse con la lluvia hacia sus campos.

La piel de mis manos tenía un relieve calloso. Distinguía las diminutas líneas de los callos, como almohadones con un bordado de fantasía. En torno a mis uñas, la piel era dura y seca, rasgada por la caña y la azada. Era fácil encontrar un pedazo suelto para mordisquearlo.

Un hilo suelto: estíralo y destroza la blusa. Estíralo y desnudas al hombre, dijo Tretite una noche mientras mamère cosía para ella.

Agarré el trozo de piel con mis incisivos (como una rata) y tiré suavemente hasta que salió sangre. No me hizo daño, no en la parte de la uña donde la piel era dura, pero cuando la tira llegó a la esquina, se resistió. Corté la base del padrastro con los dientes.

Mastiqué la carne durante una hora más o menos. Me la saqué de la lengua y la examiné: la piel insensible había sido seca y dura, pero ahora se veía traslúcida por la saliva. Saliva.

¿Por qué la tenemos? Céphaline solía preguntárselo al doctor Tom. Todo es líquido. Lágrimas, sudor, saliva y… excreciones. No recuerdo su respuesta.

Mi piel: una astilla de galleta, como la que habían comido los hombres en el barco que me había traído aquí. Mi piel era dorada, pero ese padrastro era blanco como un hueso. ¿Cómo le quitaba el color la saliva? Por qué el río dejaba blancos los cadáveres de los esclavos ahogados, como había dicho Christophe, algo que no conseguíamos nosotras con nuestra colada?

Me tragué la carne reblandecida. Me entró en el estómago, la sangre, y parte de ella iría a nutrir mis uñas.

Nuestras excreciones estaban dentro de esa caña. Sacábamos largos trozos del matelas, la caña amontonada del año anterior para que

sirviera de simiente, y luego los hombres la cortaban en nódulos. Dejábamos los huesos verdes en los surcos, de manera que pudiéramos comernos la melaza que formaríamos y pudiéramos dejar caer nuestros residuos en otro agujero.

En cada campo había un lugar para nuestros residuos: un árbol en la linde del bosque, marcado con una franja de cal. Pero sabía que no debía escaparme de los campos. Sólo encontraría el ciprière, pantanos y animales, luego más tierra, caminos por los que pasaría gente. Nunca podría llegar andando a Azure. Tendría que ir por el agua. Encontrar una embarcación que llevara mi cuerpo bayou abajo. Al sur. De vuelta a Barataria, vender mi cuerpo por un pasaje. Me apoyé contra un árbol. Igual que en Azure: dejar caer la caña en los surcos, cubrirla, esperar la lluvia. La lluvia volvería a llenar los bayous, los haría transitables. Agua del cielo para que creciera la hierba. Entonces quitaríamos las malas hierbas con la azada, dejaríamos crecer la buena hierba. Hierba de la India. ¿A quién se le ocurrió traer hierba de la India, gente de África, platos de Francia? Venían en barco, por el océano, el río y el bayou. Todo lo que llegaba podía regresar en sentido contrario.

Mantenía las manos pegadas al cuerpo. Utilizaba los ojos y nunca la boca a no ser que alguien me preguntara, y todas mis palabras (de mamère y Céphaline, del doctor Tom, de Tretite y Eveline y las palabras que oí esa noche en los bosques de añil), todas esas palabras (besoin, cieno, dalia, bagasse, escápula, matriz, iris, octoroon, sacatra, ni y faro) quedaban detrás de mi esternón. Mi corazón era un pequeño músculo. Todas las palabras nadaban en torno a mi sangre, pero sabía que mi corazón no era sino carne para otro animal.

Una noche Sophia se quedó despierta mucho después de haberme enviado a la otra habitación. Pasaron los cascos de los caballos. La puerta se abrió rápidamente y unos pies se deslizaron sobre el suelo de madera. Una bolsa cayó sobre la mesa. No hizo ruido: dentro de la bolsa había algo blando. Una brusca aspiración de aire. El aliento se contiene igual que cuando alguien va a soplar la lumbre para avivar las brasas. Pero no salió aire.

Me deslicé furtiva por la pared hasta la puerta. Sophia tenía los pies pequeños y separados, las rodillas como caritas bajo su falda levantada, e iba descalza. El hombre ocultaba el resto de su cuerpo, moviéndose contra ella, contra la pared. Pero reconocí su espalda. Gervaise. Su espalda, con huesos como hachas bajo la piel mientras remaba en el barco. Ahora las hachas volvían a moverse mientras, afianzado en Sophia y la pared, empujaba, empujaba.

Por la mañana, cuando encendí la lumbre, cuatro pajarillos se asaban en las brasas. Sophia vino rápidamente y me lanzó una mirada inflexible.

—Espera a que yo haga partes. No los toques —dijo.

No los toqué. Despertó a todos y nos dio un muslito, luego una pechuga a Fronie.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó Fronie.

Sophia miró hacia fuera, hacia el cielo aún oscuro. Sabía que la gente era capaz de oler la carne en el humo.

—Un hombre pone trampas en los árboles.

—¿Y tú que le das? —dijo Fantine sonriendo; Sophia no sonrió.

—Tengo mucho para cambiar: cuenco, cuchara, coser la camisa.

Colocó los huesecillos del ala en la chimenea. Miré la pata, la carne era como una perla negra sobre el huesecillo. Sabía que cada día y cada noche pensaba en el lugar que tenía en su mente. El lugar donde estaba antes, dondequiera que fuese, aun cuando nunca pronunciara el nombre.

Subiendo y bajando por las hileras de cañas, Fronie seguía a su madre, esperaba a que ella se diera la vuelta para tocarla de vez en cuando.

Yo quería decirle que cuando estaba cerca de mi madre, junto a las tinas de lavar y la tabla de planchar, entre el olor a azulete y a hojas de higo que flotaba a nuestro alrededor procedente del crepé negro, a veces me llevaba una mano al ojo y le decía que me había entrado carbonilla.

Entonces mi madre acercaba mi cara a la suya, me enmarcaba las sienes con sus dedos húmedos, tiraba suavemente de la piel que me rodeaba los ojos en busca de la carbonilla, y sentía su aliento suave en la cara, sus relucientes ojos negros tan cerca de los míos que veía mi cara nadando en sus lágrimas. Las lágrimas que tenemos siempre. Las que no caen, sólo mantienen los ojos en su sitio.

Pero no podía decirle nada a Fronie. Tenía un grueso nudo en la garganta. Como si se me alojara allí una pacana, donde deberían nacer las palabras. Mis ojos permanecían al final de mi hilera, donde comenzaban los árboles y el bayou discurría en silencio.

Dos piraguas habían pasado, y en ellas hombres barbados impulsaban con pértigas las embarcaciones cargadas de pieles. Animales aplastados a los que les habían quitado la carne. Debían de poner trampas más arriba del bayou, y descargaban las pieles en el atracadero para venderlas.

Algún día un barco echaría allí las amarras. Y yo lo cogería, daría algo a cambio del pasaje. Si tenía que vender mi piel para volver con mi madre, lo haría.

Athénaïse se escapó. Desapareció del ciprière, donde habían estado

cortando árboles con el agua hasta la cintura. Los demás hombres dijeron que fue como si hubiera nadado bajo el agua hasta llegar a un lugar donde nadie pudiera volver a verlo. Tuvieron que cortar los árboles que le correspondían a él a la luz de las antorchas, hasta bien entrada la noche, y estarían un mes sin carne.

Fantine habló con las demás mujeres mientras hacíamos cola para moler maíz:

—Desaparece. Como un espíritu. Msieu lo persigue con perros hasta Opelousas. Cuando lo encuentran lo derriban. Le marcan la cara.

Los codos de las mujeres eran una hilera de alas, la postura que mantenían mientras esperaban el maíz. Las voces recorrían la fila de hombros.

¿Dónde iba Athénaïse? ¿Cuál era su verdadero nombre?

¿Regresaba donde vivía Lafitte, en busca de una mujer cuyas cicatrices se correspondieran con las suyas: la corona de rayitas a lo largo de su frente?

Se escapaba al pantano donde, habíamos oído, los fugitivos vivían en campamentos. A lo mejor sólo se escapaba para estar en otra parte.

—Les echan los perros —dijo otra mujer.

Allí donde fuéramos, siempre habría alguien que tendría perros. Animales igual que nosotros éramos animales, siempre ansiosos de encontrar algo. Buscando un olor.

Cuando me escapara, tendría un plan. Me iría por el agua, como mi madre quería que hiciera. El agua no dejaba pistas ni rastros. Los dioses del agua me protegerían.

Después de haber comido, Fantine seguía contemplando la tarde púrpura.

—¿Quién te ha dicho que msieu ha conseguido perros? —preguntó Sophia.

—Basile.

—¿Dónde has visto a Basile?

Fantine levantó las manos, como si no lo recordara.

—Tienes quince años. Te falta un año. Reglas de madame.

—Lo sé.

Fantine sonrió en dirección a la puerta. Sophia discutía con ella continuamente: no se le permitía casarse hasta los dieciséis. Las reglas de madame tenían que ver con la iglesia, pero las reglas de msieu estaban en su libro, tenían que ver con el lugar. Si era demasiado joven para engendrar, él perdería dinero y tiempo por culpa de los bebés muertos. A los dieciséis, cásate, consigue una chimenea y una cama.

—El amor no conoce edad —dijo Fantine.

Chimenea y cama significaban bebés. El único fin del matrimonio.

Céphaline y las Auzenne se ponían vestidos de seda y medias y corsés bien apretados. Fantine llevaba el mismo vestido marrón que yo. Las Auzenne bailaban y tocaban el piano. Fantine ponía el índice en la mejilla de Basile y le quitaba una carbonilla, y le pasaba el dedo por la barbilla.

Un bebé no era más que ganado. Cincuenta dólares. Cinco vajillas.

Athénaïse había sido un bebé. ¿Quién pronunciaba ahora su verdadero nombre? Su madre. Cada día, allí donde estuviera, pronunciaba su nombre, el nombre verdadero, y rezaba.

O estaba muerta. Y él estaba muerto.

Cada día mamère tenía mi nombre en la boca con su grano de café. Yo lo sabía. Hacía semanas que ya no estaba con ella, pero le decía mi nombre sólo a Tretite. Quizá a Hera. Quizá Phrodite estaba ahora en su habitación, con un hombre, su vestido añil en un rincón. Un bebé.

¿Por qué tener un bebé si alguien iba a venderlo? ¿O se moría? Madame Bordelon se pasaba día y noche en su habitación esperando la muerte para volver a ver a Céphaline.

Yo dormía sobre la lengua de mamère, en la cunita de sus muelas, con las que partía las cosas.

Tres semanas después de que Athénaïse se hubiera escapado y los perros no lo hubieran encontrado, Baillo dejó de seguir hasta los árboles a los esclavos que iban a aliviarse —apartaba la mirada pero escuchaba el chorro contra la corteza— y yo comencé a recoger maíz.

Fantine iba delante cuando nos dirigíamos a los maizales. El vapor de mi aliento era como humo que pasara junto a mis mejillas. ¿Nadaría Athénaïse todo el camino hasta Barataria y el océano, sin barco? ¿Creía que volvería nadando a África? ¿O mataría a alguien para conseguir un barco?

Yo esperaba un barco.

Si lo viera en el bayou, ¿me mataría? ¿Me ayudaría? Un día un barco quedaría sin vigilancia en el diminuto atracadero del bayou. Los tramperos se paraban allí a vender pieles, o el ron que preparaban en el bosque, y un vendedor ambulante venía en un pequeño bote para ver si madame necesitaba agujas, velas o cucharas.

Yo cada día cogía diez granos de maíz seco antes de molerlo para cenar, lo ponía en una bolsa hecha con mi viejo delantal, apretaba bien las cintas tocando las manchas de grasa que habían transformado los hilos.

Al principio escondía la bolsa dentro de mi vestido, porque no tenía nada. Ni caja de hojalata ni tonel de madera ni tina de lavar ni lámpara.

Fantine coleccionaba cosillas que Basile le traía: plumas tejidas que

formaban un extraño broche, peines de madera tallada, incluso dos clavos que había calentado para fabricar una cruz que servía de collar. Sophia recogía cacharros y sal que Amanthe le traía de la casa. Cristalillos de tosca sal que guardaba en una lata metálica.

Acumular cosas significaba que planeaba quedarme.

Necesitaba algo para el agua. Un domingo me quedé al final de la congregación mientras madame leía la Biblia. La cocina estaba al final del sendero de ladrillo. Habían construido una pérgola para cobijar el sendero de la lluvia, a fin de que la cocinera pudiera llevar la comida al comedor sin que se enfriara, dijo Amanthe.

Léonide, la cocinera, escuchaba los versículos. Esperé hasta que sacaron la comida en la parte delantera de la reunión, y la gente se puso en fila. Entonces me escabullí por el sendero hasta la cocina.

Sobre la mesa había un tarro de algo rojo. Lo deslicé fácilmente en mi capa antes de regresar hacia el patio.

Por la noche ayudábamos a Philippine, que vivía en la habitación contigua a la nuestra. Cosíamos vestidos de verano para las mujeres. Su hija, Amanthe, la doncella, trajo patas de pollo escondidas en una bolsa. Un banquete de abril que madame ofrecía a sus amigos de Opelousas y Washington.

—L'africain en el ciprière —dijo Philippine.

—No está cerca de aquí —dijo Sophia mordiendo el hilo—. Los indios atakapas no ayudarían a un africano.

Los atakapas: el nombre de los indios significaba «devoradores de hombres», todo el mundo lo decía. Les gustaba tostar a los cautivos, comerles los muslos.

Pero el anciano Firmin negó con la cabeza y dijo algo en voz baja. Philippine sonrió.

—Dice que su madre atakapa. Dice que nunca se lo comió. Sólo pájaros.

—Msieu De la Rosière habló del fugitivo en la cena y alguien dijo que huir es un crimen contra Dios —dijo Amanthe.

Firmin escupió en la lumbre. Mientras cosíamos, él tejía cestos con juncos. Pero esa noche, sus manos, los nudillos hinchados y negros como almendras quemadas sobre sus dedos delgados, estaban inmóviles.

—También morir c'est crime à Dieu —dijo.

No nos miraba. Contemplaba el interior de la lumbre.

Pero no volvió a hablar. Philippine habló por él.

—Su padre es bambara. La madre atakapa. El pueblo de la madre la vende cuando la madre de ella muere. La vende a los franceses. Trabajan cerca del fuerte, para los soldados. Cada día su madre lo deja

con una anciana. Lo ata a una silla para que no pueda seguirla. Cada día él se queda en la silla, mira por la puerta para ver trabajar a su madre y a su padre.

La aguja formaba una profunda arruga en las puntas de mis dedos cuando la pasaba por la tela. Firmin escupió en la lumbre. Las llamas se volvían naranjas donde su saliva chisporroteaba.

—Los soldados siempre borrachos. Luchan con los indios y un día un hombre atakapa mata a su madre, la hiere delante del soldado. Su padre llora y llora. Esa noche se ahorca en su cabaña.

—¿Él mismo? —preguntó Sophia.

Firmin asintió.

Philippine dijo:

—Un soldado lleva el cadáver del padre al fuerte. Al juez. El juez dice que matarte tú mismo es un crimen contra Dios, debe castigarse. Lo atan a un carro y lo arrastran por la calle. Cabeza abajo. Pasan por delante de la puerta donde Firmin está atado. Esperándolos.

En mi garganta había un gusto a sal. Atado por la cintura, pero las manos libres, ¿para extenderlas al llegar a la puerta?

—Llevan el cuerpo de vuelta al fuerte y vuelven a ahorcarlo. Dos días. Llevan a Firmin a verlo. Luego arrojan el cuerpo al río.

Firmin se levantó, se detuvo en la puerta.

—Entonces dicen Dieu satisfecho. Salió.

Las manos de Philippine no habían dejado de moverse, pero sus puntadas eran muy lentas. Dijo:

—Me cuenta la historia antes. Cuando alguien dice que la vida es demasiado dura, que es tiempo de morir. Ese africano, ¿Athénaïse?, no está muerto. Demasiado listo. Sigue huido.

Me comí el tarro de tomates en conserva. La pulpa suave y salada me bajaba por la garganta mientras estaba en la letrina. Sobre el suelo de madera una rebanada plateada de la luna. Lavé rápidamente el tarro con agua de la calabaza de fuera, pasando la suela del zapato sobre el olor que quedaba en el suelo. Sophia lo olería. Comida. Lo que fuera.

Por la noche, metí el tarro de maíz seco dentro de mi capa y coloqué un brazo sobre el bulto.

Un crimen contra Dios, huir, morir. ¿Dónde estaba mi madre? Ella creía en sus propios dioses.

Vi su cara, sus labios plegados sobre sí mismos, su frente perlada de sudor como diminutas joyas donde la humedad quedaba prendida en sus cabellos. Me pasaba el día colocando los huesos verdes de la caña para simiente en las hileras. Mil fémures. Apretaba la tierra encima con la azada, y seguía a la carreta hasta el matelas a por más

caña. La pila cuadrada de caña sementina era como una balsa, flotaba en el primer campo, donde los hombres la habían amontonado durante la cosecha del año pasado.

La caña que tenía en la mano era tan dura, como un fémur, que no me imaginaba cómo podía crecer. Pero cada nódulo ya estaba hinchado, y de ahí saldría el nuevo tallo. Hierba. Azúcar. Sangre. Huesos. Estaba mareada mientras me inclinaba y caminaba hilera abajo. El sol cada vez permanecía más horas en el cielo, y con la luz extra plantábamos más. Pero ahora también llovía, y cuando regresábamos de los campos bajo la lluvia, el vestido nos azotaba las piernas, el bayou crecía, negro y veloz.

Decían que a veces fluía hacia atrás, según las tormentas, las mareas o la magia. Pero ahora que el agua se movía, ahora que las hojas cubrían los árboles y la caña nos llegaba a las rodillas, yo ya estaba casi a punto.

Un indio trajo a Athénaïse de vuelta a Rosière. Primero vimos la nuca de Athénaïse, como si en los bosques se le hubiera borrado la cara. Un trozo de cuero le juntaba los codos mientras entraba en le quartier caminando hacia atrás.

Msieu De la Rosière no bajó a la calle. Athénaïse estaba atado al roble, cerca del campanario. Baillo y Mirande le marcaron la fleur-de-lis en el hombro izquierdo. Es la ley, gritaron bien fuerte para que pudiéramos oírlos. La primera vez que te escapas, fleur-de-lis en el hombro izquierdo. La segunda vez, te cortan el tendón del jarrete y fleur-de-lis en el hombro derecho. Tercera vez, muerte. Crimen contra Dios.

Tendón. Jarrete. El doctor Tom me explicó una vez lo que suponía cortar ese tendón: te dejaba cojo. A lo mejor se refería a un cerdo. Pero eso era un hombre.

¿Cómo se llamaba la carne humana? ¿Teníamos jamones? Estábamos todos en la puerta de nuestras casas, como nos habían dicho. Mirábamos las catalpas. Nos llegaba el olor a carne quemada. Athénaïse no decía nada. Se quedó en el árbol toda la noche y por la mañana, cuando miré por un resquicio entre los postigos, estaba acurrucado durmiendo como un niño.

Cuando su cicatriz fue un reluciente gusano en su piel, volvió a escaparse.

Esta vez no volvió. Ningún indio lo encontró. Ni los perros.

El domingo, mientras estábamos en fila, el pequeño msieu nos gritó que Athénaïse debería servirnos de lección, que sin duda se lo habían comido los caimanes y los peces aguja, el cuerpo reducido a

cachos de carne.

—Dios vigila —dijo—. Dios castiga.

Me quedé despierta escuchando los cascos, pero sólo oía el viento. En la Biblia de Céphaline, ésta sólo había amado una línea. El viento hace lo que quiere, viene de ninguna parte y lleva las nuevas por las montañas.

El viento mensajero.

Mi madre también lo oía. Se movía de sur a norte haciendo susurrar las hojas y transportando sonidos por los caminos.

Ella no se habría rendido.

Tenía un tarro lleno de maíz seco y una calabaza para el agua. Recé para que las ratas no royeran la tela y encontraran mi comida.

Tal vez Sophia no quería a Fronie igual que mi madre me quería a mí, pero su dedo no vacilaba a la hora de introducir la mejor porción de comida en la boca de Fronie.

Madame Bordelon moriría en su dormitorio esperando volver a reunirse con Céphaline. En su là-bas. ¿Y si se mataba, pensé de repente? ¿Era un crimen contra Dios? ¿Colgarían su cuerpo como castigo? ¿O, como era su propia dueña, se le permitía elegir el momento de morir?

Sabía que mamère no había elegido su momento. Me había ido hacía cinco meses. Distinguía el norte del sur por el sol y el agua que se movía. Athénaïse se había escapado a pie. Yo cogería un barco.

En dos ocasiones, mientras volvíamos del campo que había pasado el bayou y el puente, vi pisadas en el barro de la ribera, donde había amarrado un bote. Las plumas dejadas significaban que alguien había traído gansos.

Cada día, las cenizas temblaban cerca de mi azada. Las metíamos en la tierra cuando estaban quietas y frías. Cuando llovía, nuestros vestidos quedaban salpicados de barro y ceniza. Nos quitábamos la ropa y nos sentábamos junto a la lumbre cubiertas por nuestras mantas, y cuando el barro se secaba rascábamos los grumos. Los sacábamos fuera, donde la lluvia los ablandaba hasta formar un charco bajo la casa, y me imaginaba que la tierra iba subiendo y subiendo de nivel hasta que el barro penetraba por las rendijas del suelo de madera.

Recogíamos el agua de lluvia en toneles colocados bajo los aleros. El agua se movía dentro de mi cerebro. El agua me abandonaba. Limpiaba el barro de nuestras ropas. Las partículas abandonaban los hilos.

El agua de lavar contenía la tierra de nuestros pies y dobladillos y la echábamos fuera, donde se secaba y volvía a nosotras por la mañana.

El bayou crecía y decrecía cuando llovía, cuando el sol brillaba, cuando pasábamos junto a él rumbo a los campos.

¿Dónde estaban los dioses del agua? ¿Faro? ¿Sólo en el océano?

¿Qué Dios me vigilaba, con esos baldes y cucharones y tinas que contenían barro?

Mi cerebro maquinaba planes, los almacenaba en algún lugar en medio de esas arrugas que recordaba del tarro del doctor Tom. Pero el día que vi los barcos llenos de musgo, las grises marañas en altas pilas, una punzada de dolor me recorrió los ojos. Las cuencas vacías de mi cráneo. Las manos de mi madre y las mías cuando lo disponíamos en esos blandos montones.

Regresamos a la casa. Philippine había preparado el maíz antes de lo habitual. Olía las cebollas silvestres que había echado en la comida. Su hija Amanthe visitaba le quartier.

—Dos hombres están discutiendo con msieu —nos contó—, traen todo ese musgo para vender, pero msieu dice que primero lo curen y lo vuelvan a traer. Mi gente está demasiado ocupada para el musgo.

Me tocaba moler el maíz y ni siquiera me acordaba. Sophia y los demás estaban fuera. Cogí el otro vestido que estaba en el colgador, lo enrollé con mis pinzas en un fardo y me lo até con las tiras del delantal. Envolví con la capa el tarro de maíz y la calabaza vacía y le di la espalda al estante de Fantine con sus cosillas: una calabaza rota con cosas brillantes, trocitos de corteza, piedras.

Sus hermanos hacían carreras en la calle, y la gente los animaba. Me fui detrás de las letrinas, hasta la estrecha zanja donde se levantaban. La zanja llegaba hasta el pequeño bayou de los bosques de msieu.

El olor de nuestros residuos era intenso en la zanja. La lluvia se llevaba nuestra mugre hasta esa agua.

En el bayou, una piragua más pequeña seguía a la chalana que transportaba pilas de musgo. Cogí grandes puñados de musgo y los eché en la piragua. Luego me subí, solté las amarras y me encorvé dentro del musgo, que me llegaba a la cintura. Era lo bastante alto para esconderme si alguien veía el bote. El sol era rojo y caliente en los árboles. Cogí el remo. La piragua se deslizó veloz bayou abajo.

Si alguien me disparaba en el cráneo o en el corazón, golpeando muy fuerte el hueso que tenía delante, entonces mi cuerpo se iría flotando aguas abajo, de todos modos. ¿Qué importaba ahora cómo llegara allá? ¿Là-bas?

El musgo estaba en flor. La primera vez que vi las diminutas flores azul lavanda en el extremo de una espiral (una flor de tres lenguas, diminuta como sería la pinza de una muñeca) tenía seis años. Dentro

del agua que hervía en la tina de lavar de mamère las flores quedaban debajo, donde la pala de madera las mantenía bastante rato.

El bayou Rosière penetraba en el bayou Courtableau cerca de Washington, la población que tenía un gran embarcadero. Amanthe a menudo se refería a lo que los comerciantes podían traer de Washington, y a lo que sólo se podía transportar en carro, como un armario.

Si otro barco pasaba a mi lado, sería un comerciante, un indio, alguien en busca de esclavos. Pero aún no me buscarían a mí. Todavía no. Pensaban que yo estaba moliendo maíz o en la letrina o en el bosque.

El bote se movía en las aguas turbias, la pala creaba ondas plateadas. Recé para que nadie más trajera musgo, recé para oír a cualquiera que se acercara. Las ramas caían sobre la corriente. Necesitaba una mentira convincente. Si el bote conseguía rebasar las plantaciones que flanqueaban el bayou Courtableau, con el sol ahora rojo como ascuas entre los troncos de los árboles, intentaría seguir el mismo camino que los hombres que me habían traído. ¿Luego el Atchafalaya? El pantano.

Alguien me vería antes. Alguien tendría que guiarme a través del pantano. Tendría que pagar con mi piel para regresar a Nueva Orleans, antes de llegar a los bayous que seguían hacia el sur, hasta Barataria y los campamentos comandados por Lafitte. Los corsarios de Lafitte me venderían o me retendrían allí, como la mujer de ojos oceánicos que me había traído la comida.

Los árboles estaban iluminados por detrás, como si ardieran. Todos los msieus. Altos y gordos y pequeños y letales. Dedos y ojos rojos y botes.

Yo me mantenía en la orilla izquierda del bayou. Nadie me buscaría aún. Los vendedores de musgo estaban tomando café con msieu y madame. Estarían discutiendo el precio y bajarían hasta la chalana y verían que la piragua había desaparecido.

Sophia perdería su carne por haberme perdido. Por perder mi cuerpo. Y de repente supe que echaría de menos a Fantine, su voz suave y sus enormes mejillas, su roce en mi hombro cuando estábamos en fila.

Frené demasiado la piragua y dio una fuerte sacudida a un lado. El agua llegó al musgo que tenía entre las rodillas. Una nueva corriente me llevaba hacia la izquierda, un recodo de agua más ancha. El bayou Courtableau. Hacia el sur.

El agua me arrastraba con su propia fuerza. Ahora la oscuridad era añil, el color del trozo de tela de mi madre. Delante de los ojos tenía una espesa nube de mosquitos. Llevé la piragua hacia la ribera, cerca

de una raíz, y me quedé allí un rato mientras me untaba la cara y las manos con un barro espeso y viscoso como mucosa, igual que hacían los hombres para ir a cazar por la noche.

El barro se secó en una máscara sobre mis mejillas y mis labios. Apreté la boca como hacía mamère. Mi cara del color de la suya.

La única luz estaba justo delante de mí, una franja de tenue azul pintada sobre el agua negra como si fuera la espalda de una serpiente. La luna nueva había salido sobre los árboles. Era muy fina, el borde de un plato blanco asomando desde un cielo sucio como agua de fregar. Las riberas y los árboles que había a mi lado permanecían callados, hasta que de muy lejos me llegaron risotadas de hombres. Como ladridos.

Con ayuda del remo me acerqué más a la orilla buscando un lugar donde esconderme, cualquier hueco entre los árboles. Las risas se interrumpían, lugares donde el bayou doblaba y el sonido quedaba apagado. Entonces un remolino atrajo la proa del bote, llevándome más allá de un lugar donde la orilla se había derrumbado.

Una soga deshilachada. Amarré la piragua a la enorme raíz que colgaba del derrumbe. Por favor, no dejes que la ribera se me caiga encima ahora, recé levantando la mirada. Là-bas. Por favor. No tengo nada que mostrarte. Nada.

El agua era negra. Faro. Los dioses del agua. Por favor.

Aquí está mi pelo. Mi pelo. Me quité el tignon y noté los mosquitos posándose en mi frente. Me tiré del pelo de la nuca, sentí la resistencia de la piel y luego el dolor. Pelos de bebé, solía llamarlos Tretite. Cayeron de mis dedos al agua. Aquí. Por favor.

Venderme. Pedir dinero u ofrecer diversión a los que viajaban al sur. Pero cuando acabaran podían matarme. Así no tendrían que darme de comer.

Ahora estaban más cerca. Crujir de madera. Un bote o una balsa grandes. Varias voces. ¿Venían de la Rosière?

Me aplasté contra el suelo y me cubrí de musgo. Mi cuello era un collar de barro seco, tenía la cara rígida, el pelo lleno de mosquitos.

—Alguien ha dejado un bote.

—No, es alguien que caza.

—¿Aquí?

—Recogen musgo, mira —hablaban el tosco francés de los tramperos y cazadores de Acadia.

—Podemos tener otro bote. Y todo lo que hay dentro.

—No quiero que me den una perdigonada. Tal vez uno sea atakapa. Con un cuchillo.

—Ahora llevamos este cargamento de pieles. Este pequeño bote no nos sirve.

—A lo mejor dentro hay pieles.

—A lo mejor hay atakapas y te despellejan. Te comen a medianoche.

Pero sus voces pasaron de largo, se alejaron, se apagaron a través del pelo que me cubría los oídos.

Me había orinado encima, y el líquido mezclado con el agua de la piragua olía fuerte y agrio. El barro de mis dedos se agrietó. Me picaba la nuca.

El corazón. No era un músculo pequeño y consumido. Crecía y se encogía. El dolor respiraba dentro de mi pecho. El corazón del despacho del doctor Tom, hacía tanto tiempo. El mío había estallado. La sangre calentaba ese conducto que había detrás del hueso largo. Me quedaría ahí tendida y me ahogaría en mi propia sangre y heces y el agua del bayou empapándome la falda. Los dioses del agua habían elegido para mí el líquido.

La luna se movió.

Cerré los ojos. El corazón.

Cuando me mordía los dedos, la piel se renovaba. Carne. Cada vez que algo ocurría, el corazón me dolía tanto que debía de tener un desgarro, un corte. ¿El corazón se reparaba solo? ¿Eran sus cicatrices relucientes y en relieve como las de nuestra piel?

Podían matarme como a un zorro y quitarme la piel y venderla a alguien que se tendería sobre ella y se metería dentro. O colgarme en la puerta y mi piel se aplastaría contra ella como Sophia cuando me empujaran.

Seguía sin poder moverme. Susurros en el bosque, movimiento en el agua, pájaros nocturnos en las ramas. Al final era la barriga la que palpitaba de hambre, no el corazón, y cogí el tarro de maíz seco.

Mantuve tres granos en la boca durante un buen rato, intenté cocinarlos con mi saliva. Líquido caliente. Mis dientes abrieron el maíz seco. Ahora era un animal.

Parte del barro de mis labios se me metió en la boca y se quedó en la lengua, bajo el maíz. Tenía el maíz en la lengua: el fogón de mi boca. Ya no podía ver la luna.

Una cuerda. Tenía una cuerda alrededor del cuello. Floja y luego tensa.

Crimen contra Dios. Intenté incorporarme. Me matarían y luego castigarían mi cuerpo.

La cuerda me arañaba el cuello, me tiraba de atrás. Intenté agarrarme a los lados de la piragua. Ahora el cielo era púrpura. Los árboles no formaban un muro. Quienquiera que estuviera detrás de mí tiraba continuamente.

El agua era negra y lisa. Nadie castigaría mi cuerpo. No era suyo. Pertenecía a mi madre. Luego a Dios. Là-bas. Rodé sobre el lateral del bote y me sumergí en el bayou.

La cuerda se aflojó. Metí los dedos entre ella y la piel. Pero el agua también tiraba de mí. Abrí los ojos. Partículas pasaban flotando a mi lado. Me entró agua por la nariz. El agua en el pelo, como flotando en la tina de lavar cuando era pequeña. No había flotado desde entonces. Abrí la boca. El agua me entró por todos los conductos. Vería a mamère. ¿Mamère?

Una madera me dio en la espalda. A continuación me tiraron fuerte del pelo, del vestido, me retorcieron el brazo. Estaba en un bote.

Una mano me sujetaba el pelo, otra me daba en el pecho y la barriga. Apretaba fuerte. Me salió agua de la nariz y la boca.

Un indio me estudiaba sujetándome el pelo y la cuerda. Sus dedos me retorcieron el pelo para colocarme boca abajo y me puso un pie en la espalda.

Luego avanzó con la pértiga. Chocamos contra mi piragua y extendió los brazos. Mi maíz. Mi hatillo. Mis pinzas, mi vestido, mi tignon.

Los dejó en el suelo y me ató las manos a la espalda, a continuación me apartó tirándome del pelo. Me ardía la frente. Tenía la boca llena de hierro.

Sus ojos eran negros como el fondo de una marmita. Era el mismo hombre que había llevado de vuelta a Athénaïse. Me ató los pies a una anilla que había en el fondo del bote, se colocó el fusil sobre las piernas y comenzó a remar de nuevo.

Yo no podía moverme. Sólo la cabeza. Lo que me quedaba de agua dentro me cayó al pecho.

Durante un buen rato fuimos bayou abajo. No había casas. Ni poblaciones. Ni nadie a la luz cuando el bosque se volvió verde. Cuando doblamos un recodo del río una garza grande salió volando, sobresaltada. Me llevarían para siempre por senderos de agua mientras los pájaros salían volando con un irritado batir de sus alas. Barataria. De vuelta a Azure. Despelléjame ya. Coge mi pelo y véndeselo a Francia. Céphaline dijo que en París necesitaban pelo para hacer pelucas. Volverá a crecer y puedes cortarlo y venderlo. Una y otra vez. Puedo ser una cosecha.

No podía volverme para verlo. Yo no era una cosecha. En cuanto me desatara le quitaría el arma. O haría que me disparara. Me pegaría un tiro si podía coger su arma.

Entramos en bayous más pequeños que serpenteaban entre robles y luego cipreses, hasta que a través de los árboles nos llegó un tenue golpeteo.

La piragua se detuvo junto a una balsa de troncos de ciprés. Al otro lado había un claro donde un hombre blanco, dentro de un bote, apuntaba al cielo con un largo fusil al tiempo que observaba a ocho negros sumergidos hasta la cintura en las aguas turbias que daban hachazos a los cipreses.

El indio silbó.

El rifle cayó y el hombre giró para apuntarnos. Cuando sonreía mostraba una barba rojiza y unos dientes ennegrecidos. Un sombrero aplastado, una mancha de barro en torno a sus ojos como de mapache, pero los dedos que sujetaban el fusil eran blancos.

—Una expedición provechosa, veo —gritó, y le hizo señas al indio de que me llevara hasta él.

Nunca había oído una voz como ésa. Arrastraba las palabras y sonaban las erres. Hablaba inglés, pero no como el doctor Tom.

El indio nunca hablaba.

—¿De dónde te has escapado, chiquilla? —preguntó el hombre blanco.

Me senté en el suelo delante de un cobertizo bajo con cuatro puertas. Una india se acercó desde una casa con techo de palmito que había al lado. Le dijo algo al indio en otro idioma. Ella llevaba su propio fusil y asintió en dirección a los negros del pantano. El sonido de las hachas había disminuido.

El blanco dijo:

—No quiero oír esas guturales palabras atakapas, Sally —señaló con el dedo y ella se subió a la piragua con el fusil.

—No tengo todo el día, chiquilla —me dijo, y me soltó un bofetón.

—No me he escapado. Pertenezco a msieu De la Rosière —dije intentando recordar las palabras inglesas; hacía mucho tiempo que no hablaba inglés—. Me mandó a recoger musgo.

—Con maíz —levantó mi hatillo.

—Me gusta el maíz.

—¿No has recogido mucho, no crees, chiquilla?

—Me dormí.

El indio me miraba sentado con su fusil.

—Rosière está unas cinco millas al norte —dijo el hombre—. Seguro que por allí hay muchos árboles donde coger musgo. Ya ves, Joseph encuentra a los que se escapan. No a los que se van unas horas a coger musgo.

No sabía si volvería a pegarme. La sangre me cubría los dientes. O abusaría de mí o me mataría. Tanto daba.

—¿Cuánto hace que te has ido?

—Unas horas.

Ladeó la cabeza para estudiar mi vestido, mis manos. Yo llevaba el barro del bayou pegado a la cara y el cuello.

—Has estado trabajando en los campos, chiquilla. ¿Qué más sabes hacer?

No contesté. Esperé a que me golpeara o me desgarrara el vestido. Hera dijo que, cuando msieu Bordelon la compró, el tratante la hizo desnudarse y que msieu apartó la mirada y dijo: «¿Cuántos hijos?». Dijo que el tratante le había dicho a msieu: «Pellízquele los recipientes de leche y adivínelo».

Ese blanco me dio una bofetada aún más fuerte y dijo:

—¿Es éste tu trabajo?

Me corrió más sangre por los dientes. Sabía igual que cuando me arrancaba mi propia piel.

—¿Siempre te portas como si fueras demasiado importante para hablar con un hombre? ¿Así luego te joden con más ganas, niña?

El agua del bayou que aún tenía dentro subió y me salió de la boca, aterrizando en sus botas.

—Muy bien, átala, Joseph —le dijo al indio—. Desnúdala y échale un poco de agua, que apesta. Si se escapó ayer por la noche, no llevarán mucho tiempo buscándola. ¿Cuánto hace que está aquí el otro negro de Rosière?

Debía de referirse a Athénaïse. Intenté mirar a los hombres que talaban en el ciprière, pero el indio me dio un empujón y me llevó hacia el cobertizo alargado y bajo.

Me dejaron encadenada a una anilla en el primer cuarto, la puerta de madera abierta. Mis ropas estaban amontonadas a mi lado y el agua se me secaba en la piel. Me ovillé formando un círculo de espaldas a la puerta, y oí voces pasando y desvaneciéndose, oía el sonido de las hachas y a los hombres gritando y maldiciendo, oía reír al hombre blanco. Nunca oí a la mujer india, aunque dejó a mi lado un plato con sagamite, como si yo fuera un perro.

Mi piel. Las tablas astilladas de la pared mostraban agujeros de termita. La piel de Céphaline la había traicionado. La había matado. Su piel colgaba en la pared del dormitorio de su madre o en el salón de abajo, perfecta y blanca en su retrato.

Al cabo de un rato se oyó un clamor de voces. Los hombres estaban en el patio. Me llegó olor a carne. Quizá Joseph había matado al blanco y asaba sus gruesos muslos.

Me incorporé y me anudé el tignon en torno al pecho. Piel de gallina. Como pájaros desplumados. Mi vestido estaba arrugado y sucio como un trapo de limpiar. Cadenas en mi muñeca y mi tobillo. Lo único que podía hacer era atarme las mangas en torno a la cintura

a fin de que mi vestido fuera un delantal que cubriera una parte de mí.

Torcí el cuello para mirar por la puerta abierta. El doctor Tom decía que los animales que no tuercen el cuello lo pasan mal en la vida. Mis dedos. Mis dientes mordieron uno hasta que tuve un trozo de mí misma en la boca.

Ocho hombres sentados alrededor de la lumbre. El más alto: la cicatriz en forma de sonrisa en un hombro, la fleur-de-lis en el otro. Athénaïse. Se había escapado dos veces y el cazador indio lo había encontrado las dos.

La india entró para retirar mi plato. Llevaba una pistola pequeña en la cintura. El pelo le caía lacio hasta los hombros, y desde las dos comisuras de la boca hasta la mandíbula le caía tatuada una fina línea, como un extraño goteo de azulete. Tenía los ojos más negros que el agua.

Me soltó las cadenas, dejó la de mi muñeca izquierda y me llevó a los árboles que había detrás del cobertizo. Cuando hube acabado, me llevó de vuelta hacia la lumbre y me encadenó a un poste. Los árboles se oscurecían.

Los hombres hablaban en voz baja: francés, africano e inglés. El indio se había ido. Athénaïse mantenía la mirada en la última luz plateada del horizonte, el único hombre que no me miraba.

—¿Has decidido qué es lo mejor para ti, chiquilla? —el hombre blanco tiraba a la lumbre huesos de animal.

Como yo no hablaba, dijo:

—Deja que te ayude a decidir. Me fui de Irlanda con nada, niña, al igual que tú te escapaste con nada ayer. Pero ahora soy dueño de esta pequeña empresa. De todos modos, Sally no es la mejor cocinera del mundo. Y como es mi esposa, la verdad es que no puedo dejar que venda su cuerpo, niña, pero tú, por otro lado, podrías estar cómoda aquí, cocinando y lavando. Todos estos hombres trabajan por dinero, para comprar su libertad. Cuando se la han ganado los llevamos a Nueva Orleans. Trabaja un año aquí y luego serás libre para irte. Y si quieres ofrecer otros servicios, los hombres pueden pagarte. Lo restaré de su salario, chiquilla.

El hombre escupió en la lumbre.

La sagamite me repitió. Las botas del hombre blanco estaban negras de barro, como una segunda piel sobre el cuero. Los negros iban descalzos. El hombre blanco bebía de una petaca, una y otra vez, y luego encendió su pipa. Los demás hombres también tenían cigarros o pipas y dos de ellos bebían de una calabaza.

Tenía que jugármela. Sería más seguro contarle un embuste lejos de los demás hombres.

—Se lo diré dentro —dije en voz baja.

Él se levantó y le hizo una seña a la india, que volvió a desencadenarme y me condujo de vuelta a la habitación del hombre blanco. Éste cerró la puerta y me encadenó a las anillas.

—No se te ocurra hacerte la lista —dijo.

De su piel me llegaba un olor a alcohol, y de sus dedos a carne quemada.

—Msieu De la Rosière me compró en Nueva Orleans, no hace mucho —dije—. Soy una…

¿Cuál era la palabra inglesa?

—Eres una zorra mestiza de primera —dijo en voz baja.

—Cadeau —dije—. Regalo. Un regalo para su hijo, cuando vuelva de París. Soy… virgen. Msieu De la Rosière pagará por mí.

—Si vuelves con tu amo nunca serás libre —hablaba en una voz baja y razonable—. Pero si trabajas duro, aquí puedes ser libre.

Detrás de él, la india negó ligeramente con la cabeza, dos veces.

—Lléveme de vuelta y él le pagará —dije—. No me escapé, sólo estaba recogiendo musgo y me perdí. Me dejé mis joyas y mis vestidos buenos en Rosière. No he de llevarlos hasta que no me entreguen como regalo.

Volvió a echar un trago de la petaca y con su bastón me echó el tignon hacia atrás. Movió mis pechos con la punta del bastón.

—¿Cómo sabe él que eres virgen?

Miré hacia la pared que había a su espalda y él quedó borroso.

—Msieu lo comprueba. Con los dedos.

—Maldita sea. Si Joseph te lleva de vuelta y le cuentas lo del otro negro y vienen a por él, lo colgarán. Si le hablas de mí, le ofreceré a De la Rosière tanto dinero que tendrá que venderte. Y haré que desees que te hubieran ahorcado —volvió a beber y me miró los pechos—. Estás mejor aquí. Los hombres te pagarán. No discutirán.

Dejó la petaca vacía en el suelo y dijo con una voz demasiado alta para la conversación que manteníamos:

—Yo seré el primero. Y luego todos los demás pagarán —quería que los demás hombres lo oyeran.

Bajó la cabeza para estudiar la abertura de sus pantalones y la india llamada Sally se acercó por detrás y le puso una tela alrededor del cuello. La tensó rápidamente y él cayó al suelo.

Me rodeé el pecho con los brazos. La india levantó la barbilla y entendí que quería que esperara. Lo llevó hasta la cama, lo colocó de lado; tenía la boca floja, como la de un pescado muerto. Le quitó la tela de debajo de la garganta y el hombre blanco respiró con un estremecimiento, pero siguió inconsciente.

Ella retrocedió hasta la pared que quedaba cerca de la cama y la

golpeó varias veces, gruñendo y dando contra la madera, y pensé que se había vuelto loca. Tenía la cara tan inexpresiva como si moliera maíz. Chilló.

Fuera, uno de los hombres gritó y otro farfulló en voz baja unos minutos, y comprendí lo que la india estaba haciendo. Los hombres creían estar oyendo el placer del hombre blanco. Pensaban que a ellos les tocaría mañana.

Oculté la cara entre mis brazos hasta que ella me quitó la cadena, procurando no hacer ruido, y me puso mis ropas delante. Cuando me hube vestido, abrió la puerta, el fusil en la mano, e hizo señas a los hombres de que avivaran la lumbre. Éstos respiraron pesadamente y uno dijo «aún no es hora de ir a dormir», pero ella lo apuntó con el fusil, y los hombres desfilaron hacia la otra habitación. Ella los siguió y cerró los enormes candados de la puerta.

Uno de los hombres soltó una palabrota, otro susurraba como agua que hierve.

Entonces la india me entregó el hatillo. Después de haber caminado en silencio por un estrecho sendero que se adentraba en el ciprière, sacó una vela del bolsillo y la encendió. Tenía los ojos tan negros que la llamita bailaba en sus pupilas cuando se inclinó hacia mí. Después de lo que él había dicho de ella, a lo mejor ahora me mataba.

Movió la garganta y habló en mal francés, no en inglés:

—Ninguno es libre —dijo.

Nos quedamos cerca de las aguas negras y los enormes tocones de los cipreses, algunos tan viejos que sus centros se habían quedado huecos como tinas de lavar. Nadie iba por allí hacía mucho tiempo: la maleza se me enredaba en el vestido y ella apartaba las lianas con el fusil.

—Jamais —dijo, nunca—. Nunca son libres.

Señaló el suelo y después me enseñó ocho dedos. En el tembloroso círculo de la luz de la vela, la tierra se veía aplastada en algunos lugares. Pisadas de un gigante que había viajado por los bosques. Un dios del agua.

Me acerqué más y vi el borde de una tela. Tumbas.

El irlandés fingía llevar a los hombres a Nueva Orleans cuando habían trabajado lo suficiente, pero los mataba allí mismo. Vio mi cara y asintió. Su voz era monótona y ronca:

—Dos años de trabajo. Luego los raja con el cuchillo —pasó la uña por mi cuello—. Sin disparar. Los otros no lo oyen. Mi hermano caza nuevos.

El indio salió de los árboles y yo solté un chillido. La india se me acercó tan veloz que la vela me chamuscó los bordes del pelo. Me

puso una mano en la boca.

El olor a pelo quemado me ahogaba y la empujé. Ahora me mataría y me asaría los músculos para comérselos.

—No, no ruido —musitó—. No chillar.

Su hermano se acercó más, la boca apretada como la hoja de una hoz.

La india me quitó la mano de la boca.

—No puedes quedarte aquí. No más mujeres. Sé cómo manejarlo —se llevó el dedo a su pecho.

Escupí el sabor a pelo quemado de la boca

—¿Por qué te quedas? —dije.

Se inclinó hacia mí, su aliento era como agua clara, un tanto dulce:

—Es mi marido. Tiene papeles. Esposa. Mi tío vendió a mi hermano como esclavo, pero me vendió a mí como esposa. No puedo huir. Nuestros nombres, los papeles: acabar en cárcel.

Le dijo algo a su hermano en su lengua y él se acercó con un trozo de tela y una cuerda en la mano.

—Te lleva de vuelta a cambio de oro —me dijo—. Yo digo a mi marido que tú escapado —me tiró de la muñeca—. Quiero dinero. En oro. Para mí. Para Nueva Orleans.

Joseph me estaba atando las manos otra vez. Me volví hacia ella. La soga me quemaba la piel.

—Yo puedo…

—No —volvió a decir ella, y me metió la tela en la boca anudándomela en la nuca, enredándome el pelo en el nudo hasta que me lloraron los ojos—. No vuelvas a escaparte. Eres dinero.

Su hermano me ató otra tela alrededor de los ojos. La corriente del bayou se deslizaba suavemente bajo la piragua. Me llevó por donde había venido. Los dioses del agua, muy por debajo de mí, estaban en silencio, acurrucados en el fondo, mirando apenas la madera que pasaba por encima de ellos.

Los capataces, Mirande y Baillo, me dejaron los dos trozos de tela. Acababa de amanecer pues el sol apenas me calentaba la cabeza y la parte de los hombros que llevaba al descubierto.

No veía los portales, pero oía a la gente saliendo a mirar. Nadie cocinaba todavía. El único fuego que olía era el que tenía detrás.

—El viejo dice que es valiosa porque tiene la piel clara, pero ¿y su inteligencia? Dijo que era un poco corta desde el día que la compró —dijo Baillo a mi espalda.

Oí el ruido metálico de los hierros en las brasas. Llevé a mi imaginación la lumbre de mi madre.

—En otros lugares te lo hacen en la cara. Como el viejo. Mira qué cara tiene.

—Eso es una estupidez por razones económicas e inhumano por razones religiosas —dijo Mirande—. El viejo lo dijo a la ligera. No aprietes tanto como con el africano. Tampoco aprendió nada.

Lo oí sólo como ceniza cayendo. Un destello.

Luego me llegó un sabor negro, vi negro, sentí la quemadura en el hombro. Herrero. Fundido. Rojo en la garganta.

Me quedé en el suelo. Una piedrecilla afilada se me había clavado en la mejilla. Me habían levantado el vestido por encima de los hombros. Oí respiraciones en todos los portales. La sangre me fluía hacia el hombro, hacia la quemadura, la sangre que se abalanzaba hacia allí y se retiraba y luego volvía, palpitando con fuerza. Latiendo. Latiendo. Intentando encontrar el problema.

La sangre intenta limpiar la herida, había dicho el doctor Tom.

Los dedos afilados de Sophia me cogieron de la muñeca.

—Si vuelve a escaparse, tú serás la responsable —dijo Baillo, y me arrastró hacia dentro.

—Si vuelves a escaparte, te busco y te mato yo misma —me susurró Sophia echando agua fría en la quemadura y colocando a continuación un trozo de cerdo salado con la tela que me había quitado de la boca; estudió el tejido un momento: tela roja india—. ¿De dónde ha salido esto?

Todo el cuerpo me ardía. ¿Cómo viajaba la quemadura por mi sangre? ¿Era eso lo que hacía la sangre, llevar el calor a todas partes para dispersarlo?

—¿De dónde? —escupió envolviéndome el hombro con la tela en torno a la carne de cerdo.

—El indio que me encontró. El mismo que encontró a Athénaïse. Un cazador.

—Ésa era mi carne —me susurró al oído—. La que tienes ahora en el hombro. Es hora de trabajar. Si te escapas, te mato.

En el campo, mi azada quitaba las hierbas pequeñas. Las hierbas no deseadas. No la hierba que es dinero. La azada movía la tierra en hileras alrededor de la otra hierba. La hierba de la India. La hierba del azúcar. La hierba que es dinero.

El sudor me caía en los ojos. Sal. Agua de mar. Mis lágrimas. Mi sangre. Sal dentro. Carne salada derritiéndose sobre mi piel. Carne atada a la carne.

Carne. Sophia quiere carne. La india no quería mi carne. Quería dinero. Carne que es oro. El doctor Tom dijo que si te hacían una herida en un duelo, ésta se pudría en la pierna y que él la cortaba.

¿Qué hacías con la pierna?, preguntó Céphaline. Estaban en el salón. Ella tenía que tocar el piano. Pero en lugar de eso le preguntaba por piernas, cráneos, ojos.

Su familia se la llevó, dijo el doctor Tom. No sé lo que hicieron con ella. Qué raro enterrar a alguien a trozos, ¿eh? La pierna le guardaría el sitio hasta que el resto estuviera a punto.

Mi hombro cocinado. Los conductos. Comemos carne, jugo de azúcar, maíz seco. Movemos la tierra alrededor de la buena hierba. Talamos el árbol. Atrapamos el pollo y quemamos la carne.

Alguien había cortado las cabezas de los hombres que había visto siguiendo el río cuando el bote me llevó lejos de Azure. ¿Qué hacían después de colocar las cabezas en las picas?

¿Por qué desperdiciar el cuerpo? El cuerpo era oro. ¿Por qué no secar al sol tiras de carne de la pierna y el brazo, salarlas? Cerdo salado. Hombre salado.

Encurtido.

El sol caía a plomo en los campos. Sal. Agua. Caía sobre la hierba que nos llegaba al pecho, crecería por sobre nuestras cabezas hasta que la cortáramos, quemáramos las hojas y moliéramos los huesos.

Fantine y yo volvíamos a casa. Me llevó a la tina, me quitó el cerdo salado de la espalda y lo arrojó a la lumbre, donde chisporroteó.

Me ayudó a entrar en la tina. Sentí el agua como si me grabara hielo en la quemadura. Una flor. Una flor… ¿de qué?

Fantine me echó agua por la cabeza y me frotó con jabón, luego me puso unas gotitas de aceite dulce en el pelo. Comenzó a desenmarañarme las greñas con los dedos y un peine de madera.

—La única manera es conseguir que un hombre te ame —dijo en voz baja.

Fuera, Sophia dijo en voz alta:

—Dame una cadena para atarla por la noche. Así no se escapará. Es como un animal salvaje, ¿y quién sabe?

—Los hombres miran —dijo Fantine—, pero tú no devuelves la mirada.

Me alisó una maraña de pelo que era una telaraña negra.

—Haz que te quieran, así te dan cosas. Una casa. Aceite para el pelo. Un vestido.

Levanté los ojos hacia ellas.

—No quiero amor.

—Sophia no quiere amor. Pero consigue lo que quiere.

Los huesecillos estaban sobre la mesa.

—Quiero irme a casa. Si amas a alguien, tienes un bebé. No quiero un bebé.

—Ella está de pie cuando él la ama —susurró Fantine—. Yo estoy de pie.

La boca de Fantine se curvó. Sus mejillas se volvían oscuras y huecas como almohadones de terciopelo cuando sonreía.

Basile había besado aquellas mejillas hasta que la cabeza de Fantine había caído hacia atrás. Para que pudiera llegar al cuello. Pero ningún hombre me había mirado nunca de aquella manera. Para los demás yo significaba algo distinto: Christophe, los hombres de Nueva Orleans, los dedos, el barco, el hombre blanco del cobertizo mientras me sacudía los pechos con el bastón. Estos querían cerrar el puño dentro de mi pelo y echarme ellos mismos la cabeza hacia atrás.

—Eres guapa. Conseguirás todo lo que quieras.

Sólo hace falta una vela para iluminar una habitación, le había dicho mamère a Hera. Cerré los ojos. Podía lavar mi vestido y empezar otra vez y rezar. Entró Sophia.

—Sal y acaba.

Fantine dijo: «ahora está guapa». En su voz brillaba un sesgo distinto. Me quería para usar mi belleza.

—Está guapa por la noche cuando está encadenada. Se escapa otra vez y msieu me echa la culpa —la voz de Sophia era fina y baja como las raíces que se veían en el suelo—. Las chicas estáis aquí porque nadie os quiere. Nadie tiene sitio. Yo sólo os doy de comer. Sois animalillos y yo cierro la jaula.

Un morado. Una contusión, era el nombre que el doctor Tom le había dicho a Céphaline. La sangre corre hacia el lugar de la herida, dijo, luego se agolpa allí y el humor malo del lugar vuelve la sangre negra.

Bajo la piel, dijo. La piel simplemente retiene el líquido dentro y protege los órganos.

¿Cómo puedes saber, dijo Céphaline, que alguien que es negro (como Marie-Thérèse) tiene un morado?

El doctor Tom se encogió de hombros. Podrías tocar la piel, ver si tiene una hinchazón.

Pero en el caso de Moinette… se puede ver bajo su piel.

Ah, sí. Es medio blanca. Quizá tenga una medio contusión. Luego le puso la sanguijuela en la sien, justo en la línea del pelo. No te muevas, cariño. Te sangramos para devolver el equilibrio. Tu pobre sangre fluye a la cabeza para ayudarla, pero hay demasiada. Te duele la cabeza, pobre. Lo sé.

Mi hombro. Me eché en la litera, sobre el lado contrario al marcado y la sangre subía hacia la quemadura y luego bajaba. La sangre estaba caliente. Eso no ayudaría. No puedes tener la sangre

fría. La sangre fría es una concha dura sobre un corte. Entonces podría masticarla. Pan de sangre fría en los dientes.

Tan caliente. Piel muerta. Quemada como la de mamère por la lumbre y la lejía. El fuego te dejaba una cicatriz en relieve. La lejía dejaba un agujero rosa.

Una quemadura de vapor en la frente de mamère producida por un hervidor. Al cabo de una semana, la piel seca se despegó, fina y crujiente.

Cuero.

Mi cuerpo temblaba en torno a la quemadura, que durante un rato reunía todo el calor de mi cuerpo y luego lo dejaba ir.

Bajo la quemadura, la piel de mamère había sido rosa como la lengua de un cachorro, tersa como el cristal. Cada día le cogía el brazo para mirarla. Ella me dejaba. No decía nada. Cada día aparecía más relieve, las arrugas de la sequedad, piel nueva teñida de humo y mugre (del mismísimo aire) hasta que el gran óvalo era de un color apenas más claro que el resto de mamère.

No sabía cómo estaba la piel de mi quemadura. No podía verla. Sophia la cubría de sebo y tela. Debajo de mi vestido, se secó y la piel se desprendió, la fleur-de-lis formó unas escamas que desaparecieron en las hileras de cañas y en la tierra del patio y se fueron por las grietas del suelo de madera.

Por la noche, Sophia me ponía el grillete en el tobillo y sujetaba la cadena a la anilla que Gervaise había colocado en la pared, junto a mi litera. Gervaise sabía trabajar el metal. Le trajo a Sophia una vasija con una araña pintada para colgar sobre las brasas. Huesos diminutos, alas y patas, flotaban sobre el caldo.

Por la mañana me quitaba el grillete. Me comía el maíz hervido, recordando cómo el líquido caliente de mi saliva descomponía el grano pétreo.

Azadonaba las hierbas. Oía a Basile y a Fantine en los árboles. Oía a Sophia y Gervaise en la pared. La lluvia goteaba en la chimenea y oía a Philippine en la puerta de al lado hablarle a Firmin, su marido.

Las mejillas de Firmin tenían marcada una uve. Voleur. Ladrón. Y la misma flor que ya me había formado una cicatriz por la que podía pasar los dedos.

En otoño, Gervaise fabricaba cuchillos de caña con un pequeño gancho curvado. Y forjaba el nuevo hierro de marcar que msieu De la Rosière le había ordenado fabricar: un capullo de rosa en forma de diamante, con el tallo curvado y dos líneas inclinadas por hojas. Marcaría a los esclavos si era necesario.

Gervaise se lo enseñó a Sophia. Dijo que lo del hierro de marcar

era culpa mía.

Amanthe vino de la casa para decirnos que msieu le había hablado a su mujer del hierro.

—Dice que ha perdido uno, que casi pierde a Moinette. Dice que ve ganas de huir en nuestros ojos. Dice que si enseñas el látigo al caballo, a veces no tienes que darle.

Sophia me gritó:

—Msieu dice que si uno más escapa nos marca a todos. Nos rodea como si fuésemos ganado —me cogió del brazo—. Si marcan a Fronie por tu culpa, yo te hago más dolor que el fuego.

Aparté el brazo de un empujón.

—No hay donde escapar —dije.

Era cierto. Me había parecido ver al indio en las lindes de los cañamelares, en el repentino chapoteo del agua en el borde del bayou, o en un temblor de ramas en el bosque.

Tiraba de cada tallo hacia mí y le daba en la base con el cuchillo. Cortábamos brizna a brizna, como si le cortáramos a alguien la barba separando cada pelo. Los caballos arrancaban su hierba del suelo cerca del establo, los dientes afilados como nuestros cuchillos.

Y entonces yo tenía claro que toda persona libre que me encontrara (indio, blanco o africano) sólo me vendería o me utilizaría como si yo fuera un animal. Mi piel. Pellejo. Libras de dinero: mi grasa, mis dedos, mis pechos.

Mamère se equivocaba. Yo pertenecía a cualquiera que me atrapara o me comprara.

Los tallos de caña despojados de hojas, sus nudos al descubierto cuando los cargábamos en los carros. A mi alrededor el corte seco, como el susurro de unas tijeras, el fuerte golpe de la piedra de amolar. Al final de la hilera, el centelleo del agua más allá de las altas riberas.

Nadie me amaría más que ella. No se equivocaba. Me atraparían, me venderían, me intercambiarían. Nunca pertenecería a nadie. Nunca amaría a nadie. Sus enérgicas oraciones se alzaban cada noche y se deslizaban hasta el agua, los ríos, los bayous y la lluvia, y permanecían en la humedad de mi pelo.

Nadie se escapó. Estábamos demasiado cansados para andar. Nos despertábamos con el sonar de la campana, en la oscuridad, comíamos las gachas frías de la noche anterior y caminábamos detrás del carro. La caña bloqueaba la luz de la luna, susurraba sobre nuestras cabezas.

El muro de hierba tenía vida, se movía en el viento con el amanecer. Nos colocábamos en fila delante, cada uno con una hilera que cortar.

Una vez. Otra. Otra. Como esa marioneta que Céphaline fabricó

una vez con su institutriz. Las piernas se movían en las rodillas, los brazos subían y bajaban, los músculos de cuerda.

Cada día. Incluso en domingo. Los domingos dejábamos de trabajar a las tres, nos íbamos a comer a la casa, con las ropas cubiertas de la tierra que se pegaba al jugo de caña, astillas en el pelo.

De todos modos, madame no podía vernos. Recitó una oración sobre nuestras cabezas inclinadas.

—Que la cosecha prosiga sin novedad y sea próspera para todos.

Por la noche, cuando soplaba el frío viento de diciembre, Philippine se sentaba junto a nuestra lumbre y decía:

—El año que viene ella no reza por nosotros.

Sophia hizo una mueca.

—¿Se va?

Philippine asintió.

—Amanthe dice que se va a París, por los ojos. En primavera. Se queda con su hijo. La hermana del msieu viene a llevar la casa. Pide muebles nuevos, cortinas nuevas. Puede ver. Amanthe limpia todo el polvo que madame nunca ve. En Año Nuevo hay una fiesta. Enseña la casa a la gente de Opelousas y Washington.

Por la mañana estaba en el bosque para aliviar las tripas. El agua del tonel estaba agria. El cielo era muy frío, como había sido desde mi llegada. El aire pendía como cristal en las ramas que había sobre mi cabeza.

En el sendero estaba Baillo a caballo, sus ojos amarillos circundados de rojo, la cara sin afeitar.

—Me había olvidado de ti. Corta de seso pero larga de zancada para escapar.

No dije nada, como siempre. Las palabras que me guardaba en la garganta y en el pecho se arremolinaban ahora como el cieno del fondo del bayou cuando anduve sobre él un instante, antes de que el indio me sacara.

Baillo me miró.

—Mi padre era soldado cuando los franceses llegaron aquí. Mil setecientos sesenta y nueve. Nunca les daban de comer. Un día se fue a coger pájaros al bosque. Cuando volvió dijeron que había desertado. Lo ataron a una tabla y lo cortaron en cuatro trozos. La ley.

Me empujó con su tallo de caña para hacerme avanzar, dándome en la cadera, señalándome que volviera al campo.

Las palabras no se me quedaron dentro:

—¿Qué hicieron con él?

—Arrojaron los pedazos al río —suspiró y apoyó el tallo de caña en mi hombro, sin empujarme—. Pero tú… en el campo estás a salvo. Y te dan de comer.

Escardaba la tierra y oía los pájaros sobre mi cabeza.

Cuando regresamos, desde el puente se veía el agua negra como petróleo en torno a los tocones de ciprés. Aquí no había dioses en el agua. Sólo en África. En el bayou, en Barataria, en los pantanos con cipreses y en el Misisipi que corría veloz, marrón y ancho junto a Azure, sólo había trozos de carne y los animales que nos comían. Los peces y los caimanes e incluso las diminutas gambas que reptaban por el limo y los cenagales. Masticaban nuestra carne y ésta se incorporaba a sus venas negras y arenosas, y luego echaban el residuo líquido de lo que quedaba de nosotros a la corriente que nos arrastraba.

5. JARDIN BLANC

Madame Pélagie era su nombre. Esa primera semana me llamaba por la noche, cada noche. Me levantaba del lecho de dos mantas que Amanthe me había preparado en el pasillo, delante del cuarto de madame Pélagie. La encontraba erguida sobre tres almohadones. Tenía el pelo tupido y castaño rojizo, rizado horas antes por mis dedos nerviosos. Miraba fijamente la ventana o la pared. No podía dormir. Su costura yacía en el cobertor, a su lado, aun cuando era más de medianoche.

Quería unas tijeras. Una galleta porque hacía mucho que había cenado. Otra vela. Un libro que había visto en los estantes de msieu.

Agua. Dijo que allí hacía mucho calor, incluso en enero. Una hora más tarde me llamaba para vaciar el orinal. El olor no me deja dormir, dijo.

El séptimo día quería ponerle el orinal por sombrero. Me dolían los ojos como si me los hubieran rebozado en arena. Pero los cortes de mis manos, de la caña, ya se habían curado. Ella dormía toda la mañana y Léonide, la cocinera, me despertaba al alba para que hiciera mis tareas.

Nuevas velas para el comedor y el salón. El desayuno para msieu, que se iba a caballo a los campos o de viaje al pueblo. Luego venía el almuerzo, la comida preferida de madame De la Rosière. Había que quitar las cabezas y las cáscaras de las gambas, sujetar en la mano la envoltura clara y curva. Intenta recordar la palabra que utilizaba Céphaline. Caparazón.

No pienses ahora en el agua. No cuando estás en el pasillo, con las tablas de reluciente madera debajo, separadas por la manta, oyendo la llamada de madame Pélagie, floja y aguda como un canto.

Las ropas de madame Pélagie estaban concienzudamente colgadas en el armario. Las había ordenado de tonos claros a oscuros, de elegantes a prendas de diario.

Yo tenía un vestido nuevo azul liso que era de Amanthe y que me había estrechado en la cintura y los hombros.

—Quiero una que sea guapa —dijo madame Pélagie cuando nos vio formadas para el Año Nuevo mientras recibíamos la capa y las

ropas—. Ésa.

—Pero ésa no conoce la casa —madame entornó los ojos.

—Me conocerá a mí. Yo la enseñaré.

Mi viejo vestido marrón colgaba en el cuarto que había junto a la cocina, donde dormían Amanthe y Léonide, la cocinera.

—Ellos no duermen dentro, con nosotros —dijo madame.

—C'est de la folie! ¿Y si por la noche necesitamos algo?

—A las diez el día se ha acabado. Entonces Amanthe y Léonide se van a la cocina para la noche.

—¿Laurent no tiene ayuda de cámara? —madame negó con la cabeza, y Pélagie dijo:

—Que ésta duerma en el pasillo, junto a mi puerta, hasta que me acostumbre.

Nuestros caparazones. Nuestras envolturas. Pélagie tasaba las envolturas, el pelo, los zapatos, los jarrones, los carruajes. Como los Auzenne, pero no como ellos. Me acordé de la hastiada voz de Céphaline cuando veía llegar a las Auzenne en su carruaje. Madame Pélagie tenía veinticinco años, pero su voz carecía del retintín ladino y mezquino de esas chicas.

Madame Pélagie tenía miedo. Yo yacía cerca del resplandor de la vela que llegaba por debajo de la puerta. Se movía inquieta en su butaca, sus pies descalzos rozaban el suelo mientras cosía. Había venido de Francia a visitar a su hermanastro mayor, msieu. Por su manera de vigilar las puertas y caminar por la noche, le daban miedo los pasillos oscuros, como a mí.

La séptima noche llené la jarra abajo. La luna llena salió sobre el tejado. Echaba de menos la risa borboteante de Fantine. ¿Estaba también despierta Sophia, esperando que Gervaise regresara con un animalillo que ella pudiera despedazar con los dientes?

El agua de lluvia del tonel olía negra y musgosa. Mi madre estaba en su butaca, la luna en su ventana abierta.

Cerré la puerta de madame Pélagie y me senté con la espalda pegada a la pared del pasillo. La luz de la luna era un cuchillo plateado en el canal de madera que Amanthe y yo habíamos lustrado esa mañana.

Imaginé que yo era mamère. Me vigilaba, sin dormir, ideando una manera de mantenerme a salvo.

Yo llevaba un año lejos de ella. ¿Todavía se quedaba despierta, esperándome? El olor a caña quemada flotaba en los aleros, aquí, en Rosière, igual que había hecho cada año en Azure. Ya habían empaquetado el azúcar en toneles y lo habían mandado en carro hasta el embarcadero de Washington. La melaza goteaba de los toneles,

formaba relucientes botones en la tierra. Me incliné para tocar una gota ya cubierta de polvo. El olor a melaza ya siempre me recordaría la bodega del barco, la oscuridad.

El día de Año Nuevo formamos para msieu, que anotó el nombre, la edad y el estado de salud. Cuando llegó frente a mí, después de Sophia y Fronie, vaciló:

—Llevas aquí un año —dijo.

—Oui, msieu.

—No volverás a escaparte.

—Non, msieu —parecía estudiarme.

—Cuando te compré me dijeron que sabías peinar. Vendrás aquí por la mañana —su dedo cortó el aire.

En el tobillo yo tenía una tira de piel oscurecida y brillante, tersa como el cuerpo cuando me la frotaba. Curtida.

No me escaparía. Iría a la casa. Vi un conejo temblando bajo un arbusto, esperando a que pasara. ¿Cuándo había hablado mi madre de conejos? Pasé junto a la campana, la casa de Mirande y Baillo, sus dos vacas, las cochiqueras.

—Porque mi madre muere y yo era como un conejillo ahí fuera —había dicho mamère una noche—. Tengo siete, ocho años. Me mudo con una amiga. Ama. Ama respira ese olor y también muere. Entonces todas, los niños de Ama y yo, dormimos en una habitación con la anciana. La llamamos Tante. Tan vieja que sus ojos son semillas de melón. Pero nos vigila.

Ese primer día, cuando llegué al borde del patio, los jaboncillos estaban sin hojas, las ramas parecían bastones que quisieran llegar al cielo. Me quedé junto al olivo oloroso. Madame De la Rosière ahora ya no veía casi nada, dijo Amanthe, pero aún conocía las teclas. La música de piano era como ropas blancas colgando en los árboles, hinchándose. Los vestidos de Céphaline. Moviéndose como personas contra mis manos como si fuesen amigos que, en nuestro calvero, vienen a contarme secretos.

Allí, en ese porche, en esa gran casa, nadie me conocía. Nadie en le quartier. Las notas del piano eran suaves y misteriosas. Temblorosas.

Mo tout seule. Mo tout seule. Christophe solía decirme eso, con saña, en el cañamelar. No puedes hacerme daño. Estoy solo. Totalmente solo.

—Mira esto —dijo alguien en el porche, un hombre cuya voz nunca había oído—. ¿De Nueva Orleans? Una hija del placer.

—¡Monsieur Antoine! —se oyó una voz de mujer, ligera y estudiada, que yo no conocía—. No parece muy complacida.

—El placer está en su pasado. En su creación.

—Monsieur Antoine —una voz más seria, de desaprobación;

madame De la Rosière, el piano ya no sonaba—. ¿Es la chica sang mêlé? Eso no es placer. Es libertinaje. Y no es culpa suya.

—No es culpa suya, pero es su legado —dijo el hombre suavemente; luego entraron y cerraron la puerta.

—Ven, niña —dijo madame De la Rosière, la cara mirando a los árboles.

Madame De la Rosière llevaba un vestido nuevo, una fina seda con unos reflejos como de piel aceitosa. Junto a ella había una mujer más joven, muy hermosa, con el pelo castaño rojizo que parecía iluminado desde dentro y una piel blanca y perfecta como la que Céphaline nunca pudo tener ni con ungüentos.

—¿Dónde aprendiste a peinar? —preguntó la mujer más joven paseando la mirada por mis ropas, por mis manos—. ¿En Nueva Orleans?

—No —dije, y vi cómo su pecho se levantaba con las palabras que diría para devolverme al campo; yo quería estar dentro de la casa, encontrar otra ruta hacia Nueva Orleans, hacia Azure—, pero me enseñó una mujer de Nueva Orleans. Había aprendido en París.

La hermosa mujer asintió.

Mi piel es una vaina, pensé mientras sacaba las ropas de madame Pélagie de su baúl y ella comía. Seda, lana, algodón: intenté recordar las recetas de las lociones de limpieza. El abrigo de lana olía a animal.

Los animales tienen piel o pelo. Mesdames tienen capas de corsé, enaguas, ropa interior de hilo y seda. Me detuve ante el espejo. En mis antebrazos vi cicatrices, finas líneas blancas de las afiladas briznas de hierba que me habían azotado mientras cortaba los tallos.

Mi cara era prácticamente la misma que cuando me fui de la habitación de Céphaline, pero mis mejillas estaban ahuecadas por debajo, como los agujeros en las riberas de los bayous. Mi cráneo. Los gatos tienen mejillas para que les sujeten el bigote. Allí es donde los ratones guardan maíz. ¿Qué se supone que hemos de almacenar nosotros? ¿Sólo sonrisas? Moví los labios y los huesos se levantaron al tiempo que se movían los huecos.

Cuando no sonreímos no almacenamos nada, me dije.

—¿Laurent se ha ido por mucho tiempo? —preguntó Pélagie.

Estaban sentadas en el salón, bordando. Laurent. El nombre de msieu De la Rosière.

—Puede que por un mes —respondió madame.

Yo cosía flores sobre las nuevas servilletas en el pasillo, cerca de la puerta. Ahora era mi sitio, mi silla pintada de negro se ahorcajaba sobre el río de luz que fluía por el suelo de madera. Mamère tenía

razón: yo intentaba con todas mis fuerzas hacer unas puntadas más pequeñas que una pestaña. ¿Me habían crecido las pestañas? ¿Crecían como nuestro pelo? Dejé el cuadrado de lino.

Mamère. Se había quedado cosiendo junto a su lumbre mientras esperaba a que yo acabara de servir la cena y volviera con ella. Nadie se lo dijo. Nunca volví. ¿Ahora yo era más alta o mis brazos eran sólo más oscuros, más delgados y marcados por la caña? ¿Mis dedos y muñecas marcados por los dientes?

Mi hombro marcado por el fuego.

—¿Está comprando telas en Nueva Orleans? —preguntó Pélagie.

Madame se acercó su cuadrado de lino a los ojos, que ya casi no veían, como si fuera a sonarse la nariz.

—Telas, harina, azúcar y aceite. Café, esclavos. El año pasado le pedí un jardinero, pero Laurent necesita rozar las tierras nuevas.

—¿Un jardinero? —Pélagie no levantaba la voz.

—Yo no puedo proyectar el jardín ni mover la tierra, pero quiero sentarme fuera. Todavía puedo ver algo. Si no estuvieras tú aquí y me dijeras de qué color es cada hilo, lo echaría todo al fuego.

—¿Puedes ver algo aquí fuera?

Madame tardó un momento en contestar.

—Puedo ver moverse las hojas, más o menos. La disposición de los árboles. Cosas desvaídas.

—¿Cuántos hombres comprará? ¿Ninguna mujer?

—Los americanos han hecho que sea casi imposible comprar esclavos. Ya no llegan barcos de África. Laurent y los demás van a Barataria. Es ilegal, pero no hay otra manera. Dice que serán casi todo hombres. La única mujer que compró el año pasado fue Moinette, y no para la casa. No entiende por qué insistes en tenerla aquí, además de a Amanthe. Amanthe me ha atendido durante años. Desde que ella tenía dieciséis.

En el silencio oí que Pélagie opinaba que madame no había estado muy bien atendida. El pelo, las ropas.

—Quiero una que tenga buen aspecto. Porque la ven conmigo. Y me gusta la de piel clara. Es la única de piel clara que tienes.

—Laurent dice que el año pasado se escapó.

—Pero aquí duerme bien —susurró Pélagie.

—Los niños mulatos son pruebas del pecado —le contestó madame —. No me gusta verlos.

—Entonces yo también soy hija del pecado, pues mi madre murió al nacer yo. Eso es lo que me decían las mujeres de Lyon —Pélagie rio, una risa aguda y agradable como el agua fresca—. Dijeron que ninguno de los tres bebés la había matado, y todos habían sido calvos, como mi padre. Él tenía sesenta y siete años cuando se casaron.

Decían que cuando yo vine al mundo, tenía una mata de pelo rojo en la cabeza, y que debía de ser hija del demonio.

—Pélagie —dijo madame—. Eso no es cierto.

—Lo cierto es que nunca me acuerdo de Lyon, sólo de París. Nunca regresaré a Lyon. Recuerdo un jardín blanco en París. Un jardín que podemos construir aquí.

Barataria. En la oscuridad, en el estrecho bayou que formaban las paredes enlucidas de blanco y mi pelo, me acordé de la centelleante arena arrojada contra los barrotes de la jaula, las cicatrices de las mujeres, el interminable meneo del mar.

En Barataria había creído que podía ir nadando hasta mi madre.

Todas esas noches en casa de Sophia, toqueteando los granos de maíz: habrían flotado. El maíz seco subía en el agua hirviendo: los granos habían llegado más lejos que yo del bayou Rosière.

El susurro de las pisadas de madame Pélagie. Quedaba una opción: hacerla feliz para que me llevara a Nueva Orleans. Si enroscaba cada mechón de su pelo en una perfecta espiral, si cosía la rosa en sus servilletas, si lavaba su ropa y la dejaba perfectamente blanca, me necesitaría en Nueva Orleans.

Amanthe acompañaría a madame De la Rosière a París en junio. Yo acompañaría a Pélagie cuando ésta volviera a París. Fondearíamos en Nueva Orleans y luego el barco hasta París zarparía hacia el sur, Misisipi abajo. Pasaríamos por esos sitios de nombres conocidos. Orange Groove. Les Palmiers. Petit Clair.

En Petit Clair, donde yo salté, la corriente me llevaría y la batture me daría un trozo de madera que me permitiría llegar a la orilla entre los remolinos de agua amarilla que daban vueltas sobre un árbol muerto que sobresalía del agua, la ribera donde había pasado tantas horas de niña, contemplando los botes. En el charco de luz de una vela hacía las puntadas más pequeñas.

Me preguntaba por qué Pélagie estaba nerviosa en la casa por la noche, a solas con madame y conmigo, y con el nuevo mozo de cuadra, Manuel, que vigilaba en el patio. Sólo dormía unas pocas horas. Debía de haber mandado a la ciudad de Washington un recado para msieu Antoine, el abogado que se hizo cargo de su dinero cuando su marido murió en París.

Él me había llamado hija del placer. Ahora inclinaba su cabeza hacia mí y decía:

—Estaré en el garçonnière.

Amanthe dijo:

—Llévale café y prepara la habitación —me puso la mano en el

hombro—. Haz lo que te diga.

Cadeau. Una tarde. Una vida.

El garçonnière y el pigeonnière eran edificios nuevos y separados situados a ambos lados de la casa. Ocho lados. Intenté recordar cómo llamaba Céphaline lo que tenía ocho lados. Octogonal. Y diagonal: los senderos de ladrillos que conducían a las torres. Yo estaba sentada doblando la ropa y ella hablaba alrededor de mí. Triangular. Paralelo. Nuestras vidas no eran paralelas. Ella no habría sido un regalo. Una venta, decía. Un trueque.

Msieu Antoine estaba sentado en el escritorio de ébano. No levantó la mirada. Deposité la bandeja con el café, el azúcar y la leche sobre el escritorio. Arriba, donde el aire era húmedo sobre el suelo de madera, había hecho tres camas, quitado el polvo a la jofaina y al orinal.

—¿Eres de Nueva Orleans? —dijo cuando yo bajé; el suelo de ladrillo estaba teñido de verde—. ¿Una mulâtresse como tú?

—No, msieu. De más al sur.

Tenía las manos cruzadas sobre el delantal, los ojos mirando hacia el suelo. Así era como había que esperar a que te hablaran.

—¿Cerca de la Balize, la desembocadura del Misisipi? ¿Donde todo el comercio entra en el río desde el mar? —sus labios sorbieron el café en un siseo, como si lo necesitara desesperadamente—. Merci —lo dijo como si sonriera—. Levanta la mirada, por favor.

Era mayor que madame Pélagie, más joven que msieu. Sus ojos eran grises con motas verdes: trozos diminutos de hojas partidas. Tenía la barba estrecha, unas mangas negras le bajaban por las mejillas y le acunaban la barbilla.

Si me tocaba, sólo podía ceder.

Si me hacía subir porque pensaba que era hija del placer, tal vez me llevara a Nueva Orleans si era de allí y me encontraba agradable. No me importaba cómo salir de esa casa.

Pero se volvió hacia el escritorio, la espalda tan doblada sobre sus papeles que la columna vertebral le asomaba bajo la camisa cuando me fui. Fragmentos de hueso.

En la cena, msieu Antoine dijo que había decidido abrir un bufete en Opelousas. Preguntó quién estaba al cargo de Rosière en ausencia de msieu, preguntó por Mirande y Baillo, pero nunca iba a caballo a los campos o a le quartier.

Noche tras noche me quedaba despierta pasando la mano por la cera del suelo, escuchando las pisadas de ella, esperando las de él. Pero nunca vino a buscarme por la noche, ni a mí ni a nadie. No estaba enamorado de Pélagie. Yo había leído sus cartas.

Era difícil. Me llevó cierto tiempo. Conocía muchas palabras por

Céphaline y el doctor Tom, pero al principio no tenía claro cómo estaban enlazadas las palabras, las puntadas de las palabras más pequeñas para unirlas. Madame Pélagie no escribía cartas, sólo listas de tareas domésticas o cosas que deseaba comprar: lustrar las molduras y las patas de la mesa, volver a lavar los manteles, pichón, tartes aux fruites.

Pero msieu Antoine llenaba páginas y páginas de tinta. En esos largos documentos yo sólo entendía palabras sueltas. Arpents de tierra. Amado hijo. División de la propiedad.

Amar. Dividir.

¿Cómo permanecían las palabras dentro del cráneo, dispuestas de esa manera? ¿Cuántas palabras podía contener un cerebro? Yo no sonreía mientras tendía las ropas limpias y veía sus dedos manchados de negro moviéndose por la página. El cerebro de Céphaline había estado tan lleno de frases y números que el cráneo había expulsado el pelo y la piel había formado boutons de punta negra. Sangre seca oscura como la tinta.

Mamère podía medir con los ojos la bilis de toro y el jugo de col para sus recetas. Léonide podía calibrar la lumbre que había bajo una marmita con sólo una mirada y decirme que añadiera exactamente dos trozos de leña.

Ahora yo tenía que calibrar a los blancos, sus palabras, ojos y manos.

Después de cenar, msieu Antoine jugaba a las cartas con Pélagie. No estaba enamorado de ella y seguía sin tocarme. Me estudiaba, aunque en su cara no había más que curiosidad, como si estudiara una raza de perro. Sola en el garçonnière, yo estudiaba sus cartas, en las que se quejaba a su tía a causa de su enamorada.

> Tante Justine: Los americanos de Luisiana han disgustado a los franceses criollos y a los franceses nativos por su codicia y sus costumbres vulgares. Lo sé, y lamento que el objeto de mi afecto haya nacido en Filadelfia, pero ojalá pudieras pasar por alto su origen y fijarte en su carácter.

Una compañera. Una amiga. Una americana.

Pero en la siguiente carta hablaba de algo más que la amistad, y la dejó sin firmar.

> Es difícil pasar otro mes sin tu compañía. Tus sutiles apartes en la mesa, cómo sabes ver los defectos de cada uno. No puedo expresar cuánto echo de menos tus dedos en los míos.

Amaba a alguien que estaba lejos. Por la noche, en el pasillo, yo

escribía mis propias cartas en mi cabeza. Ya era difícil leer sin que nadie lo supiera, pero ¿encontrar papel y tinta y un lugar donde practicar la escritura?

> Pienso en ti cada minuto. Recuerdo todas tus lecciones. Calibro las cosas en mi cabeza, así que nadie se da cuenta. Encontraré una manera de volver.

Por las mañanas, Pélagie se levantaba mucho más tarde que nadie y las primeras palabras que me dirigía eran siempre las mismas. «El pelo», decía sin moverse, y yo dejaba la taza de café sin azúcar ni leche sobre el tocador. Cada día lo mismo. Ella se sentaba delante del espejo. Los catorce tirabuzones amontonados sobre su cabeza caían suavemente en la palma de mi mano. Cicatrices de las tenacillas del pasado. Como pececillos de plata en su cuello e incluso dos en la oreja.

Cuando acababa con el pelo, y se había empolvado la cara y yo la había ayudado a vestirse, se bebía otra taza de café y se iba a reunirse con madame en el comedor.

—¿Cómo es posible que no hayas tenido una lavandera experta? —comenzó a decir un día, mientras cosían para el viaje a París—. ¿Has visto cómo Moinette se ha encargado de que tu ropa interior esté más blanca?

Madame asintió.

—Huele a romero.

—Lo compré en París. Cuando me enteré de lo de tu vista.

Se quedaron en silencio y cosimos.

—Yo no toco a les blancs, moi. Pelo como telaraña —dijo Léonide.

Pero el mío es musgo, pensé. El tuyo es lana. Tocar su pelo es mi tarea.

Nos movíamos por la despensa, en la zona fresca y pavimentada de ladrillo que había bajo la casa, contando los enormes tarros de aceite de oliva llegados de Francia. Era domingo y Amanthe había sacado a escondidas trocitos del pollo asado de la cena: las tiras de carne blanca que sacaba de la pechuga y los esponjosos trozos de carne oscura del lomo. Madame, Pélagie y msieu Antoine habían comido. Amanthe llevaba la carne envuelta en papel en el bolsillo del delantal.

Mientras nos dirigíamos a le quartier, yo canturreaba para mí la receta para lavar ropa blanca, porque Philippine y Firmin estarían contentos de ver a Amanthe y a nadie le importaría si yo había vuelto o no.

Fronie y Fantine estaban fuera con sus amigos. Y Sophia dormía en la litera. Cuando entré para tocar el lugar donde había hundido mis

granos de café en las rendijas del suelo, me oyó. Tenía la espalda doblada como una concha de tortuga y volvió la cabeza, abrió un ojo y a continuación volvió a cubrirse la cara con el tignon.

—¿Opelousas? —dijo madame durante el desayuno—. ¿Tú y monsieur Antoine necesitáis el carruaje para ir a Opelousas? Pero hay un día de viaje, y en algunos lugares el camino está muy mal.

—Dice que he de ir a ver a la modista francesa de Opelousas. Para el Mardi Gras. Para las cenas y los bailes.

—Pero para la gente de Washington y Arnaudville todo lo que tienes es nuevo. Y para la de Opelousas.

—Si ella me hiciera un bonito vestido demostraría que quiero formar parte de este lugar. —Pélagie se apartó cuidadosamente los rizos de la oreja—. Quiero ver lo que tiene.

—Tus ropas son de París.

—Eso las mujeres lo sabrán pronto.

—La ropa. Siempre la ropa.

—Cuando era pequeña sólo tenía un vestido. Un vestido. Nunca sabrás lo que es eso.

—No.

—Un vestido, y cuando lo lavaban te quedabas en casa en ropa interior, con los postigos cerrados. En invierno, todo el día. Como un estúpido gato sin pelo.

—Tenías ojos de gato. Cuando eras pequeña. Igual de rasgados.

—No puedes saberlo. Y lamento que te vayas. Pero te cuidaré bien a Etienne cuando venga. ¡Mi sobrino, y sólo tiene cinco años menos que yo! Está tan guapo. Lo vi dos veces en París.

—¿No quiere volver a Luisiana?

—No lo sé. Lo sabré cuando lo vea en París. Oh… ¿y si no puedo verlo? ¿Y si me llega el tratamiento demasiado tarde?

—No, no. París tiene los mejores médicos del mundo —se volvió hacia mí—, Moinette. Los zapatos de monsieur Antoine necesitan ese lustrabotas que has preparado. Dice que nunca los había visto brillar tanto.

Yo ahora tenía mis propios frascos. Cada día, cuando los veía alineados en el estante de la cocina, mi corazón giraba como un pequeño animal ovillado en el sueño que se acurruca aún más.

Los frascos estaban marcados con un hilo que yo había anudado por la noche. Lustrabotas: ocho onzas del mejor negro marfil, bien fino, con tres onzas de melaza, una onza de azúcar cande y aceite dulce. Goma arábiga disuelta en cerveza amarga. Agítalo bien y que repose cuatro días.

Los hilos eran miniaturas de mis trenzas, atados alrededor del

cuello de los frascos. Frotaba el lustrabotas en círculos pequeños.

—No te entiendo, Pélagie —dijo madame.

—No tienes que entenderme. Le dije a Laurent que la primera vez que te vi, cuando yo tenía cinco años y tú ibas a casarte, tenías unos ojos oceánicos y que sabía que te irías de Francia.

—Ahora mis ojos son grises y negros.

—No, querida, aún siguen siendo oceánicos. Pero los médicos de París te curarán. París tiene lo mejor del mundo.

Detrás de la casa, entre dos jaboncillos, hacía la colada. Lavaba las ropas de Pélagie, manchadas de su sangre menstrual. Cuánta sangre nos abandonaba, ¿y cómo hacíamos sangre nueva, exactamente la misma? Cuando una sanguijuela se atracaba de líquido humano, ¿cómo creaba sangre nueva el cuerpo? ¿Era siempre la misma, la mezcla del padre y la madre?

Cuando trajeron a los africanos a Luisiana, ¿cómo es que su sangre no cambió?

Msieu había comprado cuatro africanos. Dos quizá de mi edad, y dos mayores. Léonide dijo que los africanos se habían ido enseguida a le quartier porque era de noche.

La sangre olía a cobre al enjuagarla. Todo lo que sabía de África: las frases que mi madre me había dicho y la frase que Céphaline le había repetido a su profesor particular: África es un vasto continente de guerra y salvajismo que contiene algunos de los grandes ríos del mundo.

Mi sangre. Mamère se había marchado con su madre, se habían subido a un barco en el que los hombres y las mujeres morían y saltaban por la borda para regresar nadando por los ríos. Su faro los guiaba. ¿Se habían quedado sus hermanos y hermanas para marcar las caras de sus propios hijos? Y esos niños, ¿habían sido capturados y enviados río abajo? ¿Para entrar en Barataria Bay?

Pero cuando los africanos llegaron al patio en busca de sus ropas no llevaban marcas como las de mi madre o las de Hera. No mostraban ninguna marca.

Saqué pantalones y capas del baúl de la despensa. Como mi propia capa. La primera semana en los campos la lana se me había hecho pesada en el cuello.

Msieu tenía el libro mayor en la mesa. 4 de febrero de 1812. Esclavos: Augustin, mina; Philomen, mina; Célestin, ki; Berquin, ki.

No eran singaleses ni congos. Tenían la mirada fija en los árboles que había más allá de la casa y temblaban. En tres espaldas se veían marcas que les habían grabado en el barco.

¿Como las de mamère?

Aquella noche, cuando las mujeres entraron en la sala para esperar a msieu, me puse delante del espejo de Pélagie.

Me perteneces.

La cicatriz que me rodeaba el tobillo era tersa y oscura, púrpura en los días fríos, marrón en los cálidos.

Me perteneces.

Me descubrí el omóplato y miré la fleur-de-lis. Marrón, lisa, no reluciente. El pétalo afilado como una espada.

No te pertenezco.

Las tenacillas de rizar estaban calientes sobre la llama de la vela. En el antebrazo, no en la muñeca (surcada por las manchas color lavanda producidos por los clavos del barco), sino más arriba, donde pudiera verlas cada vez que me subiera la manga, me grababa pequeñas imágenes con las puntas de las tenacillas. Finas, como la plumilla de una estilográfica. Tres granos de café, circulillos de dolor incandescente. M por Marie-Thérèse: cuatro líneas, con las pinzas planas.

Las lágrimas no me dejaban ver, la sangre corría hacia las quemaduras y soltaba las tenacillas.

Su nombre no era Marie-Thérèse. No era ése el que le habían dado. ¿Cuál era su verdadero nombre, el que le dio su madre? ¿Cómo era posible que yo no lo supiera?

Olía a cera, y cogía las tenacillas, pero no antes de dejar una pequeña marca negra en el suelo de madera, junto a las patas del tocador.

Cuando madame Pélagie subió después de cenar, olió a madera quemada. Era capaz de oler un solitario pétalo de rosa.

—¿Por qué has calentado las tenacillas de rizar? Quítate esa tela del pelo. Si las has tocado para…

Puso ceño ante la trenza que me caía del tignon. Nunca me había visto el pelo. La manga me cubría el brazo. No podía oler la carne quemada. Me había frotado ceniza en las quemaduras para dejarlas más oscuras.

Se inclinó para tocar la marca del suelo.

—La madera quemada no puede recuperarse sin lijarla.

Piel quemada: lijarla no serviría de nada.

—No te azotaré —dijo separando cada palabra en su francés de París, no como el francés de Luisiana—. Nunca he tenido una esclava. Sólo doncellas. No te tocaré. Pero si empiezas a tocar mis cosas le recomendaré a mi hermano que te mande de vuelta a la zafra y le pediré que compre a alguien que no sea tan descuidado. Comprends?

Asentí.

—Oui, madame.

Dos de los nuevos africanos murieron antes de una semana. Baillo fue a buscar a un médico de Washington y madame me hizo acompañarla a le quartier.

Los africanos dormían en una casa recién construida al final de la calle. Dos estaban encadenados a la pared por una pierna. El más joven nos daba la espalda. Su pelo formaba centenares de guijarros negros. Dos estaban fuera, con una manta tapándoles la cara.

—La enfermedad de las encías —dijo el médico levantando el labio —. Te dicen que los hombres están sanos y los lustran con aceite. Pero la mitad de las veces se han pasado meses en el barracón esperando el barco y cuando están embarcados comen carne podrida.

Madame suspiró.

—No estaban bautizados. No hay tiempo.

—Entonces hay que enterrarlos por la noche, en el campo —dijo msieu.

—Laurent —dijo madame, pero él levantó la mano, la palma hacia fuera.

—El código.

Regresaron a la casa y todo el día esperamos los ataúdes.

Un carpintero los trajo en un carro, unas cajas de pino tan nuevas que exudaban savia dorada. Los hombres llevaron los ataúdes al bosque y cavaron los agujeros entre las malas hierbas próximas al bayou. Las nuevas tumbas se llenaron de agua. Cuando bajaron los ataúdes, espejos de color negro se hicieron añicos y luego volvieron a ser enteros.

El carpintero me detuvo con un dedo.

—¿Quieres agua, mamselle?

Dijo su nombre: Hervé Richard. Le brillaba la frente como si fuera sirope, incluso en el aire frío. Su piel era un poco más oscura que la mía; tenía sangre francesa. ¿Era libre? ¿Se me permitía mirarlo a la cara? Levanté la vista hacia su pelo: ondas negras peinadas hacia atrás naciendo en una raya. El cuero cabelludo más pálido que la frente.

—¿Te importa si te pregunto si… eres libre? —dijo.

—¿Yo?

Se encogió de hombros reclinándose contra la pared.

—Tienes la piel clara como la de las mulâtresses de Nueva Orleans. Cuando llevo muebles ponen el nombre y MCL. Me dicen que eso significa mujer de color libre.

—Esto no es Nueva Orleans —le subía y bajaba la nuez al hablar —. Y tú, ¿eres libre?

Su sonrisa se acentuó sólo en un lado de la cara, formándole una segunda mueca en la mejilla.

—Msieu Lescelles me compró el año pasado en Nueva Orleans. Firma y pone HCL. Tiene una carpintería cerca de Opelousas.

Su caballo resoplaba por la nariz.

—Libre de ir y venir con madera. A lo mejor los tuyos compran un armario o una silla. Quizá regrese. Volveré por un motivo menos triste.

Comprobó el eje de su carro. Iba arremangado y tenía los antebrazos claros como el oro, pero llenos de cortes y rasguños. Entre el índice y el pulgar tenía alojada una astilla que era como un signo de admiración.

Fui sola hacia la casa. Delante de mí, Sophia se metió en el cobertizo del herrero. Como la puerta estaba medio abierta, me asomé. Se oían unos fuertes golpes, mezclados con unos ruidos ahogados procedentes de Gervaise, sonidos de acometida salían de su garganta. Tenía un machete en el fuego. Se veía rojo y reblandecido, y le daba con la maza de hierro. Gritó:

—Traen hombres desde tan lejos y se mueren. Los entierras tout seul porque nadie les pone agua en la cabeza. Nadie necesita agua de les blancs. El agua dentro de ellos.

—Gervaise —dijo Sophia.

—Alcindor.

—No. Olvida ese nombre. Ahora no es tu nombre.

—Hashim. Azor. Accara. Aguedo. Me dicen los nombres. Nada más. Ellos mina y no entienden. No tienen nombres en papel —dio golpes en el machete hasta que se partió, con un ruido agudo como el chillido de un pájaro en la noche.

En el cuarto de Pélagie, las ropas habían llegado en un baúl. Encontraría marido, se iría a París a elegir ropas y muebles para su nueva casa. Yo me iría en ese barco, flotando como un grano de maíz encima del agua. Me quitaría el tignon. ¿Creía Gervaise en lo mismo que mi madre, que en el pelo cálido y húmedo había unos espíritus llamados *ni*, restos de mi otra vida? ¿De nuestras otras vidas?

—Las mujeres levantarán la vista y verán los cuadros y los espejos —dijo Pélagie—. Hay que quitarles el polvo cada día. Y las mujeres bajarán la vista y verán el suelo y las patas de las mesas. Hay que barrer y darles aceite cada día.

—No puedes tener otra mujer para la casa —dijo msieu, impaciente—. Estamos plantando caña. No podemos comprar muebles nuevos ni ropa sin azúcar.

—Conozco a las mujeres. Si el año que viene quieres casar a tu hijo con alguien de Opelousas o de Nueva Iberia, deja que me ponga a trabajar en la casa. Las madres de las chicas tienen ojos. Y a pesar de

lo que creas, las mujeres tienen poder en la familia. Para decidir el matrimonio.

Amanthe y yo trabajamos hasta ya entrada la noche, y en cierto momento, mientras nuestras manos pasaban el trapo por una mesa en círculos acompasados, me acordé de la mano de Félonise pegada a la mía con el lustre de nuestro trabajo. La mano de Amanthe era ancha y oscura, el brazo le temblaba por la grasa extra que tenía encima del codo, pero me echó amistosamente el brazo por el hombro cuando salimos de una de las habitaciones.

—Me alegro de que hayas venido —me susurró.

Quitamos el polvo y la mugre de las tablas del suelo con unos cepillitos.

Las mujeres comenzaron a llegar. Pélagie las veía en Opelousas cuando iba a misa y las invitaba a cenar. Contemplaban a madame (el pelo recogido en un moño, pero con una cinta dorada rodeándole la frente) y Pélagie con una cinta de satén rosada en torno a la frente, anclando los rizos en sus orejas.

—¡Qué bien llevas el pelo! —le decían.

A lo que Pélagie inclinaba la cabeza orgullosa y contestaba:

—Mi chica aprendió en París.

Se lo hice creer. Algún día me llevarían a Nueva Orleans. El carpintero, Hervé Richard, había mencionado que allí vivían mujeres de color libres. De alguna manera se habían comprado a sí mismas. Podían firmar con su nombre. Podían arreglar el pelo cobrando.

Las mujeres estudiaban el jardín, donde Pélagie había hecho plantar a Manuel, el mozo de cuadra, árboles de Júpiter de flores blancas en la vereda que iba del camino a la casa, y cinco naranjos en círculo, no por sus frutos, sino por sus flores blancas; y en el sendero, rosas blancas.

—Cuando mi cuñada vuelva de París la próxima primavera, tendrá bien la vista y verá un jardín angelical. Todo blanco, a la luz de la luna.

Madame dijo que sólo podía ver lo que quedaba en un pequeño círculo justo delante de ella. Cuando nos hablaba, volvía la cabeza y nos la acercaba a la cara, como una tortuga que sale de su concha, y los polvos le caían de las mejillas.

—Moinette. Tráenos café. Léonide acaba de prepararlo.

Msieu Antoine redactaba un documento legal y Pélagie estaba inclinada sobre el papel.

—¿Por qué Laurent quiere autentificar este documento?

—Porque pronto nos vamos a París y a Laurent le preocupa la supervisión y la sucesión —dijo madame.

—Etienne es el sucesor —dijo Pélagie—. Tengo mi propio dinero, una pequeña cantidad.

—Sí, querida, pero explícamelo ahora. Laurent no te lo pedirá.

Pélagie recogió la muselina de su salto de cama plisándoselo sobre el muslo, los dedos moviéndose como si tocara un instrumento.

—Como sabes, me casé a los dieciséis años y me fui a Burdeos con mi marido, pero éste murió tres años después. Me quedé con mi familia hasta el año pasado, cuando decidí irme a París.

—¿Y te dejó bienes comunes?

Pélagie miró por la ventana, con un ínfimo temblor en la mejilla.

—Las propiedades de Burdeos son de su padre y su hermano. Se las traspasé cuando él murió. No quería quedarme en Burdeos. Cogí parte del dinero del traspaso y me fui a París.

Madame De la Rosière asintió. Dijo en voz baja:

—Pélagie, no puedo ver tus ropas ni tus joyas. Laurent me dijo que tu madre te dio joyas y algo de dinero como dote cuando te casaste y que la familia de tu marido pensaba que sería más.

—Es cierto —le temblaron otra vez las mejillas.

—Eres más feliz aquí, ¿no?

—Sí.

—Laurent quiere nombrarte propietaria de una gran parte de la nueva tierra que hay a lo largo del bayou, la parcela que compró el año pasado. Monsieur Antoine se asegurará de que la transacción sea legal y entonces podrás aportar algo si quieres volver a casarte con alguien de aquí —Pélagie iba a decir algo, pero madame la interrumpió—. El viaje a París es largo y las travesías siempre son peligrosas. Tú y Etienne tenéis que encargaros de todo si algo nos ocurre. Mi tío Phanor vendrá de Nueva Orleans para supervisar la temporada. Y Laurent dice que no gastes demasiado mientras estemos fuera.

Pélagie se quedó callada; ¿cómo sabía madame De la Rosière que Pélagie estaba de acuerdo con ella? Serví el café. Los dedos de Pélagie apretaban la mesa con tanta fuerza que se le pusieron las uñas blancas.

—Pélagie. ¿Cuál es tu segundo nombre?

—No quiero decirlo.

—¡Qué! ¿No quieres decirlo? Lamento no haberlo sabido. Tras la muerte de la madre de Laurent, cuando tu padre volvió a casarse, él tenía quince años. Lo mandaron a la escuela y no te vio hasta que ya tenías cinco.

—Significa muerte. Tres veces.

—No te entiendo.

—No tienes que entenderlo. Pélagie Ernestine. Mi madre se quedó

embarazada tres veces y mi padre esperó un hijo tres veces y tres veces tuvo una niña y le puso ese nombre. Ernestine. Y las tres murieron. Y cuando me tuvo a mí, se murió ella. Al parir. Así que me llamó Pélagie, como ella. Ernestine por el hijo que no tuvo. Y me mandó a Lyon con mi tía.

Hubo un largo silencio y Pélagie levantó la voz.

—¡Moinette! ¿Quieres venir enseguida? Me he manchado la manga de tinta.

Todo lo que Pélagie decía estaba preparado. No sentía nada. Había calculado de antemano la respuesta a cualquier pregunta, la respuesta a cualquier muestra de admiración, y si alguien decía algo inesperado se le veía una viveza en la cara que le permitía contestar.

Yo la observaba atentamente, para aprender. Desde que el barco zarpó de Azure sólo había escuchado. Palabra lenta y cerebro rápido. Necesitaba pensar la respuesta adecuada, decir no lo que pensaba o sentía (como hacía siempre Céphaline), sino lo que la gente quería que dijera.

Mamère. Ella decía muy poco porque era incapaz de separar sus verdaderos pensamientos de sus frases. Cuando hablaba quería decir eso y no otra cosa.

Cuando regresara a Azure, se lo contaría todo: los sacos de café en el muelle de Nueva Orleans, las mujeres africanas con las cicatrices formándoles una corona, las bolitas ennegrecidas de carne en mi lengua. Le hablaría del agua que los dioses habían alzado del limo que había bajo mis pies y cómo se habían alejado flotando por el bayou hacia ella.

De momento, escuchaba a Pélagie ciñéndole un vestido nuevo en el momento en que llegaba un carruaje.

—¡Oh, monsieur Prudhomme, mire qué patillas! —exclamó—. El pelo oscuro se ve mucho más atractivo en un hombre que en una mujer. ¿Su levita? Moinette —me entregó la levita del hombre y añadió—: Mi hermano dice que sabes mucho de caballos y me da vergüenza no saber montar. Pero en París…

Una noche Pélagie hablaba sola, con una voz tan grave e implacable como la de Céphaline cuando leía sus páginas. Murmuraba:

—Un escaparate. Yo puedo hacer el resto.

¿Un escaparate? ¿A qué se refería?

—Él no vendrá. No lo sabrá.

¿Se refería a Etienne? ¿Planeaba llevarse el dinero de msieu?

Pélagie escribió una carta:

Queridísimo: ¿No puedes encontrar la manera de venir a esta inhóspita Luisiana, pues mi corazón está afligido por tu ausencia? ¿Es que París no puede permitirse perderte por un tiempo?

Los inhóspitos pantanos y cañamelares, lo inhóspito de esta casa a millas y millas de cualquier población.

Pero si viniera un enamorado de París, ¿a quién amaría aquí? El plan de Pélagie consistía en encontrar un marido. Mis planes también dependían de eso.

Se fueron en el carruaje, msieu y madame, Pélagie y msieu Antoine, que acompañaría a Pélagie a los bailes. Nosotros íbamos arriba, con los baúles llenos de ropas y regalos. Para mi sorpresa, Amanthe me susurró que vería al tercer hombre que había amado.

—Sólo puedo amarlo un par de veces al año. Él no puede irse de donde está ni yo irme de Rosière.

Volvió la cabeza hacia los árboles y las cuerdas vocales se agitaron mucho en la garganta.

Me pregunté si Hervé Richard, el carpintero, vendría alguna vez a bailar. Pero su amo era un hombre de color libre. Los criollos franceses no lo aceptarían en sus casas. Y de nada serviría amar a alguien sólo unas pocas noches. El solo hecho de amar sería peligroso.

Grande Pinière era el nombre del primer lugar. Los pinos formaban una alfombra de agujas que silenciaba las ruedas. La casa era amarilla, con adornos verdes y rojos. El viento parloteaba en los pinos, y las voces de las mujeres a nuestro alrededor eran como cristal roto. ¿Pélagie es tu hermana? ¡Pero si es encantadora! ¡Ah, oui!

Calenté las tenacillas en el cuarto de invitados. Las marcas de Pélagie, mis marcas, las marcas de mamère. Deslicé las tenacillas por cada mecha y la enrollé lentamente hacia arriba, apretando lo justo, y conté hasta ocho. Diez rizos a cada lado. Se miró al espejo, no a las demás mujeres que se movían a nuestro alrededor. Ocho. Pasé a la otra mecha, ocho. Luego cinco dedos de cada guante. Conté igual que en el campo, azadonando las malas hierbas. Mueve la azada una vez, dos, tres, y luego da tres pasos. Tres, tres, tres, tres.

Incluso una mosca se aparea antes de poner huevos, susurró una vez Céphaline delante del espejo, mientras le arreglaba el pelo antes de cenar con el primo de las Auzenne. Pero no tiene que mirar a la otra mosca.

El último rizo cayó sobre los hombros de Pélagie. Estaba tan caliente que ella retiró el hombro y lo dejó un momento colgando en el aire ante ella.

Mientras bailaban, nosotros nos quedábamos en la cocina. Los sonidos del violín me llegaban a fragmentos. Amanthe esperaba al

hombre que amaría esa noche, pero no había llegado.

Cuando nos dormimos en el establo, en el largo pasillo central que había entre los caballos, Amanthe se enteró. Tembló llorando a mi lado. Manuel, el mozo, acababa de decirle que el tercer hombre que había amado, el mayordomo llamado Autin, había muerto de una fiebre semanas antes. Amanthe dijo que los labios de Autin sabían a menta porque masticaba hojas antes de verla, y que tenía la boca tan suave como las mejillas de un bebé.

Se cubrió la cara con un chal y se quedó trémula, mientras a nuestro alrededor las voces subían y bajaban en la paja.

Una semana más tarde recorrimos un largo trecho en carruaje hasta un baile cerca de Perreauville. La casa, Cécile, era muy grande y, cuando acabó la cena y el baile, la gente que vivía en la ciudad se fue en sus carruajes, y los que se quedaron se aposentaron en los garçonnières y habitaciones de invitados. Para los esclavos había unos camastros pegados a la barandilla de la galería que circundaba toda la casa. Yo me quedé de lado, la mejilla pegada a los fríos tablones pintados de verde. El agua de ese bayou interrumpida por islas de gente que dormía, el marrón de las suelas de los zapatos o el rosa de las plantas de los pies o los pies metidos en mantas como capullos arrugados. ¿Cómo era que algunos no se cubrían y no pasaban frío, mientras que otros se pasaban la noche temblando?

Me despertó una mano en el hombro, en la tela que me cubría la cicatriz. Calor de dedos. De nuevo el hierro de marcar. Me retorcí, pero un hombre susurró:

—Non, non, mademoiselle. Li madam. La llama.

¿Un mozo? Olía a caballo: levita negra, pantalones más claros. Iba delante de mí, la cabeza descubierta, unos mechones de pelo plateado entrelazados como alambre en la sien cuando volvió la cabeza. Me empujó dentro de un almacén y cerró la puerta. Entonces me puso la mano a modo de mordaza. Unas manos callosas como judías secas en los labios mientras me frotaba la palma por la cara. No había ventanas. Granos de café. Los espacios vacíos de mi cráneo llenos de lágrimas. No podía respirar.

—Sé por qué te llama. Él te ha visto. Sé cuál es tu trabajo. Y yo… yo también te veo.

Me arrancó el tignon y me cruzó las dos trenzas sobre la boca, apretándolas con una mano, como riendas, y empezó a desabrocharme el vestido con la otra. Y sabía hacerlo. Cuando retrocedí, me echó la cabeza hacia atrás.

—Esta vez soy el primero. Chilla, nadie te oirá. No te muevas. Si te mueves, te haré daño donde él no lo vea —dijo.

Me tensaba las trenzas. Estrangular. Para eso era mi pelo.

Se abrió los pantalones y se frotó contra mis muslos. Ciego. Hurgando. No hubo dolor, sólo humedad, como antes, con el piloto del barco en el viaje al norte. Derraman su semen en su idea de mí. No en mí. No en mí.

Cuando me golpeó la cabeza contra la pared me tembló el cerebro. El cráneo. Céphaline dijo que era un hueso muy delgado. Mis muslos son músculos. Comemos los músculos de la vaca y el cerdo. Su saliva me goteaba en el hombro.

Me dio con el codo en el costado cuando se limpió con el pañuelo. Pero la humedad seguía en mis muslos.

—Ahora el mío se mezcla con el suyo. Yo primero —dijo en voz baja—. Chilla y digo que te he pillado robando.

Me quitó las trenzas de la boca y tiró, se me dobló el cuello. Correa. Riendas.

—Chilla y digo que le robas este dinero a msieu Ebrard.

Sacó una moneda de oro. Tenía los dientes blancos.

Con Fronie jugábamos a pegarnos: mi mano salió disparada y le cogí la moneda con los dedos.

No podía pegarme. No podía dejarme marcas.

Me dio la vuelta tirándome de la trenza, y los cabellos de la sien me alejaron la piel del hueso.

Madame Pélagie estaba en su tocador, en el cuarto de invitados. Pensaba que el mozo mentía, pero ella le hizo señas para que se fuera.

La boca me sabía al cuero de la palma de su mano. Se fue. Pélagie se ajustó el salto de cama.

—Ya sé que estabas durmiendo. Hay otra tarea.

Me llevó pasillo abajo, un pasillo mucho más largo que el de Rosière, y se detuvo en la puerta de atrás.

—¿Quieres trabajar en mi tienda?

¿De qué estaba hablando?

—En Nueva York. ¿Vistiendo modelos?

—Madame, no la entiendo.

Miró hacia fuera.

—En el garçonnière está el hijo de msieu Ebrard. Te ha visto antes. Dice que es como se hace aquí en Luisiana —susurró—. Lo siento, Moinette.

La hierba estaba húmeda. Se lo veía pálido en la penumbra del cuarto. Unas patillas de color rojo amarillento le lamían las mejillas.

—Eres un sueño. Suéltate el pelo. Una nube negra. ¿Cuántos años tienes?

—Catorce.

—¿Vrai? ¿De verdad? ¿Y qué más sabes?

—Rien, msieu.

—Non.

—Nada, msieu.

El pelo se soltó de las trenzas. Me alejé el cráneo del cerebro. ¿Qué debía aprender? A descubrir enseguida lo que querían. Como Pélagie

—Première fois, msieu.

—No te creo. Pero estás llorando. ¿Por qué? No tengo que pagarte, non. Pero te daré esto si dejas de llorar.

Una moneda de oro.

Empujó. También a ciegas. ¿Eran todos iguales? ¿Sólo se diferenciaban en el olor a cuero o a pomada, en si estaban enfadados o no?

No me puso la mano en la boca. Era un hombre alto. Me dijo que me quitara la ropa. Él no se quitó la suya. La corbata que llevaba al cuello me caía en la cara y luego, cuando se apretó con más fuerza, el nudo de tela me rozó los dientes, se alojó en mis labios. Los botones de la levita en mis costillas. Las manos a cada lado de mi cabeza. El dolor dentro de mí otra vez, otra vez, y las lágrimas calientes en mis orejas, pero frías dentro de mi cabeza.

—Sang mêlé. C'est vrai. Es verdad lo que dicen de los tuyos.

Callos en mis manos. Toda esa frotación, repetida una y otra vez, ¿formaría un callo dentro de mí? Cuando se apartó de mí, dejó humedad en mi pierna, lo vi mirar. Vi la sangre.

—Première fois —dijo.

Un dolor palpitaba en mi interior como si me hubieran metido un anillo. Como si me hubieran marcado con un círculo.

—Y es cierto que el dinero hace que una chica deje de llorar —dijo al dar media vuelta.

Echada en el pasillo de Rosière, sobre mis mantas que olían a mí, el conducto aún me ardía.

Première fois, me dijo Tretite cuando yo era muy pequeña y me negaba a recoger bostas de mula de su jardín. La primera vez que haces algo no te gusta, lo haces una y otra vez y te acostumbras.

Todavía no había hecho ese trabajo una y otra vez. No estaba acostumbrada. ¿Qué brotaría en mi interior? Una criatura. ¿Por hacerlo una vez?

El mozo quería su semilla mezclada con la de su msieu. Yo era el regalo que él no podía tener.

Cadeau. Pero ahora tenía dos monedas de oro. ¿Qué era peor? ¿Un regalo o una compra?

Metí las monedas en mi viejo tignon, con las pinzas y el recuerdo de los granos de café, y escondí el hatillo en la manga izquierda del

vestido más viejo y más feo de madame Pélagie, en el fondo del armario.

Hervé Richard había dicho «quizá vuelva por un motivo menos triste».

Ahora no me querría.

Noté una aguda punzada de dolor detrás de mis costillas, como uñas recorriéndome las entrañas. Ése era el dinero de mi viaje a Azure.

Pero un perro ladró en la distancia. Perros. Mi plan era infantil. Saltar de un barco, nadar hasta Azure. ¿Y Franz, el capataz, no me vería? ¿Rodear el ciprière, rebasar las tinas de añil, donde ahora los huesos del doctor Tom estarían verdes de musgo? ¿Ocultarme en el cañamelar y sorprender a mi madre en su habitación? ¿Esperar que msieu Bordelon me permitiera quedarme? ¿Llevar a mamère conmigo? Llevarla, ¿adónde?

Me di la vuelta en el camastro. Si crecía un bebé, no habría viaje.

Me daba vergüenza preguntarle a Sophia. Durante días esperé a sentirme enferma, como dijo Sophia que se sentía con el nuevo bebé de Gervaise.

La noche del último baile antes de Mardi Gras, antes de que el sacerdote pusiera ceniza en la frente de los presentes, antes de renunciar a la alegría por la Cuaresma, viajamos a otra plantación cercana a Loreauville. Yo estaba en el establo con los demás.

Esta vez tenía un cuchillo por si venía a buscarme un esclavo. Si madame Pélagie me mandaba con alguien, no le permitiría que me hiciera daño.

Te ha visto. Volvería a suceder, una y otra vez. Te ha visto.

Los ojos del caimán reposaban sobre el agua. Nuestros ojos se engastaban en los agujeros de nuestro cráneo, ¿pero qué determinaba su separación, cuando decían que los ojos separados eran bonitos, y por qué unos tenían las pestañas más largas? Te ha visto. Es culpa tuya ser así. La mulâtresse es buena para arreglar el pelo. Para los caballeros. Es muy guapa. Sólo hace falta una vela. ¿Qué era hermoso? Madame Bordelon decía que cuando se trataba de una chica, los hombres miraban los tobillos y las muñecas. Le dijo a Céphaline que era importante tener unos tobillos bonitos.

—¿Puedo taparme la cara y dejar los tobillos a la vista? —preguntó Céphaline.

¿Todos somos iguales por dentro? ¿Los hombres nos ven distintas? ¿Significaban mi piel, mi pelo y mi cara que mi conducto sería diferente?

Fantine me dijo:

—Basile dice: «Lo único que tengo cada día es tu cara».

Todo el día, en la caña, Basile veía sus ojos y sus labios, pero por la noche miraba sus cejas y su boca y luego se adentraba en el conducto. ¿Qué más existía?

Amanthe respiraba a mi lado. En esa plantación no conocía a nadie. Las polillas se lanzaban hacia las ventanas del establo. Todos los caminos y bayous iban a todas las poblaciones. Sitios pequeños que tenían el nombre del propietario de la casa más grande, la tierra más extensa. Todos los que eran menos importantes iban a comerse su comida, beberse su vino, sonreírle a su esposa. Toda la gente que había en los caminos y en los pasillos que conducían a las habitaciones donde comían y bailaban y se estudiaban unos a otros. Y sólo para decidir a quién querían utilizar: para engendrar como animales salvajes. En el ciprière con la india. Gervaise llevando pájaros muertos a la puerta de Sophia. El ciervo en los caminos, los caballos en los pastos. Las ranas al borde del estanque. Ouaouaron. Llamándose toda la noche.

Las moscas volaban zumbando por sus caminos aéreos, bebían en los labios de los que dormían, buscaban otras moscas. No podíamos ver sus caminos.

Todos los pasillos y las habitaciones como panales. La gente se echaba una sobre otra o lo hacía de pie para no tener un bebé, pero los bebés crecían. Y llenaban las habitaciones y los pasillos y las cabañas. Luego eran como cachorros cuando la madre los mordisquea fuerte para que se vayan. Los cachorros cavaban sus propios agujeros donde se echaban y jadeaban y se quedaban con los ojos muy abiertos hasta que comenzaban a buscarse uno a otro. Las moscas en sus heces. Un sonido de acometida en el salón. Aire que sale de la garganta, una y otra vez, con fuerza de sollozo.

Madame De la Rosière sujetaba los codos de un hombre, la cara de ella cerca de la de él dentro de ese pequeño círculo que era su visión, y su llanto era un ritmo como las ropas que rozan la tabla de lavar. Su hijo.

—Tu cara. Tu cara. Las patillas.

—Te harás daño —dijo él.

—Pensaba que no te vería hasta llegar a París y me preocupaba acabar de perder la vista en el barco. Demasiada luz en el agua. Lo recordaba. ¡Pero tú lo sabías! ¡Sabías lo que yo pensaba! Mira qué hombros tienes.

—Me dije que yo resistiría el viaje mejor que tú, maman. Y sabía que mi padre se enfadaría si venía antes de hora.

—Puedo notar tus hombros.

Ella no oía, no veía, sólo tocaba la levita de su hijo una y otra vez. Yo era incapaz de mirar.

Guerrera de soldado. Era un soldado. Azul de soldado.

El silencio del domingo me hizo acurrucarme en el fondo del armario de Pélagie cuando todos se fueron a misa. Mis monedas de oro estaban frías. Añil. Dientes como perlas en el plato y luego fueron hueso.

El domingo no tenía a nadie. No había querido a nadie. El vestido blanco de Tretite solía flotar por delante de mí.

Mi madre nos oía acercarnos a su casa. Pero seguía levantando los ojos de la costura como si fuera tímida y le sorprendiera que hubiéramos venido.

El hijo de madame había sabido lo que ella pensaba. Desde el otro lado del océano. Fui andando hasta le quartier, donde nadie sabía lo que yo pensaba.

Fantine había ido a buscar agua a la bomba. Se volvió hacia mí y dijo:

—Moinette, vaya vestido azul que llevas. El mío se está ensanchando.

Le asomaba la barriga y me ofreció una sonrisa que se hundió en su mejilla izquierda.

—Nos mudamos a una nueva casa. Al lado de Gervaise —me tocó la tela de la manga—. Duermes con Amanthe, ¿eh?

—Sola —dije—. Mo toute seule.

Era incapaz de decirle que la echaba de menos.

Me arrastró hasta su habitación al final de la calle.

—Sophia se queda con Fronie. Le alegra no tener que compartir.

Fantine tenía una bañera. Le lavé el pelo y el agua corrió por sus espesos mechones y sobre sus hombros. Me lavó el mío y nos sentamos al tenue sol que entraba por la puerta.

—Basile dice: «No tengo que estar contigo cada minuto del día. Sino cada minuto de la noche». —Pasó su dedo largo por el dobladillo de mi manga—. La madame lleva encaje en la manga, ¿oui?

Quería oír los detalles.

—Encaje y botoncitos como perlas. La falda es de seda. Y todo está adornado con cintas. Una cinta bajo el pecho, para sostenerlo como si fuera un estante.

Las cintas son nuestros galones, nuestras marcas.

Fantine sonrió.

—¿Cuántos vestidos tienes? —me estaba calibrando.

—Tres —dije—. De Amanthe. No de madame.

Fantine se apretó la barriga con la mano.

—Una cinta bajo mi pecho —dijo riendo—. Ahora no. Tengo un bebé ahí.

Nada bajo mi pecho. Ni un bebé. Rien, solían decirle mamère a Eveline por la noche. Rien en coeur pour qui n'est pas sang.

Nada en el corazón para alguien que no es de tu misma sangre.

Así era como vivían los blancos, pero nosotros no podíamos.

Nada en mi barriga. Nada más que el dolor que quedaba.

Una noche mamère le hizo unas trencillas a Tretite, los dedos flotaron sobre su cráneo hasta que los ojos le daban vueltas como si estuviera borracha. Tretite dijo que Félonise había amado a su madame y su msieu, cuando era pequeña. No dijo si ella había sentido amor.

Mi madre les tenía cariño. Pero me amaba a mí, en su corazón.

Yo había escuchado a Céphaline, le había tocado el pelo, había amado y odiado sus palabras. Había tenido miedo de todos los demás.

Tampoco había amado a nadie. Sólo a mi madre.

Sophia defendía incondicionalmente a Fronie, pero no la amaba. Fantine amaba a Basile de una manera necia y peligrosa y no pensaba más que en su olor y su piel.

Sus mejillas curvadas contenían una sonrisa en su interior incluso cuando no sonreía. No había sentido al hombre blanco del bosque toqueteando su pecho. No había probado la cuerda de su propio pelo. Estaba en pie cuando la amaban, con su cara contra la cara de Basile.

Cuando Pélagie y msieu hablaban a solas, sobre todo de cuando vivían en Francia, sus voces me llegaban flotando por el pasillo, y en la serenidad y desembarazo de sus palabras estaba claro que se tenían un gran cariño. En una ocasión, Pélagie le dijo:

—Lo que más pesa en nosotros es la sangre de nuestra madre, Laurent. Tenemos una relación más estrecha que con cualquier otro ser humano, incluso que con nuestros cónyuges.

Él dijo:

—Si Etienne tuviera un hermano, sentiría lo mismo. Pero siempre ha sido un solitario. Prefiere cazar a cualquier otra cosa, estar solo en medio del bosque.

Pero la cara de madame De la Rosière, siempre vuelta expectante hacia su marido, se veía confusa, triste, enamorada, lo que se reflejaba en sus ojos borrosos que miraban a todas partes y en su barbilla, inmóvil mientras escuchaba las muestras de impaciencia de msieu.

Cuando llegó Etienne, toda ella se volvió amor. La boca ya no tenía esa expresión rígida y anhelante, sino abierta y llena de expectativas cuando él entraba en el cuarto. Y no le importaba no verlo, porque lo tocaba cada día: su pelo, su abrigo, su rodilla.

Yo no quería sentir nada así por nadie, nunca, tener que esperar y morir un poco cuando ella no estuviera. No quería un bebé.

Entonces le dije a Fantine:

—Te conseguiré tela y cinta, te coseré un vestido para cuando vuelvas a estar delgada.

Cuando me rodeó el cuello con los brazos, noté la barriga muy dura; ¿cómo era posible que el agua, la sangre y el bebé estuvieran tan duros como una calabaza?

Esa noche madame Pélagie no me lo comentó. Me venía la sangre, y la suya y la de Amanthe, todas al mismo tiempo. Cuando lavaba todas las ropas, el olor del agua que goteaba cerca de los dos jaboncillos era fuerte como la de un cerdo recién sacrificado. De los troncos brotarían pequeños dedos, quizá pelo.

Los cuadrados blancos de ropa blanca colgaban de los hilos como hojas de papel al sol de principios de verano.

Los mejores perros tenían papeles. Los caballos tenían papeles. Msieu los examinaba antes de comprarlos, antes de criar. Yo tenía papeles. Ahora yo valía más dinero porque sabía coser y arreglar el pelo. Pélagie tenía papeles que msieu Antoine había escrito y autentificado en el juzgado de Opelousas.

Cuando Fantine tuvo su bebé, fui a le quartier a ayudar, limpié la sangre caliente y la piel, al bebé cubierto por una cera blanca como mirto.

Cuando se lo dijimos a msieu, éste contestó:

—El primer bebé que llega desde que nos vendieron a los americanos. Luisiana nunca será americana. Le pondremos un nombre que refleje nuestra lealtad.

Escribió en el libro: négritte, Francine, 28 de Mai, 1812.

Una vez más, la sangre nos vino a todas a la vez y desapareció con el agua y el azulete. Luego msieu y madame se fueron a París, Amanthe delante, Philippine llorando y Firmin contemplándolos con sus ojos circundados de encarnado y sus mejillas hundidas.

De nuevo en la casa, mirando el fuego, Philippine dijo:

—La travesía del océano nunca es segura. En el océano hay tormentas y viento.

—Msieu explicó que los barcos ahora son más grandes y rápidos —dije—. Su hijo acaba de llegar sin problemas, ¿oui? Nos escribirán desde París. Le llegará una carta a Pélagie y os contaré lo que dice.

—¿Sabes leer? —preguntó Philippine.

—No se lo digas a nadie. Ni a Sophia. A nadie.

—No. A nadie —dijo Philippine.

—Leerás una carta, pero la carta no dirá nada de Amanthe —dijo Firmin.

—Pero ella estará igual dentro del papel.

Nunca había escrito una palabra entera, sólo la eme en mi piel. Cada vez que tenía cerca papel o tinta me daba miedo intentarlo. Si la tinta me dejaba una mancha que no se iba, ¿cómo la explicaría?

Mis planes estaban en el papel que tenía en la cabeza. Había conseguido que Pélagie me necesitara para tener un pelo y una piel bonitos. En Nueva Orleans les hablaría de las habilidades lavanderas de mi madre, de las perfectas costuras y puntadas decorativas que ella sabía hacer, mucho mejores que las mías. Msieu Bordelon siempre necesitaría dinero; vendería a mi madre y ésta cosería hermosas ropas y ropa blanca para vender en Nueva Orleans, en París.

Cuando Pélagie hacía listas de cosas que comprar, yo miraba por encima de su hombro. También miraba las páginas del diario de msieu cuando le quitaba el polvo al escritorio. No el libro mayor de contabilidad. La letra fluida de msieu se inclinaba como la gente que camina contra el viento.

> Caen las temperaturas. Aumenta el precio del azúcar. Dos esclavos enfermos de difteria y otro de pleuresía. Apollonaise de nuevo en el cepo por romper herramientas.

En el garçonnière, Etienne no escribía cartas. Cuando le llevaba el café, también hacía listas. Nombres de animales:

> Cuatro ciervos en el cuadrante sur junto al bayou. Mapache. Mapache. Nido de serpientes en el cañamelar inferior. Cerdos salvajes avistados cerca de Washington.

Ni levantaba la vista hacia mí. Yo me movía detrás de él. Era más alto que su padre. Cuando iba a montar, sus levitas se llenaban de polvo. El pelo se le arremolinaba en la frente como plumas negras y junto a sus ojos se formaban volutas de arrugas que parecían decoraciones talladas por el sol.

Otra semana, escribió nombres de personas y ciudades:

> Livaudais, Nueva Iberia: caballo castrado. De la Houssaye, St. Martinville: cuatro bayos. Tratante de la Parroquia de Rapides: cuarto de milla.

Salía a cazar casi a diario o desaparecía para ir a comprar caballos. Yo barría la tierra del suelo del garçonnière y recogía la ropa sucia, pero rara vez lo veía.

Antes de marcharse, msieu les dio órdenes a tío Phanor y a Etienne de que no había que prescindir de nadie para rozar los campos y cortar leña para el ingenio; ahora que Amanthe se había ido, yo estaba sola en la casa.

Pélagie discutía con su hermano.

—Durante la temporada de verano, cuando hay pocas visitas, Moinette podrá con todo. Pero en noviembre, Laurent, cuando regreses para la cosecha, necesitaré otra chica nueva para que prepare la casa para las vacaciones y la primavera.

—En noviembre es la molienda y todos los esclavos trabajan los campos.

Ella sonrió.

—Bien sûr, Laurent. Venderé un caballo y compraré una chica.

Léonide era vieja y por culpa del peso que acarreaba en las piernas y la cintura se movía tan lentamente que se negaba a alejarse de la lumbre. Permanecía sentada en una silla para cortar las verduras y acercaba la silla al fuego para remover las ollas.

Etienne no se paseaba mucho por los cañamelares y el tío Phanor se quejaba. Etienne a menudo regresaba después del anochecer y traía animales muertos: ciervos, conejos, pájaros. Léonide asaba la carne y Pélagie estudiaba los cadáveres sobre la mesa, mirando ceñuda a Etienne.

Los oía hablar en la sala.

—Los hombres que protegían a María Antonieta me enseñaron a disparar, ¿lo sabías? ¿Nunca has visto una turbamulta en París? Vamos a caballo junto a la multitud. No junto a interminables hileras de caña, que no se mueven.

El tío Phanor, con el pelo blanco bailándole en círculo por encima del cuero cabelludo rosáceo, bebía vino y decía impaciente:

—Primero no quieres que te envíen allí. Ahora no deseas estar aquí.

—Mi padre escogió la escuela militar y yo obedecí —dijo Etienne; Pélagie me hizo señas para que tapara la comida con una malla—. Mi padre decidió que regresara y obedecí.

—Quiere que muestres algún interés por la tierra.

—Ahora tengo que vigilar espaldas dobladas y mirar a lo lejos. Prefiero el bosque, donde vagaba de chico.

—Ya no eres un niño.

—Tú no eres mi padre.

Se iba durante semanas a las carreras de caballos. Yo quitaba las pieles de las uñas del tío Phanor, de las verduras de Léonide, de las telas de Pélagie, y también limpiaba su sangre.

A finales de verano llovía casi cada tarde y las ropas limpias se

quedaban goteando y trasparentes en los tendederos. Me acordaba de los músculos de las muñecas de mamère asomando cuando escurría las camisas limpias.

Mi fina aguja de coser se deslizaba fácilmente en las zonas grises de mi muñeca. Viejas heridas. El barco. El bayou. La sangre subía en sus botones habituales. Boutons. Boutons en la piel me habían traído aquí. Absurdos bultos rojos en la piel blanca. Mojaba el dedo en la sangre y pintaba las cabezas de mis nuevas pinzas para la ropa, las que Firmin me había tallado.

De niña, antes de saber trabajar, había garabateado ojos y sonrisas en las cabezas, les había hecho pelucas de musgo y faldas con hojas. Las había hecho bailar cerca de los pies de mi madre, le hacía cosquillas con el pelo.

La sangre no era pintura. Se filtraba en la madera y se volvía negra y se borraba.

La carta llegó en agosto. Habían estado un mes embarcados y la carta había tardado otro mes en llegar a Luisiana. Madame estaba en París, en el apartamento de su tía, visitando a los mejores médicos para sus ojos, sus ahogos y sus dolores de cabeza.

En le quartier susurré:

—Cuando Pélagie se la leyó al tío, no dijo Amanthe ya no está con nosotros ni Amanthe está enferma.

—Nada de Amanthe —dijo Philippine.

—Eso significa que está bien —dijo Firmin—. De nosotros sólo hablan de lo malo. Si mueres o escapas. Si no dicen nada, trabajamos.

Se fue como hacía siempre que su cara no podía reprimir lo que sentía.

Todos esperábamos la cosecha y la llegada de enero, cuando madame regresaría con Amanthe, cuando Pélagie encontraría un pretendiente en las cenas y bailes de primavera y nos prepararíamos para nuestros viajes.

El río creció a finales de septiembre a causa de una tormenta en el mar, y toda la lluvia del verano se acumuló en el patio y los campos para encontrarse en el bayou Rosière cuando se desbordó. La tierra estaba cubierta de marrón y temblaba. Etienne permanecía dentro de la casa, maldiciendo a medida que el agua subía hasta el borde del porche.

—Mi madre me echará la culpa. Habré traído la lluvia de Francia.

El agua arrastró la caña de dos de los campos. Le quartier se inundó, y la gente anduvo por el agua hasta el establo. El agua finalmente se retiró, dejando líneas de tierra negra en los árboles, los muros, las columnas de ladrillo de la casa, líneas acuosas como

horizontes de un mundo fantasma que flotara sobre la tierra. Pélagie nos ordenó que lo fregáramos todo.

Las aguas habían inundado la arboleda en la que habían enterrado a los dos africanos, dejando grandes agujeros en los que no se veían las toscas cajas que Hervé Richard había construido. Los hombres habían desaparecido dentro del Atchafalaya, rumbo a Barataria, hacia el mar, donde los vientos tormentosos los habían engullido en su remolino, transportándolos quizá hasta África a través del océano.

Pero el agua habría blanqueado sus cuerpos.

¿Sus almas creían en el dya? Si creían, tal vez sus almas fueran arrastradas hacia la playa africana donde fueron capturados, donde a lo mejor podrían descansar.

Msieu regresó en noviembre para la cosecha acompañado de una joven: Lise, la prima de Pélagie. Madame se quedaría en París para seguir sus tratamientos.

Pélagie abrazó a Lise, una mujer delgada y menuda, con el pelo negro y lacio recogido en una trenza alrededor de la cabeza.

—Te he echado tanto de menos que no podía soportarlo. ¡Te quedarás toda la primavera en esta selva!

Así pues, las cartas de Pélagie no habían sido de amor, sino de soledad. Ella y Lise pasaban horas en el cuarto de Pélagie, cosiendo, susurrando, riendo, y aprendí a arreglar el pelo de Lise al nuevo estilo griego.

Msieu recorría la plantación con su hijo. Tenía la cara alterada, con profundas arrugas surcándole la frente y cayéndole por las sienes, como una réplica de sus bigotes caídos pegada encima de los ojos. En el despacho, Etienne dijo furioso:

—La lluvia no paraba y la caña se pudría antes de que las inundaciones se la llevaran.

Su padre sólo dijo:

—Un golpe tras otro.

Ya se sabe. Cuando Etienne salió, me miró ceñudo. Yo estaba lustrando la mesita del pasillo y el espejo dorado de la pared.

—Con él en cambio nunca se sabe —dijo pasando a mi lado y dejando un reguero de humo y alcohol de su aliento.

A causa de las inundaciones, la zafra fue mala. Msieu se pasaba horas en su despacho con Etienne, con los tratantes de azúcar y con msieu Antoine, el abogado.

—Lo que te sugiero enérgicamente es que te hipoteques, Laurent —dijo uno de los tratantes—. Como garantía tienes la casa, algo de tierra, los esclavos.

Msieu se sirvió otra copa.

—No quiero hipotecar. Es una práctica peligrosa.

—Es una medida aceptada —dijo msieu Antoine—. Necesitas dinero para las reparaciones y para plantar.

—Significa la posibilidad de perderlo todo. Así fue como las tierras de los franceses cayeron en manos de los americanos.

—Lo único que tenemos ahora es la certeza de perderlo todo —dijo uno de los tratantes de azúcar.

Acabé de darle aceite a la madera del pasillo que había junto a la puerta del despacho. Hipotecar no debía de significar vender. ¿Prestar? ¿Qué esclavos prestarían?

En la sala, Pélagie elegía nuevos platos para las cenas.

—Han de ser espléndidos o no estaremos a la altura —dijo Pélagie —. Los Prudhomme están tomando una decisión.

Introduje los calentadores bajo la colcha. Ella y Lise estudiaban una revista de París y Pélagie dijo en voz baja:

—Quiero un escaparate.

—¿Una casa?

—No, un escaparate en una ciudad, con mi apartamento encima. Eso es todo.

—¿En Nueva Orleans?

—¡No! En Nueva Orleans no soy criolla. Nunca sería respetada. Sólo aman a los que han nacido allí.

—¿Planeas regresar a París?

—¡No! Allí que no me busquen.

—¿Y no volverás nunca a París?

—En París no soy más que una viuda joven y boba de Lyon. Pero en Nueva York soy una parisina. Puedo vender ropa. Al estilo parisino. Perfumes, guantes, sombreros. Madame Delfin… ¿la recuerdas? Ella me venderá los vestidos. Pero necesito un lugar.

—Una tienda.

—Un escaparate. Una pared con un escaparate y mi nombre encima.

—¿Cuánto necesitarás?

Pélagie susurró:

—Todo lo que se saca de una plantación.

—¿Qué?

—Mírame. Mira este territorio de los atakapas. Aquí las mujeres son bárbaras. La mujer de mi hermano no ve, así que a ella podemos excusarla. ¿Pero es que no has visto las mujeres de los granjeros y las sosas mujeres de la ciudad?

—He visto que todo el mundo se fija en tu belleza.

—Mi hermano ha ampliado Rosière cada año. Parte de la tierra es mía, aunque nunca le haya prestado atención. Que los hombres se emboben con la tierra. Bailes y fiestas. Será fácil.

—Pero ¿volver a casarte después de haber enviudado?

Pélagie cerró la revista.

—No se puede hacer otra cosa. Y a veces, cuando el hombre es mayor y el corazón es débil, demasiado amor puede ser…

—¿Qué?

—Lo último que disfrutes en la tierra.

—¡Pélagie!

—¿Oui?

¿Qué almacenaban las volutas de su cerebro? Por la noche me llamaba una y otra vez. Me llamaba para asegurarse de que todavía estaba ejecutando alguna orden o algún plan. Su marido estaba muerto. ¿Quién intentaba encontrarla? ¿Cómo la escondería su escaparate?

Pélagie y Lise organizaban las comidas.

—He contratado cinco esclavos de madame Prévost, de Opelousas —le dijo Pélagie—. Para todo el fin de semana. Tres mujeres para servir la comida, un mozo extra y un cocinero. Léonide está contentísima.

—¿Cuánta gente esperas?

Pélagie se encogió de hombros.

—Veremos el fruto que ha dado mi trabajo. Pero espero que vengan al menos cuarenta. La familia de monsieur Prudhomme, seguro.

—¡Ah! —dijo Lise sonriendo—, ésa.

Entonces Pélagie me llamó a su tocador, donde se probaba diferentes accesorios.

—Moinette: monsieur Ebrard asistirá.

Enrosqué un mechón de cabellos para sujetarlos con el adorno con plumas que estaba considerando. Sus patillas. Su corbata. Su mozo.

—Monsieur te recordará. Se alojará en el garçonnière.

No podía preguntarle cuántos años tenía, por qué no quería verla a ella ni tampoco a Lise. O a lo mejor quería verlas, bailar con ellas, casarse con ellas. Después de divertirse un rato.

—Sí, madame.

Lise echaba un vistazo a unas telas estampadas, con una muestra de seda azul en la mano, pálida como el cielo de verano a través de un cristal.

Salí al pasillo cuando me pidió que fuera a buscar la piedra de

afilar las tijeras, pero me quedé fuera hasta que hablaron.

—Pélagie, no tienes vergüenza.

—Lo que no tengo es marido, y se me exige que ofrezca abundante hospitalidad. No hace falta irse con remilgos, como hacen los americanos. Ya tiene dieciséis años. Se la podría haber vendido en Nueva Orleans por un buen precio, pero no se hizo. Cómo la adquirió mi hermano, es algo que no sé. Ebrard volverá a fijarse en ella.

—¿Y si tiene un hijo?

Criar. Como los buenos perros. Me mordí la piel suelta del pulgar y me llegó un sabor a aceite de almendras procedente de su pelo.

—Si tiene niñas, serán atractivas. ¿Sabes cómo se las llama? Hijas del placer.

Lise pasó las muestras, el papel hacía un ruido de grillos.

—¿Y si son niños?

—Alguien de Nueva Orleans me contó que su madre ahogó a uno como si fuera un gatito y le dijo a la mujer que había muerto en el parto. ¿No es horrible? Pero odian ver a los hombres. No sirven para nada, al parecer, así que a menudo los mandan a la escuela a Francia.

—Pero ella pertenece a Laurent, ¿oui? Y también le pertenecerían los niños. Tú no tendrías que decidir.

Pélagie debía de haber vuelto a poner los vestidos en el armario porque el olor a bolsitas de perfume se escapaba por la puerta.

—Cuando me case haré mis propias compras. Moinette me comprende, y ella es tan indispensable como discreta. La compraré cuando me marche.

No pensaría en placer ni en gatitos, pues sólo me interesaba la parte en que me iba con ella.

Las mujeres se vestían en el cuarto de madame De la Rosière y en el de Pélagie. Las sedas resplandecían como alas de mariposa, pero cuando comencé a peinar junto con las demás doncellas, el olor a aceite y pomada quemados se mezcló con nubes de polvos demasiado dulzones. Al ir de cuello en cuello, el olor me mareaba. Algunos cuellos eran muy jóvenes, blancos, tersos, inmaculados, y los rizos caían grasientos e indolentes sobre sus cogotes. Otros estaban oscurecidos por el sol, marcados con arrugas como la corteza de palmera. Los postizos de pelo eran como animalillos. Mis dedos los sujetaban al cráneo y clavaban el pelo negro o castaño alrededor de la almohadilla.

¿Y si les ofrecía el mío en un postizo? ¿Pelo de sang mêlé sobre cuero cabelludo blanco, envuelto en mechas rubias?

Los hombres de más edad se vestían en la habitación de msieu. Los más jóvenes en el garçonnière.

Msieu Ebrard había cabalgado con Etienne y los otros, venían de una carrera. No tenía carruaje ni mozo. Yo vestiría los maniquíes del escaparate. En París. Mi madre cosería. Sólo unos pocos minutos con la voz de Ebrard y el dolor.

Cuando pasé junto a él sólo se movieron sus ojos. Llevaba una levita azul. Etienne fils lo vio mirarme. Otro joven estaba con ellos. Una levita color tabaco.

Durante el baile, la música de violín y piano revoloteaba sobre nuestras cabezas y las faldas revoloteaban en torno a nuestros pies mientras llevábamos bandejas de jamón y pichones. Carne desgarrada con los dientes.

Las faldas se desplomaban hacia el suelo como flores muertas cuando las mujeres se retiraban. Ayudé a la doncella de madame Ebrard a desvestirla. El pellejo le colgaba de los lados, de las axilas, en pesados pliegues. ¿De dónde venía esa grasa? Sus alas de ángel se le habían caído. Cogí su vestido, que tenía una mancha de aceite en el canesú causada por un trozo de carne.

Luego bajé a retirar las migas de los manteles. Grasa y ceniza en los hilos.

Los hombres mayores hablaban de los americanos en el salón, el humo se enroscaba bajo la puerta como musgo. Los jóvenes jugaban a las cartas en el garçonnière; resonaban gritos de «¡cinco!, ¡no!».

—Te lo pedirá antes de que acabe la semana —le dijo Lise a Pélagie comprobando si los vestidos tenían rotos—. No soporta estar lejos de ti.

Msieu Prudhomme. Viudo, con las cejas grises como ceniza, pero el pelo negro y peinado sobre la frente, al igual que lo llevaba msieu Bordelon mucho tiempo atrás. Se ponía betún en el pelo, como Céphaline.

—Irás al garçonnière a recoger las levitas que haya que remendar, ¿de acuerdo? —me dijo Pélagie.

Pero me quedé sentada en la cocina con Léonide.

—Tengo que empezar a preparar el desayuno dentro de un rato. Pollo asado, jamón, tartas de fresa y limón, ostras y gambas.

—Yo haré las gambas.

—Te busca. El de la levita azul.

Asentí.

—Piel clara no es una bendición.

Léonide tenía las manos en las rodillas y una nueva quemadura en la muñeca cubierta con un trapo húmedo, como un velo. La oscuridad era púrpura tras los pacanos, el primer aliento de la mañana a pocas horas de distancia.

—Mi madre me dijo que sólo hace falta una vela para iluminar una

habitación.

Nunca había dicho esas palabras en voz alta.

Las fresas en conserva en tarros detrás de nosotras. Crema de limón. Tarros como los del despacho del doctor Tom. El ojo. El cerebro de bebé. La matriz.

Si todo lo que necesitaban era el conducto, ¿por qué no cortarlo y guardarlo en un tarro? En conserva. En un líquido para que estuviera blando. Luego sacarlo cuando hiciera falta. Dejarlo en el cobertor o en el suelo. Coserlo dentro de una muñeca de trapo. Cerrar los ojos.

—Abre los ojos —dijo Léonide en voz baja.

Msieu Ebrard llevaba una camisa blanca, que subía y bajaba sobre el sendero de ladrillo, a lo lejos. No había ropa en el tendedero. Ningún lugar donde esconderse.

No iría a buscarlo ni andaría con él.

Léonide se pasó la lengua por los dientes. Corrí por detrás de la cocina, luego alrededor de la casa, a través del jardín de flores blancas, y me detuve en el pigeonnière, de donde habíamos sacado a los pájaros jóvenes por los agujeros para asarlos. Sus plumas estaban en un saco, en la cocina.

Escuché las adelfas cerca del garçonnière. Los dos edificios tenían la misma forma. ¿Y si una mano gigante sacaba a los hombres por los faldones de la levita y les arrancaba las patillas?

—Etienne —dijo—, han llamado a la esclava de Pélagie. Tienes suerte.

—No lo veo así.

—Entonces eres tonto.

—Tonto no, pero no me interesa.

—Entonces es posible que no hayas aprendido nada en París. O que hayas aprendido de los hombres equivocados. Los que…

—En París aprendí lo necesario. Y lo de aquí me da igual. Nada de lo que haga aquí importa.

—¡Etienne! —la tercera voz: ¿el de la levita color tabaco?—. Tienes tierras. Yo tengo cinco hermanos. A mí ya no me tocan tierras.

Msieu Ebrard dijo:

—Etienne debería demostrar que no es tonto. Ni antinatural. Deberías demostrarlo tú también, Gustave. Te proporcionaré el medio de probarlo, aunque la chica es lenta. Ve a buscarla, Etienne.

Primero entró mi hombro por la puerta. Mis ojos se posaron en el escritorio. No había cartas. Naipes y vasos de vino. Subí las angostas escaleras hasta las camas.

Etienne vino primero. Cerró la puerta. Dijo «quítate el vestido» en voz muy baja; se oía el tintineo de las botellas, se oían los manotazos sobre los naipes.

Se abrió los pantalones y se dejó la camisa y los zapatos. Me imaginé que estaba muerta. Flotando dentro del agua marrón. Humo, vino agrio, y luego mi propio jabón cuando su camisa se mojara. Estaba dentro de un tarro, moviéndose. Yo estaba en la zorrera con el olor del zorro, durmiendo.

No abrí los ojos.

Una mula. Para acarrear. Lleva a un hombre por un camino. Sólo lo lleva. El codo me golpea en las costillas igual que un hombre patea a un animal para que se mueva más deprisa.

Yo no tenía que moverme.

Bajó las escaleras. Las voces subían y bajaban. La puerta se cerró. Un cuerpo sentado en la cama. Algo me pellizcó con fuerza, como un cangrejo, la parte interior del brazo y abrí los ojos.

El hombre de la levita color tabaco me miraba a la cara. Me pellizcó más fuerte, la piel blanda que hay justo debajo de la axila, y yo grité:

—Me está haciendo daño, msieu.

No dijo nada. Retorció. Había pellizcado y lo habían pellizcado, muchas veces exactamente así.

Retorció hasta que grité. Le dio un par de patadas a la mesa y luego bajó las escaleras. Una comedia. Como la india Sally en el pantano.

Un poco más tarde, msieu Ebrard estaba sentado en la cama. Se quitó la corbata, la tela que me había metido como un puño dentro de la boca la primera vez que se echó sobre mí.

—Sólo hay una manera de saber si me han escuchado —dijo.

Primero utilizó los dedos como si examinara un caballo, pero su aliento mentía. Luego se quitó los zapatos.

—Eres de Nueva Orleans.

—No.

—¿De verdad que no has aprendido allí?

No contesté.

—Les mulâtresses de Nueva Orleans son famosas.

No contesté.

—Hay mujeres que podrían enseñarte. Así no llorarías.

Yo no lloraba.

Restregar las ropas por la tabla de lavar. Coser los botones desprendidos. Clavar la aguja en la ropa blanca hasta que se me rajaban las yemas de los dedos.

Echarme en el camastro, cuando se acababan las tareas; el trabajo

se escurría de mi cuerpo, me temblaban los dedos y los músculos y al final se aquietaban. El azulete y el polvo de la caña desaparecían.

Pero ahora, en mi camastro, mientras las mujeres susurraban detrás de sus puertas, dentro de mí el conducto ardía y horas después el fluido goteaba entre mis piernas. La formación de un bebé. Mi tarea nunca acabaría. Criar. Dedos. Gotas de saliva sobre mi clavícula. Por mucho que restregara, no podría quitármelo. Por muy dentro de mí que intentara restregar, no podría quitármelo.

Se había dejado la corbata. La encontré enrollada como un remolino blanco bajo la cama. En el pasillo a oscuras, encendí una vela y corté la corbata en veinte pequeños trozos de tela, luego los volví a coser con hilo azul. Para dar buena suerte. Por las que respiraron añil. Un mosaico de tela que no se parecía a nada más, como veinte pequeños estanques de agua.

Los restos de cinta de la cesta de Pélagie formaron un cuello rojo. La espalda de la blusa eran servilletas manchadas, dos cosidas juntas, y las mangas otras dos. No sabía coser como mi madre. Pero fui hasta le quartier y le di la blusa a Fantine.

La corbata de msieu Ebrard, que bloqueaba las palabras en el fondo de su garganta, resaltaba las clavículas de Fantine como si fueran burbujas.

Etienne no me miró cuando serví la cena el lunes, después de que los últimos invitados se hubieran ido. Le dijo a Pélagie:

—Paul Ebrard quiere comprarle tu doncella a mi padre.

Mi tarea no era hablar.

Se pellizcó la piel del entrecejo y miró el camino. Pélagie sólo rio.

—Pero Moinette ahora me pertenece. La verdad es que estamos esperando la oferta de monsieur Prudhomme y entonces tu padre me la cederá con firma y todo. Por el momento no está en venta.

Metí la mano en lo más hondo de la gran olla para limpiar el fondo. El hierro forjado liberó su olor, húmedo y negro, en mi cara.

Me iría con Pélagie. Nueva Orleans. Nueva York. Un escaparate.

Mientras le arreglaba el pelo para su viaje a Opelousas, donde visitaría a los Proudhomme a fin de ultimar el contrato matrimonial, dijo:

—Ahora formas parte de mi dote.

—¿Qué es una dote?

Cerró la boca mientras le rizaba las dos últimas mechas. Se quedaba completamente quieta cuando le aplicaba las tenacillas. Lise era despreocupada, y no dejaba de agitarse mientras la vestía, pero Pélagie se concentraba en cada movimiento.

—La dote es lo que aporta la mujer.

No dijo nada más. ¿Para qué explicarlo? Yo nunca tendría dote. Pero escuché las negociaciones durante el compromiso. Los contratos matrimoniales eran complicados. Céphaline habría aportado tierras al matrimonio en lugar de belleza. Pélagie tenía belleza y posición social, pero ninguna propiedad en Francia. Msieu De la Rosière quería escribir a sus parientes de Burdeos y Lyon, pero ella negó con la cabeza.

—Ahora viviré en Luisiana. Quiero una boda con toda nuestra familia de aquí. No quiero casarme como una viuda. Quiero casarme como una novia soltera. No quiero que me vean como mercancía deteriorada —le dijo en voz baja a msieu—. Quiero que me entregues, algo que mi padre no hizo.

—Me había olvidado de la edad que tenía tu padre cuando naciste.

—Sesenta y cinco —susurró—. Monsieur Prudhomme tiene cincuenta y nueve. No escribas a Burdeos. Allí no me queda nada.

Aquí tenía sus joyas, sus tierras y a mí.

Yo formaba parte de su dote junto con el niño que se formaba en mi interior.

6. CÓDIGO

Cadeau. Y cadeau-mère.

Odiaba esa cosa que tenía dentro. ¿Cómo conseguía llegar a mi garganta y hacerme expulsar el café y las galletas? ¿Es que no quería comida? ¿Quería matarme?

Cuando se hinchó y comenzó a moverse en mi interior, me imaginé el pequeño órgano blanco y arrugado que estaba dentro del tarro del doctor Tom. Piel de uva. La matriz. ¿Y si se partía la matriz y me moría? En esos momentos odiaba el regalo aún más porque nunca volvería a ver a mi madre.

Y ella, ¿me había odiado antes de verme, ese peso que le presionaba los demás órganos, una carga que le desplazaba los huesos hasta que le dolían? ¿Cómo un bebé podía moverme los huesos? La suave forma que había en mi interior me apretaba la columna vertebral. Las vértebras. En el pasado Céphaline canturreaba los nombres de los huesos y los órganos como si saber de qué estamos hechos hubiera de salvarnos.

En agosto aquella protuberancia ya no se podía ocultar más debajo del delantal.

—Serás madre —dijo Léonide mientras le daba los cacharros colgados en la pared.

Madre, no. Un animal.

La caña de azúcar crecía de los nudos del tallo. Las semillas retoñaban un vástago que partía la envoltura. Esa cosa mía me abotargaba todo el cuerpo, las piernas, los pechos e incluso el pelo, tan revuelto y tupido bajo mi tignon que me dolía la cabeza.

Comía poco, pero eso no impedía que creciera, y al final todos podían ver lo que tenía bajo el vestido. Lise encogió los labios de bochorno, pero Pélagie tan sólo suspiró.

—Tenemos mucho que coser y preparar para la boda, Moinette —dijo Pélagie cuando Lise se fue por el pasillo, y estudió el montón de servilletas que habíamos bordado—. Monsieur Ebrard, ¿oui?

¿Y si decía que no lo sabía? Para ella no había nada malo en relacionarme con msieu Ebrard, pero enterarse de que había otros hombres no era agradable. Y si fuera Etienne fils…

¿Quién lo sabría? Francine era hija de Fantine y Basile, pero la verdad es que no se parecía a ninguno de los dos. El bebé de Sophia, Amadou, tenía a Gervaise por padre, pero se parecía a Sophia.

Y yo, ¿me parecía a mi padre? A lo mejor mamère nunca lo había visto; a lo mejor había tenido los ojos cerrados, como yo; a lo mejor durante la semana que él estuvo en Azure sólo se acercaba de noche, en la oscuridad.

Y luego murió en un barco.

Este bebé tendría sangre de mamère y de ese hombre rubio. ¿Y si el bebé era rubio? ¿Con los ojos de un muerto, de nadie con vida? ¿Cómo sabría quién era al padre?

No contesté a Pélagie. A ella le daba igual quién fuera el padre. El bebé pertenecería a Pélagie, a no ser que el padre lo comprara.

Una chica crecería para engendrar, como yo. Un chico… Un chico no servía para nada.

Por las tardes, durante el calor de septiembre, Pélagie y Lise dormían en combinación y yo permanecía en mi lugar del pasillo. En una ocasión una mano o un pie dio unos golpecitos en la madera a través de mi piel y me tuve que incorporar y me di con la cabeza contra la pared.

Etienne me lanzó una mirada una tarde en la que yo colocaba la ropa limpia en el garçonnière, y la apartó rápidamente, como si alguien hubiera tirado de una cuerda atada a su oreja. No había estado en la casa en todo el verano. Él y su padre supervisaban las reparaciones de las zanjas de irrigación necesarias a causa de la riada, y plantaban los nuevos campos, y también había que volver a despejar el camino hasta Washington.

En noviembre, cuando comenzó la cosecha, estaba ya tan gorda que me costaba moverme. El dolor llegaba durante el día, y cuando iba a la cabaña de Philippine, ella y Firmin estaban entre los pocos que no trabajaban en los campos. Después de medianoche, cuando Sophia y Fantine habían acabado en el ingenio, con el olor dulce aún pegado a sus pestañas y a su pelo cuando se inclinaban sobre mí, el dolor crecía en anillos que me circundaban la barriga y la espalda. Anillos calientes. El anillo de dolor dentro del conducto, causado por los hombres, ahora ascendía hasta rodear todo mi cuerpo.

¿Qué me diría ella ahora? ¿Mamère? Besoin. La necesidad. ¿Qué necesitaba? Los tres conductos. Tu ni. El dya que espera a que nazca la siguiente vida. Pero el dya, ¿de quién? Un hombre blanco muerto, y mi sangre, ¿no tenían dya? Sang mêlé.

¿De quién era la sangre que se mezclaba con la de mamère y la mía?

Todos los animales que estaban bajo los árboles, en cuevas, en los arbustos, echados de lado, con bebés que se abrían paso por sus conductos.

Lloraba por mi madre, no por el dolor. Si moría ahora, como tantas mujeres, como había muerto la madre de Pélagie, nunca volvería a verla.

El agua y la sangre se derramaban sobre las telas que me habían colocado debajo. ¿Cómo iba a vivir? ¿Cuánto líquido abandonaba mi cuerpo, y qué me quedaba para fabricar leche? La sangre me abandonaba a cada latido, levantándome como si los trapos fueran una balsa y nos alejáramos en medio de un remolino por mi propio río.

Y entonces la sangre sólo fue un hilillo y el bebé emitió unos sonidos que se abrieron paso a través del olor.

Un chico.

No tenía huesos. En mis brazos era un hatillo sin forma ni color. Era una boca, pegada a mí tan fuerte que dolía. Era un conducto por el que las excreciones negras salían inmediatamente después de beber. Yo limpiaba los dos conductos. Él sólo tenía dos.

Pero no tenía huesos. Estaba acurrucado como una rana, las piernas blandas e inservibles, los ojos apenas abiertos, sólo el atisbo de un púrpura turbio como el de un crepúsculo.

Era el primogénito. La persona que masticaba la hierba y probaba el azúcar. La persona que probaba una nuez silvestre y la encontraba dulce.

Ahora éramos realmente animales. Tenía pelo en los hombros que Philippine decía que se le iría. Lloriqueaba y estaba ciego, sus dedos eran gusanos blandos, sus uñas (nuestras garras, nuestras únicas armas aparte de los dientes y el cerebro, y este bebé no tenía dientes, ¿y quién sabía lo que tenía dentro del cráneo?) eran como papel.

¿Y si lo dejaba caer? ¿Y si el frío aire de diciembre se le metía en las orejas y la nariz y la boca y le congelaba las entrañas? ¿Y si su piel pálida no era tan resistente como la de Francine, rolliza y fuerte, con el pelo en mechas?

Era pálido como una cáscara de almendra, con una pelusa rala y negra en la nuca, y las cejas como una estela de hormigas en la frente.

Yo dormía en la cama de Philippine, y ésta se quedaba toda la noche despierta con el bebé en brazos. Decía:

—Mi Amanthe encuentra un hombre cuando vuelve de París. Espera a Autin y éste se muere. Aquí nunca ama a nadie. Pero encuentra a alguien y también tiene un bebé. Un olor dulce. Un hatillo.

Cuando el bebé lloraba reclamándome, decía:

—Te huele. No puede ver. Pero huelen a la madre.

De modo que si estuviéramos en la jungla, echados en el húmedo nido de la vegetación, con mi nuevo bebé dentro de los harapos que llevaba anudados a mis caderas, ¿sabría que era yo la que volvía de cazar?

Pero mi tarea era coser, lavar, rizar y empolvar.

Después de cuatro días tuve que regresar a la casa y dejé el bebé con Philippine, del mismo modo que las madres dejaban a los hijos cuando se iban a los cañamelares. Los bebés dormían en camastros junto a sus pies, esperando a que fuéramos a amamantarlos, al alba, a mediodía y por la noche.

Firmin construyó una caja de madera para mi hijo.

Al cuarto día, msieu me preguntó por el bebé.

Anotó en su libro: niño, quadroon, n. 29 de décembre de 1813. Jean-Paul.

Pélagie no mencionó al bebé. Msieu y Etienne se iban antes del alba a la cosecha, uno a los campos, el otro al ingenio, donde la molienda continuaba hasta más allá de la medianoche y dejaba el aire negro de ceniza dulce.

Yo también me despertaba antes del alba y me dirigía a la cocina, donde Léonide ya había encendido la lumbre para el café. Un resplandor nimbaba la puerta.

Le quartier parecía tan lejano. Ese primer día acababa de llegar al establo cuando el llanto del bebé resonó desde el camino. Un pájaro desesperado, atrapado en una rama. Me escocían los pechos y luego tenía la pechera mojada.

La criatura bebía como si no le importara mi olor ni qué animal era yo.

—Mira cómo te conoce —decía Philippine intentando tranquilizarme.

Sí, porque no es más que un animal. Ciego. Hozando. Habría sido difícil matarlo cuando lo tenía dentro, sin saber qué beber o qué hacer, pero al verlo lloriquear de impotencia con las piernas levantadas hacia el pecho, intentando enfocarme la cara sin conseguir ver nada, comprendía lo que algunas mujeres hacían.

No los dejéis vivir.

Tenía los huesos muy cansados por el persistente dolor en las piernas y la espalda.

Cada oscura mañana estaba sola en el camino. Apenas había dado un paso sola desde que estaba en Azure, la cabeza levantada para mirar las ramas y las últimas estrellas y las manchas de pelo o plumas

oscuras que se movían entre la maleza. Los otros animales buscaban comida. Aquí siempre se había dado por supuesto que volvería a escaparme.

Ahora que el bebé me esperaba, se daba por supuesto que su cuerpo me ataría a ese camino, que mis pies nunca se desviarían por su cuenta hacia el bayou o el camino.

Mas allá del establo, de la campana, rumbo a la andrajosa bufanda de humo que salía de la chimenea de Philippine, que producía ese tintineo de cacharros como la primera vez que estuve aquí, cuando aún era una niña.

Mi niño lloraba reclamándome. Quería mi leche. Su llanto volaba con el humo.

Tres veces al día se me quedaba mirando mientras mamaba, parecía más pequeño que al nacer. No podía desearle que viviera. A la tercera semana lloraba sin parar. Despertaba a toda la calle. Estaba desesperado y Fantine negaba con la cabeza.

—¿Francine nunca despertó a nadie? —preguntaba yo furiosa.

—Duerme a mi lado y la despierto y amamanto antes de que se entere de que tiene hambre —dijo Fantine.

—Tú no duermes en el pasillo —dije.

No quería que se sintiera tan superior, aun cuando me hubiera tocado el pelo y mis pinzas y creyera conocerme. Pero nadie me conocía de verdad.

—Si llora le doy leche de un lado. Hasta que llegas —dijo Fantine.

Me puso la mano en el hombro y no pude hacer otra cosa que apoyar mi mejilla en sus nudillos.

Una mañana, cerca de los árboles, antes del alba, se me acercó una carreta con un fuerte chirriar de ruedas. El aliento del caballo salía como humo y el aliento de un hombre salía como vapor mientras se acercaban. Luego Hervé Richard dijo:

—Jolie fantôme. En el bosque.

Iba a entregar un cofre de ciprés que llevaba labrada una delicada filigrana. Para la ropa blanca de Pélagie.

—¿Te paseas por el camino tan temprano? —preguntó.

Me miró como si pensara que me escapaba. Se bajó del carro y se me acercó tanto que me llegó su olor a tabaco. Le temblaron los párpados. ¿Olía mi leche?

—He esperado todo este tiempo para verte —dijo.

—No me conoces.

—Eres como yo. Sang mêlé.

Le brillaba el pelo por el rocío. Lo llevaba descubierto.

—No soy como tú.

Me cogió suavemente las muñecas y yo me aparté con tanta violencia que me temblaron los pechos. Me dolían.

—No tengas miedo. Sólo quiero tocar tu piel. Todo este tiempo he pensado en ti. Esperas para escaparte. Ya te escapaste. El herrero… me lo contó —dijo.

—Ahora no me estoy escapando.

¿Oía el apagado llanto de un bebé? No. Sólo era el jadeo del caballo y el primer reclamo del pájaro. Me subió la manga por el antebrazo.

—Pero mira. Llevas una eme marcada. Esto es Rosière.

—Esto no es una marca.

Hervé Richard reculó y levantó los brazos.

—Me he equivocado —le cayeron gotas sobre los zapatos—. Pero caminas sola. Toute seule. Eres libre para ir y venir.

En mis pechos palpitaba la leche.

—Tengo que ver a alguien en le quartier.

—¿Un hombre?

—No —su mano volvió a posarse en el hueso de mi brazo, delicado como una polilla.

—Entonces habla un rato conmigo.

—No.

Solté el brazo de sus dedos y me alejé por el camino. Delante de mí, Philippine transportaba el tarro que le servía de orinal a la letrina, y Jean-Paul lloriqueaba de lo lindo. Yo tenía la pechera mojada de círculos cálidos que se ensanchaban y se enfriaban mientras corría.

A mediodía, Hervé Richard se sentó en un tocón cerca del establo, pasando un trapo sobre los arreos. Pélagie aún no había examinado el cofre; se levantaba muy tarde. Hervé Richard sólo dijo:

—Fantôme se mueve deprisa durante el día, ¿no? —puso una sonrisa de medio lado y se le formó un hueco en una mejilla.

Dentro de la cabaña de Philippine amamantábamos a los bebés. Fantine dijo:

—¿Ese hombre habla contigo?

Asentí.

—Piel como pan de trigo y sirope. Como si pudieras comértela —dijo.

—Calla, Fantine —dijo Sophia, ceñuda—. Es un negro libre. Se sienta en el camino porque el mulato no es lo bastante bueno para la casa y se cree demasiado bueno para el establo.

Puse el dedo en la comisura de la boca de Jean-Paul para apartármelo del pecho, y se despertó de una sacudida como si lo

hubieran quemado.

—No es libre —dije—. Es como nosotras.

—Es más guapo que yo —dijo Fantine—. Antes te he visto hablar con él.

—¿Antes? —preguntó Sophia—. ¿Cuándo?

—El año pasado trajo los ataúdes —dije.

A la tenue luz que entraba por la puerta, los ojos de mi hijo eran púrpura, azules, negros.

—Esa noche miro a los muertos. No hay nègre amarillo.

Sophia se puso en pie y salió.

Fantine se encogió de hombros y dijo:

—No es mulato. Sólo guapo.

En el camino que iba hacia la casa, él estaba esperando. Echó a andar a mi lado. Lo miré de soslayo: su espalda estaba al nivel de mis ojos. Llevaba una camisa torpemente remendada, con anchas puntadas subiéndole por el brazo como una oruga.

No dijo nada hasta que llegamos al calvero donde colgaba mi colada. A continuación se volvió hacia mí.

—Si vuelvo, ¿nos encontraremos en alguna parte?

Tenía los ojos muy negros. Más oscuros que los de mi madre. Dije:

—¿Encontrarnos en el bosque? ¿Para qué? ¿Para que me toques la piel?

No sonrió.

—Para hablar —dijo.

Los postigos de la ventana de Pélagie aún estaban cerrados. Eso no era un baile.

—¿Para hablar de música? ¿Para hablar de flores? ¿De pintura?

—Para hablar de Nueva Orleans.

Si alguien nos oía podíamos ser azotados. Me aparté rápidamente de él y dije:

—Tengo trabajo.

Me senté ante la puerta de Pélagie, sin coser, esperando a que se despertara, a que su voz pronunciara mi nombre.

Por la mañana, Hervé Richard estaba en el carro. Yo hablé primero.

—No soy un fantôme. Mi madame dice que hoy le echará un vistazo al cofre.

Se bajó del carro y se quedó delante de mí.

—En Nueva Orleans hay muchos que no saben quién es esclavo y quién es libre.

—No puedo volver a escaparme.

—Esta vez no te escapes a pie. Coge un caballo.

—No sé montar a caballo.

La niebla ocultaba los árboles como si fuera lluvia. Hervé Richard olía a humo de tabaco; mientras me esperaba, añadió su aliento gris a la niebla.

—Si te ves conmigo en el bosque te traeré un armario.

—¿Para madame?

—Para ti. Te metes en el armario y cierras con llave. Conduzco el carro a Nueva Orleans. Allí nadie te encontrará. Hay demasiados esclavos.

—Alguien podría pararte por el camino.

Negó con la cabeza y del pelo le cayeron gotas de agua.

—Tengo el pase de un amigo.

El caballo avanzó y las ruedas del carro rozaron y crujieron.

—Dicen que en Nueva Orleans es difícil sobornar a alguien. De manera que si robas la guardia lo sabrá. Me estarías robando. Podrían…

Me llevé las manos cálidas al oído. Cortar los tendones. Fleur-de-lis. Crimen contra Dios.

—No puedes robarte a ti misma —dijo y, como si hubiera visto dentro de mi cráneo, añadió—: Dios no cree que esto sea robar —tenía la frente serena; su sonrisa no era más que la marca de una uña en su mejilla izquierda—. Les blancs me dan igual —dijo—. Todo hombre necesita un tesoro. Oro. Tu cara es oro. Eres igual que yo.

—Sólo conoces mi cara. Nada más.

Comenzaban a dolerme los pezones, como si me los hubieran pellizcado. La leche me inundaría el vestido.

—Te conoces. Conoces mi cara. Ahora sabes que tienes una oportunidad.

Cogió las riendas del caballo. Se le marcaron los músculos de la espalda. No eran alas de ángel. Una marca. Un triángulo que contenía una ele.

—Lijaré madera para el armario. Piensa dónde nos encontraremos.

Pélagie rechazó el cofre. No aprobaba la textura de la madera en uno de los lados. Le dijo a Lise:

—Dentro de un mes el carpintero traerá uno nuevo. Comprobará la textura en todos los lados. No toleraré la poca calidad de Luisiana.

Vendrían Hervé Richard o su amo. El bosque. ¿Quién se enteraría si me encontraba con él allí? ¿A quién le importaría que desapareciera, aparte de a Pélagie? Sophia seguiría teniendo su carne: esta vez no sería culpa suya.

Sólo mía. Nadie estaba a cargo de mí. Yo no estaba a cargo de Jean-Paul. ¿Él lo sabría? ¿Notaría que la leche de Fantine era diferente de la mía?

Pero Pélagie se daría cuenta de mi ausencia sólo con que durara un minuto. No llegó ninguna carreta. No mencionó el armario ni más baúles, sino que hablaba de los invitados a la boda, platos, la comida, las luces en el jardín.

¿Recordaba lo que había dicho sobre los chicos quadroons? ¿De lo de ahogarlos como gatitos? Ella nunca vería a mi hijo.

Después de que Pélagie se fuera a dormir, ya tarde, los capataces ni siquiera se fijaban en mí al verme en el camino. Amamantaba a Jean-Paul, lo limpiaba y luego se lo entregaba a Philippine. Al cabo de un rato, Jean-Paul ponía unos ojos como platos. Estudiaba mi cara con la intensidad y la perplejidad de un anciano. Quería algo de mí. ¿Leche? ¿Ver mi cara? ¿Cuál era su besoin? ¿Qué necesitaba?

Aún no era nada. Cuando nació tenía las mejillas rojas y luego estaba tan pálido que parecía que la sangre no le corriera por el cuerpo.

—¿El padre? —preguntó una noche Philippine.

Me encogí de hombros.

—Sais pas.

Gervaise había venido para coger en brazos a su hijo Amadou, que ya daba sus primeros pasos agarrándose a las rodillas, las sillas, los tocones.

—¿Sais pas? —dijo Philippine—. Los ojos. La cara. ¿No te dicen nada?

Volví a encogerme de hombros.

—A veces te lo dice alguna marca —Fantine ya lo sabía todo con sus mejillas tersas y satisfechas.

—¿Como cuál?

—Una marca en la cara o en el cuerpo —dijo Fantine.

Gervaise habló de repente mirando la mano de Jean-Paul que colgaba fuera de la manta.

—Non… ces enfants, la sangre es demasiado mezclada. Estos bebés son un pueblo nuevo.

No lo dijo con odio. Volvió a mirar a Jean-Paul con el mismo interés que prestaría a un árbol o a una piedra singular. Llevaba en Luisiana el mismo tiempo que yo llevaba en Rosière.

Esta vida, en Rosière, era mi segunda vida. También era la segunda vida de Gervaise.

—Mira sus dedos —dijo Philippine—. Alrededor de las uñas.

Un borde dorado se le pegaba a la piel en torno a las uñas, donde yo solía mordisquear los padrastros de mis dedos.

Jean-Paul se rascó cerca del ojo y se le alojó sangre en la uña. Utilicé los dientes para cortarle aquellas garras inútiles con las que sólo se hacía daño a sí mismo.

Un pueblo nuevo. Mi madre podía creer en el dya, la transferencia de un alma a la siguiente que nacía. Pero si no sabía nada de mi padre, y yo ni siquiera sabía quién era el padre de ese bebé (Etienne o Ebrerd), ¿cómo podía el alma correcta, cualquier alma, revolotear y encontrar un lugar para entrar en ese niño? Y entrar ¿dónde? ¿En el cráneo? ¿En la boca abierta que lloraba y lloraba reclamándome mientras yo restregaba las ropas por las ondulaciones de la madera de la tabla de lavar?

Si Hervé Richard venía a por mí, ¿creería que mi hijo era lo mismo que él? ¿Su pueblo? ¿Alguna vez amaría a Jean-Paul? Creía amarme, pero sólo conocía mi pelo y mi cara. Imaginaba cómo era yo, igual que los demás hombres.

Si me retrasaba, la boca de Jean-Paul se me agarraba como los pellizcos de los blancos en el barco. Pero sus dedos de bebé me apretaban con fuerza el pulgar.

Por las mañanas lavaba. Por las tardes cosía en el pasillo, mientras Pélagie y Lise cosían en la sala. Vestidos, servilletas, encajes. Todo para poder casarse con monsieur Prudhomme, para que él se le pudiera poner encima y ella esperar a que él se muriera. O tal vez ella esperaba tener un hijo. Pero no quería compartir el escaparate. Quería que yo colocara los vestidos, los sombreros, las medias, y quería ofrecérselos a las mujeres.

¿Y Jean-Paul? Estuviera donde estuviera el escaparate de Pélagie, él no encajaría en lo que quería enseñar.

¿Qué traería Hervé Richard? Me pinché el dedo con la aguja para probar una gota de mi sangre. ¿Un bebé que lloraba dentro de un armario?

Volví a amamantar a mi hijo a las diez, justo antes del toque de queda, y los cascos del caballo de Baillo ni se detuvieron al pasar a mi lado.

Una semanas antes de la boda, Etienne le leía a su padre la última carta de su madre mientras fumaban en la mesa.

> He decidido volver a casa, pues, ahora que estáis los dos, Luisiana es mi hogar. He perdido la vista por completo y los médicos dicen que ya no hay tratamiento. He recibido tus cartas en las que me hablas de la inminente boda de Pélagie, y me gustaría oír, oler y probar lo que sin duda tanto se ha esforzado en preparar. Traigo compañía: nuestros primos Gaston y Amélie Valmy y un pariente del difunto marido de

Pélagie, al que conocí hace poco. Tiene una voz muy refinada y su mano es suave y me dijo: usted debe de ser la cuñada de alguien a quien no he visto en tres años. Se sintió muy feliz al enterarse de tus éxitos.

La carta acababa así:

El mes pasado mi querida Amanthe murió a causa del frío de París, que se le debió asentar en los pulmones y se convirtió en pulmonía. He contratado una criada que viajará con nosotros.

Philippine lloró en silencio cuando se lo conté. Las lágrimas no le bajaban por las mejillas. Se quedaban atrapadas en los relieves que tenía bajo los ojos y desaparecían.

Firmin salió de la cabaña, fue a la linde del bosque. Su camisa andrajosa flotaba como papel ante los árboles. Daba vueltas afligido.

No hablaron con nadie durante días. Al crepúsculo, cuando yo llegué, los dos bebés lloraban y me miraban. No estaban mojados ni se habían hecho daño. Pero nadie les hablaba ni los cogía.

La cara de Philippine tenía una expresión ausente. Al igual que la de madame Bordelon después de la muerte de Céphaline: esa manera que tenían las madres de paralizar la piel sobre el cráneo que se correspondía con la inmovilidad de la hija difunta. Madame no volvió a salir del cuarto tras la muerte de Céphaline. Pero nadie le había dejado otros bebés y su puerta no daba a un camino de tierra donde había niños riendo y corriendo y levantando nubes de polvo.

Philippine se quedó en la cama como si estuviera dentro de un ataúd, mirando al techo.

Nadie sabía lo que madame De la Rosière les había dicho a Philippine y a Firmin después de mandarlos llamar. En el ajetreo de vaciar los baúles, no nos cabía duda de que estaba ciega, y Etienne la guiaba despacio por la casa cogiéndole de la manga con cuatro dedos. Desde la ventana de arriba vi a Philippine y a Firmin, sus pequeñas espaldas flotando en el polvo camino abajo de vuelta a le quartier.

Apoyé la frente contra los postigos de madera. En una ocasión, los Bordelon se habían traído el cadáver de un pariente de Francia para enterrarlo, pero, naturalmente, a Amanthe la habían enterrado en París, en la fosa común. Ella no poseía nada. Era una posesión.

Pero no. En Francia la esclavitud era ilegal. Ahora era libre, su caja se desintegraba, sus huesos se adentraban en la tierra.

Aquella noche, Firmin se me acercó en las inmediaciones del establo, llevando la caja de Jean-Paul. El miedo me saltó del esternón.

¿Se había muerto el bebé?

Firmin me entregó la caja donde dormía Jean-Paul, la cara vuelta a un lado, el puñito como el bulto de una vela.

—No lo guardamos. No nos quedamos en Rosière. No guardan nuestros huesos. No soy un crimen contra Dios.

Iba a volver a escaparse. Me daba miedo decir nada; podría ser cómplice. Cogí a Jean-Paul y ensayé lo que le diría a Pélagie: el bebé estaba enfermo, lo he traído aquí.

Por la mañana, cerca de la fría lumbre de cenizas calladas, me abandoné a las lágrimas. Se habían ido. Los dedos de Philippine como ramillas en mi mano cuando llegó el parto. Los dedos de Firmin tallando pinzas.

Gervaise dijo:

—Se van al otro mundo. Si no mueren, Firmin sabe vivir fuera de aquí. Con los cimarrones.

Los cimarrones: esclavos fugitivos que vivían en campamentos. Pero en alguna parte del ciprière estaba el campamento de los madereros, y el cazador indio y el irlandés: ¿qué harían con dos esclavos viejos?

La tristeza de Philippine quizá la matara en el bosque. El padre de Firmin se había quitado la vida y su cuerpo había sido castigado. Pero los De la Rosière ahora no tenían nada de la sangre de Firmin ni de las manos de Philippine.

Pélagie se quedó hasta tarde en el salón y ni se fijó en el bebé que dormía. Habían llegado muchas cajas para la boda con sedas, peines, copas, y la caja del bebé era otra más.

Por la mañana lo saqué antes de que nadie se despertara y lo amamanté en la cocina, donde Léonide se quedó mirando esas ascuas que conocía como a su propio corazón.

Se quedó mirando mi cara del mismo modo. Moví los dedos, las manos, los pies del bebé. Aún no tenía huesos. Esas cosas blandas y flexibles que tenía dentro no podían ser huesos. Sólo eran carne. No era mío. Pero entonces toqué su cabeza, me lo pasé al otro pecho, y noté su cráneo. Hueso. Un escudo para los conductos y pliegues de su cerebro.

Me conocía. Yo aún no quería conocerlo.

—¿Se han escapado? —dijo por fin Léonide.

Yo asentí y ella suspiró.

Los bebés tuvieron que irse con Emilia, una mujer que había sufrido un accidente en los campos y no podía trabajar. Se había herido la pierna con un machete durante la cosecha y se le había hinchado e infectado. Estaba sentada en una silla con la pierna sobre

una caja, los bebés a su lado.

Léonide y yo cocinábamos ostras que había traído un vendedor ambulante. Yo tenía los dedos insensibles de tanto quitar conchas, que dentro tenían trozos de perla, y me guardé las mejores, las que brillaban más, para enseñárselas a Jean-Paul cuando fuera una persona. No un bebé.

El grupo de franceses llegó en carruaje justo antes de cenar, y cuando Pélagie entró en el comedor puso su falsa sonrisa de bienvenida mientras miraba a todos los que estaban a la mesa.

Cuando vio al hombre, con su levita entallada de París y el pelo negro y rizado cayéndole sobre las orejas, se le escurrieron los guantes al suelo.

No fue ella la primera en hablar, como hacía siempre. No estaba muy guapa. Tenía la cara blanca con dos puntitos de un rojo apagado en las mejillas, como si alguien le hubiera dado dos buenos puñetazos.

—¡Madame Vincent! —dijo el hombre—. Me alegro de verla después de todo este tiempo —se volvió hacia los demás—. Estuvo casada con mi hermano.

—¡Su hermano! —dijo madame De la Rosière—. Sólo sabía que era usted pariente. Bueno, debió de sentirse muy triste cuando murió.

Inclinaba la cabeza hacia cada espiración, concentrándose en escuchar a quien hablaba. Sus ojos estaban ahora circundados de hielo, charcos de agua fría y turbia.

—Fue trágico —dijo el hombre—, una fiebre.

—Era un buen marido —dijo Pélagie midiendo las palabras.

—Dice madame que planeas volver a casarte pronto —dijo el hombre ladeando la cabeza para estudiarla.

A msieu Laurent no le caía bien ese hombre. Dijo en tono brusco:

—Un antiguo apellido de Luisiana, Oscar Prudhomme. Es viudo y un buen partido. A menudo, quienes han perdido a sus seres amados consiguen un triunfo silencioso.

Le quité el plato. Los primos hablaron del viaje por mar, pero el hombre contemplaba a Pélagie, que no comía nada.

El hombre dormía en el garçonnière con Etienne. Cuando le llevé agua caliente para lavarse, dijo en su preciso francés, las palabras marcadamente separadas:

—Tienes la pechera mojada.

—Oui, msieu.

—¿Te has quemado con el agua?

—No, msieu.

Se me quedó mirando de nuevo.

—Tienes un bebé.

Asentí.

—¿Perteneces a madame Vincent?

—Oui, msieu.

Etienne entró y me miró ceñudo.

—Mi madre te necesita ahora en la casa. La nueva criada es una inepta.

La nueva criada era francesa y tenía veinticinco años. No me dirigía la palabra. Le mostré en silencio dónde estaba la cisterna del agua, dónde los calentadores para las camas y dónde dejaba la ropa sucia.

Durante una semana, el cuñado sonreía y observaba, y Pélagie se paseaba por la casa como un cauto faisán, arrastrando el vestido con lentitud en lugar de girar bruscamente en las esquinas, como hacía habitualmente. Una mañana Lise se fue a Nueva Orleans. Pélagie tenía la cara ojerosa como si no hubiese dormido, las mejillas hundidas, como si dentro no tuvieran ni aire. Bajo los ojos había una línea púrpura.

Msieu Vincent habló poco cuando msieu Prudhomme, que se dirigía a Opelousas, vino a visitarnos. Los dos hombres se observaron mutuamente, como cazadores que lo escrutan todo (ramas, hierba, lianas) a la espera de que algo se mueva.

El domingo, cuando iban a llevar a los primos a Grand Coteau, Pélagie dijo en voz baja:

—Monsieur Vincent y yo nos quedamos aquí. Mi cuñado y yo tenemos mucho de que hablar. Por favor, diles a los demás que echaremos de menos su compañía.

Pélagie tenía miedo, igual que cuando viniera por primera vez a Rosière. Ése debía ser el hombre por el que Lisa le había preguntado, el que pensaba que no la encontraría. ¿Tenía Pélagie algo que le pertenecía?

—Moinette, ¿tienes ese mantel? —dijo Pélagie en un tono agudo—. Tráemelo a la sala para que pueda ver el dobladillo.

Cuando se lo llevé, la luz de la tarde era como sirope en las ventanas y en el suelo de la sala. En una bandeja había dos botellas de vino vacías y restos de fiambres. Pélagie me hizo señas para que esperara mientras miraba el dobladillo, y él comenzó a hablarle en un tono violento.

—¿Quieres que se lo cuente todo? ¿Que les enseñe el contrato matrimonial?

Estaba sentado en la butaca de madame De la Rosière, las piernas cruzadas.

—Esto no es Francia. Ese contrato…

—Ahora estás casada conmigo. En Francia no hay divorcio y aún

eres súbdita francesa.

Le hablaba como si fuera su esclava. Ella levantó los ojos hacia los míos y me entregó el mantel, irguiendo la espalda. Dijo:

—Cuando me case con Prudhomme seré ciudadana de Luisiana.

Él se le acercó hasta quedar muy cerca de ella. Me llegaba el olor de su pomada.

—No seguirás insultando a mi familia con esta transgresión. Insultaste a mi hermano con tu dote. Nos indujisteis a creer que sería importante, y sólo aportaste un poco de efectivo y esas malditas joyas que nadie podía tocar ni vender.

—Mi tía controlaba el resto. Ya lo sabes.

—Te negabas a hablar con ella.

—Mi tía me repetía cada día que había matado a mi madre al nacer. ¿Crees que mis palabras podían obligarla a cederme la propiedad de Lyon? Sólo tenía dieciséis años cuando tu hermano se casó conmigo.

—Cuando se murió tenías veinte. Habías utilizado su dinero, comido su comida, y no le habías dado descendencia.

Pélagie no lloraba. Apretó las manos en los brazos de la butaca hasta que los nudillos fueron estrellitas blancas.

—Ya se encargaba él de buscársela. Se la buscó en todas partes y me pasó la enfermedad.

Msieu Vincent se inclinó hacia delante y puso el dedo entre los omóplatos de Pélagie. ¿Cómo se llamaba ese hueco donde ahora hundía el dedo?

—Y tú me la pasaste a mí.

—Tú también te la buscaste por tu cuenta —susurró ella ásperamente, clavada a la silla—. Me forzaste. ¿Lo has oído, Moinette? Entró en mi dormitorio y…

—¿Por qué se lo cuentas? Ella no está aquí.

—Sí lo está.

—Tú, ve a por café y tarta.

Pélagie resolló cuando él apartó el dedo. La uña le había dejado una luna roja en la garganta.

Le dije a Léonide que aquel hombre estaba asustando a madame Pélagie, y Léonide se encogió de hombros.

—Cosas de blankittes. No tuyas.

Desde la puerta de la cocina veía el camino que bajaba a le quartier, donde Jean-Paul chupaba su trapo empapado en azúcar y miraba al techo o al cielo, a esa cara que aparecía de vez en cuando sobre él.

Si este hombre obligaba a Pélagie a volver a Francia con él,

también me llevarían a mí. O más probablemente, me venderían a mí y a Jean-Paul.

Estaba tan enfadada que me derramé café en la mano y el calor hizo que la cicatriz de la espalda me escociera. El fuego viajaba por mi piel. El olor del café. Mis tres granos de café arrastrados del suelo de la cabaña de Sophia hasta la tierra del exterior.

Ojalá pudiera envenenarle la taza. Los blancos siempre musitaban que las esclavas envenenaban a los hombres. A lo mejor me hacía probar el café antes.

Corté el azúcar con las pinzas. La cafetera y dos tazas, junto con una tarta de semillas de alcaravea, en la bandeja. Léonide dormía ahora en su silla, sus enormes hombros subiendo y bajando con su respiración.

Msieu Vincent tenía la boca tan cerca del pelo de Pélagie que sus palabras movían los rizos.

—Tus tías me vieron dentro de ti, en tu cama, tenías las piernas bien abiertas. No tenías otra opción que casarte conmigo. Y desde entonces no me has servido de nada, aunque ahora eres propietaria de algo. La esposa de tu hermano me habló en París de tus tierras, los esclavos. Ahora también son míos según las leyes de comunidad de bienes, y me estás privando de esa renta.

Dejé la bandeja en la mesita que había entre las dos butacas. Ella me miró a los ojos. Tenía las pupilas inmensas y negras como abalorios de azabache.

—No tengo que darte nada.

—Quiero la tierra. Empezar de nuevo, trasladarme aquí y empezar de nuevo. Estoy harto de París.

—Estás cansado de tener deudas en París —Pélagie miró hacia la ventana a oscuras; se vio a sí misma—. Mi hermano dice que tenía el derecho legal a dejarte.

—Pero según la ley francesa no puedes dejar el país sin mi permiso. Y no te lo di.

—¡Estabas viviendo en París con otra mujer!

Él se encogió de hombros y sonrió.

—Cosa que no es ilegal. Puedo dejarte siempre y cuando te mantenga, cosa que ya hacía.

—Me matabas de hambre. No tenía calefacción. Me atabas a una silla.

Él puso las palmas de las manos cara al techo.

—Recuerda lo que dijo el juez en su dictamen. No había razón suficiente que justificara tu ausencia del domicilio conyugal.

—El juez no vivía en esa casa. Era un viejo.

—El juez dijo que se te debería arrestar si te ibas. Has sido acusada

de abandono del hogar, lo que me permite controlar todos tus bienes. ¿Te has acostado con ese hombre con el que pensabas casarte? Se añadiría el adulterio a tu pena de cárcel —con la lengua se tocó una brizna de carne entre los dientes.

—No volveré a Francia.

—Volverás de pie o con los pies por delante.

—¿De qué hablas?

Él le apretó los labios y los cerró. Pélagie apartó la cara de sus manos. Estábamos solos. Todos los demás se hallaban en Grand Coteau. Msieu Vincent me cogió del brazo y vi una pistola.

—Sirve el café. Madame Vincent va a matarse desesperada por la estafa cometida, avergonzada —me apuntó a la pechera del vestido—. Si gritas te mataré como a una perra.

Una de las pistolas de msieu con las iniciales grabadas en la plata.

—Madame Vincent, tu esclava es obediente. Ahora es mía. Todo lo que tienes es mío. Cuando tu hermano regrese, ese hermano del que hablas como si fuera un dios, le enseñaré los documentos de la boda autenticados. En este distrito nadie volverá a dirigirte la palabra.

Los ojos de Pélagie regresaron a la ventana; nos vi a las dos en el cristal. Se retorcía el collar con el dedo.

—No te debo nada.

—Entonces no tienes otra opción que irte de este mundo.

Pélagie se puso en pie y él apuntó con la pistola.

—Madame Vincent, vas a morir dentro de unos minutos. Como mujer puedes elegir la forma de tu muerte. Ahora tu esclava me pertenece, y si no coopera después la mataré a ella.

Sentí el espacio de esa sala a mi alrededor, la sala que barría, donde limpiaba y ordenaba el brocado y las patas de madera de la mesa.

—Hay dos posibilidades. Tu esclava encontró la pistola en el escritorio y te disparó porque habías prometido llevarla a París y te negaste. Se puso furiosa.

—¡Moinette! ¡Que no se te olvide una palabra cuando lo cuentes!

El cañón de la pistola: una boca que era un perfecto círculo negro.

—Por desgracia, madame, no has leído el Code Noir. El código legal de tus propios esclavos en Luisiana. Yo lo he leído. El artículo veintidós prohíbe a los esclavos prestar testimonio a no ser que favorezca a los blancos, y les prohíbe declarar contra su amo.

—¡Puede decírselo a mi hermano!

Vincent sonrió.

—Que diga lo que quiera si sigue con vida. Pero a nadie se le exige que escuche. Aquí no es una presencia viable. No es nada. Tú no eres nada.

Pélagie dio una vuelta a la sala, seguida por la pistola, y él dijo:

—Siéntate y piensa en ello un momento. Bébete tu última taza de café. Si intentas coger la pistola, el disparo fortuito sólo probará que sabías que yo le revelaría tu engaño a tu amante y, cuando fallaste, no tuve más remedio que dispararte en defensa propia.

Pélagie no retrocedió hasta que él no le acercó la pistola a la cara.

—Bébete el café. Cómete la tarta.

Msieu Vincent volvió a sentarse en la butaca; en la mano, firme, el círculo de metal que apuntaba directamente a la frente de Pélagie. El hierro negro era exactamente del mismo tamaño que los siete rizos que había a cada lado de su cara, los rizos que le había hecho esa mañana.

Pélagie alzó la mirada hacia mí, cerca del servicio de café de la mesita. La mesa de cerezo con vetas en la madera.

—¡Moinette! —exclamó.

Serví más café. Agua negra de una baya roja. La mano le temblaba tanto que prescindió del platillo.

Se inclinó hacia delante y le echó el café caliente a la cara. El disparo me pasó tan cerca que sentí el movimiento del aire. El pecho de Pélagie volvió a la butaca de un salto y la sangre le llenó la pechera del vestido.

Pero ella se puso en pie buscando algo en el aire. Él se limpió los ojos diciendo:

—Te meteré esta pistola en tu estéril y enfermo…

Le di con la cafetera de plata en la cabeza y disparó hacia el techo. Una nube de yeso se desprendió formando un remolino, como un velo blanco flotando en el aire con el humo.

La cafetera se apoyaba en unas patas de animal y una le dio en un ojo. Él gritó. Cuando cayó al suelo, Pélagie le dio dos patadas y luego se desplomó. La pistola resbaló por el suelo. Me daba miedo tocarla. Corrí por el pasillo hacia el patio.

¿Léonide? Testificar. No podíamos testificar.

Unos cascos de caballo resonaron en el patio.

Msieu Vincent saldría y me pegaría un tiro, o msieu De la Rosière me haría ahorcar por haberle disparado a un blanco. Estaba muerta.

—¡Moinette! —gritó Etienne—. ¡Estás cubierta de sangre!

Se bajó del caballo. Llevaba cinco pájaros muertos en una mano y la escopeta de caza en la otra.

—Ahí dentro. La está matando —dije.

El café había manchado la pared con llamas marrones. Msieu Vincent intentaba encajar la pistola en la mano de Pélagie. Estaba de rodillas y la sangre le goteaba de un ojo.

—¡Monsieur! —gritó Etienne—. ¡Déjela!

—Se ha disparado en su desesperación —dijo con la voz pastosa—. Intentaba reanimarla.

Susurré. Testificar. Ahora le pertenecía a él. No perteneces a nadie. Perteneces a Dios.

—Él ha disparado. Yo le di un golpe para impedirlo.

Los puños de la camisa de msieu Vincent habían estado en la sangre de Pélagie. El líquido rojo le subía por las muñecas.

—Me vendió a tu hijo por cien dólares cuando estabas en la cocina. ¿Mentirías por ella? —dijo.

A Pélagie no se le veía la cara. Su cráneo era una línea blanca allí donde yo le hacía la raya del pelo, una y otra vez.

—La mató sin ninguna razón, msieu Etienne, vino para matarla. Por favor, msieu. Mire.

Msieu Vincent arrancó la pistola de los dedos de Pélagie y la levantó hacia mí. Etienne le disparó con la escopeta de caza.

El cadáver de Pélagie. La bañé. Cuánta sangre: el olor que emitía cuando mi trapo húmedo convertía en líquido los coágulos de las baldosas. Mi doncella sabe arreglar el pelo. Arreglar la ropa. El agujero de bala como una casa para insectos en su pecho.

El vestido de seda azul medianoche. No era crepé negro. No iba de luto. Ya nunca exhibiría vestidos ni sombreros en un escaparate. Había muerto sin descendencia. Sin que nada saliera de su cuerpo.

Le arreglé el pelo. No estaba muerto. Ahora tenía los brazos y las piernas rígidos, los labios púrpura y exánimes, y su pelo se rizaba en torno a mis dedos. ¿En qué creían los franceses? ¿Dónde estaba su alma? Si los franceses creían en el cielo, y las almas eran su dios, entonces sólo tenían una vida. Una oportunidad. Pero si los bambaras tenían razón, el alma pasaba al próximo recién nacido y el dya tenía la oportunidad de volver a vivir. De volver a intentarlo.

La madre de Pélagie murió durante el parto, de manera que su alma no tuvo que viajar mucho. Me fui a le quartier a darle de comer a Jean-Paul. Yo olía a sangre, aun después de lavarme. Toqué su pelo ralo. ¿Tenía yo el dya de mi madre? ¿De Amina, singalesa? Entonces, ¿por qué aún no amaba a mi hijo? Lo amamantaba, lo limpiaba, pero seguía siendo un animal misterioso.

Vestir al bebé. Vestir la mesa. Vestir la carne. Vestir el cuerpo. Una vez. Y otra.

No vestí el cadáver de msieu Vincent. Manuel, el mozo, limpió la sangre dentro del establo.

En la habitación principal, mientras msieu Prudhomme lloraba, Etienne le decía:

—Mi padre no querrá tener este cadáver en casa. Lo enterraremos en la parcela que hay después de la de mi tía.

—¿Cómo es que no me lo dijo? —exclamó msieu Prudhomme con las patillas temblándole en las fofas mejillas—. ¿Y cómo es que no pudo salvarla?

Etienne se frotaba la piel que había junto a sus ojos una y otra vez.

—Por poco no llego a tiempo. Su esclava intentó salvarla.

—Y usted salvó a la esclava —msieu Prudhomme lo negó con la cabeza—. Ahora me despediré. No puedo volver para el entierro. No puedo.

Me mantenía alejada del dormitorio de Pélagie, cuya puerta había cerrado msieu Prudhomme. Se había quedado sólo un momento.

Msieu De la Rosière dijo:

—Han traído los ataúdes de Opelousas.

Pero msieu Prudhomme dijo:

—No puedo soportarlo.

El camino de entrada estaba lleno de carruajes. Los primos de Francia que habían venido con madame se iban a Nueva Orleans. No querían tener nada que ver con la muerte. El carruaje de msieu Prudhomme también esperaba y los caballos negros se movían impacientes.

Hervé Richard se bajó del carro y desató las cuerdas. Luego él y Manuel entraron el primer ataúd en la sala. Las iniciales de Pélagie estaban grabadas en un lado. Les abrí la puerta, y nos llegó el olor a pólvora y a sangre exhalado por las gruesas cortinas. Yo había limpiado el suelo una y otra vez, pero era como si la sangre floreciera en los intersticios de la madera.

Manuel salió para ayudar a msieu Prudhomme a entrar en su carruaje. Hervé Richard me cogió de la muñeca en la puerta de la sala y me dijo en voz baja:

—Vendré mañana. Reúnete conmigo antes del alba en el bosque, junto al camino. Justo después de la verja, donde hay un roble rajado por un rayo.

—¿Cómo voy a respirar? —cerré los ojos, me imaginé la oscuridad dentro del armario; no podía hablarle de Jean-Paul, aún no.

—Pondré una cuña de papel en la puerta a la altura de tu cara. Una rendija para el aire. Trae tu capa para que dentro estés más blanda.

Regresó a la carreta y bajó el otro ataúd con Manuel. Cuando regresaron del establo, Manuel dijo:

—Tráele un poco de agua de la cocina.

Hervé Richard me siguió hasta allí. El fuego era tenue y Léonide había guardado los platos. Se la oía respirar fuerte en la puerta de al

lado, dormitando en su silla.

Cuando le di el vaso de agua, Hervé Richard lo dejó en la mesa. Me puso los dedos en la sien y me acercó la cara a la suya. Dijo:

—Yo nunca te impediría respirar.

Tenía en la espalda el borde de la mesa. Sus ojos y los míos, su boca y la mía, su pecho y el mío, sus caderas y las mías. Entre nosotros el ancho de un papel. Una cuña de papel para que yo respirara. El papel con mi nombre.

—Quiero amarte —dijo.

Me aparté de él. Tenía el pelo más rizado que yo, cepillado hacia abajo en dos cuñas que le dejaban una raya que relucía casi blanca. Tenía las cejas espesas y negras. Todavía no le miraría a los ojos. Movía la garganta cuando tragaba su propia saliva. No había probado el agua. Sus omóplatos eran como ramas a través de la tela húmeda de su camisa. Sólo quería ser amable conmigo.

Dejó de oírse la respiración de Léonide, sus pies rozaron el suelo.

—¿Por qué? —susurré.

—¿No sabes lo que dicen? ¿Que ves a alguien y lo sabes? Que es tu chica.

Se inclinó hasta que sus hombros tocaron los míos y Léonide se levantó con tanto ímpetu que su silla golpeó contra la otra pared.

Quédate de pie y no tendrás hijos, había dicho Fantine. Otro bebé. Quería unirse conmigo y hacerme otro bebé. Se apartó. El aire pasó entre nosotros.

Fuera, mientras desataba al caballo, dije en voz baja para que no me oyera Manuel:

—¿Y si por el camino alguien intenta robarte el armario?

Hervé Richard me clavó sus ojos negros y entonces miré sus pupilas. Podía verme, paralizada.

—No dejaré que nadie me impida moverme. Yo consigo lo que quiero —contestó.

En la casa donde ya no estaban Firmin ni Philippine, donde yo dormía ahora, Etienne me dijo:

—Los entierros son mañana.

Me senté en la silla erosionada por los movimientos de Philippine. Madera labrada. Jean-Paul ya casi no cabía en la caja.

—Mi padre quiere hablar contigo.

—Oui, msieu.

—Me ha pedido que anote exactamente lo que ocurrió antes de que yo llegara.

—Oui, msieu.

Jean-Paul farfullaba bajo su manta, y se me paró el aliento en el pecho. Etienne no miraba al bebé. No me miraba a mí. Miraba el papel que tenía delante, sobre la mesa de Philippine, y vi la telaraña roja en sus ojos. Había llorado. Su tía, la única sonrisa que tenía aquí, había desaparecido; su madre estaba ciega y su padre, enfadado.

—Mi padre me ha preguntado repetidamente en qué momento exacto golpeaste a msieu Vincent.

Le Code Noir: la pena por golpear a tu amo era la muerte. Pero él sólo se convirtió en mi amo cuando ella murió.

—Cuando le disparó a madame Pélagie, msieu.

—¿Tu acción hizo que la bala le diera a ella?

—No, msieu.

—No puedes testificar en un tribunal.

Yo tenía la mano en la nuca de Jean-Paul.

—Me lo has de contar a mí, sólo a mí —dijo bruscamente.

—Oui, msieu. Le di con la cafetera cuando iba a disparar de nuevo. Ella estaba de pie, seguía viva —clavé los ojos en la puerta—. Seguía siendo mi ama.

Aquella noche nadie vino a visitar a msieu ni a comer con madame. Aquella noche nadie vino a Rosière a quedarse para los entierros de la mañana. Cuando Céphaline murió, Azure estaba lleno de invitados. Pero la vergüenza de Pélagie dejó la casa vacía.

La criada de Francia dormía en un camastro dentro del cuarto de madame. Las puertas que había pasillo abajo estaban todas cerradas. El suelo brillaba plateado como el primer día que llegué. Ya no dormía delante de la puerta de Pélagie. Su cadáver estaba abajo, en una caja de madera. El cadáver de su marido estaba en el establo.

Me echaba en la antigua cama de Philippine y Firmin, con Jean-Paul a mi lado. Él se ponía boca abajo, con los brazos y las piernas encogidos debajo como una cucaracha gigante. Pero tenía la boca abierta. Su respiración me humedecía el brazo.

Es peligroso estar tan relajado. Me llegaba la voz de mi madre. Los postigos estaban bien cerrados. Tendría que salir antes del alba. Si Mirande o Baillo me veían por el camino de la casa, diría que Léonide necesitaba que la ayudara muy temprano para el funeral.

Metería a Jean-Paul dentro de mi capa.

Pero Jean-Paul comenzó a resoplar y a alborotarse cuando el aire de la noche le dio en la cara, tras cerrar la puerta, y me lo metí dentro del vestido, donde se amorró a mi pecho. Las casas de le quartier estaban todas a oscuras. Alguien roncaba en la habitación de Sophia. Nadie gritó.

Él mamaba mientras yo caminaba y el tacto de mis pies al moverse

mientras su boca sorbía la leche me mareó. De lado y hacia delante. Aminoré el paso. El cepo. La campana. El bebé dormía dentro de mi pechera. La leche le goteaba de la boca y me bajaba por las costillas.

Pasada la campana, me adentré sin pensar en el estrecho sendero que había junto al camino, surcado de profundas rodadas llenas de agua. Un pequeño bayou rojizo que discurría paralelo al sendero por el que caminaba cada día y cada noche. Cuando me detuve a escuchar si venía el carro, ya en lo hondo el bosque, Jean-Paul se agitó, y cada vez que mis movimientos se detenían, emitía unos sonidos como de pájaro que se transformaban en llanto si sus labios no encontraban mis pechos.

No se oía nada. Ni animales. El cielo tenía ese negro intenso sin sol ni luna ni promesa de nada. Ni día ni noche.

Era una senda animal. Mi senda animal desde el cuarto de Pélagie hasta la cocina de Léonide y luego a le quartier. Cada día. Si me quedaba, mis pies desgastarían los suelos de madera y el camino de ladrillos y el de tierra hasta que mis hombros quedaran engullidos por las orillas que reseguían mis pasos. Recorrería los mismos círculos hasta la muerte, hasta que Jean-Paul fuera más alto que yo.

No oía nada. Ni búhos. Ni susurros. Sólo la garganta de mi hijo en su succión aunque no bajara más leche, aunque sólo tragara su propia saliva pensando que era alimento.

Un bebé no duraría dentro de un armario. Nos encontrarían. A Hervé y a Jean-Paul podrían matarlos. Vi a mi hijo aplastado contra un árbol. Metido en un cesto y vendido. Ahogado como un gatito recién nacido. Sin ninguna utilidad. Me vi debajo de unos hombres en el bosque. Los árboles formaban un muro a mi lado. No podía llevarme a Jean-Paul al bosque. Hervé Richard creía amarme.

Amaba la idea que tenía de mí.

Yo no conocía a Hervé Richard. Sólo sabía que me deseaba. Él no sabía que yo tenía un hijo. Pélagie había sido propiedad del hombre que la había matado. Su vergüenza (haberse escapado de él, aun cuando él la atara a una silla y la matara de hambre), no la de él, mantenía a todos los criollos y franceses lejos de su cadáver, ahora ataviado en delicada seda, pero ella pertenecía a esos hombres.

Ella quería un escaparate.

Tú no perteneces a nadie. Ni a msieu. Ni a Dios. Me perteneces a mí.

Mi madre. Mi hijo. ¿Y si Hervé Richard me hacía abandonarlo allí mismo, sobre el blando lecho de hojas de roble que había cerca de mis pies? ¿Y si Hervé Richard me llevaba a Nueva Orleans dentro del armario y luego me ataba a una silla? Él quería mi cara. ¿Y si no quería mi cerebro ni mis mediciones ni el fruto de mi cuerpo?

Ningún fruto.

Podía dejar a Jean-Paul con Fantine. Ella lo amamantaría. Ella lo querría. Él quizá la amara. Algún día podría volver a buscarlo. Cuando fuera libre.

Los labios de Jean-Paul volvieron a sorber con fuerza cuando di media vuelta para regresar a toda prisa. Me dolía el brazo de tenerlo doblado. El brazo izquierdo. El brazo que trabajaba menos, sólo para acarrear a mi hijo.

Me ceñí la capa alrededor y me agaché para sortear las ramas bajas del sendero. Si Jean-Paul se quedaba con Fantine, viviría.

Se acercaban cascos de caballo desde la calle. Ahora Jean-Paul dormía porque yo me había vuelto a mover. Baillo se inclinó desde su montura y dijo:

—¿Se te ha olvidado algo?

—Léonide quiere empezar a cocinar temprano, para el funeral, así que tengo que dejar a mi hijo ahora —respondí.

Baillo esperó delante de la puerta de Fantine. Deposité a Jean-Paul junto a ella y ella le dio la espalda a Basile. La cabaña olía a sudor, a leche y a sal, a tela caliente y a aceite de almendras. Jean-Paul sacudió la cabeza y la apretó contra el cuerpo de Fantine. Ésta dijo adormilada:

—Aún no es la hora.

—Adieu —le susurré a mi hijo al oído.

Tenía el pezón frío y dolorido. Me abotoné la pechera del vestido bajo la capa. Baillo se dejó caer sobre la montura. Subí rápidamente por el camino, y entre los árboles el cielo comenzó a volverse púrpura. El sendero de caza que cruzaba el bosque quedaba más allá de la avenida de árboles de Júpiter. Los cascos me siguieron a distancia hasta la cocina, donde la lumbre de Léonide enviaba negras manchas de humo hacia el alba.

La segunda vez que me habló, Etienne dijo:

—Tu bebé estaba con la pareja de viejos que se escaparon. ¿Alguna vez les oíste hablar de escaparse?

—No, msieu.

—¿Estabas con ellos y nunca les oíste mencionar adónde irían?

¿Es que no sabía que Amanthe era su hija y que su madre se la había llevado para siempre? ¿Ni siquiera sabía sus nombres?

—No, msieu.

—Ayer por la noche se escaparon dos más. Para cualquiera que estuviera al corriente de sus planes, o sepa dónde se esconden, el castigo es la muerte.

—Oui, msieu.

Metí los labios entre los dientes para evitar que temblaran. Hervé Richard había venido y se había ido. Había pasado una semana. Pélagie estaba bajo tierra. Jean-Paul dormía en la cama. Por la noche, daba sacudidas y se apretaba contra mis costillas, caliente como el pan.

Etienne se frotó la frente con el dedo corazón.

—Mi padre no quiere que vuelvas a servir en la casa. No está seguro de que no tuvieras nada que ver en la muerte de su hermana.

¿Se me permitía decir: Intenté salvarla, la toqué más de lo que nunca he tocado a otro animal humano, cada día la lavaba y le rizaba el pelo y le tiraba de las ballenas del corsé hasta que sus omóplatos, no alas de ángel sino omóplatos, se levantaban y se formaba una honda depresión entre ellos, que a ella no llegaba al sudor que allí se le formaba y que era yo quien se lo secaba?

No dije nada. Eran palabras no permitidas.

—Mi padre, una vez se forma una opinión, no hay quien le saque de ahí.

Después apoyó los codos en las rodillas y arqueó los hombros hacia la lumbre como si el calor fuera una capa.

Pero cuando msieu Laurent se fue a Nueva Orleans, Léonide insistió en que yo la ayudara con la carne. Había caído una fuerte helada y no se podía plantar la caña porque los surcos estaban duros como una piedra, y el frío significaba que habría que sacrificar algunos cerdos para el ahumadero.

Sentada a la larga mesa de madera con Léonide, esperábamos el sonido del hierro machacando el hueso. Los cráneos de los cerdos, comparados con los nuestros, eran alargados y torcidos. Les dejarían el cerebro hecho gelatina.

Después de haber convertido las costillas en repisas curvas estábamos cubiertas de sangre. El hacha partía la columna vertebral. El viento se llevaba de la mesa diminutas astillas de sangre congelada. Las vísceras, con las que se hacía la envoltura de las salchichas, eran transparentes como muselina húmeda. Aspiraba la sangre salada, cobriza. ¿Por qué el aroma de la sangre no entraba en mis pulmones de la misma manera que el olor a añil había propagado su veneno por el cuerpo de mi abuela?

Cuando iba a amamantar a Jean-Paul, su cara se apartaba del olor de mi pechera manchada como si fuera una tortuga asustada. En las arrugas de mis nudillos, la sangre seca era negra.

Sus dedos eran aún curvos y blandos como una gamba, fáciles de arrancar de un bocado si lo encontraba un animal dañino. Sus brazos y piernas eran tiernos. En la fría habitación, su cráneo palpitaba bajo

su pelo fino e inútil.

Cuando se picó la carne para las salchichas y se coció hasta ser gelatina y los jamones su sumergieron en sus baños de sal y se colgaron en el ahumadero, regresé a los cañamelares.

El aire plateado se hizo de oro y la helada se derritió e inundó la tierra. Sacamos la caña para plantar del montón de matelas, donde estaba apilada para protegerla de la helada. Por la noche, en mis fosas nasales se formaban círculos de escarcha blanca… no, círculos de sal seca. Lamía la sal. Todas las excreciones de nuestros cuerpos contenían sal: lágrimas, orina, sudor. ¿La saliva?

Como el sabor de mi propia sangre. Salada y sabrosa.

Sophia se moría por comer sal y a veces yo le llevaba un pellizco de la casa.

Ahora, mientras amamantaba a Jean-Paul con las manos aún frías y las piernas doloridas de trabajar en la caña, comprendía cuánto necesitaban la sal y la carne. Mamère y su café, caliente bajo sus dedos en la mañana.

Comprendía lo desesperados que estaban por tener entre las muelas el fino jamón rosáceo, salado y sólido. Me mordí un callo de la palma. Galleta. No había sal en mi piel. ¿Adónde se había ido la sal?

Aquella noche se escapó Gervaise y se llevó a su bebé con él. Por la mañana Sophia no gritó ni lloró. Simplemente dijo:

—Dice que msieu podría vender a su hijo. Dice que a ti te vendieron a madame Pélagie, ¿pero quién sabe qué será de tu hijo? Dice que si alguien se lleva a su hijo se muere.

—¿Cómo amamantará a Amadou?

—La semana pasada Amadou cumplió un año. Come gachas. No sé qué le dará Gervaise, pero el niño vivirá.

Salió Fronie, con las trenzas deshilachadas de dormir, y Sophia se las volvió a arreglar. No dijo «¿qué hace ella si me llevo al niño?». Nada. Dice en su mente: «ella tiene a Fronie».

¿Estaba Gervaise en el campamento de cimarrones con Philippine y Firmin? ¿O los habían cogido a todos y los habían llevado al campamento del ciprière? ¿Los vería Athénaïse?

¿Y si había matado al hombre blanco y se había escapado del campamento? ¿O lo habían hecho los indios? ¿Qué harían el hermano y la hermana con un bebé como Amadou?

Días más tarde, Gervaise apareció a hurtadillas en le quartier y le dejó a Sophia un rizo de Amadou dentro de un mapa que había dibujado. Pero ella quemó el mapa y dijo que no entendía qué había pretendido enseñarle. Se metió el rizo en el bolsillo y le dio la espalda a la lumbre.

Msieu Antoine llegó mientras msieu De la Rosière aún estaba en Nueva Orleans. Habían echado a la francesa por incompetente y me hicieron ir a trabajar a la casa. Madame De la Rosière miraba las paredes con sus ojos encapotados. No tocaba el piano. Le pedía a msieu Antoine que le leyera en la sala.

Cuando le llevé el desayuno a Etienne en el garçonnière, levantó los ojos de sus mapas. No me preguntó nada. Comenzó a hablar.

—Los Prudhomme nunca volverán a visitar esta casa.

Mis dedos colocaban el azucarero sobre la bandeja. Puntitos blancos y centelleantes.

—Me enseñaron a matar para proteger la Corona, no para salvar a una esclava. Todo el mundo recuerda que han muerto dos ciudadanos franceses. Y que, en cambio, tú estás con vida.

Sus botas necesitaban betún.

—Todo lo que quería mi madre era volver a verme, y mi padre se negó a que regresara hasta ahora. Ahora ella me toca, pero no puede verme.

¿He de sentir compasión por ti? Todo lo que yo quería era volver a tocar a mi madre.

Señaló los campos con la barbilla.

—No me hacía falta saber latín para trabajar en la zafra. Y a menos que aquí vaya a matar a todo el mundo con un plan a gran escala, el adiestramiento militar tampoco me sirve de nada.

Pero había matado a alguien para salvarme. Yo no apartaba los ojos de los tacones de sus botas.

—¿Qué edad tenía cuando lo mandaron a Francia?

—Doce años —dijo—. Estaba siempre en el bosque. Los indios vivían en la linde de la finca, junto al ciprière, y un anciano me enseñó a cazar. Me llamaba trampero. Coureur des bois. Nos adentrábamos millas y millas en el bosque, cazábamos ciervos, incluso osos. Despellejábamos los osos y llevábamos la grasa bayou abajo para venderla.

Con los dedos recorrió el mapa dibujado a mano. ¿Se preparaba para cazar a Philippine y a Firmin? ¿Quería ver dónde se podían esconder los esclavos? Había repasado con tinta los bosques, los bayous y las lenguas de tierra que había a lo largo del río, como dientes largos y apiñados.

—Ahora hay plantaciones por todas partes. Los cazadores indios están borrachos en Opelousas.

Etienne desconocía la existencia del campamento maderero, del trapo rojo en mi boca. El aliento de agua clara de la mujer india, el olor a humo del pelo de su hermano.

—Hijo —movió las botas sobre el suelo de madera y parte del barro reseco cayó en las grietas—, seré hijo único para siempre.

Hasta que tu padre muera.

—Mi madre se quedará aquí ciega hasta que muera.

Pero tú lo sabrás cuando ocurra. Con las puntas de los pies empujé los grumos de barro que añadiría a mi tierra fuera de esa puerta. Cuando se muera lo sabrás. Ella te llamará. Mi madre rezará, el aro de cabello en la mano, pronunciando palabras africanas que nunca volveré a oír a no ser que alguien me mande a Azure y a ella no la hayan vendido. Nunca lo sabré.

Los ojos de él: más oscuros que los ojos lechosos de su madre. No el intenso azul de Céphaline ni el azul gris moteado de oro de los de Pélagie. Etienne tenía los ojos oscuros y turbios como tela añil. Azul uniforme de soldado.

Cogí la llave de la mesa de madame y le dije a Léonide que necesitábamos jamón. Madame había encargado una gran cena para msieu Antoine y Etienne. Ya no veía nada. Los hombres estarían en Opelousas hasta la noche. La cena sería muy tarde.

Corté dos grandes lonchas de jamón y envolví la carne en trapos. Léonide dormía en su silla junto a la lumbre. Me comí las virutas que cayeron sobre la mesa de cortar y los dedos me quedaron resbaladizos de la piel grasa.

En le quartier, dejé la mitad de la carne en la habitación de Sophia, sobre mi litera. Ella me había dado de comer carne de pajarito. Sin estar obligada. Dejé el resto de la carne en la litera de Fantine. Las palmas de las manos me olían a grasa, como cuando medía el sebo para mamère.

Fragmentos de carne entre los dientes, molidos para satisfacernos. Mi leche blancuzca en gotitas sobre la mejilla de Jean-Paul cuando se soltó. La sal flotaría dentro de él y entraría en su sangre.

La tercera vez que Etienne me interrogó, dijo:

—¿Quién es el padre?

Yo estaba de pie ante su escritorio, donde lo rodeaban libros, mapas, bolas de plomo en un plato.

Los juguetes de metal alojados en el corazón de Pélagie.

—No lo sé, msieu.

—¿Ebrard o Léonce?

Léonce debía de ser el muchacho que me había pellizcado. No lo había visto desde entonces. Etienne no incluyó su nombre en la lista: ¿fingía no haber estado conmigo? ¿O quería que yo dijera las palabras: c'est vous? Pero la verdad es que no lo sabía. ¿Quería que

pronunciara el nombre de Léonce porque ya no volveríamos a verlo? Eso sería lo más conveniente. ¿Quería vender a Jean-Paul?

—No lo sé.

Ahora me miraba furioso, las mejillas blancas bajo las patillas, que siempre parecían adornos de cuero que los hombres se cosían a la piel.

—¿Cómo puedes no saberlo?

Humillé los ojos. El polvo, diminutos trozos de papel como cáscara de huevo, y el barro en forma de florecillas donde él había pisado. Me daba miedo hablar. Si decía «¿cómo pudo llevarme usted arriba?» hubiera sido una insolente. No tenía ni idea de qué podría tolerar. Su padre no toleraba ni miradas ni palabras.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó finalmente escribiendo deprisa.

Escribía números. ¿Precios para Jean-Paul? ¿Para otros?

—De bebé —yo medía mis palabras—. Cuando son tan pequeños a veces no se parecen a nadie.

—¿Cómo tiene el pelo?

—Todavía no tiene mucho pelo.

La cabeza de Jean-Paul se veía pelada bajo sus escasísimos cabellos negros, con las venas palpitando cuando lloraba. Sangre púrpura y azulada. Sang mêlé. Quadroon. Los ojos grises de Félonise y de los niños blancos. Pero una chica. No un chico. ¿Qué hacía útil a un chico?

Después entró msieu De la Rosière y mi cerebro se sintió anegado de sangre. Père et fils. Dijo:

—¿Aún no has acabado con los cálculos? Tenemos que pagar a un herrero de Washington ahora que el mío se ha escapado —me señaló —. Hay que marcar a todos los esclavos. Incluso a los niños.

La saliva me amargó la garganta. El bracillo inerte de Jean-Paul, la delgadez de su piel.

—Estos africanos no paran de escaparse y no voy a tolerar que los ayuden —se asomó por la ventana y escupió; su tierra, sus fluidos—. En África viven en chozas y queman estiércol de ganado. Se mueren de hambre y se matan entre ellos.

Pero no sabía que Firmin había nacido en Luisiana, de madre atakapa. La sangre de Firmin era como la de la gente que vivía en el ciprière.

—¿Al viejo ya lo han marcado, no? —preguntó Etienne.

—¿Firmin? Dos fleur-de-lis. No regresará.

Lo ahorcarían. Escaparse tres veces suponía la muerte.

Etienne escribió rápidamente.

—¿Marcamos incluso a los que trabajan en la casa?

—A todos. Menos a ésta. La he vendido.

7. OPELOUSAS

Lo dejé con la cabeza a medio levantar. Estaba boca abajo en la caja al tiempo que yo plegaba camisitas hechas de trozos de lino de los manteles de boda. En el cuarto de Pélagie aún había montones de tela. Madame no podía verlas y msieu no quería. Sólo dos días para prepararme después de que me dijeran que me habían vendido, y me pasaba la noche cosiendo.

El último día me despertó un sonido mientras dormía en la silla. Tenía el cuello doblado, y cuando movía la cabeza el dolor me bajaba por los músculos. Con la mano izquierda sujetaba la camisa. Gimoteaba: Jean-Paul empujaba para incorporarse, alzaba los ojos hacia lo alto de la caja, la frente como una luna nueva saliendo de debajo del borde.

Aquella mañana me separé de él, mecía la cabeza como si estuviera bajo el agua. Trasladé la caja a la habitación de Emilia. Apareció en su puerta, con Francine gateando sobre una manta, a su lado. Emilia tenía la pierna mala sobre una caja de madera, y la piel de la pantorrilla que rodeaba el vendaje estaba amoratada e hinchada. Cuando me di la vuelta, Jean-Paul había levantado la cabeza y se miraba las puntas de los pies.

Todo era una mentira. Céphaline había creído en las palabras. Pélagie había creído en las telas y en la belleza. Amanthe había creído en la espera.

Mi madre había creído en sus oraciones. ¿O no?

Ahora yo no tenía nada en la cabeza ni en el corazón ni en las manos. Ni palabras. Cráneo. Faro. Vestir al bebé. Vestir la mesa. Vestir el cuerpo.

Sus pisadas formaban un rastro en el techo, sobre mi cabeza, ahora que estaba echada en el suelo de la despensa. Los zapatos de msieu Antoine. Luego sus pies. El lavabo. El armario. Se arrodillaba ante el pequeño altar. El golpe de las rodillas.

¿Cuándo vendría? ¿Cuándo hubiera rezado por él?

Todos creían en algo. Mi madre y Hera. Todas las madames y su dios católico. Marie-Claire, en Azure, había creído que sus

excrementos penetraban en la tierra.

Philippine y Firmin habían creído en Amanthe.

Hervé Richard había creído en mí. Había creído que lo esperaría en el bosque y le daría la mano para que me metiera dentro de un armario o ataúd.

Jean-Paul era un bebé. Era demasiado pequeño para creer en nada. ¿Y mi madre? No podía seguir creyendo en sus enseñanzas, en el ni o en el dya.

Ahora yo no creía en nada. Estaba en el almacén, echada, viendo los ojos de mi hijo. Todo gente nueva, había dicho Gervaise. La gente nueva no podía creer en nada.

Los ojos hablan. Pero los de Etienne eran azules y yo nunca había mirado los ojos de msieu Ebrard. No teníamos que mirar a los blancos a los ojos.

Los ojos de Jean-Paul eran violáceos. Una nube de lluvia en la tarde. Los ojos de nadie.

Odiaba a msieu Antoine.

No había odiado a los Bordelon ni a grandmère. Me daban miedo, aunque no Céphaline. Pero a ella no la había amado.

No había odiado a los De la Rosière. Ni siquiera a Etienne cuando estaba encima de mí: él era el jinete, yo el animal. El animal no odiaba, sólo estaba cansado, dolorido y resentido.

No había amado a Pélagie, pero quería pasar la vida con ella. Odiaba al hombre que ahora estaba en la habitación de arriba. Estábamos solos en su casa de ladrillo, en Opelousas. Oía sus pisadas encima de mí.

Los cuchillos esperaban en la cocina. Prepara la carne. Si lo mataba, mi nombre saldría en los periódicos de Nueva Orleans. Los esclavos que mataban a sus amos siempre eran famosos. Todos conocían sus nombres. Las cabezas que había en las picas del camino del río tenían nombre.

Entonces mi madre sabría dónde estaba. Mi hijo no se preguntaría por qué lo había abandonado para buscar, oler, llorar. Lo dejé y levantó la cabeza. No lo odiaba, pero todavía no lo había amado. No había tenido tiempo.

—Puedes serme útil —había dicho msieu Antoine aquella noche en la mesa—. Más de lo que imaginas. De hecho, nadie más en el mundo podría conseguirme lo que tú.

Pasó los dedos sobre la superficie arenosa de la mesa. Unos pelos finos y negros como antenas de insectos le bailaban en los nudillos. Retorcía los labios como si contuviera una carcajada y yo lo odiaba con un ardor que me quemaba la garganta. Subió arriba. Bajaría al

almacén y me montaría como un animal. Y yo lo mataría.

Yo miraba el suelo. El brillante charco de luz de una vela se colaría por debajo de la puerta antes de que llegaran sus pies.

No vino a la puerta. Antes del alba, la leche supo lo que tenía que hacer y se dirigió de nuevo a la tela reseca que me cubría los pechos como si un fantasma la sorbiera.

—Puedes empezar con el café.

La luz de la mañana se derramaba por el suelo en torno a mis mantas.

El cuchillo se deslizaría entre sus costillas. Cortaría los dedos largos y blancos como si fueran plumas de garceta. Los huesos del borde de las muñecas eran como huevecillos. Las mangas de su casaca se movían cuando estiraba el brazo para coger una taza.

—¿Quién te enseñó a preparar un café tan negro?

No se lo diría. La cafetera mellada. La garganta que tragaba al alba, los ojos estudiando la rendija de cielo a través de los postigos.

—Es maravilloso. Necesito el café más que el aire. Gracias.

Esbozó apenas una sonrisa, como si yo fuera su esposa, se metió en su despacho y cerró la puerta.

Yo no era una madre. Ni una hija. Ni una hermana. Ni una esposa.

Barrí el suelo de ladrillo de la cocina.

Cada vez que intentaba parecerme a esas palabras, en una vaga réplica parecida a una mariposa mimética, alguien se llevaba a la persona que me era imprescindible. A la persona que me definía.

Tus ojos no podían mirar a los de ellos. Tus pupilas, los puntos negros de tu visión, no podían reflejarse en las esferas de color que Céphaline denominaba meras decoraciones del iris. Tenías que saber lo que querían a partir de sus voces, de sus manos, del látigo y las palabras. Él sólo dijo:

—Harás que esta casa sea estupenda.

Necesitaba sábanas, cortinas, madera para la estufa, huevos y platos para los huevos. Necesitaba manos que pusieran los platos en la mesa. Pero si ésa era una casa estupenda para una novia, no había novia.

En el piso de arriba había cuatro dormitorios. Tres estaban pelados. En el piso de abajo, una cocina con un hogar sucio, la despensa donde yo dormía, un comedor con una mesa llena de arañazos y un salón que msieu Antoine había convertido en su despacho.

La habitación era cómoda, con un escritorio grande y una silla, con anaqueles para libros y documentos, con un sofá, una silla para los

clientes y una hermosa mesita de patas curvas para poner la bandeja del café.

Mucho antes de mediodía preparé una segunda cafetera.

—El café que sirven en la pensión de madame Delacroix es una triste imitación de éste —dijo de pie en la puerta de la cocina mientras se tostaban más granos en una sartén—. Llevo un año comiendo allí.

Eso era una afirmación. No hubo respuesta.

—No me has dicho quién te enseñó a preparar el café. ¿Tu madre?

—Oui, msieu.

—¿En Nueva Orleans?

—Non, msieu. Al sur. En Azure.

—Pero tú pareces una hija del placer —dijo meditabundo, y regresó a su despacho.

Eso no era una pregunta. Parecer. Yo parecía cosas que no era. ¿Era la suplente de alguien que le había proporcionado dicha y luego se había ido? ¿Estaba esperando a que yo dejara de parecer una madre? Había envuelto mis pechos en trapos de franela tan apretados que la leche parecía metérseme caliente por los hombros cuando giraba la manivela del molinillo.

Habían traído una gran jarra plateada para el café, unas cafeteras, tazas y platos blancos y sencillos. Cucharas.

Agua hirviendo sobre el café molido. El olor llenó la cocina como tierra que arde, como la noche borrada por una oscuridad distinta. El sol llenaba los postigos que daban a la calle con astillas de oro.

Llevé el café a su despacho. Sopló el borde, dio un sorbo y dijo «perfecto». Luego estudió su tinta y me hizo una seña para que abriera los postigos. El líquido salado y plateado saltó de mi corazón a mi garganta y a mis ojos.

En la cocina, la amargura del café me inundó los dientes y me quemó la lengua antes de que el calor me alcanzara las costillas. Yo era mi madre, pero no lo era. Ella había sentido esta acometida de calor, y luego un movimiento en su cerebro, como si una lengua le hubiera lamido el cráneo. Cada día lo iniciaba mirándome. Pero Jean-Paul se bebía la leche de Fantine; veía la cara de Emilia. Su cerebro era pequeño. Aprendía lecciones cuando tenía el estómago vacío y probaba la melaza empapada en el trapo anudado que Emilia le ponía en la boca.

Me sequé las lágrimas con la manga antes de que me llegaran a la boca. Un grillo se alejó vacilante del borde de la escoba. Las crías de grillos tenían antenas más largas que sus cuerpos. Sus madres no les enseñaban a mirar y a esperar. Yo tenía las pestañas largas. Las pestañas de Fantine y Pélagie probablemente habrían medido lo mismo si se las hubiera comparado. Las pestañas de Jean-Paul

crecerían en mi ausencia.

Msieu Antoine se pasaba el día escribiendo. Los hombres llamaban a la puerta principal. Yo les miraba los zapatos, oía sus palabras, les llevaba café al despacho. Un acadio que llevaba una casaca azul de confección casera apareció en la puerta de atrás con un pollo muerto junto a sus pies.

Al otro lado de la ventana del comedor se veía una calle abarrotada de carruajes, caballos, hombres que discutían. Facturas de venta. Juicio sucesorio. La demanda alega maldad. Las palabras se colaban en su despacho, en el comedor. En la cocina clavé la broqueta negra de hierro en el cuerpo del pollo y la oí desgarrar la carne.

Los hombres me examinaban por placer. Decían en voz baja, en tono de aprobación:

—Estupendo ejemplar. Y ésta además cocina.

Msieu Antoine replicaba:

—En muchos aspectos no tiene precio.

Cuando las habitaciones se oscurecían, sólo me daban miedo los dedos. Parece extraño decir que odiaba los dedos más que lo otro, porque lo otro parecía un animal aparte, un animal ciego y estúpido, y los dedos iban pegados al hombre, a los ojos que miraban.

—Me gustaría verte el pelo —dijo msieu Antoine a eso de la medianoche, cuando la puerta principal estaba cerrada.

Llevaba horas sentada junto a la escasa lumbre de la cocina. Me quité el tignon de la cabeza y me solté las dos trenzas. Llevaba el pelo sucio y los rizos cayeron apelmazados, de manera que las seis tiras de trenza deshecha colgaban como maromas.

Pero si quería montarme como a una yegua o una mula, las cuerdas le irían bien. Mis ojos miraron las ascuas. No se movió.

—¿Tu madre tenía el pelo tan largo? —preguntó.

—No, msieu.

—¿De qué color era el pelo de tu padre?

—Sais pas, msieu.

—En París cuentan que cada generación de rameras es más hermosa que la anterior en Nueva Orleans. Pero Pélagie me dijo que eras peluquera.

Eso tampoco era una pregunta. Su pelo no precisaba mi atención. Estaba harta de no tener antenas. El pelo me colgaba suelto y pesado sobre los hombros.

—¿No te escapaste una vez de Rosière?

Estaba sentado a la arañada mesa de la cocina. Miraba la taza de café vacía. Tenía los puños de la casaca ennegrecidos, como quemados por la tinta. Había que responder.

—Oui, msieu.

—Mañana voy al Palacio de Justicia. Es un edificio grande que queda justo al otro lado de la plaza. Estaré dentro, y no vigilaré la casa. Si te escapas, con lo guapa que eres, lo más probable es que te violen nada más salir de Opelousas, o te vendan inmediatamente a un burdel. Eres lo bastante inteligente para entenderlo.

—Oui, msieu.

No pretendía asustarme. Su voz era como la de madame Lorcey, la institutriz, cuando impartía una lección que le interesaba mucho.

—Eres valiosísima. Si te escapas, tus circunstancias sin duda empeorarán. ¿Estás marcada?

—Oui, msieu —¿cómo conseguían sus palabras calentar la cicatriz? —, con la fleur-de-lis.

—Entonces serías identificable sólo como alguien que ya se ha escapado una vez, no como propiedad de nadie. Es peligroso no pertenecer a nadie.

Eso no era una pregunta. Las ascuas se transformaron en miles de rubíes. Madame Pélagie tenía un collar de rubíes. Los cristales eran rectangulares como madera que arde.

—¿Sabes sumar y restar?

—Oui, msieu.

—Sé que le cosías el ajuar a Pélagie. Me traerán telas y muebles. Tres camas y tres armarios.

Armarios. Si Hervé Richard era quien los entregaba, nunca volvería a mirarme a los ojos. Lo había rechazado. Podrían haberlo matado.

—Deseo que las habitaciones de arriba estén a punto para los huéspedes. Opelousas necesita más alojamientos.

Alojamiento. ¿También se alojarían los huéspedes dentro de mí? ¿Por eso me había traído? ¿O esperaba a msieu Ebrard o a otro hombre para que me echaran un vistazo y me ofrecieran más dinero del que había pagado?

Alojar. Aclimatar. Acompañar.

Acompañar. Iba a acompañar a Pélagie a Nueva Orleans, a Nueva York. Si su marido me hubiera disparado, yo habría estado con ella là-bas, en lugar de mi madre.

No recordaba esa clase de silencio. Cuando se fue y los postigos se cerraron contra la copiosa lluvia que cayó tras el alba, la casa fue como un nido de golondrina pegado a los aleros de la casa de Dios. Fuera estaba oscuro, se oía un siseo; dentro estaba oscuro y no se oía nada. La voz de mi madre cerca del resplandor del fuego. Las mujeres susurraban en el barracón, y se oía la risa de los hombres como ladridos de perro en el bote. Los cacharros de Philippine. El incesante

llamar de Pélagie. Los gritos de Jean-Paul llegando a los árboles cuando yo me acercaba.

Cuando el espíritu de Céphaline abandonó su cuerpo, yo me eché en un rincón. ¿Fue sólo eso? En la tina de añil, esperando, y en la zorrera, yo había estado sola, pero los hombres trabajaban a mi alrededor.

La lluvia caía más espesa y en medio de la tormenta nadie traía ningún pedido. Me puse la capa encima de la cabeza y me senté delante de las brasas de la lumbre. No había ninguna vela encendida. Sólo hace falta una vela. Como la bodega del barco que me llevó. Sola. Todo estaba oscuro y se estremecía y golpeaba a mi alrededor.

Msieu Antoine pasaba todo el tiempo en su despacho. No me dio más instrucciones. Era un hombre. Eran las mujeres quienes llevaban la casa, quienes te decían qué no podías tocar, comer o abrir. Él no decía nada.

Por la noche, en la despensa, sobre la cama nueva de cuerdas, intentaba pensar, pero dentro de mi cabeza el dolor era intenso. Ahora mi cerebro tenía cicatrices, como las de mis muñecas y dedos, cicatrices que impedían que los pensamientos pasaran a través de las arrugas. ¿Qué podía hacer mamère, sino esperar? Aun cuando alguien le dijera que me habían vendido a Rosière, yo ya no estaba allí. ¿Qué podía hacer Jean-Paul, aparte de beberse la leche del pecho de Fantine, mirarla a la cara e identificarla como su madre?

Lo mejor habría sido morirme.

La leche me subía a los pechos y luego se iba al cerebro. Un azul dulce y espeso dentro de mis ojos. Si me abriera las venas con un cuchillo y esperara en mi habitación a que todo se volviera negro, Jean-Paul no lo sabría. Aún era un animalillo.

¿Qué había en la carne gris de su cerebro? ¿El cráneo que latía? Se me quedaba mirando, o a las ramas, o las puntas de los pies de Emilia con la misma concentración.

Se excitaba muchísimo, le temblaban los brazos y cabeceaba furiosamente cuando veía la cara de Fantine cerca de la suya.

Si me moría, Fantine sería su madre, Francine su hermana, y lo amarían. Nadie lo dejaría. Él se iría algún día, si lo vendían, pero no me dejaría, al menos no como había hecho yo al separarme de mi madre sin unas palabras de despedida.

Aquel último día había pegado la boca a mi hombro desnudo mientras su cabeza topaba contra mí. Tenía las encías duras y calientes.

Con una aguja me abrí las cicatrices de las muñecas. Apareció la sangre, tan veloz como antes en el bote. Las cicatrices no

obstaculizaban la sangre. Me hice un agujero en una de las quemaduras causadas con las tenacillas de Pélagie. Oscura como un grano de café. Mi madre no se habría matado después de mi nacimiento. Mi madre no era de la tribu de los que bebían sangre, pero en cuanto el líquido dejó de temblar, una vez se hizo más oscuro, anunciando que ya no vendría más sangre, me lo llevé a la boca.

De ninguna tribu.

Por la mañana, en el estrecho patio trasero de Opelousas, encendí un fuego bajo la tina negra de lavar. Mis cuerdas de tender se extendían entre dos jaboncillos. El alba mostraba centenares de frutos que colgaban de las ramas negras como diminutos soles. Tendí las camisas blancas de msieu Antoine, con sus puños teñidos de púrpura.

La leche se secaba en mi pechera, como todos los líquidos de nuestros cuerpos, y luego se volvía polvo en mi piel y se iba volando con el viento para acabar adentrándose en la tierra que había detrás de la casa.

—¿Qué edad tiene?

—Diecisiete.

—Dios mío.

—Oui.

—Vale cada dólar que pide.

La pausa me hizo saber que sonreía.

—Oui.

Creería en el dinero. Lo único que existía.

Céphaline lo sabía. Pélagie lo sabía. Mi madre se equivocaba. La única razón para engendrar era transferir dinero de un cuerpo a otro. El aplicar el patrón sobre la tela permitía que el tinte se infiltrara en los hilos. Criaría conmigo y vendería a mis hijas.

Pero pasó otro día y seguía sin tocarme.

A solas con las palabras que me llegaban flotando a la cocina, pronunciadas por hombres sentados en el despacho o en el comedor o en la puerta principal.

—¿Es virgen?

—Él dice que no.

El silencio era un encogimiento de hombros.

—En Nueva Orleans oí que puedes conseguirlas jóvenes o las hacen pasar por jóvenes.

—¿Las hacen pasar?

—Les quitan el pelo. Todo.

No podía tener nada. Ni pelo. Si msieu Antoine lo decidía, podía quitarme el pelo. Si lo decidía, podía decorarme la piel con quemaduras, marcas, tinta. Cada mañana rellenaba su tintero. Tenía los puños manchados de tinta.

—Msieu Antoine —levantó la mirada sorprendido de que yo hablara primero—, haré un preparado especial para limpiarle los puños si me da dinero para ir a la droguería.

Si creía que iba a escaparme, no me daría dinero ni me dejaría ir a la tienda.

Puso unas monedas sobre el escritorio sin levantar la vista. Sus dedos no tocaron los míos.

Los edificios eran más altos que la caña de azúcar y los callejones más altos que las hileras.

Encontré el bayou Carron, donde uno de los vendedores ambulantes dijo que tenía musgo. Era libre. En el camino de barro que discurría junto al agua somera, chamizos sobre pilotes se inclinaban hacia la cuneta. Uno hombre orinaba en el río desde su porche. Un trampero. Se me quedó mirando mientras las gotas amarillas volaban en el aire.

Todos esos días esperando salir de casa y encontrar agua, pero ése era otro sueño infantil. Esa agua no podía transportar mi cuerpo o mis oraciones. Una niña se arrojaría al agua, a cualquier agua, y fingiría que caminando por el fondo, en compañía de los espíritus de los que su madre le había hablado, podía volver con esa madre. Una madre nunca sería tan egoísta.

Pero mi hijo estaba con Fantine. Yo estaba sola. Escupí en el agua y vi flotar el mapa de mi saliva.

Marcas en mi cuerpo: la eme tatuada, los granos de café. Mis dedos apretaron las cicatrices. Mamère no me había criado para vivir como una cobarde. Abandoné la idea de morir, de escapar en el líquido que era todo nuestro.

Tenía la moneda en el puño, dentro del bolsillo de mi delantal. Me fui a la tienda.

Era más fácil creer en el dinero que en cualquier otra cosa. Podías cogerlo, contarlo, esconderlo, moverlo. El dinero no ayudaría a Jean-Paul. Un esclavo no podía comprar a otro esclavo. Pero en mis manos, las monedas ya no eran de msieu Antoine. El dinero (fragmentos y cuñas de plata atados a mi tignon y escondidos cada día en un sitio nuevo, entre la ropa sucia, en la diminuta caja de granos de café, en el patio bajo una losa plana, donde el azulete y el agua de la colada convertían la tierra en una masa fétida y blanda), el dinero me ayudaría a saber cómo recuperar a mi hijo.

Los reales de plata, los pesos mexicanos y las monedas de oro me mantenían con vida.

Cada día, cuando pisaba la acera de tablones, se agitaba en mi interior algo que tardé días en definir. Las palabras que Céphaline espetaba con las manos levantadas tras haber sumado una larga serie de números.

—No es euforia —le decía a la institutriz—. Es satisfacción mezclada con cálculo.

Más allá de las fachadas y las cabañas, mis pies se movían según la pauta de mis propios cálculos. En algún lugar de las afueras de Opelousas, Hervé Richard fabricaba armarios y sillas. Pero no lo había visto.

Mi tarea era comprar lo indispensable.

Msieu Antoine se pasaba casi toda la noche consumiendo velas, escribiendo cartas. Bebía café todo el día. Comía pan. Le gustaba la sal.

Las idas y venidas de mis pies sólo eran interrumpidas por los hombres que hablaban desde el portal, desde la calle, desde los caballos. Los franceses hablaban en voz baja; los americanos, no.

—¿Te han enseñado a usar la boca?

—¿Quién es tu amo?

—¿Trabajas para Jeanne Heureuse?

—No tengo que pagar si te agarro en la oscuridad, encanto. Dile a Heureuse que la próxima vez te quiero a ti. Maldita sea, no te vayas. Los estúpidos esclavos franceses tienen que comprender que los americanos no lo toleran. La cogeré y la enseñaré a escuchar.

Tenderos franceses, albañiles ingleses, agricultores alemanes. Pero los peores eran los americanos. Nuevos granjeros, abogados, especuladores, capitanes de barco.

Miraba a las mujeres con cautela y de soslayo, nunca a la cara para que no exigieran que me azotaran. Las esposas criollas de los plantadores, los vestidos precediéndolas al bajar del carruaje, los rizos cayéndoles por las mejillas como gruesos gusanos negros. La nuca blanca como la harina, pero un pelo sedoso y negro como la columna vertebral de un hada. Las mujeres acadias llevaban capotas y tejidos artesanales, los labios finos como alambres, las manos más morenas que las mías mientras vendían frutas y verduras de sus cestos.

Pero los hombres estaban en todas partes, me tocaban la mejilla si nadie miraba, me metían la mano bajo la manga, me gritaban por la calle.

Metía los oídos bajo el agua.

—¡Jeanne Heureuse! —me chilló un hombre una vez, y me tiró de la manga para que me volviera; luego se rio y dijo—: Debes de ser su

hermana. Igualita que ella, aunque para asegurarme tendría que verte en cueros.

Esa mujer era dueña de tres mujeres, decían los hombres en el despacho de msieu, mientras el humo de sus cigarros formaba volutas como de vides blancas. Era una mulâtresse que vivía fuera de la ciudad, en su propia casa, que había conseguido la libertad y se había puesto de apellido «Feliz» porque ése era el servicio que ofrecía. Cada una de sus chicas tenía una tarea.

¿Sus bocas estaban llenas de tela, de dedos, de su propio pelo?

Las tres mujeres eran animales de tiro con papeles. No vacas; si tenían bebés, esa leche no podía venderse. Tal vez Heureuse quería más bebés, de piel cada vez más clara, pero sólo chicas.

Chicos no. Los niños quadroons no servían para nada. Animales inconvenientes. Sus conductos no eran útiles para nadie, y sus caras sólo recordaban algo que nadie quería ver.

Aun cuando la leche ya hubiera desaparecido dentro de mi cuerpo, la piel floja de mi vientre aún sufría unos extraños espasmos. Donde Jean-Paul había permanecido acurrucado. No sabía qué sentía mi cerebro.

El domingo, msieu Antoine se fue a misa, y yo también fui a preguntarle a Dios por mi hijo.

Caminaba al lado de msieu Antoine. Teníamos el Palacio de Justicia a la espalda, el edificio al que él iba cada día, donde todas las vidas se decidían sobre un papel, y la torre de la iglesia era adonde nos dirigíamos, donde todas las vidas se decidían rociándolas con agua y una ráfaga de humo.

Pasamos junto a la modista: un cristal, un cartel sobre la puerta. Mode de Paris. Ahí colgaba un vestido de seda con pliegues y fruncidos. Plumas de avestruz sobresalían de un sombrero.

El vidrio se hacía con arena, había dicho Céphaline. Arena quemada y derretida por el fuego. Pélagie había querido un escaparate de cristal. La casa de msieu Lemoyne había ardido hasta quedar reducida a cenizas y mamère hervía las cenizas hasta que se convertían en lejía para el jabón.

El cristal era frío. Mi dedo dejó una marca en el cristal.

Desde el banco de atrás, destinado a los esclavos, casi no se olía el humo del incienso. Madame De la Rosière había hecho bautizar a los bebés con agua en la cabeza y a los adultos llegados de África. Jean-Paul, Francine y dos nuevos bebés habían sido mojados con el agua bendita por el sacerdote mientras Pélagie yacía en la sala, las manos en el pecho, sobre las heridas cubiertas de seda.

Amadou fue bautizado por Gervaise en el ciprière con el agua negra de donde vivían. Sophia quizá nunca volviera a verlo.

No había sentido a Dios desde que yacía en la oscuridad mirando rezar a mi madre.

Aquella noche sujeté mis pinzas y recé. No tenía nada de Jean-Paul. No tenía el pelo lo bastante largo para cortarle un mechón. Yo le había mordido las uñas y las había escupido al suelo.

No sentía un solo Dios, sino que rezaba a los dioses de todas las aguas, los bayous, Barataria, el Misisipi, el agua en la tina de lavar de mi madre, la saliva y las lágrimas en nuestros cráneos. Imaginé a Dios dentro de todo lo que brillaba y temblaba.

¿Amaría a mi hijo? ¿Y a mi madre? msieu Antoine, que parecía solo en el mundo, sin esposa, hermanos ni parientes, ¿iría alguna vez a Nueva Orleans? ¿Me permitiría ver a mi madre?

Las ascuas se derrumbaron. Quería ver a Jean-Paul antes de que pudiera hablar y pronunciar el nombre de otro.

Ahora sabía que mi presencia conseguía cosas que ninguna otra presencia podía lograr.

Yo estaba en la imaginación de todos los hombres que entraban en aquel despacho, en aquel edificio, incluso en la de los que nunca entraban.

Me veían allí, mi cuerpo trabajando incluso después de haber acabado de cocinar, coser, lavar y limpiar. Mi cuerpo debajo del de msieu Antoine, la boca abierta de placer, dolor o miedo, mi pelo enmarañado en sus codos. Y mi boca cerrada por la mañana.

Un anciano llamado msieu Césaire se quedó un día en el despacho mientras msieu Antoine se iba al Palacio de Justicia. Durante días habían tratado de la venta de una propiedad en Arnaudville. Oía su nombre constantemente.

—¿Qué piensa Césaire? Sigue siendo el hombre más rico de Opelousas. La abuela de Césaire vino aquí con una concesión de tierras del rey.

Msieu Césaire me dijo que me pusiera delante de él. A continuación me levantó el vestido con el bastón hasta que el borde de la tela me cubrió los ojos.

Me examinó unos minutos. Mis bombachos de lino, que Pélagie había descartado mucho tiempo atrás, se me pegaban a los muslos del sudor.

Dejó caer el borde de mi vestido y dijo:

—Llevas ropa interior. Es una estupidez. Un impedimento. Deberías estar preparada para levantarte el vestido en cualquier momento, si para eso estás aquí.

Me despidió pasándome el bastón por la columna vertebral y empujándome hacia la puerta.

Al día siguiente, msieu Antoine dijo:

—Tú no eres una hija del placer, pero tu sola existencia hace que los hombres piensen en placeres muy concretos.

¿Tenía que responder a esas palabras mientras recogía del suelo páginas manchadas de tinta y desechadas?

—Se supone que tu papel es el de concubina.

Su boca no era de las que sonreían hacia arriba; cuando algo le divertía, sus labios se echaban hacia atrás y formaban dos huecos en sus mejillas, por encima de sus bigotes.

Tenía que aprender hasta dónde podía llegar.

—No conozco esa palabra.

Volvió a echar los labios hacia atrás.

—El origen… quizá sea chino. Significa amante. La mujer que lleva a cabo los deberes del matrimonio pero sin sanción legal. Sin papeles.

Cuando dijo «lleva a cabo», prolongando el sonido para que sonara a falso, me recordó a msieu Vincent antes de sacar la pistola.

—Todo el mundo tiene papeles —las palabras me salieron de la boca.

Msieu Antoine no estaba enfadado. Parecía otra vez jovial.

—Todo humano y equino, dicen.

—Y los perros.

—Sí.

Coloqué la jarra de plata para el café sobre su braserito, parecido al que utilizaba para calentar las tenacillas cada mañana en el cuarto de Pélagie.

—Madame Pélagie murió a causa de unos papeles.

¿Se me permitía hablar de hechos o de generalidades graciosas?

Se acabó el café y dijo:

—Ven al despacho.

Me enseñó las páginas, la tinta, los sellos, las cartas y los contratos.

—¿Ves todas estas transacciones?

Dobló el cuello debajo de mi cara hasta que tuve que ver sus ojos. Sus pestañas eran como pincelillos. No me permití apartar la mirada, sino que la dirigí a los puntos negros de su visión.

—Sí —dije.

Finalmente asintió.

—A madame Pélagie la mataron por culpa del dinero, los papeles, el deseo.

Era un hombre. No lo entendía. No era deseo. El deseo era demasiado sentimental. Besoin. La mera necesidad de un conducto.

—A los dos nos conviene dejar sentadas algunas cosas. Me parece evidente que no has sido adiestrada en las artes del amor físico. No

veo avaricia ni deseo en ti.

¿Veía besoin? Yo quería a mi madre y a mi hijo.

—¿Lo entiendes? Quiero que te muestres complaciente si se solicitan tus servicios. Placeres domésticos de todo tipo. En este momento, mi satisfacción reside en que en esta casa todo vaya como una seda.

Bajó la vista para acabar la conversación. Rodeé el escritorio, recogí papel secante y trocitos de cera de lacrar. Él ignoraba que yo sabía leer.

Las páginas estaban cubiertas de arañas de tinta que reptaban en la letra retorcida e inclinada de msieu Antoine. Anotaba los hechos para que fueran oficiales. Bodas, nacimientos, muertes, traspasos de propiedad. Ventas.

Propiedad de la Viuda du Plantier. Lartigue: negro criollo, 45—850 pesos. Charité: negra criolla, 20— 450 pesos.

Si no los anotaba, no existían.

Ahora mi nombre estaba escrito en tres trozos de papel. Azure, Rosière y aquí, en algún lugar de esa habitación. El nombre de mi madre sólo había sido escrito una vez. El nombre de mi hijo permanecía en el despacho de msieu De la Rosière.

Msieu Antoine movía la pluma sobre el papel. Volví a mirarle a la cara. Estaba escribiendo. Se le hundía una mejilla en la boca como si se la masticara. Tenía los ojos grises, aunque con motas verdes en el interior, como trocitos de hoja rota. Tenía el pelo negro y los dedos de la izquierda se alineaban sobre el papel mientras escribía con la derecha.

Hace tiempo, le había escrito cartas a alguien a quien echaba de menos. Las había visto en el garçonnière. Echaba de menos los dedos de una mujer en los suyos. Había amado a otra. ¿Estaba esperando a esa mujer?

Seguía mirándole los dedos.

Escribió: «El propietario testifica que…».

Yo no podía testificar nada. Mis palabras no podían anotarse. Habría testificado a favor de Pélagie, echada en el suelo con su clavícula cubierta de sangre. Su marido había mentido. Ella no había vendido a mi hijo.

Jean-Paul, quadroon, recién nacido. Sin precio.

Madame Lescelles hizo pintar su nombre en el escaparate de la nueva tienda que quedaba a dos manzanas del Palacio de Justicia. Levantó la vista de su libro de contabilidad cuando entré para pedirle tela y café. Nunca me dirigía la palabra. Sólo levantaba la barbilla, como había hecho mamère, para hacerme saber que había advertido

mi presencia.

El nombre: el propietario de Hervé Richard era un tal Lescelles, un hombre de color libre. ¿Pero podía un esclavo preguntar por otro esclavo?

La estudié mientras no miraba, mientras contaba el dinero que un cliente le había puesto en la mano. Era de piel un poco más oscura que la mía, con ese cobre rojizo de las cafeteras nuevas que sólo han estado unas cuantas veces al fuego. Siempre llevaba un tignon de color azul intenso anudado muy arriba y tenía los ojos de un extraño verde. Verdín. El color que se iba posando en la estatua que había delante del Palacio de Justicia.

Era una estatua en el mostrador y sólo movía los ojos cuando la gente tocaba sus provisiones. Harina, café, azúcar, velas, cera de mirto. Aquel día dije:

—Velas, por favor, y café. Una libra de grafito.

Entornó los ojos y dijo:

—¿Por qué compras tú el alumbre, el grafito y las remolachas? ¿Quién come tanta remolacha blanca?

Ésa era mi oportunidad.

—Son para hacer jabón para las manchas de tinta. Y betún para msieu Antoine. Podría hacer de más, si quisiera venderlo aquí.

No contestó. Yo añadí:

—¿Su marido posee una carpintería fuera de la ciudad?

Sus ojos volvieron a entornarse hasta formar un fino horizonte sobre sus mejillas.

—Mi sobrino —contestó.

Luego enrolló las velas en un fardo y lo anudó con bramante. Apareció un americano por la puerta y gritó en inglés:

—¡Tú! Dile a tu amo que venga a ver estas pieles de venado.

Los dedos de madame Lescelles no temblaron mientras apretaba bien el bramante.

—Nunca he tenido amo —dijo de manera lenta, sin inflexiones, la mirada en las rodillas del hombre moldeadas con cuencos de barro—. Nací libre y así seguiré hasta que muera.

Era un trampero, uno de esos hombres que venían en invierno a vender las pieles, a comprar licor y mujeres, a pelear en las tabernas hasta que los árboles estaban preparados para volver a recibirlos. Y a sus armas. Los veías en callejones, tendidos, borrachos, con comida y sangre en la barba.

Ese trampero tenía la piel roja y moteada, como una cáscara de gamba hervida; le faltaban dos incisivos, y en las encías se veía una muesca reciente y púrpura.

—Por mí como si te mueres ahora mismo, mestiza. Amarilla como

una mierda de bebé. Y eso es lo que vales. ¿Dónde está el propietario?

—Yo soy la propietaria. Y no compro pieles de venado.

El hombre escupió en el suelo.

—Quizá os lleve a ti y a tu hija al bosque y os folle hasta que ya no seáis libres. Os despellejo y os vendo en Nueva Orleans. Allí venden de todo. Incluso negros libres.

Habíamos desplazado nuestros ojos. Ahora ella y yo nos mirábamos a los hombros. Bajo el algodón estampado de su vestido, los suyos eran rollizos como jamones.

—No tienes amo a quien quejarte si te robo.

Los ojos de ella seguían en mi hombro.

El hombre volvió a escupir tabaco. Cuando se fue, ella seguía moviendo sólo los dedos y los ojos. Era como si sus pies formaran parte del suelo de madera que había detrás del mostrador, y me pregunté si estarían muy hinchados cuando llegaba la noche.

Los círculos espumosos de saliva temblaban como gelatina sobre los tablones. Ella no dijo nada cuando me detuve en el umbral, donde se demoraba el olor del trampero. Ni «adieu, hija no mía». Ni «no tengas miedo, petite». No «trae tus frascos mañana». Nada más que:

—El precio de las velas subirá la semana que viene.

A lo mejor Hervé Richard ya se había escapado. Madame había dicho que había nacido libre. Pero si su padre era francés y su madre africana, ¿cómo había llegado su madre a ser libre?

¿Había comprado la libertad?

Su sobrino había comprado a Hervé Richard en Nueva Orleans. Mientras fregaba las escaleras de la entrada y limpiaba las ventanas, vigilaba por si llegaba su carro.

Unas semanas más tarde, madame Lescelles dijo en su tienda:

—Trae los productos. Los examinaré.

La presentación. Me quedé despierta casi toda la noche, la garganta palpitándome de los nervios. Las cintas de mi madre. La belleza de lo cotidiano. Anudé una cinta negra en el cuello del frasco del betún, blanca alrededor de la envoltura de papel de las pastillas de jabón.

—¿No les pones una etiqueta? —preguntó madame Lescelles.

Negué con la cabeza.

—No sabes escribir —dijo suspirando.

Me dio dos reales de plata que até en el interior de una tela que hundí bien dentro del pelo.

Al día siguiente, los productos estaban colocados sobre el mostrador y su precio era el doble de lo que me había pagado. Eso era

lo que hacía un escaparate. Por eso Pélagie quería uno.

Encontré una lata de tabaco para mis ganancias, pero dejé el viejo tignon envuelto en torno a las monedas para amortiguar el sonido del dinero.

Un día llevé el café, que msieu Antoine tanto necesitaba. Ahora no me daba miedo y no sería él quien iniciara la lección. Estaba en silencio.

—¿Por qué no compró a mi hijo? —le pregunté.

Sorbió un poco de café entre los dientes, como hacía cuando estaba muy caliente.

—Monsieur De la Rosière acordó venderte por un precio muy alto: 900 pesos. Le pagué 500 y le deberé el resto hasta que se cumpla un año exacto. Abril de 1814. Mantiene derechos sobre ti hasta que la venta sea definitiva.

—¿Derechos?

—Eres una garantía. Si no le pago en esa fecha puede recuperarte. Pero estoy esperando el pago por la venta de una propiedad y entonces le pagaré lo que falta.

Unos pelillos asomaron de sus muñecas como hilos sueltos. ¿Por qué los hombres tienen ese vello?

—¿Y mi hijo?

Suspiró.

—No me pareció que pudiera preguntar por tu hijo. De la Rosière mencionó que nunca vende esclavos varones, pues siempre los necesita para los campos. Y tener a tu hijo aquí habría despertado suspicacias sobre muchos aspectos de nuestra relación.

No tenía respuesta a eso ni tampoco más preguntas.

Pero ¿y si msieu Antoine no podía pagar el resto? Entonces regresaría a Rosière, a Jean-Paul. Msieu De la Rosière podría volver a venderme, y más lejos. ¿Y si la cara plateada de Jean-Paul hacía que Etienne o su padre se acordaran de mí… o de la muerte de madame Pélagie? ¿Gateaba ya Jean-Paul hacia la lumbre mientras Fantine inclinaba la cabeza hacia su propio bebé? ¿Cogía un trozo de carne? ¿Era de esa clase de críos: codiciosos, que todo lo cogen? ¿O se quedaba tranquilo y miraba?

¿Qué le contarían de mí?

Una mañana de diciembre, cuando el humo de la caña que quemaban había llegado a Opelousas, cuando faltaban pocos días para que mi hijo cumpliera un año, abrí la puerta principal y Etienne se me quedó mirando sin expresión. Tenía la frente morena, como si se hubiera pasado el verano cabalgando por los campos. Observé sus botas.

—Monsieur Antoine me espera.

Pasó a mi lado y se metió en el despacho.

Los animales se aparean en los árboles, en el establo, en el agua, y cuando nacen las crías las madres los alimentan hasta que su vientre pierde ese aire cómico y se encoge. Entonces las matan para comer o por dinero, o recorren los bosques buscando comida. Los adultos no se reconocen entre ellos ni a las crías cuando están en el ciprière o en el río.

Sólo si están domesticados. Encerrados. Si tienen dueño. Perros de caza, caballos, mulas.

La puerta principal se cerró cuando se fue.

En la cocina, mis dedos arrancaron la piel del pollo hervido y retornaron los músculos a la olla.

Talaban los árboles y construían paredes. Recorríamos el bosque de la ciudad buscando comida transportada por otros animales en cestos o que estaba detrás de un mostrador. Los hombres cazaban comida y sexo. Las mujeres eran cazadas y capturadas, incluso las blancas, y exigían dinero para ropas y platos. Los propietarios de las tiendas anotaban lo que la gente compraba y lo que poseían. En el Palacio de Justicia, las palabras eran la única verdad.

Cada día, la mano de msieu Antoine se movía por la página. Cuando se iba al Palacio de Justicia, yo leía lo que había dejado en su escritorio. Quería conocer la verdad de esa casa.

No le escribía a la mujer cuyas cartas habían sido tan cariñosas cuando las leía en el garçonnière de Rosière. Escribía cartas de negocios, pero casi cada noche le escribía al señor Jonah Greene, de Filadelfia. Mientras limpiaba los postigos, leía las palabras: clima favorable, población en aumento, métodos de transporte. Intentaba convencer al señor Jonah Greene de que fuera a Opelousas como socio suyo.

Se hacía necesario ver las cosas tal como las veían los blancos. Dinero y negocios. Pedirle que comprara a mi hijo era negocio. Quizá me hubiese comprado para el señor Greene, puesto que él no me tocaba.

Pero nunca veía mi nombre.

Cuando él dormía, yo cogía papel, tinta, plumas de su despacho y las escondía en mi cesto de coser. Nunca se daba cuenta. A los franceses no les había importado mucho que unos cuantos esclavos supieran leer y escribir, pero los americanos lo habían declarado ilegal. Azotaban a los esclavos que escribían hasta matarlos. Yo tenía que aprender sola antes de que llegara el señor Jonah Greenne.

Por la noche, cuando las calles estaban en silencio, dejaba mi

costura y cogía la pluma, la mojaba en la tinta que había metido en un tarrillo vacío de bálsamo. Cuando la pluma tocaba el papel, manchas de nubarrones se extendían como tormentas. Quemaba el papel y olía a azul. Tinta china. Añil en la pluma, parecido al de las que mi madre había sacado de su marmita de agua con lejía hirviendo.

Era más difícil formar las letras con los dedos que verlas con los ojos. Y la tinta derramada me mancharía los dedos o las mangas y me delataría. Comencé con la eme. M M M M M. Me llevó varias noches, las curvas como pelos diminutos, la curva como si se escapara de la página.

Empecé a escribir sus nombres una y otra vez. Jean-Paul. Marie-Thérèse. Y a lo mejor les blankittes tenían razón en eso: ver los nombres que salían de mis dedos, en el diminuto trozo de papel doblado en el bolsillo de mi delantal, me hacía sentir como si poseyera algo. A alguien. Aunque sólo fuera sus nombres.

Msieu Antoine vendía palabras. ¿Pero cómo sabía que eran ciertas? ¿Las palabras se volvían verdaderas sólo porque él las escribiera, porque tuviera el título de notario y el sello? Las palabras que eran claramente falsas, ¿se volvían verdaderas cuando las escribía?

¿Y si msieu Vincent hubiera vivido y yo hubiera muerto en el suelo, junto a Pélagie, y cuando nuestra sangre se hubiera limpiado del suelo y la tela, msieu Antoine hubiera escrito que msieu Vincent había dicho que yo había disparado a Pélagie porque no me llevaba a París? Años después, esas palabras habrían sido ciertas para Jean-Paul si alguna vez hubiera preguntado lo que le había pasado a su madre. «¿Quién era, Fantine? ¿Por qué mató a su madame?»

¿Cómo se convertía la verdad en palabras? ¿Cómo leía Céphaline todas esas palabras y sabía que la persona que las escribió y luego encuadernó las páginas sabía la verdad? No palabras como caballo y mula, e híbrido, y los nombres de pájaros que recordaba de todas esas tardes con ella (garceta, grulla, gaviota, gorrión, pato, canario), sino palabras como las que un hombre le dijo a msieu Antoine: «Yo, el abajo firmante, el 20 de noviembre de 1813, lego mi propiedad de la manera siguiente: a mi hijo Pierre, mi espada; a mi hijo Adolph, mi reloj y mi cadena de oro; a mi hija Marguerite, todos los bienes de la casa, los muebles, cuatro esclavos y la residencia del bayou Gregoire, con 1.217 acres de tierra, debido a los cuidados y esmero con que la susodicha Marguerite cuidó a su padre tantos años después de la muerte de su madre».

El hombre era menudo, con unas manos que parecían pies de pollo sobre la manta que le cubría las rodillas, y lo acompañaba su hija, rolliza y vigilante mientras tomaba café de la mesa donde yo lo había colocado. ¿Cómo sabía msieu Antoine que ella no había perjudicado a

su padre, que no lo había matado de hambre hasta que dijo esas palabras?

Pero una vez las palabras estaban escritas en la tinta de msieu Antoine y firmadas, y los papeles se llevaban al Palacio de Justicia del otro lado de la calle, ya eran ciertas. Toujours. Siempre.

Los números siempre eran ciertos. No se alteraban. Escribí su cumpleaños. 14 de diciembre de 1812. Llevaba ocho meses separada de Jean-Paul, casi el mismo tiempo que lo había llevado dentro.

Hacía casi tres años que estaba separada de mi madre.

Pero mi madre lo recordaba todo: mi cara, mi voz, mis dedos, mi corazón. Recordaría las palabras que odiaba: rótula, clavícula, iris.

Mi hijo, si no lo veía, no recordaría nada.

Sabía que msieu Antoine se negaría, aunque sin enfadarse, pero se lo pregunté. El cumpleaños de Jean-Paul caía en domingo. Estaría gateando, agarrando faldas con sus dedos ansiosos. ¿Alguien le haría un juguete? ¿Se acordarían de la fecha? Estaba escrita en el libro mayor de msieu De la Rosière y quizá en la memoria de alguien más, aparte de la mía.

Mientras me preparaba para la misa, dije:

—Msieu, dijo que los primeros huéspedes llegan en enero. ¿Podría viajar a Rosière a ver a mi hijo?

—No puedes viajar a Rosière sola —frunció el ceño, no molesto, más bien como si estudiara un enigma—. Está a más de doce millas.

—¿Nunca tendrá oportunidad de visitar Rosière? ¿La semana pasada no vinieron por un asunto?

—No. Era la primera vez que Etienne venía a Opelousas en mucho tiempo. La familia ha estado aislada.

Esperaba la camisa que yo estaba planchando. Yo había oído a los hombres hablar de Etienne:

—Este invierno el hijo busca una esposa en Nueva Orleans. No permitiría que mi Amélie se casara con él: el año pasado mató a un hombre de Burdeos. ¿No te acuerdas? Dijeron que para proteger a un esclavo. Un mozo de cuadra que tuvo una disputa.

—Algo relacionado con un duelo.

—Están tan lejos que es difícil saber lo que pasó. Pero la gente habla. Hablan de sangre francesa derramada por culpa de un esclavo. No hay honor en eso.

La plancha pesaba.

—Podría ir andando a Rosière —dije planchando los puños: una limpia rigidez en las muñecas que significaba que él era quien era.

Estaba escribiendo la dirección en un sobre que había sobre la mesa del comedor.

—No puedes ir andando. Es demasiado peligroso. Y yo no puedo

alquilarte un carruaje. Va contra la ley. Los americanos han revisado el código para hacerlo mucho más duro para los esclavos y la gente libre de color. Las señoras de Nueva Orleans están enfadadas por las mujeres como tú. Puede que no te dejen ir en carruaje. Ni llevar joyas en público.

Yo no quería llevar joyas. La plancha pasaba sobre sus mangas. Ahora ya no tenían ese color lavanda de las manchas de tinta. Eran blancas.

No podía montar a caballo detrás de él ni ir en el carruaje con él. Era aceptable que los hombres de Opelousas pensaran que msieu se me encaramaba encima, que nos imaginaran acoplados, mi pelo enmarañado para su deleite. Pero no era aceptable que yo montara con él en público, mis piernas cubiertas con una tela, cerca de las suyas.

Msieu Antoine hizo lo que hacía cuando estaba cansado. Se pasó los dedos por las patillas y los dejó allí, huesos blancos dentro de pelo animal.

—Eres una inversión —dijo—. No puedes ir andando. Aun cuando llevaras un pase, algunos hombres del distrito podrían hacerte daño. Tendrás que esperar a que tengamos una razón para visitar Rosière.

Yo tenía una razón cada día, pero no podía decir nada. Alquilar un carro significaría que tenía dinero y mis monedas en realidad pertenecían a msieu Antoine. Ni siquiera podía poseer una visita.

Cuando se quitó la camisa, mis lágrimas cayeron tan deprisa como el agua de una ventana.

Las palmas de sus manos tiraron de la piel de las comisuras de los ojos, que quedaron rasgados y pequeños como semillas de melón.

—Moinette —dijo—. En el carruaje tendrás que llevar un velo negro, así la gente pensará que eres una viuda. Una clienta que ha perdido a su marido, que tiene cosas que indagar en Rosière.

—Gracias, msieu —dije.

En la cocina, cuando se me hubieron enfriado los ojos del calor de las lágrimas, preparé café y pollo asado, rociándole la piel de hierbas, tal como Tretite me enseñara mucho tiempo atrás.

El conductor con librea no me dijo nada. Era viejo, el pelo como alambre blanco en sus mejillas negras. Un velo negro me cubría la cara y los hombros.

Doce millas. El polvo se colaba en el carruaje como harina sucia. Los papeles, las plumas, la tinta y el brandi de msieu Antoine iban en una cartera de piel a sus pies. Yo no tenía nada. Ni leche.

Ahora el jardín estaba blanco. Los árboles de Júpiter se veían pelados; sus vainas, negras. Msieu Antoine me hizo una seña con la

cabeza y entró. Yo bajé corriendo el camino hasta le quartier. Tengo permiso para andar por aquí, sería mi respuesta si me preguntaban. Yo era el animal de otro.

El camino estaba cubierto de polvo. Las cercas, las espaldas de los cerdos, las catalpas, la campana que nos había llamado cada mañana. Pero las voces que gritaban y reían y regañaban eran claras.

No podía escaparme. Todos me miraban, y entonces Fantine, con las mejillas aún más anchas y más llenas, levantándose para esconder los ojos, vino corriendo hacia mí con los brazos extendidos. Sophia y los demás sonrieron y levantaron la barbilla para saludarme y Fantine me llevó dentro.

Nuestras mejillas no contenían nada. Las de mamère eran una oscura cornisa de hueso bajo los ojos. Las de madame De la Rosière eran anchas y blandas como lonchas de grasa de cerdo. Las de Céphaline estaban bordadas con agujeros rojos. Las de Firmin, marchitas, formaban cuevas que contenían alas de pájaro quemadas.

Las mejillas de Jean-Paul, en mis labios, eran rollizas y plateadas. Mi cara era una más en el círculo de caras que había encima de él, mientras pasaba de sonrisa en sonrisa, de hombro en hombro.

¿De quién era su dya? Él era el color del agua, sus ojos como un crepúsculo. No se parecía ni a mí ni a nadie. Aún no sabía hablar, sólo producía sonidos de bebé: graznidos de pájaro, ronroneos de gato, el estornudo de todos.

Levanté sus manos y vi la cicatriz en su antebrazo. La marca. Un triángulo que era un capullo de rosa, un tallo en curva y una espina. Más pequeña que la flor de mi hombro. Toqué la quemadura, que formaba ya una cicatriz tersa de color lavanda en su bracito.

—Después de que te vendieran. Marcan a todos, así encuentran a los que se escapan —dijo Fantine.

Extendió el brazo. El mismo lugar. La flor en relieve de satén rosa. Como lentejuelas rosa de mi madre de los chisporroteos del fuego.

Jean-Paul extendió el brazo para coger la cuchara de madera. Fantine movió mis dedos para sujetar mi propia mano.

—Una cicatriz no importa —dijo—. Mira, es perfecto —después dio una vuelta entera—. ¡Y mírame a mí! Cicatrices, sí, pero he recuperado mi silueta y llevo tu blusa.

Mientras se la ponía, levanté a Jean-Paul y llevé la lengua a la cicatriz. Plana. Sin relieve. ¿Cómo se aclaraba la sangre africana hasta ser como la francesa, hasta formar esas cicatrices planas en lugar de las marcas tribales?

Nos sentamos junto al fuego. Fantine llevaba la blusa que yo le había cosido, los círculos de la tela blanca que había sido un fular desgarrado en charcos.

Me quitó el tignon.

—Enséñale el pelo. Que lo sienta.

Jean-Paul me tiró de una trenza. Se puso la punta en la boca con repentina ferocidad y todos rieron. Todo a la boca.

Apartó de sí el pelo mojado y se lo quedó mirando.

—Tu msieu… no estás… —se llevó las manos a la barriga. Negué con la cabeza.

—Es más seguro en la caña. Haces tu trabajo, nadie mira. En la casa es peligroso —dijo Sophia.

Yo también preferiría estar en la caña todo el día y por la noche venir con Jean-Paul. Con esa marca tan grande en su bracito. Todas las páginas de msieu, descripciones de esclavos comprados y vendidos: le falta el ojo izquierdo, abstemio garantizado, marcado en la mejilla izquierda con una V de voleur: ladrón. Recién nacido negro. Recién nacido quadroon.

Francine movía cáscaras de pacana por el suelo y Jean-Paul se arrojó de mis brazos hacia las cáscaras. Francine las escondía en sus manos rollizas.

—Siempre quiere lo que ella tiene —dijo Sophia.

—Los bebés siempre quieren bebés. Los niños siempre quieren niños. Quieren estar con alguien de su mismo tamaño.

Por fin dije:

—Ahora todos somos del mismo tamaño.

Fantine sonrió. Pero no conocía las palabras. Todas esas palabras del tribunal. Esclavos vendidos con los caballos, las mesas, los cuchillos. Platos adornados con dalias y con pavos reales.

Este msieu no vende. Mamère se lo dijo a Hera, hace mucho tiempo, aquella primera noche que vino a nuestra casa en Azure. Pero ¿quién sabía cuándo msieu De la Rosière vería a Jean-Paul y decidiría que sabía quién era? No tendría la obesidad rosácea de Ebrard ni sus cejas ralas. Jean-Paul ya tenía diminutos puntos de pelo tras las orejas y yo se los peiné hacia los lados. Sus ojos eran del mismo azul soldado que los de Etienne, pero envueltos en humo. Yo sabía de quién era hijo. Ahora nadie lo veía. Como Emilia no podía andar, guardaba los bebés incluso cuando Fantine y los demás recibían sus provisiones el domingo. Sólo alguien que entrara en le quartier vería a ese niño pálido y plateado. Madame estaba ciega y Etienne no tenía esposa.

Nadie se fijaría en Jean-Paul hasta que no comenzara a trabajar, cuando tuviera cinco o seis años, y lo pondrían a recoger los restos de la caña y a acarrear leche.

Por entonces tenía que ser mío. Su nombre tenía que estar escrito en un papel con números y puesto en mi mano, de manera que me perteneciera.

8. TRANSPORTE

En dos años lo vi dos veces más.

En marzo de 1815, cuando msieu Antoine fue invitado a una cena con baile por Mardi Grass, donde todos conocerían a la joven venida de París que se iba a casar con Etienne.

Viajé encima del carruaje con el chófer con librea. Mi labor era ayudar con la colada y la comida.

La cena fue elaborada, con platos nuevos, pero bajo el mantel, en la madera, estaba la misma pálida mancha de agua, como un halo en torno a la luna. Los brazos de la joven estaban salpicados de lunares marrones, tenía el pelo rubio y recogido en un moño sobre la coronilla, con espirales de finos rizos cayéndole delante de las orejas y en la frente. Etienne no apareció hasta que no llegaron los invitados.

Limpié la levita y los zapatos de msieu Antoine y los coloqué sobre una de las camas del garçonnière. Los húmedos ladrillos olían igual que aquella noche. Aparté el cobertor y escupí sobre la funda del colchón. Mis fluidos se mezclaron con los suyos.

En la cocina, los enormes brazos de Léonide temblaban mientras cortábamos las verduras. Cerca del alba, con la mesa para el desayuno ya puesta, Léonide me acercó a su pecho que olía a humo de leña y me dijo que me fuera.

Jean-Paul dormía. Fantine me miró y se dio la vuelta.

Me eché junto a él en un nido de mantas. Su respiración era sonora y rítmica, como un diminuto fuelle aplicado a un fuego que estuviera en mi garganta. Me metió un dedo en la nariz. El sol estaba alto. Jean-Paul ladeó la cabeza y me estudió.

Deslizó los pies por el suelo, con cautela, agarrado a mi falda, apretando con fuerza rosetones de tela con sus manos húmedas. Lo cogí en brazos y él forcejeó para bajar, pero entonces me tocó las mangas. Yo llevaba un vestido de percal estampado que me había cosido la semana anterior. La tela era más suave que las telas de Fantine y Emilia. Le dio unos golpecitos a la tela y a continuación levantó dos puñados, como si sujetara unas riendas.

—Tout a travaille. Él hace su travaille como todos —dijo Sophia.

Así podría crecer y cortar caña y comer y crecer y cortar caña y

comer y crecer. Se sentó repentinamente en el suelo.

—¿Tú haces tu trabajo?

Pensaban que msieu Antoine se acostaba conmigo para que yo engendrara bebés para vender o adiestrar.

—Lavo, cocino y limpio. Mis únicos trabajos.

—Por ahora.

En su plato había unos huesos de pollo que parecían ramillas blanqueadas. Alas, patas. Sophia apoyada en la puerta, Amadou en el ciprière con su padre, cazando aves, arrojando las plumas a los árboles.

Jean-Paul se alejó un poco de mí agarrándose a la pared.

Al día siguiente, Hervé Richard descargaba cajones de madera para madame Lescelles en la tienda. El sudor de la camisa le formaba oscuras alas de mariposa. Cuando me vio se le ensanchó el pecho y se le marcaron las venas en el cuello.

No dijo nada. Lo saludé con la cabeza y entré en la tienda. En mi garganta temblaron las palabras: café, azúcar, harina.

Cuando salí con mis paquetes, él habló deprisa:

—He pasado unos meses en Nueva Orleans. Me mandaron para hacer los muebles de una casa —levantó otra caja—. Te estuve esperando aquella mañana. No viniste.

Mis ojos se posaron en sus nudillos.

—Estaba enferma. Pensé que escaparías.

—Yo pensé que tú escaparías —lanzó una mirada hacia la puerta —. ¿Te vendieron?

—A msieu Antoine. Vive en Court Street.

Echó la cabeza hacia un lado, como si le hubieran dado una colleja.

—¿Entonces esperas un crío?

El aire frío me dio en los dientes. Había visto paquetes bajo mi chal.

—No espero ningún crío. No.

—¿Eres libre para ir y venir? —preguntó muy deprisa.

—En la ciudad.

—Reúnete conmigo mañana en el bayou Carron.

Aquella noche, en mi habitación, recordé su voz cuando dijo la palabra «crío». No quería el crío de otro. El crío de un blanco. Pero tendría que robar a Jean-Paul para robarme a mí.

Msieu Antoine no me trataba mal. Ni siquiera era suya del todo. Estaba hipotecada. Podía perderme, como un caballo. Una mula.

Una mula me rebuznó cerca del bayou Carron. Los dos primeros

huéspedes, dos hombres de Nueva Orleans, habían ido al Palacio de Justicia con msieu Antoine. Yo me había ido con mi cesta de la compra.

Dos indios dormían sobre una manta bajo un árbol y la voz de un trampero americano asomó desde la puerta de un chamizo.

—Si te toco… —dijo Hervé Richard.

Puso los dedos a ambos lados de mi cuello y su boca en la mía. El chasquido de nuestros dientes me resonó en lo más hondo del cráneo. El sabor a humo. Hojas de tabaco.

Era sólo un sabor. Su boca era algo pegado a mi cara. Pero él aún me deseaba. Yo era oro. Si alcanzábamos Nueva Orleans encontraría la manera de llegar a mi madre.

A Jean-Paul.

Me puso un dedo en la clavícula.

—Hay que cerrar el ataúd con clavos. El cocinero me hará un pase.

—¿Con clavos?

Asintió.

—Si alguien nos para por el camino, los clavos harán que se lo piense dos veces antes de abrirlo. Pero si lo abren, yo me encargaré de ellos.

Corría el agua del bayou Carron; debajo había peces.

—¿Le harías daño a alguien sólo para escapar?

—Estoy harto de Lescelles. Trata a los mulatos peor que a los africanos —dijo Hervé.

Luego vio al trampero. Era el mismo que había estado en la tienda: tenía la nariz roja y con costras, como la cresta de un gallo, y la barba estaba moteada de comida. Tenía los ojos casi tan azules como los de Céphaline, pero turbios de beber.

El trampero se nos acercó y los indios se agitaron. Hervé puso en marcha su caballo tirando de mí hacia la calle.

—Cuando sea el momento pasaré por Court Street. Deja algo pequeño junto a la puerta. Una pinza para la ropa. Entonces te reúnes conmigo allí por la noche —susurró—. Sé que esto no te gusta, pero algunos piensan que eres una de las chicas de Heureuse, y no les sorprende que estés aquí. Piensan que buscas clientes.

Unas voces gritaron detrás de nosotros mientras yo me alejaba y caminaba apresuradamente hacia casa.

Aquella noche, al pasarme la lengua por los labios, sólo me sabían a humo. Hervé adoraba mi cara. Cuando dejara la pinza, le hablaría de Jean-Paul, que no se acordaría de mi cara, sólo de mi sabor.

Esperé días y días.

Dos semanas después, msieu Antoine se fue a Rosière a acabar de pagar mi precio. No me contó que había ido hasta después de

completar la transacción. Me dijo:

—Sé que deseabas ir, pero no quería complicaciones.

Me fui a mi habitación y no lloré. Tenía veintidós pesos. No lo bastante para un recién nacido. Cinco pesos para una persona vieja, como Marie-Claire. Diez por un plato decorado con una dalia.

Había olido a Jean-Paul. Él me había olido. Mamère olía a café, a jabón, a musgo húmedo.

Probablemente yo olía a hojas de higuera, de tanto lavar la levita negra buena de msieu Antoine, y a dulce, por el azúcar que siempre guardaba en el bolsillo de mi delantal para Jean-Paul.

Las ruedas de la carreta se detuvieron. Un hombre se agachó como para examinarlas delante de la casa.

Cogí un trapo húmedo y salí para limpiar la puerta principal, donde cada día se acumulaba el polvo.

En el umbral había dos pinzas.

—Tengo un hijo —lo susurré todo seguido.

—¿Qué?

Volvió hacia mí la espiral de la oreja. Sus dedos estaban enredando con el eje. Amarrada al carro había una estantería con cajones de madera, de las que madame Lescelles utilizaba para las especias.

—En Rosière. Tiene un año.

—Un año. Por eso no viniste al bosque esa mañana. Tenías ese bebé —dijo Hervé.

—Lo recogería esta noche.

Hervé Richard no dejaba de enredar con el eje. Habló mirando la rueda:

—Un bebé blanco.

—Mi bebé.

—Lloraría. No iríamos más allá de Washington —se incorporó y fingió que metía sus herramientas en el carro.

—Le daría de mamar.

—No todos los días —Hervé Richard se secó la frente con un trapo que se volvió traslúcido: sus líquidos—. No podemos robar un bebé en Rosière. Demasiado peligroso —se inclinó hacia delante—. Tendrías otro bebé. En Nueva Orleans. Sería tuyo. Mi hijo.

Luego se subió al pescante y tiró de las riendas.

Pagaron por mi cuerpo.

Los hombres pensaban que cuando me compró yo era una virgen de diecisiete años. Msieu Antoine entraba en mi habitación, que comunicaba con la cocina, varias noches a la semana, cuando los

huéspedes estaban arriba. Se sentaba en la silla y yo me sentaba en la cama. El rato en que tendría que estar copulando conmigo, me decía:

—Pélagie te enseñó de telas y a poner una mesa. Pero alguien te enseñó a combinar los colores: cómo quedan unos platos azules con un mantel amarillo.

—Monsieur McAdam desea que cocines con menos especias. Es irlandés y americano.

—¿Fue mejor ver a tu hijo? ¿O peor?

Como en lugar de responderle seguía cosiendo, decía:

—Si pudiéramos traerlo aquí… Pero no es posible.

Se sentaba con los pies separados en el suelo, como dos cuervos que se odiaran mutuamente. Yo cosía un vestido nuevo para parecer más una querida.

Cuando él se iba, yo me envolvía en mi manta. Hervé Richard estaría saliendo ahora del bayou Carron. O tal vez se quedara en Opelousas y esperaría, a mí o a otra. Alguien a quien se le diera mejor ser un tesoro.

Pero no volví a verlo. Dos días después, mientras madame Lescelles pesaba granos de café, le dijo a alguien:

—El esclavo de mi sobrino se escapó y los pedidos han quedado sin hacer. Puede encargar una silla, si quiere, pero…

Cuando msieu Antoine se sentaba junto a mi cama, entrelazando los dedos en torno a las rodillas, yo miraba las lunetas de sus uñas.

Me pasaba días sin poder hablar. Él comprendía que me dolía la garganta.

No tenía a nadie. Ni a Hervé Richard. Ni a Jean-Paul. Si mi hijo estuviera aquí, ¿por qué no podría esconderse en esta habitación? ¿Dónde están seguros tus secretos? ¿Cuánto costaba el cuerpo de Jean-Paul? No habría labores para él. Lo que haría sería echar a perder mi trabajo.

¿Necesitas la ilusión de que soy yo porque eres incapaz de acostarte con una mujer y reproducirte? ¿Te ocurre algo malo? ¿Cómo se te da tan bien coquetear con madame Delacroix y todas las viudas y esposas de tus clientes? ¿Cómo sabes lo que tienes que decirles de sus mangas, sus hijos, sus maridos?

Si encontraras mi dinero, si supieras que iba a desaparecer dentro de un ataúd, ¿qué llegarías a hacerme? ¿Me venderías o me matarías? ¿Quién te proporcionaría esa ilusión, la comida, el confort?

—Fue mejor ver a mi hijo —le contesté una noche—. No ver algo no significa que no exista.

Juntó los zapatos y se puso en pie. El cuero estaba impoluto gracias a mi betún.

—Lo recordaré.

Cuando msieu Antoine se fue a Baton Rouge, dijo:

—Regresaré mañana después de mediodía. Como la casa está vacía durante la noche, pon la tranca gruesa en la puerta principal.

No me temblaron los dedos, porque había practicado cada noche y quemado las páginas.

> Mi esclava Moinette tiene mi permiso para visitar la plantación de Rosière el domingo 10 de mayo de 1814. Julien Antoine.

Un velo negro me cubría el pelo y parte de la cara. Los jinetes que pasaran verían una viuda, quizá una viuda acadia con un cesto de tela.

La tupida maraña de árboles y lianas que discurría en paralelo al camino que enlazaba Opelousas y Washington bullía de insectos y movimiento. Nubes de polvo se acercaban y se alejaban. Ceñida a un lado del camino, como en mis senderuelos de Azure, mis senderos en los campos y la casa de Rosière, yo era una mula. Era cierto. Sabía sumar y escribir, pero me veía confinada al camino de otros animales como yo.

Pero al cabo de unas millas me dolía la frente por la libertad y el miedo. Podía ir donde fuera. Encontrar a alguien con un carruaje, como había soñado siempre en Rosière. ¿Hasta dónde me llevarían por ocho pesos? Pero en los carruajes que me adelantaban podía haber gente que le diría a msieu Antoine que habían visto a su esclava en el camino.

Cuando se acercaba una carreta de ruedas pesadas, volvía la cara hacia los árboles para que no me entrara polvo en la nariz. Mi nariz de mula. Ahora un casco. Luego el otro.

Tenía el puente delante. El estrecho camino a Rosière estaba marcado por dos antiguos rosales rojos, las flores negras y sin podar. En el jardín, los árboles de Júpiter estaban en flor, miles de halos blancos suspendidos en el aire.

No había nadie en el patio y la puerta de la cocina de Léonide estaba cerrada a cal y canto. En la puerta de atrás, salió una criada blanca que me miró ceñuda.

—Tengo un pase para visitar le quartier —dije mostrándole el papel, pero ella miró a su espalda y negó con la cabeza; llevaba una cofia almidonada y la voz era francesa.

—No hay visita. Hay una enfermedad en la casa y en el barrio de los esclavos. El médico llegará pronto —señaló el camino con un dedo.

Bajo los árboles de Júpiter, donde el sendero llevaba a le quartier, di media vuelta. ¿Se me permitía preguntar qué enfermedad era?

¿Fiebre? ¿Viruela? ¿La piel de Jean-Paul estaba cubierta de llagas? La puerta se había cerrado implacable. No había nadie en el sendero.

Era casi de noche cuando llegué a Opelousas. Me apreté el velo contra la cara y lloré gran parte del camino, como una mujer que acaba de enviudar. Contemplad mi pérdida, habría dicho. Los huesos de los pies me resonaban dentro de los zapatos.

La tranca de madera cerraba la puerta. El polvo dorado pasó de mi falda al agua negra. Tú no puedes ir. Él no puede conocerme. ¿Es mejor o peor? Después de medianoche, las voces de fuera menguaron. Me daba miedo dormirme. No puedes robarte a ti misma. ¿Tenía miedo de mí misma? Sólo hace falta una vela para iluminar una habitación. Si Jean-Paul se moría de enfermedad, ¿quién me lo diría? Ahora mamère quizá estaba sentada con su cabo de vela exactamente como yo, pensando exactamente lo mismo. Mi única vela ardió hasta no ser más que un pelo rojo en la oscuridad.

Mi hijo no sabía nada. No dejaría a nadie en el mundo.

Pasaron meses hasta que lo vi.

Etienne vino al despacho en noviembre de 1814. Ahora era más corpulento, como si galopar por los cañamelares le hubiera ayudado a colmar la casaca. Le llené la taza de café, pero no me dijo nada. Tenía los ojos azul soldado, las patillas perfectamente recortadas hasta formar una punta de espada en la mejilla. Le dijo a msieu Antoine que la boda se había pospuesto hasta después de Año Nuevo porque su madre había muerto y que le necesitaban en Rosière.

Madame yacía en la sala. La escarcha rociaba las duelas de hierro de los toneles vacíos, a la espera del azúcar. La parte superior de la caña se volvía marrón.

Jean-Paul no se movió cuando aparecí por la puerta de casa de Emilia. No había enfermado. Estaba sentado en el suelo, colocando piedrecitas dentro de los senderos de termitas de un trozo de madera. Haciendo venas de guijarros.

Se quedó inmóvil como un conejo. ¿Cómo saben los conejos que han de ser cautos cuando aparece un desconocido? ¿O silenciosos? ¿O vigilantes? Me eché a llorar y me arrodillé para estudiarlo. ¿Cómo aprenden a matar las crías de zorro?

Jean-Paul nunca se había visto en un espejo, yo lo sabía, pues sus miradas suspicaces a mis manos, mi cara, me decían que sólo confiaba en los de piel oscura que lo rodeaban. Veía a los de piel clara, Mirande y Baillo, como un peligro. Pero tenía que darse cuenta de que sus manos y sus brazos eran más claros que los míos.

Conocía la palabra. Maman. No llamaba maman a Emilia ni a Fantine. Las llamaba tante. Lloré otra vez de gratitud hacia ellas y le

repetí mi nombre una y otra vez a Jean-Paul. Maman. Maman. Aquí. Maman.

Era sólo una palabra. Como Lolo, el caballo, a quien también llamaba.

De vuelta a la casa, en el camino sobre el que caía la noche, mi lengua recogía el sudor de mis labios. Sal. Se me había olvidado rezar a los diminutos dioses del agua salada. Podía trabajar más duro, ganar dinero suficiente.

Madame nunca había visto las rosas blancas que Pélagie había plantado: flores casi azules cuando salía la luna.

Nunca volvería a ver un ataúd ni un armario sin preguntarme cómo habría olido la madera de haber estado yo dentro, con el carro en movimiento, con el sabor del humo de Hervé Richard en los labios. Las yemas de sus dedos como piedras en mi cuello.

Nunca probaría las hojas de menta sin pensar en Amanthe, en la boca que compartía con su amante. Nunca volvería a ver flores blancas sin pensar en madame De la Rosière, sus ojos ciegos cerrados. Nunca vería una mosquitera sin pensar en el vestido nupcial blanco de Tretite flotando carretera abajo. Todas las palabras que escribían mis dedos me hacían pensar en la voz de Céphaline. Todos los escaparates pertenecían a Pélagie.

Café. Carne. Azúcar. Cada día: mamère.

Y ahora tenía dieciocho años y toda esa gente reunida en la memoria.

¿Era así como se restablecía el equilibrio durante el resto de la vida, como intentó explicarme una vez Tretite? Dijo que a medida que envejecías las cosas que habías visto, sabido y olido en el pasado vivían dentro de tu memoria.

Mi hijo no me había recordado en todo ese tiempo. No hasta que dijo mi nombre.

9. NUEVA ORLEANS

Cada mañana me despertaba como se había despertado mi madre. Después de cuatro años, si alguien me hubiera preguntado si aún pensaba en ella, si aún sentía un dolor detrás del esternón al recordar su cara o sus manos o el olor del azúcar en su aliento, no le habría contestado. Esa persona no podía haber perdido a su madre.

Me despertaba en la oscuridad, igual que ella. Siempre me preguntaba cómo sabía ella que era la oscuridad que precede a la mañana, no la de medianoche. ¿Y si se levantaba y soplaba suavemente las ascuas para encender la lumbre, sacaba agua del barril de lluvia de debajo del alero, y se ponía a hacer café y de repente se daba cuenta de que eran las dos de la mañana?

Pero ahora lo sabía. Al despertarme por un ruido, tal vez un caballo en el camino, el pitido de un barco a lo lejos, de los hombres de arriba agitándose en su sueño, sabía por el sonido de la oscuridad que era casi de día.

Igual que se había despertado mi madre.

Las cuatro habitaciones de arriba estaban llenas. Msieu Antoine; el señor Isaiah McAdam, el escritor; msieu Estévez, el tratante de azúcar; Jacques, el sobrino del doctor Vidrine, que se quedaba un mes a trabajar con su tío. Dentro de dos meses, el señor Jonah Greene llegaría a Nueva Orleans procedente de Filadelfia.

Puse el agua para el desayuno, quité las ropas secas del tendedero. Cada noche lavaba las camisas y la ropa de cama de todos, y ahora, mientras se calentaba el agua, planchaba las camisas que les colgaría en la puerta. Molía el café (cada día me metía un grano en el bolsillo del delantal) y hervía el agua. Hacía galletas y jamón y gachas.

Los platos se colocaban en la larga mesa de madera cubierta con un mantel de bello estampado. Dalias. Cuando msieu Antoine pidió el precio, le contesté:

—Madame Pélagie lo habría elegido.

Las cuatro pesos de más fueron a mi delantal.

Cada día ponía flores en el jarrón del pasillo y unos limones y flores sobre la repisa de la chimenea. Quizá los huéspedes no se fijaran, pero volvían cada vez que tenían algún asunto en el Palacio de

Justicia. Llevaban la ropa limpia, la cama estaba limpia, la comida era buena y yo no era una parlanchina como madame Eibsen o madame Delacroix, propietarias de las otras dos pensiones.

Cuando los hombres se iban, hablando de sus demandados o de quién había muerto dejando una propiedad por la que valía la pena litigar, yo limpiaba los platos y comenzaba a limpiar la ropa blanca y a lavar las toallas. Luego, cuando la casa estaba en silencio y los sonidos de la calle se filtraban a través del polvo rojo y el cemento, mi cesto de sauce estaba lleno de ropa sucia. De haber sido una mujer blanca, mi marido se habría ido justo entonces a trabajar, y mi hijo estaría jugando no muy lejos, y quizá mi madre bajaría de su habitación al cabo de un momento para soltarme un sermón acerca de cómo llevaba la casa.

Pero no lo era.

Fuera, en el largo y angosto trecho de tierra que iba de la puerta de atrás a la cerca de pícea, llevaba las sábanas a la tabla de lavar, y el pensar en mi madre me formaba un nudo en la garganta. Las tendía con pinzas nuevas. Las sábanas se mecían en la brisa, grandes y henchidas de luz como nubes en el patio, como cuando era niña y todo el pecho me dolía por Jean-Paul.

Tenía monedas y billetes. Dinero español, francés y americano. Cincuenta y siete pesos encerrados en la lata de tabaco con mis dos piezas de oro y mis pinzas tatuadas, debajo de unas tablas del suelo de mi habitación.

Las mangas blancas se acercaban a mi cuerpo.

¿Fantine cuidaba bien de él? ¿Se había resfriado ese invierno o de noche se sentaba junto al fuego? ¿Por la mañana se comía un trozo de carne con sus gachas?

¿Creía que yo iba a volver a buscarlo, o mi cara ya se le borraba de la mente, una frente dorada y manchada que solía besar, sólo un borrón en su memoria? Una mujer amable. Sus labios. ¿Quién era esa mujer, Fantine?

Pero, de momento, mi hijo estaba a salvo.

Si cogía el dolor de no verle, y lo multiplicaba por cien, teniendo en cuenta los muchos más días que mi madre me había conocido y amado, si pensaba en lo poco que había tenido a Jean-Paul en brazos y lo había tocado, y añadía los años que mi madre había creído que mi vida era suya, no podía decir que mi madre estuviera a salvo. O cada músculo de su corazón sufría por mí, o la habían vendido a alguien y le habían dicho que comenzara una nueva vida en la que creer. ¿Y cómo iba ahora a creer en nada?

Lo que yo tenía de mi madre, tras cuatro años sin verla, era el

tacto de los dedos blancos y nudosos de una desconocida.

Un viejo corbateur, un vendedor ambulante, recorría la acera de madera. Intentaba vender platos y jarras a las mujeres que limpiaban las ventanas de sus casas. Yo limpiaba el polvo de los postigos y lo miraba. En Azure veíamos vendedores cuando se deslizaban por el bayou que había detrás de las plantaciones de Barataria con productos para vender a los esclavos, siempre en un lugar secreto. Pero en la ciudad, el corbateur no tenía por qué esconderse.

Tenía el pelo de punta en una mata blanca y en la mejilla izquierda llevaba marcado el mapa en rojo de su propio país. Me lo dijo cuando era pequeña. Mi madre le había comprado el plato con el pavo real. Su país era Hungría.

Colocó platos y dos cucharas de plata y una olla para el arroz sobre mi mesa. Le di café y praliné, le pregunté si recordaba una mujer de Azure, al sur de Nueva Orleans.

—Oui —dijo mirando el techo como si leyera su ruta—. English Turn. Luego Orange Grove. Magnolia. Petit Clair antes de que ardiera. Azure —frunció el ceño—. Azure… Dicen que madame nunca sale después de la muerte de su hija. Su único descendiente —negó con la cabeza y se santiguó—. Recuerdo a muchas mujeres.

—Era singalesa. Con marcas en las mejillas. Hacía jabón y lejía.

—Oui —levantó la barbilla, pero comprendí que conocía a muchas mujeres como ésa—. Ahora estoy en el norte. Aquí se vende más.

Le compré un platito. Con faisanes en el borde. Añil. Cuando mis dedos tocaron los suyos, me dije que los de él habían tocado los de ella. Los suyos eran ásperos y rosados, duros como la madera en la punta. Cogió mis monedas.

Mamère. Cada mañana, cuando mis pies doloridos pisaban el suelo, me bebía el café negro con azúcar, sentía su ímpetu en las venas, calentaba la plancha ennegrecida y miraba el plato azul de mi hijo. El plato decía que él era mejor de lo que todos pensaban. Lo cogería de la repisa cada mañana cuando le pusiera el desayuno.

—McAdam ha dicho que echa de menos la comida de Boston. Patatas.

La cena estaba al fuego. Estofado de pollo, tomate, hierbas, pimientos y apio.

—Tal vez deberíamos contratar una cocinera para ciertos días —le dije a msieu Antoine; llevaba semanas esperando para sugerírselo—. Con los huéspedes hay mucha ropa extra que lavar. Hay una cocinera maravillosa donde yo vivía antes. Cerca de Nueva Orleans.

Msieu Antoine leía el correo.

—McAdam se quedará con nosotros al menos otro mes, mientras

acaba el libro. Entrevistará a las primeras familias que se instalaron en la región. A lo mejor cuando llegue mi socio puedo pensar en comprar a una cocinera, aunque el precio sería elevado.

Dejó una botella sobre la mesa.

—Ésta es la cerveza agria que pediste. Al barman le hizo gracia.

Cuando se fue, mezclé en un cuenco fino betún negro y aceite dulce, un sedimento oscurísimo. Disolví la goma arábiga en la cerveza agria, tapé los frascos con un corcho. Soldaditos de hombros estrechos en un anaquel. Jean-Paul estaba a salvo. Nadie vendería a ese niño pequeño e inútil, todavía. Pero mamère. Llevaba mucho tiempo esperando.

Tenía que vender más jabones y betún.

El señor Isaiah McAdam vendía libros. Colecciones de mentiras o medias verdades.

—*Algunas observaciones sobre el desarrollo de la colonia de Luisiana y su actual categoría de estado —le dijo a msieu Antoine una mañana.*

—¿Decide el título antes de acabar?

—Bueno, sí. Hay un editor en Francia interesado.

—Pero el libro es crítico con la Corona anterior, ¿no, msieu?

McAdam se encogió de hombros. Era hijo de padre irlandés y madre americana. Hablaba inglés y francés.

—Es crítico con su indolencia, crítico con el gasto desmesurado para acelerar el desarrollo de la colonia. Sobre todo aquí, en el territorio atakapa.

Durante la cena le leyó algunos párrafos a msieu Antoine.

> La tribu opelousas ocupaba la zona, y se pueden ver vestigios de ese pueblo salvaje, que se ha civilizado lo suficiente para encontrar trabajo vendiendo pieles o navegando por los numerosos bayous. Pero antiguamente, este pueblo, junto con los atakapas caníbales, era tan bárbaro y salvaje que atacaba a los colonos y las embarcaciones.

Tenía la letra inclinada, como sometida a un fuerte viento. Los atakapas serían conocidos en Francia como hombres que comían hombres. Para cualquiera que leyera esas palabras, serían ciertas.

> Los africanos recientemente comprados a ese continente salvaje están perfectamente adaptados al clima de los pantanos de Luisiana, donde abundan las fiebres y la malaria. Los franceses alentaron el bautismo y la enseñanza religiosa, y los convirtieron en ley, pero América no cree que permitir a los africanos el acceso a Dios reporte ninguna ventaja.

Cuando hablara de las mulatas y de las mujeres de sang mêlé, escribiría su verdad. Mejor adaptadas al clima del dormitorio.

Una vez se lo pidió a msieu Antoine. Entré en la cocina con un cesto de huevos y en el comedor dijo el irlandés:

—¿No cría para ti?

Antoine dijo:

—Tiene un hijo que vive en la plantación de su antiguo amo, pero no ha parido más.

—Estas chicas mulatas tienen posibilidades, ¿no? Pero uno de los plantadores me dijo que no crían tan bien como las africanas.

—No la compré para que criara —dijo cautamente msieu Antoine.

—Pero es útil para el placer.

—Es útil para todo.

Dos de los huevos tenían vetas de sangre. ¿Cuál era la palabra que utilizaba el doctor Tom? Espejismo. No un sueño, no un fantasma.

Mi madre me había dicho una noche:

—Rêve. Un sueño. Les autres… les cuentan un bonito cuento a las niñas. Sueño de hombre. O no dicen nada. Dicen: «Vete con ese hombre y averígualo». Aprende por ti misma. Tou-seule. Pero yo… te lo cuento todo. Todo lo que puede ocurrir.

Lavaba los puños de las camisas blancas y las mangas de las casacas negras y verdes; las pastillas de jabón formaban espuma y metían la tinta en las burbujas. Dentro de las burbujas, algo creaba un viento en miniatura que retenía la tinta. Las sanguijuelas sacaban la sangre del cuerpo. Nuestras bocas extraían el café del borde de la taza. La pesada hoja de hierro de la tienda de madame Lescelles cortaba el real de plata en ocho trocitos, y ella recogía seis para el papel. Yo ponía el cambio (dos cuñitas de metal) en mi bolsillo.

Yo lo leía todo. El papel y el dinero eran todo lo que importaba. El papel movía a la gente de un lugar a otro, desplazaba los bienes hasta donde pudiéramos comerlos o utilizarlos.

Facturas de cargamentos en las tiendas: mosquiteras, lino para servilletas en las que yo bordaba una A, sacos de granos de café y harina y arroz, rollos de tela. Carne salada. Cerdo. Huevos. Pollos adultos. Bebés no nacidos. Lenguas en un tarro. Pies que nadan en agua envinagrada.

Trabajadores. Cuando alguien moría, y la propiedad se dividía, cada objeto quedaba detallado en el despacho de msieu Antoine, cada plato, cada vaso. Los hijos luchaban por los trabajadores. Peones del campo. Esclavos domésticos. Griffone. Mulâtresse. Congo. Senegal.

Las cartas de msieu Antoine se dirigían a su tante Justine de París y al señor Jonah Greene de Filadelfia.

El señor McAdam no escribía cartas, no tenía amigos y sólo escribía su libro.

> Los salvajes africanos, comúnmente llamados bozales, podrían parecer más fuertes que los negros nacidos criollos, pero los esclavos recién llegados normalmente son víctimas de los miasmas que se alzan de los pantanos durante los meses de verano, cuando la fiebre amarilla priva a casi todos los plantadores de Luisiana de sus beneficios. Los esclavos criollos parecen poseer una resistencia innata a ciertas enfermedades y son capaces de trabajar en cualquier época del año.

Yo leía las páginas en su cuarto mientas le guardaba sus ropas. El señor McAdam muchas veces tachaba palabras y volvía a empezar, líneas gruesas como una cuerda que cruzaban las frases que no le gustaban.

No lo oí acercarse a la puerta.

—Sabes leer.

Yo había encontrado las páginas en el suelo.

—No, msieu. No. Eran páginas desechadas y me preguntaba si quería que las quemara.

—¿Qué dicen las palabras?

—No lo sé, msieu. La mancha de tinta de esta página parece… un país.

—¿Un país? ¿De un mapa? ¿Has leído mapas?

—No, pero son formas de colores.

Dejé las páginas en el escritorio y me volví para recoger el fardo de ropa blanca. No apartaba los ojos de mí. No necesitaba ver los ojos. Eran de un verde vítreo descolorido.

Msieu Césaire se había negado a concederle una entrevista. El primo de msieu Césaire se negó a verlo. El señor McAdam pidió hablar con msieu De la Rosière, pero éste envió a su hijo.

—Mi padre no tiene tiempo de hablar con usted. Estamos plantando caña —dijo Etienne en el despacho.

El señor McAdam dijo:

—Naturalmente, una tarde plantando es más importante que figurar de manera permanente en la historia de la región.

Msieu Antoine bajó la barbilla y señaló a Etienne con las cejas. Los labios del señor McAdam eran finos como un alambre mientras preparaba sus papeles. Cuando dejé el plato de fiambres, pan y café, Etienne dijo:

—Tienes una herida abierta, Moinette.

Me quedé helada. Antes, mientras picaba cebolla, me había

cortado un dedo y volvía a sangrarme.

—Merci, msieu.

—¿Conoce a esta esclava? —dijo el señor McAdam ceñudo. Msieu Antoine dijo:

—Se la compré a los De la Rosière.

—Ah sí —dijo el señor McAdam—. Una compra inteligente.

—Creo que deseaba comentar la geografía de la zona y la distribución de los indios en años anteriores —dijo Etienne—. Tengo un poco de prisa.

Se quedaron en silencio hasta que me fui.

A la semana siguiente su nuevo conductor con librea apareció en la puerta.

—Msieu De la Rosière desea saber si msieu Antoine está en casa.

Negué con la cabeza. A continuación entró Etienne escuchando atento en la puerta como si cazara conejos, a la espera de un susurro. Bajé la cabeza, las manos cruzadas delante.

—¿Le has contado a ese escritor que tuviste un hijo mío? —dijo furioso; cuando mordió el interior de las mejillas se le formaron unos huecos en la cara—. Menciona a un plantador que vive cerca de Washington y tiene un hijo con una esclava mulata.

—No, msieu. No le he contado nada.

—Habla de la abominación de una raza mixta de hombres criollos y mujeres africanas. No tiene ningún derecho a sacar conclusiones acerca de nadie.

Sus botas tenían manchas de barro.

—No he hablado con él.

—Cree haber inferido algo. Pero tu hijo no es mío. Evidentemente es hijo de Gustave Léonce, que se fue de Luisiana hacia los territorios de California —me miró ceñudo.

Léonce. Pellizcando, esperando, furioso. Como un niño. Si se le considerara el padre, a nadie le importaría. No había otra respuesta que «oui, msieu».

Se dio media vuelta, pero su mandíbula volvió a aparecer enseguida ante mis ojos.

—Fuiste valiente al intentar proteger a mi tía. Tu niño está bien y sano por lo que he podido ver cuando trae agua con los demás críos.

Jean-Paul montaba con los demás niños en la parte de atrás del carro tirado por una mula. Podía verlo con los ojos cerrados. Las piernas colgando sobre el polvo que se levanta. Agarraban los cubos de agua y, cuando llegaban a los campos, las azadas se detenían

mientras las manos más pequeñas llevaban calabazas de agua al final de las hileras.

Se suponía que esa imagen debía consolarme. A veces lo conseguía.

Por la noche escribía su nombre. Escribía la verdad en etiquetas hechas de trozos de papel: «fórmula para recuperar la blancura», «fórmula para quitar manchas de aceite». Pegaba las etiquetas en botellas de brandi vacías, las más pequeñas. El señor McAdam cada noche bebía más. Su libro estaba casi acabado, pero no podía escribir lo que quería. Le dijo a msieu Antoine:

—El carácter provinciano de estas gentes me enfurece. No les interesa lo que pasa en el mundo, sólo la moda y el vino que llega de Francia —se tomó otra copa de brandi—. Usted ha estado en Nueva York y Filadelfia. ¿Opelousas no le parece intolerable?

—Para mí es una oportunidad.

—Para mí es algo acabado. Me voy a ir a vivir a Nueva Iberia.

—Entonces por la mañana quizá quiera saldar su deuda conmigo —dijo msieu Antoine furioso, y se fue arriba.

Mis platos estaban limpios en el armario. Los hombres dormían, así que me quité el tignon, que necesitaba un lavado. Las camisas blancas estaban tendidas delante de la lumbre, pues la tarde era tan lluviosa y neblinosa que por la ventana no se podía ver el patio. El agua nos sepultaba.

Los pies del señor McAdam. Más grandes que los de msieu Antoine. Dejó el vaso en la mesa.

—Dame algo para comer que no tenga pimiento ni cebolla.

—Sólo tenemos el estofado, y pan, msieu.

—¡Señor!

—Señor.

—Eres una insolente. Córtame pan. Pagaría diez dólares a quien me preparara un plato de patatas y col.

Le puse el pan en un plato. Se quedó tambaleándose en la puerta, las palmas apoyadas en el marco.

—No eres francesa.

—No, msieu. Señor.

—No me menosprecies —me empujó a un lado y apuntaló todo el peso en la mesa agarrando el pan.

—Está borracho, msieu.

—No soy un monsieur. Soy americano. Me has de llamar señor. Di señor.

—Está borracho, señor.

—Eres una impertinente. Tú no eres quién para decirme cuál es mi condición social.

—Oui. Sí, señor.

—Eres una abominación. Un insulto a la mujer americana…

—Msieu Antoine… —miré en dirección al pasillo.

—… ignora que sabes leer, que eres deshonesta. Hay putas francesas enfermas por todas partes, pero él no te toca. ¿Por qué no tiene una cocinera francesa?

—No soy ninguna abominación. Soy un animal. Como usted.

Arrojó el pan al fuego y volvió a sujetarse en la mesa. Luego escupió en el suelo.

—Soy americano. Tú no eres nada. Ni francesa. Ni americana. Nada.

Mi suelo limpio. La saliva se movió. Dejé caer una servilleta para no ver sus líquidos, pero él me apartó de su camino y caí hacia atrás contra la chimenea.

—Levántate. Con ese pelo pareces casi una fiera. Levántate. Nadie quiere acostarse contigo.

Sus botas se deslizaron por el suelo de madera y salió de la cocina.

Yo había aterrizado de espaldas contra los ladrillos. Me dolía la columna vertebral… no, entre las nalgas. Intenté ponerme en pie, pero el dolor me cubría los ojos con trapos negros.

La habitación de msieu estaba justo encima de la cocina. Su silla se arrastraba por el suelo de madera.

No podía moverme. De niña, en una ocasión le grité a una embarcación fluvial que pasaba y las caras se volvieron hacia mí como las de las tortugas en las riberas.

El grito me dolió en el pecho. No en los pulmones. Mis piernas no se movían. El grito me dolía en los músculos de la garganta.

No tenemos cola, aunque quizá en el pasado la tuvimos. Si descendemos de Dios, ¿quién nos quitó la cola y nos dejó sólo un hueso?

Fémur. Tibia. ¿Columna vertebral? No conocía el nombre del hueso que se había roto entre mis nalgas.

El doctor Vidrine sonrió y negó con la cabeza.

—Monsieur Antoine, su esclava debe permanecer en cama al menos un mes. De otro modo podría sufrir un daño permanente y ser incapaz de…

Msieu Antoine frunció el ceño.

—¿Trabajar?

El doctor Vidrine volvió la cabeza y habló en voz baja.

—De tener hijos. El dolor sería tan intenso que incluso el…

—Entiendo. No puede llevar a cabo ninguno de sus deberes habituales.

El doctor Vidrine asintió.

—Para el dolor, dele un poco de tintura con láudano. Tendrá que contratar a otra persona para que le lleve la casa.

Me habían llevado a mi habitación. Cuando mis piernas se movían, el dolor era como un cuchillo insertado en la columna. Msieu Antoine dijo:

—Lo primero es despertar al americano que está borracho y sigue durmiendo arriba. Pagará los daños.

El doctor Vidrine estaba preparando una tintura cuando irrumpió el señor McAdam, con un hedor a alcohol agrio que le emanaba de la piel. Gritó:

—¡Yo no he hecho nada! ¡Esta zorra mulata intentó seducirme y tuve que apartarla! Su herida es inventada.

—¿Afirma que mi opinión médica es una mentira? —preguntó el doctor Vidrine.

—¿Dónde está la herida, la sangre?

—Tiene la rabadilla rota o gravemente magullada. Se cayó como si alguien la hubiera empujado para… —el doctor se encogió de hombros.

El señor McAdam rio.

—¡La rabadilla! ¡Su sangre africana le dio una cola demasiado larga para ser humana!

—Monsieur, he visto a dos hombres que tenían una rabadilla exagerada, protuberancias que se veían claramente en la base de la columna. De hecho, uno de ellos era capaz de moverla. Ninguno de los dos era africano. Los dos eran judíos —explicó el doctor.

—Me ha contado que le hizo daño sin razón alguna —dijo msieu Antoine.

—¡Ni siquiera la toqué! Miente. ¡Sabe escribir! En algún lugar de su cuarto guarda complots urdidos contra usted. Aquí hay un veneno. He visto cómo cogía unos frascos.

Levanté la mirada hacia msieu Antoine. Mantuvo la cara inmóvil, incluso cuando mis pupilas quedaron a la altura de las suyas. Dije:

—Dentro de mi baúl encontrará etiquetas escritas para soluciones de limpieza. Así las mantengo separadas para hacer la colada.

El señor McAdam abrió la tapa de mi baúl. Volcó las ropas en el suelo y levantó los frascos.

—Fórmula para recuperar la blancura —gritó—. A lo mejor quería bebérsela para volverse humana.

Mseiu Antoine le quitó los frascos. Dijo:

—Si no la tocó, ¿cómo es que esto se le pegó al puño de la camisa?

Levantó la mano del escritor. De uno de los botones colgaba un cabello negro y rizado que llegaba a medio camino del suelo.

En el tribunal, dijo:

—La esclava Moinette es una valiosa propiedad y el americano Isaiah McAdam la atacó y la hirió. Lleva varias semanas sin poder trabajar. He tenido que contratar a Charité, la esclava de madame Lescelles. Esta demanda civil solicita 150 dólares para cubrir los costes de los servicios del doctor Vidrine y de tener que contratar a una criada sustituta. La indemnización debe satisfacerse de inmediato, teniendo en cuenta que monsieur McAdam ha intentado abandonar Opelousas.

Msieu Antoine había escrito en un papel lo que diría. 12 de junio de 1816: procedimiento de demanda civil. Me había hecho algunas preguntas. Los esclavos no podían testificar, pero él habló por mí. Me tocó la mano y dijo:

—Tus palabras están representadas.

Desde el otro lado de la mesa lo miré a los ojos, con sus motas de verde.

—Y yo le agradezco las suyas.

El señor McAdam insistió en que el proceso fuera en inglés y francés, con lo que éste se alargó. El señor McAdam dijo que yo me había descubierto la cabeza en un lugar público a fin de seducirlo y que eso era ilegal según el Code Noir.

Msieu Antoine dijo que la chimenea no era un lugar público. El comedor sí lo era. La cocina era un sitio privado, su esclava era una propiedad privada, y el señor McAdam había mentido al decir que no me había tocado.

El jurado, doce terratenientes del distrito, entre ellos msieu Césaire y msieu Laurent de la Rosière, encontraron al señor McAdam culpable de dañar una propiedad y le concedieron a msieu Antoine 120 dólares.

Msieu Antoine se sentó a mi lado en la cama y dijo:

—Sabes que el jurado consideró sus intenciones inmorales —mis pupilas se encontraron con las suyas—, pero las intenciones son mi tarea.

Me acarició los dos lados de la barbilla como si yo fuera un perrillo.

—Has desempeñado todas las tareas a la perfección —miró mi baúl —. ¿Vendes jabones y productor de limpieza?

—Y betún. En la tienda de madame Lescelles —a él no podía mentirle; había hablado en mi nombre y si no confiaba en mí no compraría a mi madre ni a mi hijo—. Todas las monedas de esta casa son suyas. Le habría dado el dinero cuando hubiese ahorrado suficiente para…

Msieu Antoine levantó la mano.

—Tu hijo —enterró los dedos en las patillas—. Te creo. En mis cuentas, te he asignado veinte dólares de la indemnización que ha pagado monsieur McAdam. Para ropa, telas o incluso joyas.

—Legalmente no puedo llevar joyas en público. Ni siquiera delante de su chimenea —dije, y él enarcó las cejas.

A cada tos, el hueso se movía, igual que cuando tosían un perro o un gato. Y cuando yo tensaba los músculos de esa zona por miedo, cuando el señor McAdam me chillaba alguna terrible acusación, la rabadilla se me encogía debajo.

Pero msieu Antoine se había sentado en esa silla próxima a mi cama contándome lo que habían dicho. Mi nombre había aparecido en los libros del tribunal. Yo había permanecido echada cosiendo y pensando mientras Charité cantaba en la cocina. Yo había aprendido a hablar.

—Mi hijo no puede vivir aquí. Lo sé. Tengo cincuenta y siete pesos que añadir a esa suma. Cuando vaya a Nueva Orleans, me gustaría que comprara a mi madre.

Seguía echada, le hablaba a msieu Antoine de los platos que mi madre sabía cocinar: pichón asado, tartas de albaricoque y melocotón, jamón glaseado con aroma de clavo. Pralinés y bolas de arroz.

En febrero de 1817, msieu Antoine planeó ir a Nueva Orleans para visitar al señor Jonah Greene, que tenía que venir a residir a Luisiana. El señor Greene también era abogado y serían socios.

—El viaje podría durar tres semanas. A causa del clima, la llegada de los barcos es incierta, y en Nueva Orleans habrá que hacer algunas compras. Llevo tiempo sin estar en la ciudad.

Todos esos años había esperado esas palabras: Nueva Orleans, y sin embargo no tenía ninguna buena razón para acompañarlo. Pélagie me habría necesitado para que me encargara de su pelo, de sus ropas, pero en Nueva Orleans msieu Antoine podía encontrar a alguien que le lavara las camisas. Tal vez incluso conocía a una mujer. Fuera lo que fuera lo que le había ocurrido a la mujer de sus cartas mucho tiempo atrás, él seguía coqueteando con las esposas de los plantadores: «Tu pelo reluce al sol. Es increíble cuánta luz puede emitir esa oscuridad».

Posiblemente estaría fuera un mes, regresaría con el señor Jonah Greene y una mujer, y se desharían de mí. O me vendería al señor Jonah Greene, un americano, que quizá me odiara tanto como el señor McAdam o se sirviera cada noche de mi cuerpo.

Pero msieu Antoine se había sentado a mi lado, me había defendido. Tenía que confiar en él.

Yo escribí lo que sentía, lo que mi boca no podía decir mientras él

estaba sentado a la larga mesa con el doctor Vidrine y el sobrino, mientras se reían hablando de Nueva Orleans y del juego. Dejé la nota en su cama y me senté junto al fuego.

> Me da miedo quedarme sola. Me dan miedo los hombres. Quiero acompañarle. Mi madre está en Azure. Al sur de Nueva Orleans. Por favor. La necesitamos aquí.

En el nuevo muelle para barcos de vapor de Washington, yo estaba sentada en la bodega con los demás esclavos. Las aguas del bayou Courtableau se agitaban debajo de nosotros, negras y claras, y se convertían en una espuma sucia y beige. El vapor se disolvía en el aire. Agua. Así era como había venido, en ese primer barco, y luego había flotado dentro de la piragua en esa misma agua, en esa misma agua en otro bayou. Había caminado por el fondo.

Viajamos toda la noche, y el vapor sólo se detuvo una vez para comprarle leña a un indio que estaba sentado con la espalda apoyada contra un enorme montón que había cortado. La hoguera que había hecho para señalar su posición palpitaba en la negrura cuando el barco se alejó de la ribera.

Msieu Antoine se quedaba en el salón jugando a las cartas. Al alba, las aguas del río Atchafalaya lamían el casco con su lengua de plata.

Hacia atrás. Retrocedía. Era una hija.

La segunda noche, un plantador americano, con su sombrero marrón flexible y bigote blanco, dijo en inglés:

—Esta moza promete. ¿Cuánto quiere por ella?

Los dedos de msieu Antoine se veían largos y blancos en su taza de café, su vello negro y fino se movía al viento.

—No está a la venta.

—Pero puede ponerle precio a una maravilla como ésta.

—Merci, monsieur, pero no puedo prescindir de ella.

En mi camastro del pasillo oía roncar a los hombres en el salón, donde les habían instalado unos catres.

Mi madre también tenía que ser imprescindible. ¿Y si msieu Antoine la compraba para ser su… concubina? ¿Y si la poseía msieu Greene? ¿Me odiaría mi madre? Ese hombre nunca me había tocado. Pero tenía casi cuarenta años. A lo mejor quería otra cosa.

¿Se acostaría mi madre con él para estar cerca de mí?

Yo me acostaría con cualquiera para estar cerca de mi madre, y de Jean-Paul. No respiraría. Tocaría lo que tuviera que tocar. Acabaría la tarea.

Días antes, cuando leyó mi nota, dijo sin levantar la voz:

—Sigues siendo la niñita de tu madre. La mía vive en París. No

volverá a verme nunca, porque así lo ha elegido —suspiró—. Lo pensaré.

¿Y si msieu Bordelon tan sólo se echaba a reír, o pedía tanto dinero que msieu Antoine decía que no?

¿Qué número estaba escrito junto a su nombre? Mi nombre estaba tachado.

Marie-Thérèse. Platos con una dalia. Recién nacido quadroon.

¿Y si mi madre ahora tenía otro hijo? ¿Y si ahora era feliz allí en Azure, con otro hijo, y me sonreía tiernamente con la cabeza ladeada, me acariciaba el pelo, y a continuación se encaminaba hacia la habitación en la que ahora dormía el niño al que amaba?

Recé, sin nada más a que agarrarme que mi trenza.

El vapor nos dejó sobre un muelle abarrotado de barcos que pugnaban por hacerse sitio. Los hombres gritaban y sacaban toneles de las embarcaciones haciéndolos girar, y las chicas llevaban cestos sobre la cabeza y vociferaban lo que vendían: pralinés, pasteles, flores, ropa.

Hervé Richard estaba en algún lugar de Nueva Orleans. Tenía razón: no se podía seguir la pista de todos esos esclavos fugitivos que se ocultaban dejándose ver a plena luz, que vendían o trabajaban en los muelles, que llevaban documentos falsos.

Cuando salí de la zona del hotel destinada a los esclavos para ir al mercado, busqué su cara. Pero nunca podría volver a besarlo. Sus labios quizá formaran palabras, pero yo podía elegir no escucharlas. Ahora mi fe estaba depositada en msieu Antoine, no en un tesoro ni en lo que pudiera haber amado.

Msieu Antoine se ausentaba casi todo el día y casi toda la noche, dedicado a sus asuntos, esperando la llegada del barco del señor Jonah Greene. Escribía una lista tras otra, y cartas, como si sus dedos no pudieran parar, como si fuera un jugador repartiendo cartas por la mesa.

La segunda mañana le pregunté:

—¿Es mayor que usted?

Msieu Antoine levantó la mirada bruscamente, cogiéndome sus zapatos.

—Cinco años más.

¿Era más rico el señor Greene? Msieu Antoine estaba tan ansioso por complacerle.

Recogí sus ropas del suelo.

—La cocinera habló de una casa al sur de aquí. Orange Grove. Está muy cerca de Azure. El propietario ha muerto, y venden el contenido de la casa. La gente se refería a menudo a los muebles de esa casa,

decían que eran de París. Tal vez podría comprar un escritorio y luego podríamos ir a Azure a ver qué ocurre con su nueva cocinera.

Me alisé los labios con los dedos y esperé. Él asintió.

—Mañana.

Sus ropas estaban limpias y la cocinera del hotel preparaba la comida. La estrecha zona de los esclavos, detrás del hotel, estaba abarrotada, y los cocheros jugaban y discutían constantemente. Me acordé de la despensa donde los sacos de café eran mi cama, del olor que se me pegaba al pelo. A Coralie, la doncella del hotel, se le exigía que cosiera una camisa al día para su señora, para conseguir dinero extra. Yo cosía con ella, haciendo unas puntadas muy pequeñas.

La cocinera traía cebollas, pimientos y nuez moscada de las vendedoras ambulantes que portaban los sacos sobre la cabeza. Caras africanas, con las marcas de la tribu en las mejillas. ¿Y si mi madre se había escapado hacía años y estaba allí escondida, esperándome? ¿Qué estaría vendiendo? El dinero tintineaba y se doblaba y pasaba de mano en mano, metido en bolsillos y pecheras. Todos los ladrillos, todos los granos de café, todas las manos que te ofrecían un huevo o un tignon de madrás.

Cada puntada pequeña como una pestaña. Las pestañas de Jean-Paul. Mis pestañas, cuando mi madre me tenía en brazos siendo yo niña.

Decía las palabras correctas una y otra vez en mi cabeza, pero msieu Antoine tenía que hablar por mí. Si msieu Bordelon se negaba, mi madre sabría dónde estaba yo. Cuando nadie mirara, le escribiría mi nombre, y el de Jean-Paul, en un trozo de papel que ella podría meterse en el bolsillo con su grano de café y sus pellizcos de azúcar.

El río se embravecía después de la batture, la maraña de maderas a la deriva y restos de caña. English Turn, donde el río formaba un recodo. Luego el callejón de árboles en flor de Orange Grove. Aquella noche lo había visto desde el barco, los árboles iluminados por faroles. Ahora seguía a msieu Antoine a través de los naranjos hasta la casa de la plantación, que estaba fría y vacía, la chimenea limpia, los muebles marcados para la venta, las paredes sucias en torno a donde habían colgado los cuadros.

Mi corazón. Empujaba la sangre con fuerza contra los huesos de mi pecho, contra los huesos de mis muñecas, incluso un poco de mi frente. ¿Mi madre percibía mi llegada?

Una vez que ella planchaba y yo estaba detrás, bostecé en silencio, y ella también bostezó. Nos sentíamos tan cansadas, plegando la ropa de noche, ya tarde, la lumbre secando las últimas sábanas. Volví a bostezar y oí su boca abrirse tanto que algo crujió en su mandíbula.

Msieu Antoine compró dos sillas en Orange Grove. La luz se movía por los cuadrados fantasmales de la pared. Al caer la tarde, vino a recogernos un barco con el que recorrimos las diez millas que nos separaban de Azure.

—El fin del mundo, ¿eh? —dijo msieu Antoine mirando las aguas del río—. El inicio del mar. Estoy esperando un barco procedente de Filadelfia que va hacia el norte, y ahora podríamos estar pasando a su lado.

—Gracias. —No podía decir nada más.

El viejo embarcadero de Azure tembló bajo mis pies. Pasamos bajo los robles de la fachada que pertenecían a madame Bordelon. La decoración de musgo. Para sus ojos. ¿Podría verme? ¿Seguiría en su habitación?

Caminamos hacia la casa. ¿Podía verme mi madre? ¿Estaba en la cocina con Tretite? Manteles y servilletas. Manchas de vino.

Christophe. Llegó rodeando el lateral de la casa, llevando un caballo de las riendas, y se paró al ver a msieu Antoine.

—¿Msieu? —dijo con indiferencia; luego miró mi vestido, mi cara, y apretó los ojos hasta que fueron una línea negra bajo las cejas—. ¿Madame?

Pero en su cerebro dijo Cadeau. Cadeau-femme. Ahora yo ya no era una niña.

—Christophe. Te veo bien. Msieu Antoine quiere hablar con msieu Bordelon —dije.

No habló, pero nos llevó a la cocina.

Tretite no estaba. Una enorme mulata arrojaba maíz a las gallinas en un corral que había tras la cocina. Me preguntó «¿qué quieres?». Luego apareció msieu Antoine por la esquina y ella le hizo una reverencia.

Christophe cabalgó para ir a buscar a msieu Bordelon. Yo me quedé fuera de la cocina. El sendero (mi sendero) que llegaba al calvero estaba mojado y embarrado. Hice visera con la mano ante el sol ya bajo, formando una cornisa como la de madame Bordelon años atrás.

No pude correr por el sendero. Llevaba zapatos, y mi cuerpo no pertenecía a mi madre.

Le toqué el puño de la camisa de msieu Antoine. Nunca había tocado su cuerpo. Sólo sus ropas.

—Iré hasta le quartier, si me lo permite.

Asintió.

La enorme cocinera llevaba un delantal blanco. Estaba esperando a que le dijera quién era. Durante toda mi vida en ese patio, cuando los desconocidos me veían, mi madre justificaba mi existencia a quien se

le antojaba.

—Je suis Moinette —la cocinera sólo asintió—. ¿Dónde está Tretite?

Ahora su cara tenía una expresión de cautela. Cabeceó en dirección a la calle.

—Là-bas.

Se me aceleró la sangre.

—¿Y Marie-Thérèse?

El nombre. El nombre. El tacto de mi lengua contra los dientes, mis labios apretados.

Puso ceño y se encogió de hombros levantando los hombros como sacos de harina.

Anduve rápidamente hasta el calvero. Sólo un hilo de humo, una voluta de musgo rizándose hacia el cielo. Recorrí los últimos metros; en nuestra entrada estaba sentada Tretite con una pipa en la boca.

—Cher bébé, bébé —dijo extendiendo los brazos.

—El año pasado. Cinq année, me dice una noche. Cinco años que espero. Una noche no la vemos y miramos a todas partes. Se va.

No sabía lo que haría mi cara. Pero no pasó nada en los huecos de mis mejillas. Eveline, Hera y Phrodita llenaban el cuarto. Tretite estaba sentada en un rincón con la pipa. Dije:

—¿Dónde pensaba ir a buscarme? ¿A la ciudad?

Podría haber pasado por delante del hotel cada mañana antes de que acabara de limpiarle las botas a msieu Antoine. Eveline se tapó la boca con los dedos.

—Moinette. Ha esperado mucho y está cansada.

Se acercó a su baúl, unas toscas tablas de ciprés con un candado. Una bolsa de tela con una trenza de pelo, granos de café y tres añicos de un plato roto. La cola emplumada y un ala color púrpura.

—Se fue al bayou Les Palmiers. Donde llegan los tratantes. Dicen que el agua se mete en otro bayou y baja hasta Barataria. Los ladrones de esclavos suelen ir por ahí. Me dice: «Me voy ahora. Deja esto junto a su puerta». Christophe dice que la vio en una piragua en el bayou. Por donde viven los pájaros blancos.

Era imposible que hubiera llegado a Barataria. Vi sus ojos de agua nocturna, sus gruesas muñecas cubiertas de cicatrices. Mamère. Se iba a Nueva Orleans.

No podía saber que yo iba a Barataria. Encontraría algo que vender en Nueva Orleans. Podríamos regresar y buscarla.

Había buena llama en la lumbre. Tantos ojos fijos en mí: Eveline lloraba, las lágrimas de Hera se esparcían sobre las cicatrices de sus mejillas. Phrodite: apenas la había conocido. Estaba embarazada, las

manos en la barriga.

Christophe se asomó por la puerta y dijo:

—Msieu Bordelon ha vuelto del campo.

Esperaba fuera. Tretite dijo:

—Madame se asoma un día por la ventana, me ve llevar el vestido blanco y me dice que nunca vuelva a entrar en la casa. Dice que lo lave y lo deje en la puerta de atrás. Que aquí no hay ninguna novia.

—¡Tretite! —exclamé, y la abracé fuerte; la noté llena de aire, blanda y hueca—. Si vuelve, dile que estoy en Opelousas. Al norte. Opelousas. Court Street.

Christophe esperaba cerca de las cenizas amontonadas bajo los pacanos.

—Te casaste con Phrodite —dije.

Asintió y echamos a andar.

—No se subió a ninguna piragua —me dijo Christophe de repente cuando llegamos a la galería trasera de la casa—. Lo dije por Eveline y Tretite. Para que se sintieran mejor. No creía que volvieras. Nunca.

—¿La vendieron?

Enterré las uñas en la palma de la mano. Lunas rojas.

—Se metió en el bayou y se hundió.

No enseñaba los dientes y no levantó la barbilla como cuando éramos niños; no había cólera en sus ojos ni deseo de acorralarme contra una roca y levantarme el vestido.

—No es cierto —dije—. Pas vrai.

—La veo pasar junto a Petit Clair y la sigo.

—Me odias y nunca volveré a verte.

Él sacudió la cabeza.

—No te odio. Nunca pienso en ti —ahora tenía los hombros anchos, iba vestido con ropas de mozo de cuadra, botas altas salpicadas de barro—. La sigo por donde tengo mis cepos. A lo mejor tiene un bote escondido ahí. Pero cuando se mete en el bayou, se echa al agua de espaldas. Como si hubiera nadado antes. Se echa al agua de espaldas, mirando hacia los árboles y se va flotando.

De espaldas. Descansando. Da miedo estar tan descansado. Tal vez ya nunca te vuelves a levantar. Es como volar.

Me llevé los nudillos a la boca. A lo mejor se había ido de verdad. A lo mejor Christophe mentía. Se oyó chillar a msieu Bordelon:

—¿Dónde está el maldito limpiabarros?

—Christophe —susurré—. Si dices la verdad, ve a buscar a Tretite. Por favor. Tráela a la casa. Dile que venga y no piense. Que no hable.

Se puso a andar y yo me eché a llorar.

En la galería trasera, donde madame había estado tantos años

haciendo visera con la mano, la puerta donde mi mano midió la cabeza de msieu, me sequé las lágrimas, tiré de la piel de detrás de los ojos. Esto no funcionaría si lloraba.

En la galería, msieu Bordelon se quitó el barro de las botas. Tenía que decírselo ahora, antes de que entrara. No era mi dueño. Yo pertenecía a mamère. Pero si ella estaba là-bas, y pertenecía a Dios, entonces yo también pertenecía a Dios.

—¿Se acuerda de mí, msieu?

Se volvió. Tenía los labios aún más finos, sólo una tira de piel sobre los largos dientes, y la furia de siempre en los ojos. Los ojos de Céphaline.

—No.

—Moinette. La criada de su hija —me daba miedo mencionar su nombre.

Se pasó el limpiabarros por las botas.

—Te vendí.

—Oui, msieu. Ahora msieu Antoine es mi dueño. Le gustaría comprar a mi madre.

Dejó el limpiabarros donde estaba.

—Tu madre escapó.

Mis cerebro se estaba llenando de sangre, los surcos se volvían rojos dentro de mi cráneo. Msieu Bordelon era una casaca colgada del tendedero, las mangas moviéndose suavemente.

—Msieu Antoine desea comprar a Tretite. Podría decir que es mi madre. Ahora ya no le es útil. Me puede pegar por irrespetuosa, pero sé que hay un hombre enterrado en el bosque. Lo vi. Está escrito en un papel en Opelousas.

Frunció el ceño e inclinó la cabeza como si siguiera escuchando después de que yo callara. Luego dijo:

—No sabes escribir.

Podía azotarme si admitía que sabía escribir: no, yo no era propiedad suya, sino de msieu Antoine, y sin embargo podía exigir que msieu Antoine me azotara. La espalda me temblaba bajo el vestido.

—Mademoiselle Céphaline me enseñó a leer y a escribir —dije volviéndome hacia un lado—. Me enseñaba cosas mientras la ponía guapa.

—¡Ni pronuncies su nombre! —gritó a mi espalda.

Msieu Antoine estaba sentado en la sala bebiendo café y mirando los cuadros que había sobre la chimenea.

—Msieu —dije con toda la calma de que fui capaz.

Mi madre. Sus manos dejando una estela en el agua. El agua fría.

—¿La has encontrado?

—Oui. Ya viene.

Msieu Bordelon se quedó mirando a msieu Antoine.

—¿Es usted abogado? No me gustan los abogados ni los especuladores.

Msieu Antoine se puso en pie y sonrió.

—Entonces es una suerte que yo no sea un especulador. Soy secretario del tribunal de Opelousas.

Levantó la mano hacia el retrato. Céphaline. Los ojos abiertos, rubor en las mejillas. No se la veía muerta.

—Es la mujer más hermosa que he visto en pintura. ¿Su esposa?

El pecho de msieu Bordelon se hinchó y se deshinchó.

—Hace cinco años que mi esposa no sale de su habitación. Desde el día en que murió mi hija. ¿Cuál es la razón de su visita?

—Ni la especulación ni el sentimiento. He venido a comprar a la madre de mi ama de llaves.

—¿A su madre?

Me escocían las lunas rojas de las palmas de las manos.

—Christophe la trae. Ahora viene mi madre —dije.

Msieu Bordelon se metió en su despacho y salió con el libro mayor que tantas veces había limpiado y nunca había tenido el valor de abrir.

—Moinette. Mulâtresse criolla. Nacida el 19 de septiembre de 1797.

Tretite entró silenciosa con su cara aplastada y pequeña mirando al suelo. Dije:

—Mi madre era cocinera. La han reemplazado, ¿no?

Mis ojos se posaron en los dedos de msieu Bordelon. Cortos y fuertes, con pliegues de piel gruesa entre ellos de tanto sujetar las riendas.

—¿Cuánto pide? —dijo msieu Antoine mirando ceñudo las arrugas de Tretite, los hombros hundidos como alas de paloma plegadas a los lados—. Por su madre.

Msieu Bordelon no me miró.

—Hace ya mucho que no puede criar. Pero eso no significa que sea una ganga.

Christophe sacó la banderola para hacer señas al vapor. Tretite me dio la mano al subirse a la cubierta de la embarcación y tembló de miedo cuando los motores gruñeron.

—Jamais en bateau —susurró.

Nunca había ido en barco.

—No te muevas —dije—. No mires la espuma.

De regreso al hotel, nos enteramos de que el barco del señor Jonah Greene había atracado.

Era un hombre de piel olivácea y alto, con pozos oscuros en torno a los ojos. Me pidió que preparara un té. Me entregó una lata llena de hojas negras y curvadas, y msieu Antoine dijo en tono cauto:

—En una ciudad famosa por su café, te traes una bebida inglesa.

Esperó a que el señor Jonah Greene sonriera y volvió a estrecharle la mano.

Tretite dormía en la zona de los esclavos. Yo regresé a la cocina. Después de tantos años, ahora estaba junto a una chimenea esperando a que hirviera el agua. Como cada día. No hay ninguna escalera al cielo. A là-bas. No hay piragua hacia los dioses del agua. Sólo hojas negras en una taza.

Todo el calor que había dentro de mi cara, almacenado en mis mejillas y detrás de mis ojos e incluso debajo de mi tignon… Me acuclillé junto a la lumbre y me cubrí el cráneo con las manos y lloré hasta que me pareció que la cara se me había derretido como cera.

10. TRIBUNAL

—No es tu madre.

—No —estaba echada al lado de msieu Antoine, con la espalda doblada contra su pecho—. A usted no le mentiría. No es de mi sangre.

Msieu Antoine espiró algo parecido a una risita silenciosa hacia mi nuca.

—Pero has decidido que lo sea. Y has esperado hasta ahora para admitirlo, cuando estamos en el barco de vuelta a casa. Así que en Opelousas será tu madre.

—Sí, msieu.

El vapor avanzaba lento contra la corriente. Hacia el norte. No había nada que por sí solo pudiera remontar el río. Todo era arrastrado por la corriente, hacia el mar.

La respiración de msieu Antoine me movía los pelillos de la nuca.

—Ya noté algo raro por tu manera de hablarle y comportarte con ella, pero me dije que tal vez era porque llevabas años sin verla —suspiró—. ¿Tu madre se escapó?

—Yo no me escaparé.

—No te lo he preguntado.

—Puede que se escapara.

El motor hizo temblar sus zapatos, que estaban en el suelo, como si caminaran solos. Olía las secreciones de su cuerpo a mi espalda. No sabía cómo se llamaban. Todos los fluidos que Céphaline había nombrado: saliva, sangre, sudor, lágrimas, pero nadie nombraba nunca los fluidos del sexo ni de los órganos. Ni siquiera el doctor Tom hubiera sido tan necio como para nombrarlas delante de ella.

—¿Cuál de los hombres te asustó? —preguntó msieu Antoine.

—El sobrecargo.

—¿Dónde está… la mujer a la que podrías considerar tu madre?

—Se llama Tretite. Duerme en cubierta con los demás esclavos —los motores temblaban con tal ímpetu que la piel de las mejillas me golpeaba los dientes—. Nunca ha tenido problemas para dormir. Y yo no puedo dormir si estoy asustada.

—¿Dormías al principio de estar en Opelousas?

—No —sus hombros rozaron mi espalda a través de su camisa y mi vestido—. Pensaba que usted me haría daño.

—Ya te habían hecho daño antes.

—Oui.

Pero no me preguntó quién había sido. Ése era otro grupo de palabras que nadie quería pronunciar.

Y en ese momento no íbamos a hablar del señor Jonah Greene.

Era un animal diferente. Ni siquiera probaba el café. Bebía té. Me enseñó a medir las hojas negras, rizadas y secas que había en la lata y a colocarlas dentro de un cuadradito de muselina.

Su barba era como una bufanda negra en torno a su barbilla. Era un palmo más alto que msieu Antoine, tenía la piel olivácea y los ojos engastados dentro de dos pozos de oscuridad. No besaba a los hombres que le saludaban en el hotel o en el barco, como ha- cían los franceses entre ellos; agarraba la mano del otro hombre y le daba unos golpecitos en la espalda con la mano libre, como si eso fuera una danza que él hubiera ensayado y ellos no.

Me daba miedo. Me estudiaba cuando pensaba que yo no miraba. Hablaba inglés con un extraño traspié dentro de la palabra. No sabía que yo lo entendía. Mientras Tretite estaba en la cocina del hotel con las manos en el regazo, yo aplicaba betún a sus zapatos.

—Me ponen nervioso. Con una doncella irlandesa es diferente. Quieren que les pagues hasta el más mínimo trabajo.

—Esto no es Filadelfia —había dicho msieu Antoine—. Debes aprender a vivir en francés. En la Luisiana francesa.

—Ahora es América.

—No, sigue siendo francesa, aun cuando los americanos no se lo crean.

—Son como cachorrillos extraños. Cachorrillos enfadados y vigilantes. Te miran sin mirar.

—Ella quiere saber lo que quieres.

Hubo un largo silencio, y la voz del señor Jonah Greene cambió.

—No puede saberlo —dijo—. Nadie puede saberlo.

El camarote era oscuro y cerrado, igual que la bodega de años atrás. Pero yo no iba encadenada. Los brazos de msieu Antoine se entrelazaban con los míos. Sólo se echaba a mi lado, en la pequeña cama. Sus caderas no tocaban las mías.

Había regresado a su mesa después de la medianoche, cuando casi todos los pasajeros dormían y sólo algunos borrachos jugaban a las cartas. Me había visto secarme la cara. Sudor y lágrimas.

El señor Jonah Greene acababa de abandonar la mesa para ir a su camarote.

—Es triste, pero el juego no es mi pasatiempo favorito —dijo en inglés, y los otros tres hombres lo miraron ceñudos hasta que lo tradujo al francés.

Msieu Antoine me hizo una seña con la mano. Dijo:

—Espérame en el camarote.

Lo dijo sin levantar la voz, pero varios de los hombres rieron y uno dijo:

—El ritmo del barco, ¿oui?

—Te veo agitada —decía ahora msieu Antoine, su boca detrás de mi nuca.

La première fois que haces algo no te gusta, había dicho Eveline. La primera vez. Luego lo haces más veces y te acostumbras.

Première fois que hablaba con él así.

—A veces los hombres ni siquiera me tocan. Se quedan a mi lado y se dan placer. Se me acercan en la cocina o en el almacén y se frotan contra mí. Luego se frotan a sí mismos.

Aspiré.

—El sobrecargo ya me ha tocado dos veces.

—¿Te ha tocado? ¿Aun sabiendo que me pertenecías?

—Por accidente se le enredó el dedo en mi tignon y me lo quitó de la cabeza. Luego se colocó muy cerca de mí mientras le preparaba la bandeja, tan cerca que pude sentir…

—Ah. Sí.

Ahora no sentía eso. El cuerpo de msieu Antoine estaba tendido a mi lado como lo había estado el de mi madre, una franja de aire que parecía algodón palpitando entre ambos.

Sólo había blandura a mi espalda porque msieu Antoine estaba exhausto. Venía del camarote del señor Jonah Greene, situado junto al suyo. Pensaba que yo no había oído el sonido atrapado en su garganta. Mantenido ahí. Tal como Gervaise mantenía el deseo en la garganta, mientras apretaba a Sophia contra la puerta. El mismo sonido.

Cuando msieu Antoine entró en su camarote, dijo:

—Necesito aire. Moinette, no te puedes pasar la noche sentada en esa silla. No es culpa tuya que tengas miedo. Échate. Aquí nadie te hará daño.

Tendida al borde de ese estrecho colchón, conocía ese olor: ácido y penetrante, a sal y a caracol. El fluido que el hombre dejaba en mi vestido, en mis piernas.

El motor tembló con más fuerza. Volvíamos a casa. Msieu Antoine dijo:

—Ahora tienes diecinueve años. ¿Qué edad tenías cuando te separaste de tu madre?

Me mordí el labio igual que ella hacía siempre.

—Catorce.

—Así son las cosas —dijo; por un momento, sus dedos se posaron en mi hombro—. Si tu madre se escapó o la has perdido de alguna otra manera, tal como yo perdí a la mía, lo siento.

Después volvió a meter la mano bajo su costado. Al otro lado de la fina pared que había cerca de nuestras caras, el señor Jonah Greene estaba echado en su cama. Le oíamos murmurar para sí. ¿Rezaba? ¿Estaba enfadado? Por la manera tan profunda en que msieu Antoine aspiró, haciendo que se le moviera la camisa, supe que tampoco dormía.

Escuchaba.

—Él no es el padre.

—No.

—No te mira —dijo Tretite—. No de ese modo —pasaba el dedo por una cuchara de madera—. ¿Dónde está tu hijo?

—Donde lo dejé. Tiene cuatro años.

—¿Quién es el padre?

Ésa era la mujer que me metía carne ya masticada en la boca cuando yo era un bebé. Pero ahora parecía perpleja mientras se movía por mi cocina, tocaba los cacharros, intentaba sentir el calor de la lumbre y la comparaba con la suya de Azure.

—No lo sé —dije, y desvió los ojos hacia mí sin mover la cabeza.

Pasó los dedos por el arroz, recogiendo alguna piedrecilla. Volví a coser los botones de una casaca limpia.

—¿Todos esos hombres de arriba?

—No.

Cada mañana parecía desconcertada por las botas y los pies y las voces de los hombres sobre nuestras cabezas. A veces miraba al techo. Cuando se iba a dormir a nuestra habitación, donde yo le había cedido la cama de cuerdas, me volvía su espalda redonda y rolliza, que temblaba como si tuviera frío, aunque estábamos casi en abril.

Echaba de menos a las mujeres de Azure. A su lado, en el camastro, oía sus sollozos contenidos. Ahí no había portal ni calvero ni Eveline ni Hera.

Por la mañana le dije:

—Charité trae frutas y verduras cada día. La gente trae pollos, pescado o pichones.

—¿A la puerta? —Tretite miró ceñuda la puerta trasera abierta—.

Sólo cocino para mí. Madame dice: «Deja el vestido de boda». Pero Céphaline no murió por mi comida.

—Lo sé —dije.

Estudió el cuenco de pacanas.

—¿Le gusta el praliné?

—¿A msieu Antoine?

—A tu hijo.

No tenía ni idea, pero asentí. Lo fingiríamos. Tretite dijo:

—Li mère. Te busca. No abandona.

Christophe no le había dicho nada. Incliné la cabeza hacia el botón de latón y dije:

—Yo tampoco he abandonado.

Mi lata de tabaco estaba vacía. Las primeras monedas habían sonado como lluvia en un tejado de hojalata.

Por la noche, cuando Tretite se dormía, yo me quedaba en la cocina mirando el fuego, para vivir con la gente de mis recuerdos, incluso con Jean-Paul, al que no había visto en un año, con aquellos pies descalzos caminando sobre mí. Mucho después de que los huéspedes hubieran dejado las botas y zapatos en el suelo y se hubieran metido en la cama, alguien caminaba cauteloso de una habitación a otra.

Msieu Antoine también había sido paciente. Había esperado mucho tiempo. Iba a la habitación del señor Jonah Greene, al que amaba.

Cada mañana le echaba agua en sus hojas. No me miraba. Comía pan con el té. Comía mantequilla. No comía panceta ni jamón. Intentaba hablar francés con los clientes, y cuando éstos se burlaban de él intentaba reírse, pero a menudo no lo conseguía.

Se bañaba cada noche en la bañera que trasladábamos a su habitación y llenábamos con agua caliente. Cuando acababa, sacábamos el agua gris y fría echando jarrón tras jarrón al patio trasero. Así él penetraba en la tierra, aunque odiara Luisiana.

Msieu Antoine ponía la mano sobre la suya siempre que no había nadie cerca.

Aunque tenían que ser cautos, veía la manera en que sus dedos rodeaban la muñeca del señor Greene por la mañana, cuando yo servía el café y no había presente ningún huésped.

Las pisadas sobre mi cabeza, el suave movimiento de los pies rumbo a la otra habitación, sólo se oían cuando la casa estaba vacía, pero cuando se celebraba un gran juicio y las habitaciones estaban llenas durante días, msieu Antoine aguzaba el ingenio. Los había oído en el salón, mucho después de medianoche. Sólo una respiración. Una

brusca aspiración, dos, tres veces. Todas las demás funciones cesaban por un momento.

Dos hombres. ¿Pegaban sus labios? ¿Uno de ellos echaba la cabeza del otro hacia atrás con los dedos entre su pelo? Me acuclillé junto al fuego, la cara caliente, intentando imaginar la garganta de alguno expuesta a los besos del otro. ¿Se besaban? Pero tenían que hacerlo para que msieu Antoine emitiera ese ruido en la garganta, esa respiración estremecida ante la fuerza de sus sentimientos.

Esa respiración que había flotado por encima de mí, pero que no era amor.

Los dedos de msieu Antoine en la muñeca del otro juzgaban la textura de su piel, suave y afelpada por el baño matinal.

Yo estaba en el pasillo escuchando ese jadeo, y dentro de mis caderas, donde Jean-Paul había yacido, algo se retorcía. Estaban enredados, apretados el uno contra el otro. La cabeza de Fantine echada para atrás. ¿Y msieu Antoine? ¿Su cabeza echada para atrás?

Utilizaban otros conductos.

¿Acaso los hombres blancos querían comprobar si el interior de las mujeres africanas era diferente? ¿O sólo gratuito? El marido de Pélagie y su hermano se habían acostado con mujeres enfermas. Los conductos. El movimiento entre ellos. Su amor consumado. Los oía moviéndose contra la pared.

Yo me había echado junto a msieu Antoine como si fuera una niña, una amiga, y él me había tocado con ternura. Yo jamás amaría a nadie con esa ternura, excepto a mi madre y a mi hijo, y esos dolores eran diferentes: un estilete de miedo que se me adentraba en la barriga, entre los pulmones.

Por la noche, cuando pensaba en Hervé Richard y el sabor de su boca, a veces sentía ese retorcimiento entre las caderas, pero no volvería a verlo nunca. Nadie volvería a amarme así. Aun cuando sólo hubiera conocido mi cara. Me había pedido que renunciara a mi hijo por él. Yo no estaba destinada a amar. Me quedé apoyada en la pared y escuché hasta que alguien susurró una palabra una y otra vez.

—Por favor, por favor.

Luego me fui por el pasillo y regresé a la lumbre.

Tretite cantaba la misma canción cada día, la que había cantado cuando yo era niña.

—Moinette, Moinette, les zozos dans les arbres, les poulets dans les herbes, doucette, doucette.

Los pájaros en los árboles. Los pollitos en la hierba. Dulce, dulce.

La soledad se colaba en el espacio inservible que había detrás de mi clavícula. ¿Qué guardábamos ahí? Ahora Jean-Paul tendría las

palmas de las manos más gruesas, las mejillas tan altas que los ojos le desaparecerían cuando Francine le hiciera reír. O a lo mejor no se reía. Se quedaba mirando solemnemente a todos. No preguntaba nada.

Cada día, desde que Tretite se ponía a cantar, yo soñaba con la forma de mi madre en su silla mientras el fuego ardía lentamente, con su aguja de coser reluciendo como un ínfimo rayo, con los dedos de Fantine separándome los cabellos para las trenzas, cuando regresábamos de la zafra y nos lavábamos el pelo una a otra, la hora en que Jean-Paul dormía a mi lado.

La voz de Tretite era baja y borboteante como agua hirviendo, pero seguía echando de menos las plegarias murmuradas de mi madre. Jean-Paul estaba a doce millas de distancia. Otra persona le cantaba una canción. Él estaba sentado en la puerta de su choza, convirtiendo cáscaras de pacana en barcos, tiras trenzadas de palmito blanqueado en un sombrero. Yo había pasado hambre en Rosière. Él tenía hambre. Yo había comprado una madre y ahora no había dinero. Pero cuanto más esperara, más ese suelo sería su hogar y quizá ni llegara a amar el mío.

Volví a verlo en abril de 1817. Msieu Antoine y el señor Greene alquilaron un carruaje. Su empresa legal les había proporcionado nuevos clientes americanos, pero los criollos de toda la vida se mostraban reticentes a la hora de confiarle al señor Greene, un americano de Filadelfia, su patrimonio y sus contractos matrimoniales. Msieu Antoine dijo que visitarían a los De la Rosière.

Jean-Paul tejía palmito con Emilia, que había perdido la pierna y no podía salir de casa. Jean-Paul tocaba los diamantes de verde más pálido que había dentro de la cinta del sombrero que trenzaban.

Tenía tres años. Me llamó maman, pero sólo era mi nombre.

Estaba contento de verme. Simpático, esa palabra que se aplicaba a algunos hombres a quienes todo el mundo cae bien, aunque ninguno más que otro. Saltó a mis brazos, me besó y me habló, se echó a mi lado, pero me di cuenta de que habría hecho lo mismo con Emilia, con Fantine, con cualquier mujer que lo mimara, le diera de comer y le lavara la cara.

Yo quería ser la única que hiciera todo eso. Quería que me amara igual que yo amaba a mi madre, con ese vínculo fuerte como telarañas trenzadas en una cuerda. Los hilos de seda, sutiles, flotando en un arbusto, pero cuando Firmin estiraba el núcleo de las telarañas de los rincones del cuarto y enrollaba los hilos entre sus dedos, formaba una sucia cuerda que nadie podía romper.

Quería que mi hijo me amara así, tierra y migas y pelo y besos y palabras, todas las partículas de ese gris en el hilo de cada día.

—Nunca he poseído un ser humano.

—Ahora tampoco lo posees, ¿por qué estás tan preocupado? —Msieu Antoine parecía de buen humor.

—¿No sería más útil que ella estuviera embarazada? Para…

Yo iba por el pasillo y me detuve. Para que la gente pensara que era la amante de msieu Antoine, no él.

Msieu Antoine rio. Cinco suaves ladridos del esternón.

—Aunque soy su propietario, no deseo encargarme de su reproducción, Jonah. Ya ha pasado por eso.

—Tiene un hijo.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no traes al hijo aquí? Así los otros pensarán que…

Apoyé la mano contra el frío yeso para mantener el equilibrio. Los pies descalzos. El suelo de madera caliente del verano.

—He intentado comprar al crío. Pero el propietario insiste en que no lo venderá hasta que no tenga diez años, pues no quiere vulnerar el código de los esclavos.

—Code Noir. El código negro. Un catálogo anticuado e insultante que comenzaba declarando mi presencia ilegal. El primer artículo afirmaba que todos los judíos serían expulsados de las colonias.

—Jonah. Estuvimos de acuerdo en que aquí podíamos ganar un buen dinero y que con el tiempo encontraríamos otro lugar. Moinette tendrá paciencia. Igual que nosotros. Confía en mí.

Pero un día, mientras en la casa estábamos solas Tretite y yo, Charité nos trajo remolacha y entró a tomar un café. Señaló el plato con el faisán que había sobre la repisa y dijo:

—Muy bonito, pero muy pequeño, ¿quién comerá ahí?

Me brotaron las lágrimas de los huecos de mi cráneo, calientes como el líquido de mi garganta. El sabor del café. Mi plato con el pavo real. Mi hijo que no estaba allí. Mi madre muerta.

Estaba muerta.

Me quedé echada en mi habitación hasta que vino Tretite. La verdad.

—Christophe dijo que mi madre fue a ahogarse en el bayou. Que no me buscaba. Que había abandonado.

Tretite negó con la cabeza.

—Nunca abandona. Christophe no sabe nada.

—La vio.

—La vio marcharse —Tretite se sentó en la cama y añadió—: Me

duele la cabeza por el pelo. ¿Me ayudas?

Le desanudé las cuerdas del pelo, ahora más gris, con pequeños círculos blancos de sal en las sienes. Dijo:

—¿Ya tienes diecinueve años? Entonces puedes saber la verdad.

—Dímela.

Tretite negó con la cabeza tan violentamente que le tembló la mandíbula.

—No. Sólo los ibos matan el yo para poder volver volando a África. Con su pueblo.

—Ella era bambara —yo había leído la palabra, junto a los nombres de muchos esclavos, en los papeles de msieu Antoine—. De Senegal. Eso es lo que significa singalés.

Tretite se encogió de hombros.

—A los singaleses no les gustan los ibos. Cuando vivo en Santo Domingo, veo ibos. Vienen en barco y la primera semana se ahorcan de un árbol. Salgo por la mañana y veo a veinte colgados del árbol. Una higuera. Alrededor del cuello tienen una cuerda del establo. Todos juntos.

Le peiné sus mechones tupidos y grises hasta que se quedó dormida en la silla. Pies colgando de las ramas. Pero seguía viendo a mi madre de espaldas en el bayou que la llevaba a Barataria, los ojos cerrados y sin ver las ramas que había sobre su cabeza.

La noche siguiente dijo:

—Marie-Thérèse… no ibo. Un día nos asomaremos por esa puerta y veremos su cara.

Cocinaba enfundada en su nuevo vestido blanco. Yo se lo había hecho de lino bueno. Nada de sobras. Despistada, se limpiaba los dedos en la falda. Mientras estábamos sentadas junto a la lumbre, después de que los hombres se hubieran ido al despacho con sus cigarros, me miraba remendar la casaca negra del señor Jonah Greene, donde un clavo suelto le había hecho un siete.

—En Santo Domingo la gente se rebela y mata a los amos. La familia de madame Bordelon viene a Luisiana para empezar de nuevo. Traen a Marie-Claire y a mí. Empiezan en Pointe Coupee. Mil setecientos noventa y dos. Y no hay ibos. No compran ibos. Sólo minas o singaleses. Pero veo a un hombre en otro lugar y le dice a msieu que se casará conmigo. Entonces tengo veintidós años.

Tembló la lustrosa barbilla de Tretite. Las hendiduras de las comisuras de su boca eran ahora más profundas, como si la mandíbula fuera de madera, sujeta a la cara con hilos.

—¿Dónde lo conociste?

—En el bosque. Es cazador para sus amos. Pero su msieu dice no,

no te casas. Ramón. Ramón dice que su msieu no puede decirle a quién amar. Al día siguiente le dispara a su msieu con el mosquete. Tres balas. Viene a mí esa noche y deja un pájaro. Un faisán. Con la cola larga. Le arranco las plumas y hago un sombrero, pero Ramón no vuelve. Viene el ejército y devuelve a Ramón encadenado a su plantación. Su msieu muerto en la casa. Ramón se ahorca en su habitación. Ibo.

Levantó las manos delante de la cara.

—Dentro del faisán: dos balas. Dentro del msieu: tres. Se llevan a todos los esclavos a la habitación de Ramón. El cinturón en torno al cuello. Dicen: «Quien mata a su amo será decapitado en el acto. Quien demuestra que ama a su amo no será castigado. Demostrad vuestro amor: cortadle la cabeza al asesino».

Me incliné hacia delante y me cubrí la cara, pero la casaca olía a hojas de té amargas y a humo y la dejé en el suelo.

—Hippolyte, el cochero, le corta la cabeza. Manchac, el jardinero, le corta la mano derecha. Gustave le corta la izquierda. Dejan los trozos colgados sobre la habitación de Ramón durante un mes. Que sirvan de advertencia —plisó la tela blanca sobre las piernas—. Entierran su cuerpo en la calle. Dicen que ahora nunca se escapa. Dicen que los ibos son bobos por pensar que vuelven volando a África cuando mueren. Dicen que nunca más compran esclavos ibos.

Puso la marmita sobre la lumbre y se sentó. Al cabo de un rato dijo:

—Marie-Thérèse no ibo. Se escapa para encontrarte. Un día abres la puerta y allí está.

Pero aunque mi madre hubiera escapado, nunca sabría las palabras que habíamos dejado en Azure con Christophe y Eveline y Hera. Msieu Antoine. Court Street, Opelousas.

Christophe me había dicho la verdad. Ya no me odiaba. Sólo quería que no me pasara años volviendo la cabeza bruscamente cada vez que llamaran, con el corazón brincándome, el corazón como un pez que busca una mosca para no encontrar otra cosa que el hueso plano que lo cubría.

—¿Aparte de la falta de ningún pensamiento inteligente u original?

—Jonah. Aquí hay mucho dinero que ganar. Los plantadores de Luisiana poseen más activos que la mitad de los estados del este.

—Y al parecer eso los exime de utilizar la lógica y la razón.

—¿Es que no puedes ser paciente?

—¿Es que no puedes ser impaciente?

Los dos se rieron en la mesa del comedor, y luego el largo silencio y el susurro de las páginas, que significaba que los dos leían.

En septiembre de 1817, el periódico informó de que en Nueva Orleans la fiebre amarilla estaba matando a cientos de personas. Nos hallábamos muy al norte, pero alguien debía de haber traído el miasma de la fiebre a Opelousas, como una nube pegada a su pelo, su casaca o sus manos.

Miasma. ¿Qué dijo Céphaline del miasma? ¿Que era un efluvio que contenía algo? ¿Cómo era posible? Les serví la cena al señor Greene y a un cliente de Baton Rouge, y la casa estaba en silencio. La noche antes, unos hombres que gritaban en la calle a propósito de la fiebre nos habían tenido en vela. Msieu Antoine se había ido a Nueva Iberia por negocios.

Por la mañana, cuando fui al piso de arriba a llevar agua caliente para que los hombres se asearan y afeitaran, el señor Greene gemía. Se parecía a los ruidos que hacían los hombres cuando estaban encima de las mujeres. Apreté la mejilla contra la puerta. Pero dijo:

—Ayúdame, por favor.

La colcha estaba desgarrada, la ropa de cama empapada como si se levantara de la bañera. Volvió a hablar:

—Julien, Julien —el nombre de pila de msieu Antoine.

Le quité la ropa y Tretite trajo sábanas nuevas. Tenía la cabeza echada para atrás y jadeaba. El agua le resbalaba por la piel. Sal y el olor de la enfermedad. Lo bañé una y otra vez con agua fría, como me dijo Tretite. Ella nunca había visto la fiebre. Dijo:

—El médico lo sangrará y le dará una mala medicina. Lo matará. Como a Céphaline. No traigas médicos. Le hago un caldo de buey, mantén las ventanas abiertas. Frío. Frío para la sangre caliente. Que no le quiten la sangre.

Recé y recé. Si moría, nosotras seríamos responsables. Msieu Antoine… ¿qué haría? El sudor le resbalaba por la piel y los ojos se le volvieron amarillos como cera usada. Yo rezaba para que la fiebre estuviera dentro de su sangre y la sangre la expulsara de la piel. Pero aquella noche, mientras se hallaba inconsciente, retorciéndose y dando vueltas como un torbellino dentro de sus sábanas blancas, le dije a Tretite que iría a buscar al doctor Vidrine.

Cerca de la verja del callejón, pisé una mano. Era un indio, tumbado cerca del cobertizo, la manta abierta y el pecho al aire. Tenía la boca abierta como para recibir lluvia. No se movía, pero el aire entraba y salía entre sus dientes. ¿Eso es el miasma?

Me tapé la boca y la nariz con un trapo y corrí hacia la pensión de madame Delacroix. Tres hombres bajaban por la calle, voces borrachas y americanas, y me metí en otro callejón.

En la parte de atrás de la pensión oí más gemidos. ¿Y si alguien allí tenía la fiebre? Me asomé al patio. Había un hombre apoyado en un

árbol, cerca del tanque de agua, y una mujer arrodillada delante de él, la cara incrustada en la bragueta de sus pantalones. Las manos blancas de él en el pelo negro de ella, en dos puños bien apretados.

Les di la espalda y fui hacia la puerta trasera.

—El doctor Vidrine —le dije a la doncella que contestó—. Por favor. Por favor.

Él se acabó su bourbon y recogió el maletín.

Al cabo de tres días, el señor Greene estaba débil, pero vivo. Bebía caldo de buey y dijo que había sobrevivido porque nunca bebía alcohol. El doctor Vidrine rio y dijo que el bourbon en la sangre, o la inmunidad africana, rechazaban la fiebre.

—Y no ha sido nada de eso, ¿eh? Pero usted es judío.

El señor Greene no dijo nada.

—He visto las… señales cuando la criada lo ha lavado —se rio—. A lo mejor los judíos tienen también la sangre diferente y eso lo ha protegido de la fiebre. Esta mañana han muerto dos traficantes de esclavos de Virginia.

Subí para llevarme la ropa de cama sucia. Los líquidos de su cuerpo: sangre, sudor, vómito, excremento. Herví la ropa blanca con vinagre y alumbre.

—¿Sabes lo que es un judío?

El señor Jonah Greene me miraba desde la cama. Bebía hojas en lugar de granos. No le gustaba el azúcar. No iba a misa. Amaba a msieu Antoine. Era americano.

Negué con la cabeza.

—Yo tampoco estoy seguro de saberlo —entonces volvió la cabeza hacia la ventana y yo bajé las escaleras.

Cuando msieu Antoine regresó, me pidió que fuera a su despacho.

Dentro del Palacio de Justicia, dijo, había registros en los que constaban todas las transacciones del distrito. Matrimonios, decesos, nacimientos, divorcios, ventas de propiedades, demandas contra personas que habían dañado o perjudicado a otras, como la presentada contra el señor McAdam cuando me causó una lesión.

Estuvo escribiendo un rato, la tinta tersa como los rastros de excremento de un insecto. Desde que regresáramos de Azure, lo único que yo había escrito eran las etiquetas de mis frascos. No tenía nada que anotar.

—Aquí dice que serás libre cuando cumplas veintiún años, en consideración a los servicios prestados al salvar la vida de tu amo.

Me quedé mirando mi nombre. Moinette. Pero el señor Greene no era mi amo.

Msieu Antoine me miró como si leyera mis pensamientos.

—Al salvar su vida, salvaste la mía.

No tenía palabras.

—El código establece que los esclavos no pueden manumitirse hasta que no cumplen veintiún años. Tienes diecinueve, ¿no? Este papel me compromete a darte la libertad cuando cumplas los veintiuno. Entonces continuarás viviendo aquí, pero pagaré por tus servicios —metió los dedos entre las patillas y apoyó la mandíbula en las manos—. El doctor Vidrine me preguntó si nos satisfacías a los dos.

Asentí. Comprendía las señales: el bulbo desnudo y púrpura. Ese trozo de carne que le lavaba al señor Greene, distinto a todo lo que había visto. No era como el de msieu Ebrard y su mozo de cuadra, quienes tenían una capucha de piel. Una capa.

¿Que te faltara un trozo de piel significaba que eras judío? Toqué el borde del papel. Era aceptable que dos o tres hombres a la vez se acostaran conmigo. Pero no era aceptable que un hombre amara a otro. Ni que uno se casara conmigo.

—Moinette —bajó la frente para mirarme.

Le conocía mejor que él a mí. Eso era lo que mamère y Tretite habían dicho siempre. Nunca confíes en los blankittes. Tú eres una propiedad. No eres una persona. Te venderán o te matarán cuando se les antoje. Tú los conoces. Pero ellos a ti no.

Pero él pretendía regalarme mi vida. Su nombre en un trozo de papel decía que yo era libre.

—¿Dónde lo guardará? ¿Y si se quema?

Entonces sonrió.

—Ni agradecimiento ni lágrimas. Siempre tan práctica. Este edificio es de ladrillo. Nuestros documentos importantes están en una caja metálica. Pero estos documentos mañana quedarán archivados en el Palacio de Justicia —hizo una pausa—. Y ahora me vas a preguntar cuándo podrás comprar a tu hijo.

La quinta vez que vi a Jean-Paul fue en marzo de 1818. Etienne iba a casarse y msieu Antoine preparó el contrato matrimonial, especificando la dote y las obligaciones de las dos familias.

Nos quedamos dos días. Mientras yo cosía, Jean-Paul permanecía sentado a mi lado, y se lo veía triste y callado. Tenía cinco años. Era un hermoso muchacho, pálido, de piel plateada y pelo negro en ondas que yo le peinaba apretadas al cráneo. Ojos oscuros como el añil. Era hijo de Etienne.

Tenía la misma manera de mirar, de apreciar hasta el menor detalle, de acechar lo que quería, pero dentro de la casa, el patio. Me tocaba las faldas, las botas. Sabía que a la gente se la juzgaba por la ropa, el sombrero, las botas, cuero o piel en bruto. Seguía los hilos de

colores a través de sus dedos, y cuando me pinchaba con la aguja, sentada en la puerta de la choza de Emilia, y me chupaba la sangre, él me cogía la mano para examinar el agujerito.

Me daba cuenta de que no amaba a nadie. No se permitía amar de verdad. Se mantenía distante de todos, clasificándolo todo en los pliegues de su cerebro. Mi cerebro, el de mamère, el de Etienne, lo que implicaba también el de msieu Laurent. Él era yo, midiéndolo todo.

Lo mandarían a los cañamelares cuando tuviera siete años. Si no lo compraba antes, perdería un dedo, una pierna, o la intensidad de sus ojos. Flotaría en medio de la caña verde y el humo y lo perdería para siempre.

Yo tenía cincuenta y dos pesos.

Aquella noche, los hombres salieron del comedor y se fueron al despacho a fumar cigarros y beber bourbon. Msieu De la Rosière, Etienne, otro hombre que no conocía y msieu Antoine. Levitas negras, verde oscuro, una gris. Sólo huesos y piel dentro de la lana. Flotando en la ventana, caras pálidas y pelo negro.

No podía vacilar. Eran animales con papeles. Yo era un animal con monedas envueltas en una tela. Capté la mirada de msieu Antoine antes de entrar en el despacho.

—Por favor. Si me firma una hipoteca y me utiliza como garantía…

Él ya estaba al corriente.

—He hecho algunas averiguaciones discretas y me ha señalado que el Code Noir especifica que los niños esclavos no se pueden separar de la madre para venderlos antes de que cumplan los diez años, y aquí no hay madre. Pero no ha especificado nada de hipotecas. Estas transacciones ya lo han perjudicado anteriormente. Quiere ciento cincuenta dólares en efectivo u otro esclavo a cambio.

No podía cambiarlo por mí. Todavía no me poseía a mí misma. No poseía a Tretite. Sólo poseía monedas: de lavar la ropa de la pensión de madame Delacroix, de venderle betún y jabón a madame Lescelles.

Un día, cerca de su tienda, gasté veinte de mis sesenta y tres pesos. Una vez en casa, dejé la compra en la cocina.

Esperé a los dos hombres en la mesa. La comida estaba dispuesta en la fuente. Arriba los oí discutir. El señor Jonah Greene odiaba Opelousas. Sus clientes eran los americanos, tratantes que hedían a tabaco y a ron, que querían que les redactaran papeles para vender caballos y carros, o granjeros demacrados que venían de Illinois y se peleaban con sus vecinos franceses por si el ganado debía correr libre por el campo o había que poner cercas. Aunque el señor Greene

aprendía francés bastante bien, pocos eran los criollos que lo saludaban.

Msieu Antoine lo amaba. A mí no me amaba.

A mí me admiraba. Se sentía cómodo conmigo. Dependía de mí. Pero yo no era su esposa ni su hija ni su hermana. Y aun cuando msieu Antoine comprara a mi hijo, un desastre pequeño (como un mal negocio) o uno grande (como la fiebre amarilla o la muerte) podían tener como resultado que Jean-Paul, Tretite y yo acabáramos perteneciendo a otra persona. No había herederos: podíamos acabar perteneciendo al señor Greene. Podíamos acabar en Filadelfia.

Comían un pollo con salsa que Tretite había cocinado. Me senté.

Nunca me había sentado donde comían los blancos. Msieu Antoine enarcó las cejas. Dije:

—Podría decir que cumplo veintiuno mañana. La fecha de mi nacimiento no consta en ninguna parte.

Msieu Antoine dijo cautamente:

—Es cierto.

—Si mañana soy libre, al día siguiente puedo tener mi propio esclavo.

El señor Greene dijo:

—¿Colaborarías en lo que te oprime? La esclavitud existe en la Biblia cristiana, en los hijos de Cam, en Moisés guiando a su pueblo. Pero esto es sólo por dinero —apretaba la servilleta—. En las ramas de mi corazón hay un millón de ruiseñores que cantan a la libertad —dijo sin levantar la voz—. Mi abuela conocía a alguien que cantaba esta canción. Así que siempre hay alguien que no es libre.

—Pero Moinette, no puedes haber ahorrado tanto tan deprisa —msieu Antoine levantó la barbilla—. El alquiler que pagan…

—No he tocado su dinero.

Las palmas de mis manos se movían por el mantel. Amarillo claro. Le había bordado unas ramas de helecho color añil en los bordes, y dalias azules. Flores imaginarias. Del azul más oscuro. Pero se podían confundir con manchas de tinta si alguien era descuidado.

—Madame Pélagie solía referirse a los tribunales franceses. Decía que una mujer hermosa podía aparecer y causar un alboroto. Esto es Court Street. Todo queda registrado en el Palacio de Justicia.

El señor Jonah Greene se limpió los labios.

—Los tribunales americanos no están llenos de bellas mujeres. Sólo tenemos a la gorda de madame Richard, que se presenta cada semana para demandar a sus primos por ofensas imaginarias.

Pero msieu Antoine dijo:

—Aquí tienes el tribunal de justicia. Las leyes de Francia dieron paso a las de España, y ahora los americanos las han cambiado.

—¿Qué estás pidiendo, Moinette? —preguntó el señor Greene, impaciente, apartando el plato—. Tú y Antoine sois de lo más franceses. Os pasáis horas dando vueltas sin decir lo que…

—Permítanme traer café y tartas —dije, y me puse en pie—. Y a un americano.

El señor Greene había oído canciones de pájaros en ramas, pero no tenía ni idea de hasta dónde yo era capaz de llegar para conseguir a mi hijo. Tretite cantaba la canción de los pájaros en las ramas, pero ahora, en la cocina, me lanzaba una mirada furibunda por haber comprado un niño.

Lo encontré en la calle.

Los plantadores americanos que llegaban al sur desde Virginia o Carolina del Norte necesitaban a cientos de trabajadores para los nuevos cañamelares y cada semana veíamos grupos de esclavos (casi todos hombres, pero también mujeres y niños) caminando encadenados detrás de carromatos, o dentro, apiñados bajo una lona. Los tabacales de Virginia se habían agotado, decían los hombres, y vendían a los esclavos para trabajar en la zafra. Tenían la cara y el pelo tan cubiertos de polvo que tanto daba que fueran africanos: se los veía de un color dorado, flacos de pasar hambre, y si el plantador necesitaba dinero para proseguir su viaje hacia el sur, vendía unos cuantos delante del Palacio de Justicia.

El niño americano me siguió hasta el comedor. Tenía las mejillas manchadas de un rastro plateado de lágrimas. No le había lavado la cara a propósito. Charité me lo había señalado: un niño de piel oscura al que llevaban de una cuerda atada al cuello. Acompañaba a un grupo de cinco hombres que iban detrás de un carro conducido por un tratante. Pasaba mi trapo de abrillantar una y otra vez por la mesa del vestíbulo mientras Charité decía:

—Mira cómo llora. El hombre dice que tiene ganas de matarlo. Dice que lleva llorando diez días y que es capaz de matarlo para que se calle. Tienes dinero. Sé que tienes dinero. Dale diez dólares a ese blanco. Le he oído decir que acepta diez dólares para no oírlo más.

Charité tenía a sus pies un cesto con judías verdes y pimientos. Me tiró de la manga.

—Te conozco hace mucho tiempo —me dijo—. Tienes dinero. Compra a ese chico, te lo quedas unas semanas y luego se lo vendes a madame. Necesita a un chico para el reparto. Dale de comer. Enséñale un poco de francés. Yo hablo con él.

Tenía la mano pringosa de aceite de limón.

—Quiero a ese chico —me dijo Charité—. Se parece a mí. Mírale la cara. Es como la mía.

—¿Para qué lo quieres? —pregunté.

—Para que me haga compañía. Una vocecita como ésa. Para que hable inglés en casa —Charité señaló hacia la plaza—. Y tú tienes dinero.

Negué con la cabeza.

—El dinero es para mi hijo.

—Pero puedes ganar veinte dólares con este. Lo compras por diez. Todo puede volver a venderse.

El tratante se acarició la barba rubia con el índice y el pulgar. Levantó la mirada y dijo:

—¿Qué? Los negros no pueden comprar negros. Una mulata como tú vale al menos mil.

—Soy una mujer de color libre —tragué el polvo del camino y le ofrecí diez dólares—. Véndeme al chico. En efectivo.

—Tiene diez años. Trabaja en los campos. Vale al menos treinta y cinco.

Ya me lo esperaba. Jabón. Carne. Telas. Regateos.

—Es pequeño. No puede trabajar tanto.

Saqué tres monedas más de oro.

Cuando el chico se sentó junto al fuego, temblando de manera incontrolable a causa de tantas horas llorando, le pasé un trapo húmedo por la cabeza y el pelo se le convirtió en perlas negras. Pero no le limpié las mejillas, negras como botones de azabache, manchadas de agua salada. No dijo nada cuando le pregunté en inglés cuántos años tenía, pero levantó las dos manos, exhibiendo cuatro dedos en cada una.

—El tratante sabía que era ilegal vender a un niño tan pequeño separándolo de su madre —le dije a msieu Antoine—. Necesito que mañana por la mañana me acompañe al Palacio de Justicia. Los papeles de venta están firmados con mi nombre.

Msieu Antoine le hizo señas al muchacho para que volviera a la cocina y a continuación me tiró del brazo para sentarme de nuevo en la mesa.

—Moinette, ¿cambiarías a ese chico por tu hijo?

Mis ojos miraban directamente las motas verdes de los suyos. Sus pupilas. La película acuosa que me cubría la vista.

—¿Si traficaría como trafican los demás? Ésa es la palabra. Intercambio de cuerpos y monedas. No conozco a este chico. Y no conozco a mi hijo.

David, el muchacho, comía gachas cerca de la lumbre. ¿Y si se escapaba? ¿Dónde lo pondríamos? Me froté las ajorcas de cicatrices de mi tobillo. No. Tampoco una cuerda.

Lo puse en mi habitación con Tretite, coloqué una jarra de agua

delante de la puerta, y me pasé la noche sentada en la silla ante la lumbre. La silla, tapizada de percal, olía igual que mi madre. Yo olía igual que mi madre. Mis mejillas rozaron la tela y el muchacho sollozó tras la puerta.

Jean-Paul era más pequeño que ese crío. Para los De la Rosière no era más que dos manos. Unos deditos ahusados que tendrían que comenzar a recoger leña y los restos de la caña; más adelante las manos aprenderían a manejar el machete, lo afilarían con la piedra, cortarían esa alta hierba de la India.

Era octubre. Ahora estaría oyendo el silbido de los machetes, recogería los tallos siguiendo el avance de los adultos.

Por la mañana, David se sentaba silencioso a la mesa. Tretite dijo en francés:

—¿Por qué lo has comprado?

Le conté lo que había dicho Charité, le hablé de su voz, de que le haría compañía, de venderlo a madame Lescelles. Ella no sabía nada de lo de Jean-Paul.

Tretite frunció el entrecejo.

—No es un pájaro —dijo.

Le pregunté a David en inglés:

—¿Dónde están tus padres?

—Han muerto —metió tanto los labios que parecía comerse a sí mismo.

—¿Y tu amo?

—Muerto.

Abrí el armario y saqué la bolsa de naranjas y los pralinés de Tretite. Puse una naranja y un praliné en la mesa y le dije:

—Es octubre. Pero para ti es Navidad.

No sabía cuándo era su cumpleaños. Nadie lo había escrito en una Biblia, como hacían los blancos con sus hijos.

¿Quién iba a saber cuándo cumplía yo los veintiuno? Hasta el año anterior, en Azure, yo no había sabido cuándo era mi cumpleaños. Mi madre decía que en otoño, quizá en septiembre, pues las pacanas eran sólo estrellitas verdes en las ramas. El tratante de azúcar había llegado a Azure para la cosecha de enero.

Podría haber mentido y me habrían liberado mucho antes. Yo era bajita, pero también lo eran msieu Antoine y Charité. ¿Quién sabía qué edad tenía realmente cada uno?

—Msieu —le dije—, usted sabe mi fecha de nacimiento, pero puede anotar que tengo veintiún años. Soy una esclava. Qué día llegara a este mundo no es importante. Pero el día que quede libre…

Msieu Antoine se separó el pelo de las orejas con sus dedos largos, una vez, y otra, antes de decir:

—Muy bien.

Estábamos delante del secretario del Palacio de Justicia de la Parroquia de St. Landry. El secretario metió los documentos en el libro de transacciones. Msieu Antoine había llevado a cabo el oportuno pago del saldo pendiente de mi compra en 1813. En mi compra no había derechos de retención. Ahora era libre. Manumitida. Qué palabra tan extraña. No parecía inglesa ni francesa.

Sería latín entonces. Como las palabras que oíamos en la iglesia. Céphaline había dicho que el latín venía de los romanos y los romanos tenían esclavos. ¿Habían cantado en sus corazones la canción de las ramas?

El libro de registro era tan grueso que las páginas formaban buches de pichón en el centro. Página 142; 20 de julio de 1818. Firmé con mi nombre. Moinette, MCL. No sabía qué sentir. La tinta se secó.

Fui incapaz de cambiarlo. Pensé que lo llevaría a Rosière, lo empujaría por los hombros, saludaría a Etienne y me llevaría a Jean-Paul de la mano.

Pero no pude ni ponerle una cuerda en la muñeca. Estaba angustiado. Medias lunas blancas bajo los ojos. Círculos grises en torno a los labios. Tretite lo alimentaba con gachas y leche. Yo no lo tocaba, no quería ser cariñosa con él, porque no era mío. Pero fui incapaz de meterlo en el carro.

Lo tuve un mes. Charité venía casi cada día. Traía regaliz de la tienda de madame Lescelles y tela que había sisado para hacerle una camisa nueva. Yo cosí el percal, le puse las manguitas y luego lo llevé a madame Lescelles.

Madame Lescelles vivía encima de la tienda. Lo estudió. Le preguntó si trabajaría. Le habíamos dicho a David lo que tenía que decir en francés.

—Oui, madame. Travaille avec Charité.

En Virginia su nombre había sido Charity. Sonrió y esperó a que él le diera la mano.

Madame Lescelles me dio 40 dólares. En el Palacio de Justicia firmé la venta del muchacho. Vendido a madame Jeanne Lescelles. El esclavo David.

Al día siguiente David apareció en nuestra puerta con un cesto de higos. Cuando dijo «Dos por un penique» un escalofrío me recorrió la parte de atrás de las costillas. Peniques.

—¿Dónde está? No puedes haberlo cambiado —dijo el señor Jonah Greene en la cena—. No quiero ni verlo. Me haría cómplice y no podría vivir con eso.

—Baja la voz —le dijo msieu Antoine.

—He dispuesto que me hagan efectivo un bono —dijo el señor Jonah Greene—. Te prestaré cien dólares. Sólo participaré en la transacción de tu hijo, e incluso así me siento contaminado.

Una semana después, firmé por tercera vez mi nombre en un papel: Jean-Paul, quadroon, 5 años. Comprado por…

Vacilé. Los esclavos no tenían apellido.

Levanté la mirada hacia Julien Antoine, cuyos dedos sujetaban el borde del papel. Página 147.

—¿Ahora tengo apellido?

—Puedes añadir el mío —susurró.

El pecho le subía y bajaba. El secretario no nos miraba.

—No estamos casados —le respondí con un susurro—. Tampoco soy su hija. Ni su esposa.

—No se puede definir —dijo—. Coge la pluma.

Firmé rápidamente, Moinette Antoine, MCL.

No fui a Rosière. Msieu Antoine había conseguido las firmas de msieu Laurent, había autenticado los papeles y los había presentado en el Palacio de Justicia.

Llevó a Jean-Paul a la cocina.

Mi hijo no llevaba nada. Ni cáscaras de pacana ni plumas ni piedras ni peine ni camisa extra.

—Maman —dijo educadamente.

Sólo mi nombre.

Fui incapaz de abrazarlo. Era como si tuviera entre las manos un pájaro domesticado, cauto pero agradable. Le alisé el pelo. Sus orejas eran como conchas traslúcidas pegadas al cráneo, y sin embargo eran cartílago. Cuando le toqué una oreja, Jean-Paul tembló.

—Date un baño —dije haciéndole dar media vuelta por sus hombros livianos.

No tenía alas de ángel. Alas de niño. Cabía en la tina de latón. Miraba al frente, con una ligera sonrisa, una especie de floritura en los extremos de sus labios largos y finos, como una voluta.

Vertí el agua de su baño (la tierra de Rosière y del camino a Opelousas) dentro de mi tierra.

No había sufrido daño alguno: no tenía círculos color ceniza en torno a los labios ni moretones de añoranza bajo los ojos. En Rosière no había llorado como si echara de menos a alguien. Miraba cómo se le iban cerrando los ojos a Tretite, como si el tignon le bajara los párpados. Al tercer día le susurraba cosas a Tretite para sacarle alguna

carcajada de su voluminoso pecho.

Ella era como Emilia, como Sophia, como Fantine, como todas las demás mujeres que le ponían un plato de comida delante. Jean-Paul quería divertirla.

No me miraba a la cara. Ya la conocía. Tocaba las faldas de mi armario, las cortinas, los manteles, estudiaba el lustre, las protuberancias, la textura, con las suaves puntas de sus dedos. Tocaba las casacas de los hombres mientras estaban tendidas. Apretaba los ojos hasta formar dos lunas nuevas cuando veía colores: no sólo el cielo, la hierba, las hojas, sino corteza, musgo, incluso azúcar. No con el blanco. Centelleante. El más apagado, más gris, de la sal. Blancos: todas las permutaciones de blanco. Piel, hueso, harina, sal, muselina blanqueada para las mosquiteras. Pliegues, plisados, costuras.

A mí no quería divertirme. Se quedaba en la puerta de cada habitación que yo barría y, cuando me arrodillaba junto al montón de polvo, hojas, pelos e hilos, sacaba los hilos y se los metía en el bolsillo.

—Tenemos hilos nuevos —le decía—. Mira.

Le compré unos pantalones de lana en la tienda de madame Lescelles, pero no lo llevé conmigo. No quería que la gente se lo quedara mirando, especulara, y tener que explicar quién era. ¿Quién era el padre? Sólo hace falta una vela para iluminar una habitación. Mamère cierra los labios y aparta la mirada.

¿A quién perteneces?

La rosa que ardía en su antebrazo ahora era más pálida, se había hecho más grande, alargándose con su piel.

Por la noche, le decía a Jean-Paul:

—Ahora me perteneces. Tu nombre está en un papel con el mío. Perteneces a Dios, cierto, pero eres mío.

Estuvo semanas sin preguntarme nada. Nos observaba a todos.

Si yo decía «¿está bueno el pollo?», la respuesta era «oui, maman, el pollo está bueno».

Si Tretite decía «¿has traído leña para el fuego?», respondía «oui, grandmère, he traído leña para el fuego».

Si msieu Antoine decía «¿cómo va hoy el resfriado?», contestaba «el resfriado va bien, msieu».

Había un brillo jovial en sus ojos, como una gruesa aguja de zurcir bajo sus largas pestañas. En su voz se entretejía una cortés alegría.

Pero cuando David venía con el cesto en la cabeza, lleno de fresas y las primeras cebollas, okra y judías verdes, a Jean-Paul le cambiaba la cara por completo. Dejaba la escoba y se sentaba en la puerta de atrás, con un caramelo de melaza o una de las tartas de Tretite. David decía:

—Yo he dormido en tu cama.

Jean-Paul no decía nada. Masticaban y veía los laterales de sus caras cuando observaban los jaboncillos con sus flores en forma de estrella. Aquella noche me dijo:

—Me ha contado que estaba moreno del sol.

—¿David?

Asintió.

—Veo las galletas. Manteca, harina, sal y leche. Todo blanco. No es como el pan de maíz. Pero las saca del fuego y son marrones —me miraba el cuello—. Él vivió aquí. Antes de que yo viniera.

—David durmió aquí un tiempo. Lo compré a un blanco que lo trataba muy mal. Ahora vive con Charité. Ella es su madre.

Estaba echado en el colchón, una mejilla aplastada contra la tela. Al final, cuando ya parecía dormido, dijo:

—Tú me compraste. Podrías regalarme a Charité.

Me levanté de la silla y me senté a su lado.

—No. Nunca te regalaría a nadie. Soy tu madre de verdad.

—¿Charité no es su verdadera madre?

—Ahora sí. Pero antes no lo era —sus nudillos ya no eran blandos y con hoyuelos cuando yo se los tocaba; eran duros como guijarros—. Tretite no es tu grandmère de verdad. Aunque ahora lo es. A veces uno mismo crea su propia familia.

Se quedó un buen rato en silencio

—Y a veces deshaces una familia.

—¿Echas de menos a Emilia?

—Echo de menos a Francine.

Se puso de cara a la pared. En el techo, un diminuto espolvoreo de cal formaba una nube cuando msieu Antoine dejaba caer un libro al suelo desde la cama.

Cada día, cuando Jean-Paul traía leña para la lumbre, los huéspedes, los abogados y los visitantes apretaban los ojos. A continuación le asentían a msieu Antoine y decían:

—A éste lo tenía escondido, ¿no?

—Las circunstancias lo habían separado de su madre —decía msieu Antoine sin inmutarse.

Sonreían en privado o fruncían el ceño abiertamente; no había nada más que decir.

En diciembre, cuando repasábamos las facturas de la casa, entrelazó los dedos encima de más papeles.

—Al igual que contigo, no se lo puede liberar hasta que no cumpla los veintiuno.

—Pero es mío. Está a salvo.

—No —dijo msieu Antoine—. ¿Y si te pones enferma y te mueres?

¿Y si tengo que marcharme? ¿A quién pertenece, entonces?

—¿Marcharse? ¿Adónde?

Simplemente se encogió de hombros. No tenía por qué decírmelo todo.

Jean-Paul pertenece a Dios, me dije. Là-bas, donde yo estaría: desde allí no podría ayudarle.

—¿Qué planea escribir? —le pregunté.

Comenzó con un trozo de papel en blanco: el vacío que contenía nuestras vidas.

Toqué los bordes de los contratos que tenía al lado. La voz de Céphaline: el papel está hecho de fibras de madera aplastadas, mojadas, prensadas y puestas a secar. Antes escribían sobre pieles. Pieles de animal.

Escríbelo sobre mi pecho. Quémalo. Mi hijo. No te lo lleves.

—Es un varón. Debe tener un oficio. Necesita un tutor legal y un protector hasta que cumpla los veintiuno. Es propiedad tuya. Pero no tienes mucho que darle y si te vas de su vida es un esclavo a la venta.

—No.

—Si murieras, sería propiedad heredada.

—¡No!

—¿Quién es el padre?

Estudié el bigote de msieu Antoine, su nariz surcada de venillas como diminutas telarañas en un lado.

—Todo el mundo cree que usted es el padre.

—Lo sé.

—Eso resulta práctico.

—Es alguien de Rosière —dijo—. Los dos sabemos quién.

—¿Importa?

Negó con la cabeza.

—Pero su padre no va a darle nada, ¿no es eso? Sugiero un contrato de aprendiz. Yo seré su tutor.

Y ya estábamos de nuevo en el Palacio de Justicia y Jean-Paul venía con nosotros. Levantó la vista para mirar el techo, los ventiladores, las luces.

Y así fue como el primer hombre que compró a mi hijo no le examinó: no le levantó los labios para mirarle las encías, tal como hacían los hombres. No le apretó la barriga con fuerza, como habría hecho un desconocido.

Pero de todos modos yo tenía miedo. Sentía en la espalda un temblor como pelo mojado, aun cuando ése fuera el único hombre que había sido amable conmigo. Yo era un animal y mi piel me recordaba que mi cerebro no controlaba nada.

Julien Antoine me miró a mí, no a mi hijo, y declaró:

—Esto no es una venta, Moinette. Estos papeles son un contrato de aprendizaje. Sólo afirman que queda bajo mi tutela durante algunos años. No hay razón para estar nerviosa. Esto lo protege con mi nombre.

Se volvió hacia el secretario que llevaba el libro de transacciones y dijo:

—Después de todo, el chico sólo tiene siete años.

En aquella ocasión, cuando sostuve la pluma, mi hijo miraba mis dedos.

El nombre del padre era desconocido. Mi madre nunca tuvo apellido. El nombre de mi primer propietario era Bordelon. Yo no era una De la Rosière. Ahora era libre.

Ese hombre, Julien Antoine, había conseguido que estuviésemos juntos. La gente asumía que era su hijo. Ahora acababa de confiarle nuestras vidas. En la página 156 del libro de transacciones escribí su nombre: Jean-Paul Antoine, esclavo quadroon de Moinette Antoine, MCL.

Lo primero que hacíamos cada noche era avivar la lumbre de Tretite. Dormía en la cocina porque por la noche le dolía la cabeza y le gustaba incorporarse cerca del calor. Todos esos años le había dicho cada mañana a mi madre: «¿Dorm bien?». ¿Dormido bien? Y mi madre le contestaba: «¿Tête bien?». ¿La cabeza bien?

Cuando le sugerí que llamáramos al doctor Vidrine, Tretite dijo que el dolor era como si tuviera un pañuelo dentro de la cabeza, bajo el cuero cabelludo y el pelo, y alguien se lo apretara cada vez más fuerte. Dijo:

—Déjame un rato tranquila.

Jean-Paul y yo la despertábamos al combinar nuestros soplidos sobre los rubíes de las brasas, porque a él le gustaba el color.

De mi hijo aprendí cosas del color, la textura, de lo que es esperar. Él me había esperado demasiado tiempo y lo único que le gustaba era estar a solas con su imaginación y sus gradaciones de matiz y sombra. Cuando yo tendía las sábanas, cuando encendía las velas, cuando añadía harina, él miraba. Piel y huesos, lino y muselina blanqueados.

Pliegues y plisados. Le enseñé a coser restos de tela. Cada noche rezaba por él y por mi madre, mientras Jean-Paul seguía con el dedo las ramas de su plato. El olor de mi madre estaba en la plancha caliente; sus ojos negros y brillantes en los frascos de tinta.

Cada mañana salíamos al patio y Jean-Paul agitaba los frascos, que brillaban al sol con distinto grado de turbiedad. Las camisas blancas moviendo las mangas, la superficie pustulosa del hierro. Nuevos

barcos hechos de hoja de palmito.

El patio y la cocina eran su hogar.

Recordaba con viva claridad días y noches en el calvero y en casa de mi madre. Y cuando él no se daba cuenta me lo quedaba mirando, preguntándome si ésos serían los días que le quedarían nítidamente grabados en todos sus contornos, como el molinete de un niño que gira borroso ante una ráfaga de viento y de pronto se detiene, mostrando con claridad cada uno de sus colores.

Cuando tenía siete años, me trajo tres muñecas para Francine.

Las había hecho con restos de terciopelo marrón, les había cosido ojos con botones negros y unas toscas bocas de hilo rojo, e incluso una línea blanca torcida en el centro: los dientes.

—¿Por qué no podemos llevársela —dijo.

—No podemos visitar Rosière. No nos está permitido.

—Tú me visitaste a mí.

Era invierno y tenía la piel muy pálida, con un moretón en la mandíbula de luchar con David, sus ojos la última hora del día.

—Por aquel entonces yo era una esclava y tú también. Iba cuando msieu Antoine visitaba Rosière. Pero los De la Rosière no quieren gente libre en Rosière. No lo permitirán.

—Pero podemos ir de noche. Cuando no puedan vernos.

Negué con la cabeza.

—Demasiado peligroso.

Se puso a gritar:

—Peligro es el fuego. Peligro es el cuchillo. Emilia lo dijo mil veces.

—Ahora, para ti el peligro es diferente.

Intenté atraerlo a mi regazo, examinar las muñecas, pero él se metió corriendo en nuestra habitación y las escondió en lugares secretos que yo conocía, aunque nunca se me ocurrió tocarlas.

Cuando Jean-Paul tenía ocho años, me tiró del brazo a la luz de la vela y dijo:

—¿Qué es esta marca?

La marca era una espina borrosa.

—Es mi marca —dije.

No le mostraría la fleur-de-lis. Acercó la uña a las tres cicatrices en forma de grano de café que me había hecho con las tenacillas de rizar. La ira que sentí fue como si me sacaran un trapo caliente de la garganta, pero no lloré. Era un niño. Las marcas púrpura del clavo que me hice durante el viaje en barco habían desaparecido. La sangre seca

en los dientes mientras el barco avanzaba hacia el norte.

—Me hice estas marcas para que me ayudaran a recordar a mi madre.

Me preguntó lo que sabía que preguntaría.

—¿Te abandonó?

—Yo no te abandoné por voluntad propia. Msieu Antoine me compró y cada día me moría de ganas de volver contigo.

—Y ahora es tu marido. Y mi padre.

Mi madre no me había mentido. Había ocultado la verdad cuando le había convenido a ella. O a mí.

—Es nuestro tutor. Al igual que Tretite es tu abuela.

Se tocó su marca. Un renacuajo. Una cometa. Nada reconocible.

—Tú no tienes esta marca. Una rosa. Todos los demás la tienen. Francine, Emilia.

—Yo soy la única de tu misma sangre.

Mi aguja estaba caliente. Los surcos de las puntas de mis dedos eran permanentes.

—¿Te dolió? ¿Cuándo te hiciste las tres marcas?

¿Lo intentaría Jean-Paul? ¿Para agradarme, para superarme?

—Me dolió mucho. No volvería a hacerlo.

Esbozó una sonrisa. Le cortaba el pelo bien corto y se lo peinaba apretado. Tenía la frente cuadrada, no redonda como la de David. Me dijo:

—No tendrás que hacerlo.

A la semana siguiente, él y David intentaron acarrear leña desde el cobertizo a la cocina y llegaron cojeando. Me pareció increíble que los dos se hubieran hecho daño.

—¿Se os ha caído algo en el pie?

Se habían hecho marcas en la planta del pie. Cuando le quité los zapatos, les vi unas cruces inflamadas y rojas.

—¿Cómo has podido hacerle esto a David? —pregunté.

Mi hijo sonrió.

—Dijo que no dolía.

David estaba impertérrito como siempre. Añadió:

—Odio el fuego. Usamos un cuchillo. Y Jean-Paul puso la tinta.

—Igual que el indio que viene al callejón a traer la leña —dijo Jean-Paul—. Tiene tinta en la barbilla.

Les froté los pies con salvia y los senté en la cocina.

—¿Por qué os las habéis hecho aquí? Ahora no podéis andar.

Jean-Paul me miró como si fuera boba.

—Ahí somos del mismo color.

—¿Una cruz?

—Dos líneas. Porque somos dos.

Cuando tenía nueve años, la voz se le hizo punzante, como un cardo. Pinchaba.

—Mirarse en el espejo no le servirá de nada —dijo Jean-Paul.

—Servirle, ¿para qué?

Tretite estaba sentada en el comedor. Yo bajaba las escaleras y me paré.

—Para mejorar su casaca.

Habían estado observando a msieu Redmond, que siempre se inspeccionaba en el espejo de cuerpo entero de la entrada. Me quedé en las escaleras escuchando hasta que se fue.

—Eh, là. Calla.

—Y esas patillas tampoco lo mejoran.

Tretite susurró:

—Ti maman te oye.

Entonces hubo un silencio. Me senté en las escaleras. No dijo: «No, no me oye» ni «Pero si me oye, también se reirá». No decía esas palabras afiladas cerca de mí.

—Me gusta hacerte reír. Te tiembla el vestido.

—¡Eh, là, basta ya! —Tretite volvió a reírse.

—Antes hacía reír a Emilia. Y a Francine.

Sólo me había preguntado otra vez si regresaríamos a Rosière. Le dije que no lo sabía. Etienne fils y su esposa pasaron a mi lado una vez, cerca del Palacio de Justicia, mientras le entregaba unas cartas a msieu Antoine. La mujer era rubia y rolliza, o porque comía mucho o porque estaba preñada, y tenía la tripa hinchada hasta el canesú del vestido. Tenía la cara apretada como un puño rojo. Tal vez me conocía; tal vez odiaba a todos los que tenían la piel como la mía; tal vez supuso que yo era una de las chicas de Jeanne Heureuse y que me desabrocharía el vestido en medio de la calle para su marido.

Jean-Paul dijo en voz baja:

—Msieu Redmond se tira de las mangas de la casaca delante del espejo como si eso las alargara. Cada vez. El espejo no le sirve de nada. Pas magique.

Tretite sólo le reprendió un poco.

Bajé el cesto de la ropa sucia hasta donde estaban, ahora en silencio.

—Jean-Paul —dije extendiendo el brazo.

Sonrió con esa sonrisa educada y espontánea que utilizaba para todos los seres humanos.

Me siguió hasta el espejo de la entrada. Los hombres hablaban en

el despacho; fuera se oía el ruido de las ruedas de los carros.

—Somos lo mismo —le dije.

Era alto, como su padre. Me llegaba a los hombros. Sus mejillas eran como papel viejo y llevaba el pelo peinado liso y duro con pomada, como un vidrio negro.

—Lo somos —dijo él.

Su sonrisa no cambió.

Mi propio padre, un tarambana al que yo no había conocido, ¿qué le había transmitido con su sangre? El padre de Etienne estaba en Jean-Paul, y el desdén y la impaciencia se le habían transmitido a través de su propio hijo. Su nieto. ¿Y madame? Su jardín blanco. Sus flores.

Incluso Pélagie, su tía (su discernimiento, sus cálculos, su amor por lo hermoso), estaba dentro de mi hijo.

—Tu abuela de verdad se negaba a hablar si no le apetecía. Ni a los blancos —le dije en ese momento—. No se fiaba de nadie. Como tú.

Si los ojos de mi madre habían sido como el agua nocturna, los de Jean-Paul era como el crepúsculo. Le dije:

—La sangre de tu abuela y la mía están en tu lengua. Debes tener cuidado porque a menudo tus palabras están en tus ojos y cualquiera puede verlas.

Su sonrisa se hizo más fina, curvándose en las comisuras de los labios. Dijo:

—Es una lástima que no se nos distinga por las orejas y el pelo, como los perros de msieu De la Rosière. Los perros de caza siempre son fáciles de identificar.

—Sí, es verdad —le dije.

Recordé las lecciones de mi madre, del peso y seriedad de sus palabras en el calvero, de cómo parecían golpearme el cráneo.

—No eres un perro. Vas a ser un hombre.

—Un perro ladra. Un hombre habla.

—Un hombre con tu aspecto debe hablar con prudencia.

—No hay más hombres como yo.

El corazón me dio un brinco detrás del hueso.

—Sí, los hay. En París. El hijo de madame Lescelles vive en París. Hay hombres como tú y van a la escuela. Cuando tengas catorce años irás a París. Entonces podrás hablar como desees.

Pero cada día seguía hablando como quería.

—Ya lo oyes —dijo Tretite una noche de verano mientras partía judías verdes, los dedos aún veloces, su lustrosa barbilla más redondeada cada año, como si tuviera una manzana debajo de los

labios.

Sus ojos eran más pequeños, como pepitas de manzana. Jean-Paul y David formaron un charco en el patio y pusieron a flotar barquitos de papel.

—Si siguieras en le quartier, no lo verías y no tendrías que preocuparte. Estaría en el campo o en el establo —arrancó un tallo que colgaba—. Pero le oyes hablar. Là. Demasiado gracioso para un chico.

Tenía razón. No sabía callar. Hablaba delante de mí porque tenía que hacerlo.

—Madame Richard tiene un huevo en la garganta. Sube y baja tan deprisa que el pollito un día se le escapará.

—La casaca de ese hombre tiene el color del cieno del abrevadero de los caballos. Fue negra, luego verde, ahora está indecisa. No tiene nombre.

—¿Oh? —dijo Tretite—. ¿Qué te parece verde oscuro?

Jean-Paul la miró apretando los ojos.

—Musgo. Pino. Está el turquesa. Una piedra. A veces es muy oscura. He visto un anillo con esa piedra. Está el verde botella. Un día un hombre llevaba una casaca de ese color. Era de Nueva Orleans. Las ropas bonitas son de Nueva Orleans.

Su mirada se movía rápidamente de mí a Tretite. Ahora su voz no era falsa. No repetía cualquier cosa alegremente.

A los diez años ya no podía seguir durmiendo en nuestra habitación.

Era casi tan alto como yo y el triple de largo que su camastro, y en el cuarto no cabía otra cama de cuerdas. Aunque Tretite dormía en su silla, Jean-Paul era demasiado mayor para echarse junto a ella cuando descansaba en su cama.

Jean-Paul necesitaba un lugar para sus tesoros. Msieu Antoine había visto en la cocina todo lo que poseía Jean-Paul: trozos de tela, latas de té, cajas de puros; con ellos hacía barcos y velas. En el patio, Jean-Paul tenía leña, botes de pintura y cáñamo para los aparejos.

Él y David comenzaron a construir barcos más grandes. Incluso inundaron un rincón del patio para probar los navíos, y el nuevo vecino de al lado, otro abogado, se quejó a msieu Antoine de que le habían estropeado la cerca.

—Un muchacho tiene que dormir en el garçonnière —dijo Tretite —. Tiene que dormir separado de su maman. Tiene que aprender su tarea —vertió grasa de panceta en la lata y ésta se volvió blanca al enfriarse—. Tu maman: una noche te enseña a lavar y a coser, pero una noche me dice: Moinette se va con les blancs, ¿cómo sé qué

enseñarle?

La figura de Jean-Paul, acuclillado cerca del charco, se volvía borrosa y vacilante.

—¿Por qué me cuentas esto?

Me sequé los ojos y me molestó la tierra de las judías.

—Deja que trabaje con David. Que lleve las cartas al Palacio de Justicia, los papeles a los hombres. ¿Qué le enseñas aquí? ¿A barrer, a servir la mesa, a verte coser? Eso no es un hombre.

Tretite se puso en pie.

Salí al cobertizo, un pequeño edificio de ladrillo donde manteníamos la leña seca y los cacharros y utensilios de cocina para que no se oxidaran. Hacía casi un año que yo no abría el cobertizo, desde que Jean-Paul se hiciera lo bastante mayor para sacar las cosas y llevarlas al patio o a la cocina.

¿Lo podríamos convertir en una habitación para él? Sólo había una diminuta ventana cubierta de telarañas. Cuando abrí la puerta, alguien respiraba dentro.

Chillé y Jean-Paul y David llegaron corriendo.

—¡Maman! ¡No te hará daño! ¡No te hará daño!

Un indio dormía junto a la leña, envuelto en una manta tan sucia de hojas y ceniza que parecía pelo. Le cubría la cara un sombrero negro, pero la luz lo sobresaltó y se incorporó bruscamente.

Tela roja india en mi boca. Era Joseph. Del ciprière.

Sus ojos estaban turbios de alcohol. Botones negros encerados. Me miró entrecerrando los ojos y se levantó agarrándose a la pila de leña.

—Maman. Sabíamos que dormía aquí, pero no queríamos decírtelo —los dedos de Jean-Paul me tiraban de la manga—. Cuando trae leña, le doy la mitad del dinero que me das, y comida. Le gusta estar aquí.

Joseph no dijo nada.

—¿Qué haces con el dinero? —le pregunté a Jean-Paul.

—Compro golosinas con David. O telas para nuestros barcos. Pintura —no dijo que lo sintiera; curvó la boca—. Un día nos vio en el bayou Carron haciendo navegar nuestro barco. Nos enseñó su piragua. Pero ahora ya no está. A lo mejor se la robaron. Pero no puede hablar.

Pero Joseph podía oír. No apartaba sus ojos de los míos. Jean-Paul dijo:

—Nunca digo nada malo de sus ropas y él tampoco dice nada malo.

—Esto no es ninguna broma —le dije en tono brusco, pero acercó mi oreja a sus labios.

—No es una mascota. Tiene media lengua. Me la ha enseñado. Le falta la otra media. Es un fantasma del bosque, como dijo Tretite. No nos hará daño. Construye barcas.

Joseph no abrió la boca. Salió por la puerta de atrás y se perdió por el callejón, calándose el sombrero sobre la frente.

—Jean-Paul, ésta no es nuestra casa. Pertenece a msieu Antoine. Si se enterara de esto podría enfadarse mucho y echarte.

—Te pertenezco a ti —dijo Jean-Paul—. No me echará.

Su voz era serena. Simpática. Volvió a entrar en casa con Tretite.

Media lengua. El callejón estaba pelado: no había enredaderas de verano, sólo cercas y verjas. ¿Por qué Joseph había abandonado el campamento del ciprière? ¿Dónde estaba su hermana? ¿Aquel hombre blanco le había cortado la lengua a Joseph?

Me recliné contra el muro. Joseph y su hermana me habían vendido por oro. Ahora él era uno de esos borrachos con los que te tropezabas en los callejones o la plaza.

Y mi hijo había estado en el bayou Carron, donde no dejé mi vida a merced del agua. Era un niño y no lo era. No era siempre mío como yo había sido de mi madre en el calvero.

—Jeanne Heureuse ha muerto —me susurró Charité cuando llegó a la puerta trasera con su cesto de boniatos—. Alguien le pone un cinturón en el cuello y aprieta. La otra chica dice que oye a un hombre decirle palabras en inglés a Jeanne. Sucia mestiza. Luego desaparece.

Siento el peso de los boniatos. Piel áspera y ojos turbios. Sucia mestiza. ¿Quién había dicho esas palabras? No mula. No mulata. En todos esos años no la había llegado a ver. Se parecía a mí.

—¿Quién la enterrará? —le pregunté a Charité.

—Dice que su chica envía el cuerpo a Nueva Orleans. Dice que allí tiene una mamá y cinco hermanas.

—¿Todo este tiempo?

Charité asintió bajando la voz.

—Ella la mayor, la mandan a trabajar a Opelousas. Sólo es su trabajo.

Pensé en ella todo el día. ¿Qué edad tenía? Poseía una chica, a veces dos o tres. ¿Adónde irían?

Me llevé la bandeja del café. Cuando los hombres salieron del despacho para ir al Palacio de Justicia, Jean-Paul dijo:

—A msieu Césaire le salen alas de ganso en las mejillas, pero sigue teniendo negro el pelo que le sale de la nariz. ¿Cómo es posible? ¿No me dijiste que nuestros cráneos están llenos de cartílago?

—¡Shh! —le dije.

—Nos odia —murmuró.

—¡Shh! —le dije.

Msieu Césaire odiaba al señor Greene. Él, madame Richard y otros

martirizaban al señor Greene en los despachos, los comedores y las salas del Palacio de Justicia. Msieu Césaire, el hombre menudo que me había levantado la falda con su bastón, observaba a Jean-Paul con una mirada torva. Inclinó la cabeza hacia msieu Antoine para preguntar:

—¿A ése lo ha comprado o lo ha hecho usted?

Sus patillas eran como plumas de ganso.

—No lo veo en misa —le dijo a la mañana siguiente al señor Greene mientras yo dejaba el café.

—Soy de otra iglesia.

—Es usted judío.

—Es difícil asistir a mi iglesia en Opelousas.

—En el Code Noir original de 1724, el primer artículo decretaba que todos los judíos debían convertirse al catolicismo o abandonar la colonia.

—He leído el artículo. Fue escrito hace casi cien años.

—Éste es un distrito católico.

—Esto es un estado americano.

—El Code Noir era la ley.

—El Código Negro. Pero yo no soy negro.

—Es usted judío. Yo no hago negocios con judíos y mis amigos tampoco.

Msieu Antoine no pudo conseguir que el señor Greene se quedara.

—La fiebre, la gente, los pantanos, este insoportable calor. Esta rematada intolerancia y la falta de ideas. Estos criollos prefieren pensar que has engendrado a un esclavo que creer que yo tengo otra fe.

—Hay otros que hacen negocios con nosotros.

—No. No. No puedo vivir así. De ninguna manera.

Pero teníamos que vivir así.

—Tú y tu hijo podríais acompañarnos a París.

Estaba sentada a la mesa por segunda vez en mi vida. Acompañarlos a París. Cuando tenía dieciséis años pensaba que podía volver a casa nadando. Ahora ése era mi hogar. Ese edificio de ladrillo que no podía arder. Mis papeles estaban en una caja metálica.

—No tengo nada que hacer en París. Llevaremos la pensión y le pondremos el dinero en el banco. ¿Puede regresar dentro de un año? ¿Decidir qué hacer entonces? —miraba a los ojos a Julien Antoine; los suyos estaban rodeados por un estallido de arrugas, como grabados sobre una mesa fina.

—Sí, aunque dados los sentimientos de Jonah creo que tardaremos mucho en regresar.

—Entonces hagamos un pacto. Cuando Jean-Paul tenga catorce años, lo enviaremos a París para que vaya a la escuela. Como el hijo de madame Lescelles. París es mejor para los hijos que son como el mío.

Ahora Jean-Paul dormía en el cobertizo. Crucé el patio a oscuras con el atizador en la mano. Joseph a menudo dormía fuera, apoyado en la pared trasera del cobertizo, cerca de la pila de leña. Pero quizá había alguien con él: un trampero o un borracho. Aquella noche no había nadie.

Jean-Paul tenía la boca abierta. Estaba echado en la cama de cuerdas. Tenía una caja de madera como escritorio. Un cuadrado de brocado con un dobladillo en la ventanita. Me quedé sentada en la silla hasta que despertó.

Mi madre siempre comenzaba sus lecciones con una palabra, pero yo no. Él era quien lo iniciaba todo. Le gustaban las palabras, pero no le interesaba escribir. Cuando él era un bebé, me pasaba todo el tiempo pensando en mi ausencia, pero ahora que era medio adulto, no pensaba en nada. Sólo existía el día a día, la comida, el dinero y la tierra que siempre había estado ahí.

Dijo que cuando tuviera veintiún años tendría su propia tien- da. Confección, telas y artículos de mercería. Le gustaba la palabra mercería.

—Y me casaré con Francine. Ella se sentará tras el mostrador, como madame Lescelles. Con un tignon púrpura. Le encanta el púrpura. Como los lirios silvestres del ciprière.

A la semana siguiente, después de que Julien Antoine redactara los papeles nombrándome administradora de la propiedad, le pregunté por Jean-Paul.

—Tiene un contrato de aprendizaje con usted.

Estaba revisando papeles viejos para quemarlos. En el piso de arriba, el señor Greene acarreaba los baúles.

—Lo he estado pensando —respondió—. ¿Es que todavía no me conoces? ¿Crees que puedo ser tan descuidado? —dirigió las palmas de las manos al techo—. El contrato quedará anulado. Moinette. Ya tiene doce años, ¿oui? Necesita un oficio.

Los círculos de la luz de las velas temblaban en las ventanas sobre la oscuridad de fuera.

—¿Qué clase de oficio tiene un chico al que le gustan las telas? ¿Embarcarse? ¿Tonelero, carpintero, albañil?

Jean-Paul era más alto que yo, no mucho. Sus dedos, largos y estrechos, hacían entrar y salir la aguja de la tela con tanta rapidez como un pájaro clavando el pico en el agua. Su pelo era una cornisa en su cabeza y lo llevaba con la raya a un lado, con sólo cuatro

amplias ondas hacia el oído izquierdo.

Los huéspedes lo miraban con una mezcla de curiosidad cuando recogía sus botas por las noches, y confusión cuando lo veían con un rollo de brocado en la mano. Cosía en nuestro dormitorio, con la puerta entreabierta y su larga mesa apoyada en las camas.

¿Cómo sabía plisar las telas para que encajaran perfectamente en las presillas de latón? Amontonaba las presillas y jugaba con los colores de la tela. Hacía barcos con la madera de ciprés que le traía Joseph, ahuecada y tallada, y a la que luego añadían complicadas velas y aparejos y los vendía a madame Lescelles para su tienda.

Las cortinas y las colgaduras las vendía a las señoras, que pensaban que venían de París. Pliegues de seda verde con aplicaciones de hojas color bronce, inclinadas como si cayeran.

—Moinette —dijo msieu Antoine, distraído con una caja de contratos—. Los hombres no están contentos ni con Jonah Greene ni conmigo porque no nos casamos con sus hijas, porque no bebemos con ellos, por no ser como deberíamos. Y tú me entiendes perfectamente.

Asentí.

—Deberías poner a tu hijo de aprendiz con François Vidrine, el tapicero. Vive cerca de Grand Coteau. Le mandaré un mensaje antes de que nos vayamos.

El segundo hombre que compró el cuerpo de mi hijo tan sólo le miró las manos y asintió. Era francés, lo bastante mayor para tener un bigote gris oscuro y una coleta anticuada que le caía por la espalda.

Los papeles del Palacio de Justicia decían: «Jean-Paul Antoine, 12 años, esclavo quadroon de Moinette Antoine, queda por la presente vinculado por un contrato de aprendizaje a François Vidrine, Grand Coteau, por el plazo de nueve años, por la suma de 900 $, pagaderos en plazos anuales e iguales».

Un libro distinto. Muchas páginas. Esclavos, caballos, toneles de azúcar. Yo era su propietaria porque aún no podía liberarlo. Nueve años. Si msieu Antoine volvía en un año o dos, y le parecía oportuno llevarse a Jean-Paul a París, sería fácil (o eso decía) cancelar el contrato de aprendizaje.

—Me voy con msieu Vidrine. El primo del médico —dijo Jean-Paul.

Estaba sentado cerca del baúl que le había comprado.

—Vas a trabajar para él. No te he vendido.

—No soy libre —sonrió.

—Sólo se te llama esclavo por culpa de la ley. Son palabras en un papel, Jean-Paul. ¿Lo entiendes? Me perteneces.

—David es un esclavo. Tú lo compraste.

—¡Jean-Paul!

—Cuando sea libre y tenga dinero compraré a Francine. Me casaré con ella, y David también comprará a alguien con quien casarse.

Aún era un niño.

—Cuando hayas acabado de aprender el oficio le habré comprado esta casa a msieu Antoine. Es posible que no vuelva a vivir aquí nunca más.

—Mi padre —sus ojos azul soldado estaban fijos en los míos.

—Esta casa será mía —me apreté el chal.

Cuando tuviera veintiún años sería un hombre de color libre. La planta baja de esta casa sería suya. Su propio escaparate. Su nombre pintado. Butacas y sofás. Cortinas. Nadie pondría ninguna objeción a unas cortinas hechas por un hombre libre.

Había llenado su baúl de telas, agujas, ropa y sus botas nuevas, que no quería ensuciar de polvo durante el largo viaje en carro. Cuando vino no tenía nada, me dije. Ahora tiene cosas que le encantan.

Cuando se volvió para decirme adiós con la mano desde el carro, su sonrisa era medida y leve, como siempre. Después volvió la cabeza hacia el camino que iba de Opelousas a Grand Coteau.

David estaba enfadado, su cara delgada henchida de lágrimas contenidas.

—Tenía que aprender un oficio —dije en el patio—. Volverá.

Por fin dijo:

—Me ha contado que siempre que te marchabas de su lado decías «volveré». Y no volvías.

—Volví cuando pude —le dije.

Sus ojos no se inmutaron. Regresé a mi cocina. Mi cocina. Ladrillos y mis ventanas, donde la luz de la luna caía azul desde oriente tres noches de cada mes.

Charité dijo:

—Le pide a madame Lescelles que lo mande a Grand Coteau, a trabajar con Jean-Paul, y ella lo mira como si está loco. Le dice: tú llevas el carro y entregas la mercancía.

A la semana siguiente, Charité apareció sin cesto ni pimientos dulces ni madrás ni velas.

—Se ha ido —dijo—. Pensamos que iba a recoger tabaco y cigarros a alguna parte. Se sube al carro y no vuelve.

Sus lágrimas caían cálidas en mi cuello cuando la abracé.

—Podría haberme puesto en el carro —susurró—. Podría haber dicho «madre, hoy ven conmigo».

Dejó de temblar y se separó de mí.

—Tiene catorce años. Es un hombre. Huelo que es adulto, sabía que se iría —dijo Charité.

Tenía los ojos casi escondidos en la redondez de sus mejillas y los brazos tan anchos de comer bien que se le aplanaban contra los lados.

—Vengo en un carro. Él viene en un carro. Lo he tenido unos años.

Debía de haberse pasado la noche llorando, porque por la mañana sus ojos eran más pequeños que por la tarde. Madame Lescelles me estudió fríamente en su tienda. Alguien había entregado los cigarros. Compré tres para msieu Vosclaire, que llevaba meses en la casa. Se los dejé en el limpio escritorio del despacho.

Ahora estaba vacío, y servía para cuando algún huésped quería hablar con alguien en privado o para redactar documentos. Los huéspedes comían en el comedor, pero el despacho ya no sería un buen salón. Los salones eran para las mujeres que recibían visitas. Yo recibía trabajo. Y el escritorio me hacía saber que Julien Antoine regresaría.

Dos meses después, Jean-Paul vino con msieu Vidrine a Opelousas a entregar unos muebles. Se bajó del carro de un salto y entró corriendo en la cocina no para abrazarme, sino para ponerme las palmas de las manos en la cara.

—¡Siente esto! —tenía callos de las agujas y el cuero—. Toma.

Me entregó un paquete, seda marrón con aguas; las mangas abullonadas acababan en un ramillete de encaje.

—El encaje se trabaja resaltando la ausencia —susurró—. El arte es el espacio vacío.

Me inmovilizó con la mirada y luego hizo un giro para extender los brazos.

—David se ha ido —dije.

Lo sabía. Vi el cambio en los huecos que no contenían nada.

—Lo has visto.

De haberse sorprendido habría movido los músculos de otra manera. Su sonrisa requería muchos músculos.

—Vino al taller donde trabajo. Le preguntó a la gente dónde estaba la casa de Vidrine. Llevaba cigarros y tabaco en el carro y dijo que se iría al norte y lo vendería hasta que tuviera dinero suficiente para coger un barco hasta Ohio.

—¿Ohio?

—Donde todo el mundo es libre.

El vestido tenía un tacto cálido. Había olvidado lo fina que era la seda. Quizá David había tomado la misma carretera que Hervé Richard.

—¿Quieres ir?

Se estiró las mangas.

—Msieu Vidrine salió del taller y vio el baúl lleno de cigarros. Compró cinco —la mirada de Jean-Paul fue hasta la lumbre—. ¿Son para mí estas galletas?

Había mañanas en que no quería levantarme. Tretite se despertaba antes que yo, soplaba las ascuas y tostaba el café. En sus ojos se agolpaba el dolor y se movía como si estuviera ciega, pero yo no podía levantarme. Los pies de los hombres se movían por el suelo que había sobre mi cabeza. Mi techo. El sol brillaba sobre los jaboncillos con sus flores púrpura en forma de estrella y las gallinas se acicalaban las plumas junto al cobertizo.

Pero yo no podía moverme. Él no era mío. Podría haberse escapado. No volvería a ver a mi madre.

Todas las monedas, el papel, los dedos y los años de espera y coladas y más espera. Los huesos que se hacían más largos y el pelo y la carne que machacábamos entre los dientes y los residuos que nos abandonaban para derretirse en la tierra.

Mis trenzas eran tan largas que me daban tres vueltas a la cabeza debajo del tignon. Por la noche, la cabeza me dolía del peso. Me daba miedo cortármelas. El ni está en el pelo.

¿Dónde estaba el dya de mi madre? La primera vez que le corté el pelo a Jean-Paul, mis dedos palparon su cráneo. El pelo de los africanos crecía en rizos y espirales. Si dejábamos que a Jean-Paul le creciera el pelo, le bajaría largo y ondulado hasta los hombros. Era un chico. Yo tenía su ni entre mis dedos, y luego lo guardé en una bolsa bajo la cama.

Tretite no cantaba. Canturreaba. Las palabras se le habían gastado. Al final me habló desde la puerta.

—Sólo tienes veintitantos años. Demasiado joven para estar cansada. Levántate y calienta la plancha para msieu Vosclaire.

Mi mano palpó el aire que había junto a mi cama. La ausencia de arrugas. Un espacio limpio y blanco. Mi familia era una reunión singular de animales. No un rebaño.

Msieu Vosclaire residía permanentemente en el dormitorio que quedaba más al norte. Trabajaba todo el día como empleado del tribunal y por la noche bebía un vaso de vino mientras leía el periódico. Luego se iba a dormir.

Joseph a veces dormía en el cobertizo. Una vez por semana traía leña. Le dejábamos algo de comida. Movía la boca sobre el pan de maíz y la carne, pero sólo podía imaginarme el muñón de su lengua.

Charité no era mi hermana. Pero cada mañana a las diez bebía café conmigo y con Tretite. Dejaba el cesto en el suelo y apoyaba los codos

en la mesa.

Los americanos hablaban en voz alta en la parte delantera de la casa.

—Lo regenta una negra.

—No, no es negra.

—La has visto. Es una mulata. Tanto me da que los franceses los acepten, son sucios. Yo no viviría aquí.

—Vosclaire dice que el sitio está limpio.

—Me voy a otro lado. A casa de Eibsen. Es alemán.

Pero casi todas las noches teníamos lleno. Limpiábamos el rodapié con un cepillo, barríamos el patio, en primavera lavábamos los armazones de las camas con agua caliente, lubricábamos los goznes de los armarios.

Era un lugar limpio, pero de noche tenía miedo. Hombres en el comedor y arriba, algunos que volvían a casa borrachos. Un día, apoyada en su mostrador lleno de marcas, con tantas capas de barniz que parecía que las rayas nadaran bajo nuestras manos, le pregunté a madame Lescelles:

—¿Tiene una pistola?

Movió la cabeza en dirección al regazo. El mostrador. Movió los dedos. Acercándome a ella más de lo que lo había estado nunca, vi el rifle en el estante que había bajo el mostrador.

—¿Los americanos piensan en quitarle el dinero?

—Constantemente —dijo.

—¿Podría conseguirme una? —dije en voz baja—. ¿Una pistola pequeña?

A la pistola la llamaba derringer. La noche después de pagársela, en la casa en silencio, con todas las velas ya apagadas, la pistola me pesaba en el delantal. Escuchaba tras las puertas por si oía chisporrotear una vela: no quería que las llamas ni el descuido pudieran acabar con todo nuestro duro trabajo.

En 1825 pinté mi nombre en la ventana: mi escaparate.

Ladrillo y mortero. Suelos de madera lustrados con aceite de limón y agua con jabón que me hacían acordarme de Félonise, sus dedos ahuesados pegados a los míos. Mi edificio, ahora que Julien Antoine se mudaba a Filadelfia con Jonah Greene. Me vendió la propiedad por novecientos dólares.

Durante sus últimas semanas en Luisiana, Julien Antoine redactó los documentos de compraventa. Le pagué trescientos dólares y el saldo pendiente de seiscientos se lo debía desembolsar exactamente a los dos años: el 23 de mayo de 1827. Al igual que habían pagado por mí, parte en efectivo parte, parte un pagaré, cuando yo era una

propiedad.

El pagaré, la hipoteca, era mi hijo.

Mi cuerpo no podía servir de garantía porque si volvían a venderme como esclava no podría ser propietaria del edificio ni de Jean-Paul. Se nombró un abogado, msieu Charles Drouet, para que supervisara la transacción y se asegurara de que se pagaba el saldo pendiente sobre la propiedad.

—Recibes cien dólares anuales, ¿no? —dijo Julien con los dedos enterrados en las patillas—. Es una hipoteca segura. Jean-Paul es lo único que posees. Y como has mantenido la propiedad, seguirás ganando dinero —miró por la ventana—. Me preocupa dejarte sola, aunque sabemos que Henri Vosclaire siempre ayudará.

Hicimos un último trayecto en carruaje juntos.

—¿Está dispuesto? —le pregunté.

Cuando ya estábamos lejos de la ciudad, el coche de alquiler se detuvo delante de un tupido bosque, cerca del bayou Courtableau. Sabía lo que pensaba el chófer con librea cuando msieu Antoine y yo nos adentramos en la arboleda. Miraba hacia otro lado. El musgo, la corteza y la tierra húmeda tenían un olor intenso. Hacía años que no estaba en un bosque. Ahora tenía ocho habitaciones. Mi madera, lijada, barnizada y muerta, estaba bajo mis pies.

Llegamos a un calvero y a un pequeño bayou de aguas mansas y negras, donde los insectos formaban círculos moteados al posarse. Julien Antoine me agarraba firmemente por la muñeca mientras me guiaba por encima de una enredadera. De repente el corazón se me llenó de calor. Los árboles, donde Hervé Richard me había esperado, donde los amantes se encontraban y la gente se escondía y se besaba. Tiré de la mano de Julien Antoine y su pecho se encontró con el mío. Su casaca olía a agua de lavanda. Sus patillas me rozaban el cuello. Cruzó las muñecas a mi espalda, inmovilizándome por un momento. Luego suspiró.

—Dame la pistola —dijo Julien—. Tienes miedo. Podrías casarte, ¿no? Un hombre te protegería mejor que una pistola.

Sentí la sorpresa amarga en mi garganta.

—¿Está bromeando, verdad? La ley me impide casarme con un esclavo o con un blanco. Los hombres de color libres sólo se casan con los que son como ellos.

—No bromeo —sonrió—. He estado en París, donde el amor parece más importante que la ley y los negocios, pero eso podría ser puro sentimiento —estudió la pequeña derringer—. Etienne diría que esta pistola sólo sirve para cazar hombres. Todos los hombres que viajan en un vapor tienen una. Son para jugadores y timadores.

—No cazaré a nadie que no pretenda cazarme a mí. No me cazarán

como a madame Pélagie.

La pequeña pistola emitió un estallido seco cuando me enseñó a apretar el gatillo y la bala desapareció dentro de un árbol.

—Apuesto a que no te hará falta utilizarla —dijo Julien; cerré los ojos cuando disparé el arma por segunda vez—. Sólo te hará falta enseñarla para poner a alguien en su sitio, a menos que ese alguien sea bobo.

Mi sitio.

—Parece que no sabes cuál es tu sitio —me dijo madame De la Rosière, la esposa de Etienne, el día en que me vio delante del Palacio de Justicia.

Había ido a entregar una carta de parte del señor Smythe, un abogado que se alojaba en nuestra pensión mientras se encargaba de la división de una propiedad. Decía que un médico le había recomendado el establecimiento de madame Antoine por su café recién hecho y sus cómodas habitaciones. Mencionó que las camisas quedaban impecablemente blancas.

Gracias al limonero que tenía en el patio, preparaba aceite de limón como me había enseñado Félonise. Cada habitación era un bodegón; Pélagie había llamado a sus habitaciones bodegones y yo disponía los libros, las flores, los objetos. Veía a los hombres como una colección de músculo, hueso, cerebro y órganos, que era como Céphaline nos consideraba a todos.

Cada mañana Tretite ataba con una cinta las pilas limpias de ropa de caballero y ropa de cama. A los hombres les gustaban los códigos para las habitaciones. Verde para el señor Smythe. Roja para msieu Séjour.

Mi establecimiento estaba lleno de hombres que comían o cenaban el pollo asado o el jamón de Tretite, sus galletas, su praliné. Durante todos esos años habían fumado cigarros y bebido café recién hecho con msieu Antoine hasta la noche, e incluso después de que el lugar fuera mío, se quedaban a hablar de los asuntos del Palacio de Justicia, pues mi casa estaba justo delante.

No había licor. Ninguna excusa para la gente que me odiaba. Mi sitio, según madame De la Rosière y otras matronas, estaba debajo de un tratante, un jugador o un granjero. Mi sitio estaba con Jeanne Heureuse, cuya casa, en la linde de la ciudad, permanecía a oscuras. Mi sitio estaba dentro de una habitación, en una cama, debajo de muchos hombres a quienes a las mesdames ni se les ocurriría saludar por la calle.

Tenía en la mano la carta para msieu Séjour: la letra de trazos delgados y confusos me había hecho detenerme en el vestíbulo del

Palacio de Justicia, pensar en Céphaline. En sus páginas y páginas de notas. Los huesos, los árboles y los pájaros. Siempre susurraba los nombres de los pájaros. La garza que en mi imaginación me había de devolver a Azure en medio de la maraña de agua y vegetación que era Barataria. Las venas de sus muñecas, latiendo azuladas y moviéndose bajo la piel cuando el doctor Tom la sangraba.

Madame De la Rosière pasó a mi lado con otras dos mujeres, con sus amplias faldas rozando el suelo polvoriento.

—Las mujeres decentes…

—Esto no es Nueva Orleans, donde se reúnen a su antojo.

—Podrían azotarla por vestir así.

Había salido de París para casarse con Etienne cuando tenía diecisiete años. Juntaron sus fortunas. Juntaron sus cuerpos. Tuvieron dos hijas, que eran muy pequeñas. Él nunca venía a la ciudad y yo me sentía feliz al no tener que verlo desde mi ventana.

11. NI

Aquel invierno el viento soplaba y soplaba cada día, arrancaba hojas y trozos de restos de caña de los carros y los introducía por nuestra puerta, debajo de nuestras mesas. Luego la escarcha enmarcó las ventanas, recubrió las ramas de los jaboncillos, endureció las sábanas.

La gente apenas podía andar. El viento se llevaba la ropa tendida, y cuando la colgábamos dentro las ascuas del fuego volaban y quemaban las camisas y tenía que comprar otras nuevas.

Madame Lescelles me entregó unas agujas y dijo:

—Están perdiendo la caña con tanta helada y tanto viento. Por eso nunca compro tierras. O se inundan o se congelan o salen volando. Pero la gente sigue viniendo a comprar provisiones. Éstas no salen volando.

El polvo se acumulaba en mis frascos de betún y en los envoltorios de las pastillas de jabón. El cielo se volvió negro por el humo y las cenizas que llegaban de los ingenios azucareros.

Mientras Tretite dormía y los hombres estaban fuera, los únicos sonidos que se oían eran el crujir de los postigos contra el viento embravecido. Tretite había perdido un diente, que estaba en un plato. Céphaline y yo habíamos tocado los dientes del despacho del doctor Tom. ¿Y si Céphaline hubiera tenido un hijo con el hombre que le habían elegido? ¿Y si su hijo hubiera tenido ojos azul llama, pero hubiera sido un Auzenne al que sólo le interesaran los caballos y el juego? ¿Y si ella hubiera amado a su hijo por ser de su propia sangre? ¿Lo habría mandado fuera?

Pero su propia madre la había amado sin reservas. Madame Bordelon habría muerto en el lugar de su hija.

La esposa de Etienne pasaba en su carruaje, sus pechos temblando como un flan, pero él, nunca. Tenía dos hijas. Pero no hijos.

¿Y si Pélagie hubiera engendrado un hijo del marido o el hermano, odiado y odioso? Lo habría mandado a un internado lo antes posible. De una manera u otra, habría tenido su escaparate en París.

Yo tenía mi escaparate.

Jean-Paul había dejado en su cama tres muñecas para Francine. Francine tenía catorce años, lo bastante mayor para tener hijos

propios que dormirían en su cama.

Joseph dormía en el cobertizo. Se tragaba un plato de comida cada noche y bebía hasta perder el sentido. Aparte de sus ropas y su sombrero, no tenía nada. Lo más fácil era no tener nada.

Jean-Paul no mandó ningún mensaje. Simplemente apareció la semana antes de Navidad. Cordial. Despistado. Un huésped agradable.

Abrazó a Tretite, apretó los labios en mi mejilla, se sentó a la mesa y se comió la sopa de quingombó que le preparé. Después se sentó en el despacho y cosió mientras yo repasaba los libros de contabilidad.

—Me he pasado la semana trabajando en un sofá —dijo—. De brocado. Verde y oro. No es una buena combinación.

—Deberíamos ir a misa —dije yo.

Pero no nos movimos. Quería oír el gorjeo de sus pequeñas tijeras, oírlo respirar.

—Odio a la gente que va a misa cuando msieu Vidrine me obliga a asistir —dijo educadamente—. No puedo hablar de sus ropas o de su estupidez. No soporto verlos tan satisfechos de sí mismos.

—¿Msieu Vidrine se porta mal contigo? Se encogió de hombros.

—No. Pero habla sin parar, del trabajo, del tiempo. Me canso de contestarle. Siempre quiere que le respondan. Dice que debo aprender a ser más amable y amistoso. Con él y con la gente que compra los muebles. Los domingos también tenemos que hablar del tiempo —finalmente levantó la vista—. Quiero a alguien que me escuche. Pero tú no estás allí.

Tenía los ojos tan oscuros que eran casi morados. Las cejas eran finas y negras, como pintadas en la frente. Me puse detrás de él y le pasé la mano por el pelo mientras me lo permitió.

—¿Maman? —volvió a decir.

El pelo está muerto. Una aglomeración de enredaderas. Decoraciones para el cuero cabelludo. El cuero cabelludo recubre el cráneo. El cráneo contiene el cerebro. ¿Dónde queda el ni, dentro de estos cabellos echados de lado?

—Mi nombre es Antoine, pero él no es mi padre.

—No, no es tu padre. Sólo tu tutor.

Si le contaba que era Etienne, vería al hombre a caballo cabalgando por los campos. La gente que vive en el recuerdo. ¿Irritaría eso a mi hijo o lo llenaría de la misma melancolía que a su padre?

—Yo nunca vi a mi padre —dije—. Ni sé quién era. Tu padre no puede hacer nada por ti —entonces se volvió hacia mí; sus dientes quedaron a la altura de mis ojos—. Mi madre siempre me decía que yo le pertenecía a ella, no al hombre que creía ser mi dueño. Y era cierto.

Una noche soñé que mi madre estaba sentada a la mesa conmigo. Nuestros dedos trabajaban y nuestros ojos no se miraban. Sacábamos tallos y piedras del arroz. Me susurraba: «Donde entierran a alguien ponen una lápida blanca. Hay tantas que parece que Dios se ríe y pierde los dientes. Y se quedan en la tierra. Un gran Dios. No el dios de mi madre. No el dios de Senegal. Otro. Sólo el de aquí. El dios de Luisiana».

Al año siguiente puse una lápida. Compré un trozo de tierra y un ángel blanco.

En invierno Tretite murió de pulmonía y la enterramos en el cementerio de Opelousas, cerca de las parcelas de la familia Lescelles y de otras personas de color libres.

TRETITE. NACIDA EN 1776, FALLECIDA EN 1828.

El cantero labró una piedra con esas palabras y un ángel. Un vestido blanco. No más palabras. Ni Amada Esposa, Madre, Hija. Ningún apellido. Tampoco era propiedad de Julien Antoine. Ahora se pertenecía a sí misma.

Yo tenía treinta años. Jean-Paul pronto tendría catorce, la edad en que sería enviado a París.

Un escaparate. Una escuela. Quizá sería sastre en París. Más dinero del que yo había podido ahorrar. El pasaje en barco, un lugar donde vivir, sus necesidades. El entierro de Tretite había sido caro. Su parcela era mi trozo de tierra. Le quitaba el polvo a la lápida blanca. El día en que la enterraron, Charité y yo fuimos las únicas mujeres que la lloraron. Todas las mujeres de Azure, ¿también estaban ya enterradas? Mis dedos repasaron las letras grabadas de la lápida de Tretite. Mi madre no tenía lápida. Se llamaba Marie-Thérèse. Su cuerpo reposaba en la superficie del bayou. Es peligroso estar tan descansada. No tenía donde descansar eternamente.

Cuando salí del cementerio, msieu Césaire, consumido y pequeño como un niño, encorvado dentro de su hermosa casaca negra, se alejaba de la tumba de su esposa. Sin apartar la mirada de los árboles, lo dejé pasar.

La pensión estaba tranquila en la época del Mardi Grass, cuando todos se iban a Nueva Orleans. Cada mes, cuando parecía que los números que había sobre el papel serían los que yo quería, bailaban de manera distinta ante mis ojos.

Por primera vez en la vida estaba sola. Msieu Vosclaire y los demás huéspedes ni siquiera eran un rebaño. Sólo un cambiante banco de peces que esquivaban los muebles, entraban en el comedor y subían a

sus habitaciones.

Charité me preguntó:

—¿Por qué nunca piensas en tener un hombre?

—Pienso en un hombre. Pero es sólo un pensamiento. Si tuviera un hombre, sería otro más para quien cocinar, a quien lavarle la ropa, tal vez me diría que vendiera la pensión para comprar otra cosa. Una granja. Un barco. Ya sabes lo que ocurre. Una mujer no puede regentar una pensión si se casa.

Los días transcurrían como desdibujados. Un cuadro viejo. Necesitaba una chica que me ayudara, pero era incapaz de comprarme una esclava. Comprar a alguien, aunque sólo fuera un criado con un contrato de aprendizaje, costaría más dinero. Los cien dólares anuales que recibía por Jean-Paul me los gastaría en otra persona.

Podía traer a Jean-Paul de vuelta. Pero no aprendería nada. Tantas camas por hacer. Los huevos. Los bodegones de cada noche. Dos pollos cortados en una olla, con tomates, cebollas y hierbas. Las camisas planas y flácidas junto al fuego cuando llovía. Las migajas. Los granos de café. Mamère.

Cada tarde, cuando se despertaba, Joseph se presentaba en la puerta de atrás. Movía la cabeza como para preguntar si podía entrar la leña, con el pelo largo y grasiento cayéndole por los hombros. ¿Dónde estaba su piragua? ¿Dónde estaba su bosque? Cuando era niño vivía entre los árboles hasta que vinimos nosotros. Nuevos animales.

Msieu Vosclaire era un animal de costumbres: la panza le tocaba la mesa hasta que se retiraba y tenía un vaso de vino en el escritorio. Cada noche le mandaba una carta a su hermana de San Luis y la dejaba en la mesa del comedor para que yo la llevara. Los suyos eran los últimos zapatos que se movían sobre mi cabeza. El sobre blanco brillaba junto a la luz de mi vela. Intentaba mantener la promesa que le había hecho a Julien Antoine de hacer que la gente se diera cuenta de que era un lugar respetable.

Pero yo seguía siendo sang mêlé. Mi pelo. Mi piel. Ni mi dinero era respetable.

Una mañana, antes del alba, cuando pasaba junto al cobertizo para vaciar las cenizas, un hombre me puso un arma en la garganta. Me tiró del pelo de la nuca con tanta fuerza que no pude mover la cabeza. Habló en inglés.

—Los burdeles están llenos con el dinero de las putas. Llévame hasta él.

Apretó la punta del cuchillo contra la piel de mi clavícula y la sangre me rodó por el pecho mientras me llevaba a tirones hacia la puerta de atrás.

El dinero nunca estaba en la casa. Sabía que allí alguien intentaría

encontrarlo. Le dije:

—Debajo del árbol. La piedra.

—El dinero de follar con todos estos hombres. Ahora lo harás gratis —dijo.

Me tiró al suelo. Me entró ceniza por la nariz y me escocieron los ojos. Con el cuchillo me separó la falda del canesú, lo cortó en dos y arrancó la tela.

—Marcada, eh… te escapaste —el cuchillo tocó la fleur-de-lis de mi hombro—. Sucia mestiza.

Había oído su voz en otra parte. Luego entró en mí con tanto ímpetu que se me metió tierra en la boca.

Era un mil leches. Sólo un animal. Un perro podía morderme. Todo lo que tenía era mi piel y mi sangre. No era humano. No me mataría.

Cuando acabó, el olor a tabaco quedó flotando sobre mí. Me rechinaban los dientes contra las cenizas, me escocían los ojos. Aún me agarraba el pelo, formándome un moño en la nuca, mientras se arreglaba la ropa.

Entonces me soltó y me puse de rodillas. Sólo veía con un ojo. Él quería que lo viera.

El trampero: las encías peladas, la cara roja. Me había visto en la tienda y en el camino. Se había creído que yo era la hija de madame Lescelles. Escupió saliva con tabaco a mis pies. A continuación comenzó a desenterrar la piedra.

El cinturón. Sucia mestiza. Era él quien había matado a Jeanne Heureuse.

Yo no llevaba la pistola. Sentí grumos de barro en las rodillas. Las cenizas eran para hacer lejía. El balde estaba cerca del montón de leña. El asa metálica estaba fría. Dije:

—Señor, señor.

Su barba dio media vuelta y le eché la lejía a la cara. Chilló y cayó al suelo, frotándose los ojos. Ahora me mataría. Corrí a la cocina con las manos por delante y tanteé el camino a mi habitación, hasta la pistola que tenía junto a la cama.

Pero él no me siguió.

Me envolví el cuerpo con una sábana y salí. Joseph estaba encima del trampero: le había rebanado la garganta. Joseph limpió la sangre del cuchillo y volvió a metérselo en la bota.

La sangre era caliente y metálica y humeaba en el suelo. Sólo podía ver la mitad del mundo. Las cenizas se me habían pegado a un ojo. Joseph arrastró el cuerpo hacia el callejón.

No se oía nada. Nadie se había molestado en indagar el grito y el amanecer era tranquilo. Sólo se oía un caballo en una calle lejana, de cascos suaves y regulares.

Eché mis ropas al fuego, llené la tina con agua fría y me limpié la tierra de los dientes, los líquidos de las piernas y me enjugué una y otra vez los ojos, pero la ceniza me había quemado el ojo izquierdo y de ese lado no veía nada.

Mis huéspedes, dos tratantes criollos que estaban en la ciudad por negocios, dormían abatidos por el ron que habían ingerido la noche antes. Cuando les llevé las camisas y el agua limpia apenas me reconocieron. Se fueron con msieu Vosclaire.

En el patio, la sangre se había vuelto negra y dura como las piedras y los platillos quemados. Pero cuando eché la tierra al fuego que había bajo mi tina de lavar, el olor del rojo caliente me produjo náuseas.

Joseph volvió al anochecer. Se sentó en una sucia manta colocada contra la cerca trasera.

—¿Qué has hecho con él? —pregunté.

Con el cuchillo trazó un pequeño canal en la tierra y lo llenó de agua. A continuación hizo flotar un hueso de pollo por el bayou que había construido.

El cuerpo flotaba hacia alguna parte. Los ojos negros de Joseph se encontraron con los míos. Cogió tres dólares que le di y se fue a comprar bebida.

Aquella noche temblé y lloré junto a las ventanas cubiertas por las cortinas de Jean-Paul. Yo. Ni madame Eibsen ni madame Delacroix. Mestiza. Todos los hombres. Dejan su semilla. Me montan a mí y luego montan al caballo, vuelven a caballo a la casa, al bosque, a matar animales y vender pieles. Pieles. ¿Y si sus hijos, abandonados por sus madres, vendidos o trocados por otra cosa o sólo abandonados, se metieran en el mismo bosque y mataran a sus padres sólo para conseguir el último mapache? ¿Y si sus hijos se sentaran junto a ellos en una taberna, no les gustara lo que dijeran y les pegaran un tiro y pisotearan el cadáver mientras escupían y lo abandonaban? Lo abandonaban. Abandono tras abandono, una y otra vez.

Tenía el ojo tan quemado y empañado que no podía cocinar ni lavar. Tenía las manos despellejadas. La gente me creyó: el viento me había metido una ceniza en el ojo, había tropezado y me había arañado la cara, los brazos y las rodillas.

Msieu Drouet me prestó doscientos dólares para contratar a una chica, pues ahora no podía llevar la casa. Una mujer de color libre de Nueva Iberia tenía una sobrina que necesitaba un oficio, así que cogí de aprendiz durante un año a una chica de quince años llamada Noémie, por doscientos dólares, para que aprendiera a lavar, coser, cocinar y limpiar. Msieu Drouet archivó los papeles en el Palacio de Justicia el mismo día que recibí el pago por el año de Jean-Paul.

Me pasé la noche en el despacho, anotando sumas en el libro de contabilidad, pegando el ojo bueno al papel. Todo lo que éramos. Un traspaso de números y migajas y conductos llenos de líquido.

Pero en mi sangre había entrado algo que no se iría. No un bebé. Ni una semilla. Algo sucio que me quemaba y me debilitaba y me hacía desmayarme.

Cerré la puerta principal.

Noémie me trajo emplastos calientes para el vientre. Era una chica amable y nerviosa, de ojos color canela y manos pequeñas que dejaba colgando delante de ella como si fuera una ardilla mientras esperaba junto a mi cama.

Preguntó:

—¿Dejo entrar a los huéspedes?

—No —dije—. A nadie.

Noémie acercó una silla.

—Eres muy guapa. Mi madre había oído hablar de ti. Oyó decir que estabas casada con un blanco.

Negué con la cabeza. Noémie susurró:

—Dijo que gracias a tu belleza conseguiste esta casa. Una gran casa de ladrillo.

Cerré los ojos y le dije que fuera a la tienda a buscar a Charité.

Charité me trajo una infusión que preparaba para los problemas menstruales. Le dije que tenía fiebre. Pero se trataba de un ardor distinto, y tenía la cabeza llena de musgo hervido y duro como alambre que me atrapaba y me enredaba los pensamientos.

Todos los ríos y bayous conducían al océano, más allá de los muros de tierra. Los hombres construían muros de madera, de ladrillo, y nosotros vivíamos dentro, pequeños como hormigas. Jaulas y cadenas. Luego salíamos a recoger guijarros y migajas y los llevábamos a casa. Los pájaros cogían semillas con el pico y se acurrucaban en sus nidos. Léonide y Tretite sabían cocinar, pero yo tuve que echarme y levantarme el vestido. Christophe y Gervaise sabían cortar la caña y acarrear leña, pero Jean-Paul tenía que ahogarse.

El vapor de las tinas de lavar bailaba con el humo, como si en el calvero el aire fuera pesado. Céphaline dijo que había que enseñar el tobillo. Su madre dijo que un tobillo pequeño y bien torneado podría llegar a ser todo lo que un hombre viera. Asomando de la falda. Un hueso que es como una cabecita bajo la piel. Un cráneo diminuto frotándose contra la argolla de hierro. El tacto de esa cadena, cada noche, sin poder moverme. Aquella mañana me había mojado dos veces. Me había lavado la ropa y me había ido a los campos con la ropa mojada, y hacía tanto sol que el agua se evaporaba del vestido cuando me agachaba para quitar las malas hierbas y dejar las buenas.

Separar las buenas mujeres de las malas. La bola de hueso. ¿Por qué se iban a ocupar los hombres de un tobillo?

¿Qué podían meter dentro de un tobillo?

—Contacto impuro —dijo el doctor Vidrine con la cara encima de la mía—. Jamás imaginé que tú…

Volví la cara hacia la pared. Mi encalado. Mi enlucido.

Me sangró con la lanceta y el líquido se vio oscuro en el cuenco. Dámela. Lo vertió en la jofaina. Infectada. Impura. Dentro de la sangre. Pero lo que salía por mi conducto era amarillo y blanco, no sangre. Noémie me frotaba los conductos con un ungüento. Ella no era de mi sangre y tenía que lavarme la sangre. Me sangraban las encías. Me tragaba la sangre. Luego me purgaba con líquidos. Tarros y frascos. Soluciones de limpieza. Sublimado blanco y corrosivo y ron joven, dijo el doctor Vidrine. Expulsar del hábitat todos los restos de la enfermedad. Una o dos veces al día. Que no quede nada dentro. Ni sangre. Ni líquidos. Mis líquidos iban a parar a cuencos y toallas, tenía la garganta en carne viva, las encías me nadaban en sangre, mi ojo bueno estaba hinchado y cerrado.

Inclinaban media cara sobre mí. Jean-Paul vino. Se quedó y me pasó agua fría por la piel. No sonreía.

El tercer hombre que compró a mi hijo no dijo nada.

Tardé semanas en volver a caminar. En torno a la cicatriz gris y flotante, como una nube diminuta en mi ojo, vi las botas del hombre. ¿Se las lustraba con saliva?

Estábamos en el despacho de msieu Drouet. Me había prestado el dinero para pagar al médico, para pagar a la madre de Noémie, para comprar comida, velas, aceite para cocinar y jabón. Le había hipotecado el edificio hacía meses, como garantía del préstamo, y ahora había que efectuar el pago.

—Le ha escrito dos veces a Julien Antoine, han pasado tres semanas y no tenemos respuesta. Está claro que debe de estar de viaje —dijo msieu Drouet.

Asentí.

—Le queda un activo, madame Antoine. Su hijo se ha ofrecido como garantía.

Dijo que el contrato de aprendizaje con Vidrine podía cancelarse. Si vendía a Jean-Paul al primo de msieu Drouet, que poseía una plantación de azúcar en Petit Pinière, a veinte millas de distancia, recibiría 750 dólares, la mitad en efectivo, que podríamos utilizar para pagar la hipoteca de la casa.

—Podría emplear a un tapicero en su nueva plantación mientras

amueblan las habitaciones, y luego puede enseñarle el oficio de carpintero. Son oficios útiles. Si a final de año, cuando llegue el momento de pagar el saldo pendiente, quiere volver a comprarlo, puede hacerlo. Consta en las condiciones de venta.

—No pierdas la casa —dijo Jean-Paul—. Esta vez no vendas las cortinas. Me costó mucho dar con ese color. Verdeceladón. ¿Sabes cuántos tintes mezclé? Eran para tu despacho.

—Tu despacho —dije—. Es tu despacho.

—Entonces no vendas mis cortinas. Te haré unas nuevas cuando vuelva —puso una leve sonrisa y sus cejas se enarcaron dando un salto —. Regresaré. ¿Recuerdas cuando solías decir eso?

—Verdeceladón —dijo sacudiendo la cabeza—. El color perfecto.

Si perdía la casa, Jean-Paul nunca tendría su propia mesa para cortar las telas, para hacer abrigos, vestidos y sofás. Sin casa, yo sólo podría coser o cocinar para otro.

—¿Durante un año? —susurré.

—Jean-Paul Antoine, esclavo quadroon de por vida, originariamente comprado a Laurent de la Rosière, vendido por Moinette Antoine a Crespin Frozard por 750 dólares el 4 de noviembre de 1828.

Parroquia de St. Laundry, Libro B del Notario, página 243.

Msieu Crespin Frozard no nos miró ni a mí ni a mi hijo. Se dirigió hacia su carruaje y Jean-Paul fue detrás a diez pasos de distancia, volviendo la cara hacia mí en las escaleras del Palacio de Justicia, ahora con una sonrisa más amplia para hacerme saber que esta vez todo saldría bien.

Por la noche Noémie respiraba como si tuviera en la garganta semillas secas de calabaza. No era hija mía. Oírla murmurar me ponía melancólica. Trasladé mi cama a la habitación de Jean-Paul.

No alquilaría esa habitación con la ventana orientada al sur. Daba al patio, donde los jaboncillos eran globos dorados para los ratones. Me pasaba noches enteras mirando la fría luna y el azul de diciembre, las sombras como agujas negras en la tierra desnuda.

Jean-Paul se había llevado su baúl. ¿Qué tenía? Yo ni siquiera lo sabía. Su jofaina era blanca, pero cuando metías los ojos dentro, veías las suaves marcas negras. Un barco sobre el pequeño escritorio junto a la ventana. Un escarabajo de junio había navegado en él una vez, sus patas como espinas atadas al diminuto timón hecho con un grano de arroz traslúcido.

Me dolían los ojos cuando intentaba coser. Sólo la blusa para Fantine, hecha de estanques blancos, era bonita. Yo cosía muchísimo peor que Jean-Paul y tampoco lo hacían tan bien como mi madre. Yo

sólo servía para mover tierra y hacer dinero. Aferrándome a los ladrillos. Podía evitar que los ladrillos ardieran para que algún día Jean-Paul pudiera tenerlos.

Regresó el viento, y en torno a la casa volvieron a arremolinarse hojas y ceniza y la tierra que levantaban los cascos de los caballos. El polvo lo abrazaba todo, incluso cuando teníamos los postigos cerrados y la casa a oscuras.

—Un cambio atmosférico —dijo msieu Vosclaire.

—Sólo un estornudo de Dios —dijo msieu Césaire.

—¿Puedo tomar un poco de ese café de ahí? —dijo su mozo de cámara.

Me enviaron un carro para que me recogiera.

El mozo de cuadra de los Frozard dijo:

—No sabía a quién venir a buscar. El chico es un esclavo, dice el capataz. Msieu Frozard está en Nueva Orleans. Y el cocinero va y dice: Jean-Paul me ha dicho que no lo han vendido, que sólo es un préstamo. Dice: «Ve a buscar a la madre a Opelousas».

—¿Está enfermo?

En el camino había profundas roderas por el paso de los carros, y los dientes me mordían el labio. La sangre de dentro de la boca tiene otro sabor. El viento nos empujaba hacia atrás, a la mula le pegaba la cola a un lado y le hacía temblar la piel.

El mozo de cuadra estaba en silencio.

—Está muy mal —dijo; después dirigió la mirada al camino.

Caldo de buey para la fiebre, decía siempre Tretite. Infusión de corteza de sauce para el dolor de cabeza. Jengibre para la barriga. Yo había recogido todo eso deprisa y corriendo.

El mozo siguió la larga carretera hasta los cañamelares, pasó junto al establo y luego apartó la mirada de mí como si le hubieran pegado una pedrada.

Jean-Paul estaba echado en un carro para llevar caña, cubierto por una lona. Me incliné hacia su cara. Tenía los ojos cerrados y los labios duros como un ciprés. Extendí la mano para apartar los sacos de lona que le cubrían el cuerpo y vi la sangre. Formaba un charco en el carro. Negra. Le habían envuelto el muslo con tela de saco, tenía un color marrón herrumbre y el polvo se le aferraba a la humedad, al pelo y a las pestañas.

La cocinera. Olor a carne. Olor a café en su tignon cuando me agarró por los hombros.

—¿Por qué está en la caña? —grité—. ¡Es tapicero! No lo contrataron para la caña.

La cocinera me susurró al oído:

—Se lleva las sillas una a una al establo, les pone telas nuevas, pero a ella no le gusta el trabajo. Los colores. Luego ella se va a Nueva Orleans y el capataz dice que el muchacho se vaya al campo. Demasiada caña.

El capataz gritó en dirección al carro:

—¿Que quién era su propietario? Dile a esa mujer que se lo lleve de aquí antes de que los demás dejen de trabajar.

Me subí al carro y me desgarré el dobladillo del vestido. Demasiada sangre. Se le cerraban los ojos. Me perteneces. Me perteneces. Tenía el cuello caliente. La garganta inmóvil.

El mozo seguía a mi lado y dijo:

—Este viento tiene a la gente irritada toda la semana. Trabajan duro, no les gusta cómo su chico sonríe todo el tiempo. Marques no le cortó a propósito. Es que el chico no se mueve. Marques no deja de gritarle que vaya más rápido, deje de sonreír y se mueva. Lo oigo toda la semana. El chico no contesta a ninguna pregunta. Sólo sonríe. Sonríe y dice algo en voz baja. Como si está en otra parte. Entonces hoy Marques… hace como que le da con el machete y el chico no se aparta.

—Su chico —dijo la cocinera.

La hierba alta nos rodeaba como un muro. Levanté la cabeza de Jean-Paul para apoyarla en mi regazo. El cuello doblado. La columna vertebral. Mis dedos en su cara.

La tela olía a café. La cocinera se inclinó a mi lado, una desconocida, y dijo como si no se lo creyera:

—¿Tú su madre?

Lo llevé a casa.

El machete le había dado en el muslo. Una vena. La sangre formaba un charco en el carro. El mozo de cuadra transportó a Jean-Paul, envuelto en tela de saco y una sábana que había traído la cocinera. El capataz era una voz lejana en el cañamelar.

Lo llevé a casa.

Se quedó en su habitación. Las manos de Charité y Noémie y las mías sobre su piel. Los conductos. Su cuerpo inerte. El esternón, donde el agua se remansó por un momento como un diminuto bayou. El corte en el muslo como un siete en una tela. Una vena. Muñeca, garganta, sien.

Cuando las mujeres se fueron, me eché en el suelo, junto a su cama. Con el machete afilado me corté las trenzas. Mi madre se había ido. Ya no había dya que transmitir a otra piel. Coloqué el pelo bajo su cama. Cuerdas. Riendas.

Llevé el filo a mis muñecas, justo donde estaban las cicatrices del barco, cruzando las quemaduras como granos de café. La sangre brotó en una fina picadura. Volví a apretar. Pero el cosquilleo fue sólo una quemadura. No era suficiente.

Y ninguna voz me habló. Dios no me dijo que me detuviera. Mi madre no me habló. El absoluto silencio de Jean-Paul, sobre el colchón de musgo, no se alteró.

Corte tras corte tras corte se enredaban los hilos de sangre, me manchaban la palma de la mano, pero no encontraba las venas porque no tenía valor. Me quedé echada boca arriba, las lágrimas resbalándome por el cuello hasta el suelo, la sangre ya secándose y formando una segunda piel.

Dis-rien, moi. Rien.

No digo nada.

La cuchara se acercó a mi boca. Ella no era mi hermana. Charité. Dijo:

—Crimen contra Dios, eso es lo que haces.

Notaba el trapo húmedo. Ella no era mi hermana. Era la hija de otra. Noémie. Pero me bañaba porque le había pagado por ello. Había pagado dinero a su madre.

Café. Azúcar. Todo muerto. Tou-mort. La tela azul. Los platos con la dalia. El pavo real. El plato con el faisán en un soporte, sobre la chimenea. Mi chimenea. Su chimenea. Sus cortinas. Tou-mort.

Nada en mi boca.

¿Había quien se moría por un café? ¿Dónde? Huevos y arroz. Hera y Phrodite podrían haber muerto en los arrozales. Él murió en el azúcar.

Ella intentó darme caldo. Rien.

Rien.

Agua. ¿Alguien se moría por tener agua? La lluvia caía en mi tejado y entraba en mi tanque de agua.

Ladrillos. Él murió por tener unos ladrillos. La madera arde. Cenizas y grasa de cerdo hacen jabón. Alguien muere por tener jabón. Los ladrillos no dan cenizas. Aunque derribara la vela mientras su cuerpo yacía ahí, en la habitación donde habría cosido, y ardiéramos hasta la ceniza y el hueso (y me ardiera el pelo hasta el cráneo, su pelo tan bien peinado), los ladrillos no se derretirían.

Di puntapiés a mis paredes.

Le chillé y le chillé a mi almohadón, mi cara ardiendo de fiebre como un niño. Como cuando ardía de fiebre y mi madre me pasaba un trapo húmedo. Mi madre. Mucho mejor que yo. Ya no existía. Mi hijo. Hundí la cara en el algodón húmedo. No respiraré. Ahora puedo

morir.

—¡Madame!

Maman. Noémie me dio la vuelta. Sus manos eran oscuras. Ella no era mi hija.

12. DYA

—¿Tienes hermanas?

—No, petite —tenía su mano pequeña y pálida entre las mías.

—¿Quién te enseñó? —preguntó Marie-Claire.

—Mi madre.

—¿Dónde está tu madre?

—Muerta.

Esperábamos a que un caballo y un carro cruzaran la calle.

—¿Por qué no la visitamos?

Cruzamos las polvorientas calles rumbo al cementerio. Las cintas que había atado en las puntas de las trenzas de Marie-Claire eran verdes como hiedra.

—Está en África —dije—. La visito en mi recuerdo. Está con su madre y la madre de su madre.

—¿Dónde está África?

—Al otro lado del mar, petite.

Una primavera, cuando yo tenía cinco o seis años, un violento vendaval sacudió las copas de los árboles de Azure, y cuando salimos de nuestras chozas había pájaros recién nacidos muertos por todas partes, sobre los senderos de ladrillo y en nuestro calvero, cuyos cuerpos no eran más que garabatos de huesos y sus ojos buttons sin vida aún cubiertos de piel.

Cuando me eché a llorar, mi madre dijo:

—No ven nada, no sienten nada. No han llegado a vivir.

Pero me los imaginé esperando, el pico abierto, tras haber oído y sentido unas alas grandes que se acercaban y alejaban del nido, y entonces me imaginé cómo se sintieron al caer.

Era mi hija.

Marie-Claire era mi hija porque yo la había comprado y ella no tenía a nadie más y yo era su madre, y la liberaría cuando cumpliera los veintiuno.

Cada mes me ayudaba a lavar los ángeles. Jean-Paul. Tretite.

Los había lavado sola durante cinco años. Me sentaba en la tierra junto a la lápida de Jean-Paul y, cada vez, la idea de que estaba bajo la hierba se me clavaba tras las costillas como la primera vez. Su fémur. El muslo. Sus ojos. Esa zona blanda tras el cráneo latiendo mientras bebía dentro de la pechera de mi vestido. La sonrisa que todo el mundo sabía que no era una sonrisa.

A veces hundía los dedos en la tierra. La transformación de todo lo que éramos en tierra. Después tocaba las alas del ángel, grises a la luz de la luna.

Pero ahora, cuando Marie-Claire me ayudaba a encender las velas, el mármol relucía con un color dorado. Amado hijo.

Marie-Claire no era una vela. Tenía la piel brillante. Iluminaba mis habitaciones lo mejor que podía.

La había visto sentada en el carro de un tratante en 1835. Un americano, un tipo sucio con una barba rubia oscura que parecía serrín pegado a la barbilla. Llevaba dos días en la plaza vendiendo mantas indias que, decía, el pueblo opelousas le había vendido en el bosque. Hasta el segundo día, aquella cabecita y aquellos hombros no se movieron bajo la tela.

—¿Quién es esa chica? —le pregunté.

Tendría unos cinco años. De piel no muy oscura, como una cáscara de pacana, pelo rizado y enmarañado y lleno de puntitos de hojas secas. Se chupaba el dedo.

—La encontraron en el bosque y me la vendieron. Los indios. La llevo a Baton Rouge.

—Te doy ciento cincuenta dólares en efectivo por ella.

Me miró el vestido entornando los ojos.

—En Baton Rouge puedo conseguir más. A veces los quieren pequeños. Los compran barato, los preparan —sonrió mirándome los pechos cubiertos con mi chal.

—Doscientos dólares —dije sin inmutarme—. En efectivo.

Cuando la levanté del carro olía a perro mojado.

—Prepárate para ser libre —le susurré.

No sabía cómo se llamaba. Delante de la lumbre, donde la bañé, respondía lo mismo a cada pregunta.

—¿Cuántos años tienes?

—Sais pas.

—¿Cómo te perdiste en el bosque?

—Sais pas.

—Debes de tener cinco años, petite. Alguien debía llamarte por algún nombre.

Negó con la cabeza.

—¿Qué hacías?

—Lo que me decían.

—¿Dónde están tus padres? ¿Tu madre?

Sólo movió los hombros, pero sus ojos no estaban cubiertos de piel, y contrariamente a aquellos pájaros recién nacidos, se habían abierto. En algún momento había visto a una madre. Comía arroz con los dedos, pero sabía utilizar la cuchara.

Cuando hubo acabado con el arroz y la salsa de carne, se quedó delante del fuego vestida con una blusa que le llegaba a las rodillas. Se acurrucó sobre un costado, el pulgar en la boca, sorbiéndose las mejillas.

Me quedé sentada mucho tiempo, mirando el arroz que había derramado sobre el mantel. El arroz quedaba húmedo y blando cuando lo cocinabas, pero al secarse se volvía duro y traslúcido y, si lo volvías a cocinar, nada conseguía ablandarlo. Permanecía en esa forma. Una semilla.

Limpié las semillas secas del plato con el faisán de Jean-Paul.

Me arrodillé a su lado, le pregunté si le gustaría llamarse Marie-Claire, y asintió.

—Tú podrías llamarme maman —le dije.

Cada día yo escupía en el suelo de Pélagie. Manuel, el mozo de cuadra de Rosière, siempre bromeaba diciendo que el mejor limpiabotas era la saliva africana mezclada con betún de grafito.

—Hay algo en mi saliva que hace que se pegue a la piel y brille.

En aquella época, mientras barría y fregaba los suelos cada día, si entraba en una habitación y veía algún grumillo de barro de las botas de Etienne, o una maraña de pelo castaño rojizo o hilo verde, escupía en el suelo y recogía con un trapo la suciedad que no podía recogerse seca.

Mi saliva permanecía en el veteado de la madera del suelo y mi tierra estaba fuera, y aun cuando los blancos no comieran conmigo ni me miraran, sus pies tocaban mi saliva, y cuando bañaba a madame De la Rosière y a madame Pélagie, veía que, aunque la piel colgaba y se arrugaba y se plegaba de manera diferente, ellas también tenían dos pechos con diminutos conductos para la leche, veía que bajo los vestidos todas éramos iguales.

Los diminutos pasajes para la leche, incluso años después de que mis pechos no tuvieran a quien alimentar, seguían produciendo a veces una humedad de olor dulzón.

Si abandonaba la tierra y yacía bajo un tercer ángel de piedra y mi alma se iba là-bas con mi madre y Jean-Paul y con los demás que

había amado, pero no quedaba nadie que me recordara, el tacto de mi mano en su cabeza (si nadie recordaba que había ahorrado monedas y luego el papel impreso con tinta que valía mucho más, que había pagado por esa casa donde mi sangre manchaba el suelo en una habitación, cubierta ahora por una pequeña alfombra turca), entonces las palabras de mi madre no eran nada más que un sonido formado alrededor del vapor de lejía y la saliva y se evaporaban en el viento del calvero y mis propias palabras no eran más que tinta sobre corteza de árbol prensada.

Sólo los animales humanos nos recuerdan, aparte de las palabras que dejamos en un papel. Cinco años después, cuando Marie-Claire tenía diez años, compré a Marie-Thérèse.

Marie-Thérèse tenía la piel tan oscura como la de mi madre, con unas mejillas relucientes y el pelo fino en espirales. Era parte de una propiedad que se había dividido en el Palacio de Justicia y yo me quedé cerca del grupo de hombres que compraban esclavos.

Delante de mí estaba Etienne. Se me quedó mirando un buen rato, mientras los cuerpos de los esclavos se congregaban.

Le aguanté la mirada. Yo no era propiedad de nadie, pero no debía mirar a los ojos de los blancos. Podrían haberme arrestado. Pero él fue incapaz de mirarme a los ojos. Bajó la mirada a mis pechos y luego la apartó.

Mis pechos, como los de cualquier otra mujer. Los de Céphaline habían sido pequeños como galletas. Los de Pélagie, redondos y temblorosos, le empujaban el vestido. Los de Fantine, en forma de cono, como hormigueros, y luego voluminosos cuando amamantó a su hija y a mi hijo. Y los míos se habían vuelto grandes y llenos de venas tras el nacimiento de Jean-Paul. Cuando lo abandoné, me pareció que las venillas azules reventarían. ¿Cómo se convertía la sangre en leche?

Etienne levantó la barbilla.

Teníamos las nalgas hendidas en dos. Dedos en los pies. Clavículas. Alas de ángel, no omóplatos. Estábamos marcados. No marcados.

Levantó la mano para pujar por dos hombres. Esclavos para los campos. Luego se dio media vuelta y se marchó.

Yo miraba los ojos vacíos de la niña. Quería otra hija.

Ahorraba para ello. A veces, mientras contaba el dinero por la noche, cogía una moneda y pensaba en los dedos de mi hijo pasando la aguja por una tela, o en mis propios dedos deslizando la primera moneda en mi delantal, aquí, en esta mismísima calle, cerca del Palacio de Justicia.

La pensión siempre estaba llena. Marie-Claire me ayudaba con la ropa sucia, planchaba las camisas de los hombres para la pensión de

madame Delacroix, que ahora regentaba su hija, la cual, cuando me veía cada día, seguía gritándole a su esclava:

—¡Ha llegado la chica de la colada para las camisas!

Yo no era una chica, sino una mujer que había ahorrado el dinero suficiente para poder abrir la boca si alguien pequeño, alguien sin alas, caía.

Esperaba que apareciera una niña de cinco o seis años que no se sentara en el regazo de nadie, una niña llevada de una cuerda sujeta a la muñeca.

Sólo nuestra piel era diferente, les decía a Marie-Claire y a Marie-Thérèse. Nuestra piel y nuestro pelo. Todo lo demás era lo mismo.

Marie-Thérèse no escuchaba de la misma manera. Era una asilvestrada, como un gato educado al aire libre que no estuviera muy seguro de querer vivir en una casa. Escondía galletas, botones, pralinés e incluso huevos. Sabía cómo había que agujerear un huevo para chupar el líquido.

Cuando se enteró de que dentro de la yema había un pollito, Marie-Thérèse dijo:

—Pues no sabe a plumas.

—¿Y si nosotros tuviéramos plumas? —dijo Marie-Claire.

Tendíamos las sábanas, las zonas remendadas como polillas al sol.

—Venderían tu piel —murmuré.

El trampero americano había dicho que nos despellejaría y vendería la piel. En el despacho del doctor Tom, alguien podía mantener dentro de un tarro el conducto que un hombre deseaba, flotando hasta que lo necesitara.

Mis hijas, mi propiedad, mi memoria, mi historia, mi futuro. Nunca quise criar animales o cultivar la tierra: no quería que la caña de azúcar procedente de fémures verdes se convirtiera en altas hierbas.

Dentro de mi cocina, en un armario a oscuras, colgaba el cono de azúcar, lejos de las hormigas. Cada mañana Marie-Thérèse lo sacaba y cortaba unos grandes pellizcos con las tijeras del azúcar y se metía dos o tres trozos en la boca con unos dedos veloces como picos de pájaro alcanzando la dulzura.

Entonces Marie-Claire alejaba el cono de su hermana y decía «glotona, cochon». Molía el azúcar, duro como una roca, hasta convertirlo en polvo en un cuenco para nuestros pasteles.

Tenía cuarenta y ocho años y todo lo que quería hacer era sentarme.

Puedes notar un cristal de sal o azúcar en la lengua. Uno. El agua del océano seca, el jugo de caña hierve y deja pequeños destellos.

Recordé cuando en Azure hervíamos la hierba del patio intentando convertirla en azúcar. Me acordé de la primera vez que Jean-Paul vio arena, delante de la puerta de Emilia, y se puso los granos en la boca. Me acordé de mi madre poniéndome un trozo de azúcar en la palma de la mano y estudiando mi cara.

Todo lo que quería era sentarme en mi butaca de terciopelo junto al fuego y dormir.

El fuego era ruido suficiente para hacerme compañía. El fuego nunca callaba. Por eso siempre había viejos en torno al fuego. No sólo por el calor.

Cualquier trozo de tela me recordaba a Jean-Paul. Fina muselina para mosquiteras. Lino para manteles. Suave y fino percal floreado para los vestidos de las chicas. Plisados. Jaretas. Mangas. Mis dedos en la aguja. Sus dedos en la aguja. Nos sentábamos delante del fuego. Hablaban, las brasas se movían y yo lloraba en silencio sin que ellas lo supieran. Sabía cómo impedir que mi nariz sorbiera. Sabía cómo llevarme el pañuelo (suave como un viejo tignon) a los ojos como si me escociera el sudor.

No quería que pensaran que mis lágrimas significaban que era infeliz con ellas. Mis niñas.

Ahora eran mi sangre. Mi nombre después del suyo. Mis hijas.

Pero el agua seguía corriendo dentro de mí. Agua salada. Céphaline había dicho que el océano recogía el agua de los ríos, las nubes recogían el agua del océano y los ríos se llevaban el agua de las nubes.

Una noche lloré por ella. Por su voz, por la aguda inteligencia que guardaba todas aquellas palabras, pautas y números y la manera como me los entregó porque no se los podía guardar todos para ella.

Una noche lloré por mí. Las chicas se habían ido a dormir a nuestra habitación, la puerta abierta una rendija porque nunca querían estar a oscuras; querían una cuña de luz de la lumbre y el brillo de mi aguja.

Pero yo tenía las manos en la falda. Tras todo un día desplumando pollos, enjuagando ropa y cortando cebolla, las venas del dorso de la mano parecían letras de un azul verdoso. En un hombro tenía marcada una flor de Francia. En un ojo tenía marcada una cicatriz flotante. Mis entrañas estaban marcadas con veneno. Me encogía, como suele ocurrirles a las mujeres cuando envejecen, y mi piel era fina como un pergamino. Las muñecas, los brazos y las manos garabateadas con diminutos y oscuros bayous.

Cuando el fuego era sólo un rubí, y la casa estaba a salvo de

incendios, reposaba la mano en el tapizado de terciopelo negro de mi butaca. No podía dormir echada, sino que tenía que comenzar mi descanso de ese modo, al igual que mi madre, como hacían las ancianas, con el cuerpo aún convencido de que seguía trabajando, vigilando, esperando.

Cada mes, en la tumba de mi hijo, mis hijas depositaban sólo las flores que él había amado: flores cosidas en retazos de tela.

Mi lugar estaba junto a él y Tretite, ya tenía la lápida encargada, el cantero ya me había labrado mi ángel.

En los alrededores del cementerio pasamos junto a la tumba de Joseph, el indio opelousa, muerto en 1829. Una noche había muerto de frío en el callejón que había detrás de mi casa. Pagué para que lo enterraran dentro de una caja de ciprés en su pequeña parcela de tierra, cerca de las tumbas de los demás indios. Una vez al año anudaba una tela roja india a la pequeña cruz de hierro, que acababa volviéndose rosa.

—¿Por qué los indios llevan mantas y los blancos casaca?

—No todos los indios llevan manta.

—Los que viven cerca del bayou Carron sí.

—¿Por qué estabas cerca del bayou?

—Nos dijiste que lleváramos ese fardo de camisas a madame Delacroix.

—Eso no queda cerca del bayou.

—La Eulalie de Noémie dijo que el agua estaba tan baja que a lo mejor encontrábamos algo en la orilla. Pero todo lo que vimos fue un perro muerto.

—¿Y por qué querías ver eso?

—Pensamos que encontraríamos oro. En los bolsillos de algún muerto que alguien habría arrojado al bayou.

—¡Marie-Thérèse!

—Eulalie dice que hay hombres malos que se pelean en el bayou. Pero ahora sólo hay charcos negros. Huele.

—Cuando lleguen las lluvias, el bayou volverá a llenarse.

—¿Adónde va toda el agua?

—Al océano.

—¿Cómo llega al cielo?

—No lo sé.

Marie-Claire había estado callada todo el rato. Finalmente habló:

—¿Quién te dijo que me compraras?

Dejamos de andar y nuestros reflejos se detuvieron en el ventanal de una taberna.

—Te vi esperándome, petite, me dije que necesitabas una madre.

—Tenía una madre —dijo Marie-Claire—. Murió.

—Yo también tenía una madre —dije—. Murió.

—Eso no es justo.

—No.

Nos acercábamos a mi escaparate, con mi nombre pintado en el cartel.

—Mi nombre era Jacinthe —dijo.

—Lo sé. Una noche que tenías fiebre me lo dijiste.

—No conozco el nombre de mi madre.

—Lo sé.

En nuestro patio trasero había ropas caminando al viento, las mangas vacías intentaban tocar a las chicas, que reían. Para quitar la salsa, usas esto. Para quitar el óxido, éste. Para quitar la sangre del periodo mensual, éste y agua fría fría.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Marie-Claire cuando le enseñé a quitar las manchas de su propia sangre.

—Mi madre.

—¿Cada mes? ¿Siempre?

—Durante mucho tiempo.

—¿Tú también? ¿Incluso después de tener un bebé? —susurró.

—Yo ya no. Ahora he terminado —dije.

Las camisas blancas que lavábamos para todos los abogados, dependientes y plantadores colgaban rígidas y almidonadas en otro tendedero. A Marie-Claire le gustaba susurrar:

—Ése es como un fantasma. Extiende los brazos.

Tembló. Marie-Thérèse ponía los ojos en blanco y decía:

—Ésta es la camisa de msieu el Aburrido Hombre-Libro.

Msieu el Aburrido Hombre-Libro era el señor Johnson, el nuevo secretario del tribunal, que vivía en la antigua habitación de msieu Vosclaire. El señor Johnson tampoco se había casado. Cuando no comía, quería leer sus libros. Sólo les hablaba a los demás hombres. Cada día se tomaba el desayuno y se iba al Palacio de Justicia, y cada mes me pagaba la comida y el alojamiento, y como era pelirrojo y de cara rojiza y era conocido en todo el distrito y planeaba pasarse la vida en mi casa, nadie me molestaba ni a mí ni a mis hijas.

Msieu Césaire había muerto. Etienne se había ido a Nueva Orleans con su esposa, que detestaba Opelousas. Había vendido Rosière a alguien que yo no conocía.

Madame Lescelles había muerto y su sobrino había heredado la tienda. Pero ahora había otras tiendas. A veces me preguntaba qué

habría sido de Hervé Richard, que tal vez había estado en Nueva Orleans o en Nueva York, pero que nunca podría volver a Opelousas y ver qué había sido de mí. No me vería con mis hijas. «Tendrás tus propios hijos», me dijo aquel día, pero ahora ésas eran mis hijas.

Julien Antoine y Jonah Greene vivían en París. Me escribían una vez al año, y me enviaban finos pañuelos o cuellos de encaje. De pronto, después de siete años, dejé de tener noticias suyas.

Ahora mi trabajo era hablar. Les hablaba a mis hijas de la madre de mi madre, en la barca, y les lavaba el pelo, como había hecho mi madre. Sentada junto a la cama de mis niñas, les hablaba de las nubes de muselina y de los brazos con lentejuelas rosadas de mi madre. Les hablaba de sus puntadas, del hilo de Jean-Paul, y les ponía pellizcos de azúcar en la palma de la mano.

En 1847 Marie-Claire tenía diecisiete años. Era lo bastante mayor como para que se fijara en ella Eugène fils, el hijo de Eugène, el cantero, pero ella no podía casarse hasta que no fuera libre. No podía ser libre hasta que no cumpliera los veintiuno, y entonces sería dueña de su propia hermana, hasta que Marie-Thérèse tuviera edad de ser libre.

Yo tenía que vivir hasta entonces.

—Hueles —me dijo mi hija pequeña.

—Oui, Marie-Thérèse. Estoy enferma.

—No toses.

—No. Tengo la sangre enferma.

Se alejó. Tenía doce años y nunca pensaba en nadie que no fuera ella y no me quedaba más remedio que sonreír ante la obstinación de su sangre. Marie-Claire era obediente, reflexiva, la hija mayor que siempre sería madre. Marie-Thérèse era desobediente, despierta y nunca era reflexiva, y siempre probaba, olía y tocaba lo que quería antes de pensar en los demás.

Me estudiaba gravemente cuando estaba sentada en mi butaca, de la que apenas podía moverme.

Pélagie: el hermano de su marido la había dejado estéril por la enfermedad. El trampero me había dejado algo dentro de la sangre: sífilis, susurró Gustave, el sobrino del doctor Vidrine, que ahora me trataba. Contacto impuro. ¿Pero cómo era posible que el fluido de las semillas dejara algo dentro de la sangre que acabara en todas las partes de mi cuerpo? ¿Por qué me fallaba la vista? No tenía sangre en los ojos. Sólo agua salada bañándome el iris. Grafito en la sangre de Céphaline y un sudor dulzón en su aliento.

¿Se transmitían enfermedades los animales del bosque?

¿Los caimanes y los pájaros?

Me sentía como una niña, fundida con mi butaca, la carne fofa y colgando, los pies hinchados, mientras Marie-Claire cocinaba.

Tendría dieciocho años, luego diecinueve. Veinte. Veintiuno. Me bebía el caldo que ella me preparaba y esperaba.

Recordaba… En el calvero, a mamère removiendo las ropas negras, removiendo las ropas ensangrentadas de Michel, las ropas con la leche reseca de Eveline. Me pinchaba la muñeca y esperaba a que la sangre formara el reluciente botón (ni negro ni rojo), colocaba el círculo perfecto en un plato y lo machacaba con la mano del mortero. Polvo. Polvo que contenía todos mis pensamientos y mediciones y a mi madre y a mi padre. Sang mêlé. Mi sangre mezclada con la suya.

Añadía una gota de agua y esperaba. Lo agitaba. Sólo una mancha de humedad oscura. Nada más. La resurrección. Eso era lo que el dios del humo y las palabras prometía durante la misa. El cielo.

El hogar. Eso era lo que prometía el dios ibo. ¿Qué le habían prometido a mi madre los dioses bambaras?

¿Dónde estaba Jean-Paul? ¿Alguna vez había creído en mí? No había creído que regresaría. ¿A qué dios amó?

Tenían que estar esperándome. Jean-Paul estaba con mi madre. Là-bas. Allá lejos. Tretite y mi abuela, el aliento de ésta manchado de añil. ¿Céphaline y Pélagie? ¿Estaban los blancos en el mismo là-bas? El cielo. ¿Estábamos separados? Me habría gustado hablarle del cuerpo a Céphaline, hablarle a Pélagie del satén verdeceladón, ocre y berenjena. Me habría gustado que le hablara de ello Jean-Paul. Pero là-bas.

Mis hijas me traían caldo, se llevaban mi ropa sucia, me peinaban. Me dolía el cuero cabelludo cuando me lo tocaban. Marie-Claire se pasaba horas peinándome y yo temblaba como el flanco de un caballo cuando lo acarician. Marie-Thérèse miraba.

—Tú cuidarás de ella —le dije a Marie-Claire.

—Naturalmente.

—Tú serás la madre. Su sangre.

—Oui, maman.

—Te casarás con Eugène, y él conservará esta casa para siempre contigo. No la quemará.

—Maman. Nadie la quemará.

—Los ladrillos no arden, pero sí los suelos. Las puertas. Ojo con las velas. Vigila siempre las velas.

—Maman.

—El papel puede arder. Pero los papeles están en el Palacio de Justicia. El señor Johnson ya ha llevado los papeles.

Los papeles ya archivados en el Palacio de Justicia el 3 de octubre de 1849, en el gran libro de actas notariales, rezaban:

> Queda entendido que la susodicha Moinette Antoine emancipará a la susodicha esclava mulata Marie-Claire, de 19 años de edad, y a la susodicha esclava griffone Marie-Thérèse, de 14 años de edad, cuando lleguen a la mayoría de edad o antes si cambia la ley y lo permite, y por el presente documento la susodicha Moinette Antoine promete obligarse a sí misma (u obligar a sus albaceas monsieur Richard Johnson y monsieur Joseph Drouet) a redactar un documento de emancipación a favor de las susodichas esclavas en el periodo más breve posible que permita la ley, concediéndoles a las susodichas esclavas todas las prerrogativas y privilegios de personas libres como si hubieran nacido libres.

Copié la formulación de la última parte del documento que por fin había leído: el Code Noir de 1724.

Todos los judíos debían ser expulsados de la colonia de Luisiana. Recordé al señor Jonah Greene, su bulbo de carne, el pequeño gorro que le había visto llevar cuando estaba en su habitación. Su capilla en el cuarto, las palabras de culto que murmuraba.

Los dos estaban en París, tenían su propio escaparate, se sentaban ante el fuego en sendas butacas, sus hombros o sus rodillas se tocaban.

Me habían acercado la cama al fuego y estaba allí echada, dentro de mis ladrillos, con mis hijas cerca.

Por las noches ellas dormían en su gran cama y los cabellos recogidos en trenzas de una se enmarañaban con los brazos extendidos o con la barbilla cercana de la otra. Marie-Claire, que ahora ya era mayor, se iba alejando de su hermana mientras dormía, le daba la espalda a Marie-Thérèse, que casi todas las noches, al acostarse, apretaba la cara contra la columna vertebral de su hermana mayor. Los huesos de la espalda. Entonces Marie-Thérèse se giraba y quedaba boca abajo, separada, los brazos planos debajo de ella y los pies juntos y en punta, como si se zambullera toda la noche en el aire.

Cuando supe que me moría, cuando el dolor comenzó a palpitar en cada rama acuosa de mi cuerpo, le pedí a Marie-Claire que comprara el ataúd. El fabricante de ataúdes se negó a venir. Dijo que daba mala suerte tomarle las medidas a alguien para el ataúd cuando aún estaba vivo. De manera que yo misma me tomé las medidas y dije que el ataúd era para un huésped que se lo llevaría a su plantación cuando se fuera de la ciudad.

Ese engaño lo dejó satisfecho.

Me envolví en un lino blanco, el sudario que me había cosido muchos meses atrás y dejado preparado, cuando sentí por primera vez los cristalillos clavándoseme en el corazón. Las chicas no sabían nada.

Les dejé todo a mis hijas. Todos los ladrillos y todos los trozos de madera y hierro. Todas las cenizas y las pastillas de jabón. Esperaba que se amaran la una a la otra para siempre.

Una noche me metí en el ataúd que el hombre había dejado en la cocina. En la lumbre había poca llama. La madera olía y en un rincón vi savia reluciente que brotaba de una herida en el pino.

Iba dentro de un bote, una piragua donde sólo cabía un cuerpo que no se llevaría río abajo nada para cazar, para matar, para vender. Nada de valor. Huesos y piel y ligamentos y el cerebro flotando en el cráneo. El músculo del corazón dañado, aunque no dolorido, como decía siempre la gente: Me duele el corazón. Tengo el corazón roto. Bobadas. Era algo grueso, duro, que palpitaba. El dolor estaba en el músculo, al igual que en la pierna o la muñeca, de tanto retorcer ropa húmeda, de tanto moverme, moverme y moverme.

No permití que mandaran a Jean-Paul bayou abajo, hacia el océano, porque quería reposar a su lado. Todos esos años. Mi lugar en la tierra. Pero si nos íbamos là-bas, para estar con mi madre, había agua. Céphaline se reiría, tendría una explicación para las nubes, la lluvia, pero ahora no tendría que escucharla. Yo era vieja. Podía imaginarme todos los ríos y los océanos, la niebla espesa y húmeda por las mañanas y el cielo, todo como un solo lugar. La lluvia caía desde algún lugar sobre nuestras cabezas y alimentaba los ríos y nunca desaparecería.

AGRADECIMIENTOS

Siempre estaremos en deuda con uno o con otro.

Soy incapaz de escribir nada sin Richard Parks ni Holly Robinson. En Pantheon, Alice van Straalen. También Elaine Pfefferblit, Beth Kephart, Juli Jameson, Kate Moses, Dwayne Sims y toda la familia Sims, Revia Chandler y toda la familia Aubert, Kari Rohr, Eric Barr, Nicole Vines, y Tanya Jones, que me ayudaron de muchas maneras. Mi madre y mi padre, que nunca se agotan; mis vecinos, que ven la luz encendida a las dos de la mañana; mis parientes que me cuentan historias: hace falta un pueblo para crear un libro. En Washington, Luisiana, me sentí honrada de compartir casa y relatos con Susan y Robert Tinney.

Estoy inmensamente agradecida a las bibliotecas y a los bibliotecarios: la Universidad de California, a los empleados de la Biblioteca Riverside por tantos años de amistad y camaradería. En sus estanterías encontré la historia de una extraordinaria mujer llamada Manon Baldwin en *Creoles of Color in the Bayou Country*, de Carl A. Brasseaux, Keith P. Fontenot y Claude F. Oubre. Encontré recetas de productos de limpieza y tónicos en un libro escrito por un hombre extraordinario, Robert Roberts, autor de *The House Servant's Directory*, uno de los primeros libros escritos por un afroamericano y publicado por una editorial comercial (en 1827). Hallé inspiración en *Africans in Colonial Luisiana*, de Gwendolyn Midlo Hall, y en *Intimate Enemies: The Two Worlds of the Baroness de Pontalba*, de Christina Vella.

Les debo muchísimo a mis hijas: Gaila, Delphine y Rosette.

NOTA ACERCA DE LAS LENGUAS DE LUISIANA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

Durante el siglo XVIII y los primeros años del XIX, Luisiana fue una colonia a veces gobernada por Francia y a veces por España. Vivían allí muchas tribus indias junto con franceses, españoles, suizos y alemanes. Había funcionarios, soldados, granjeros y tramperos canadienses así como refugiados acadios y africanos de algunas tribus que habían llegado como esclavos a América. Cada grupo aportó palabras y expresiones de su idioma al francés hablado por los residentes que habían emigrado de Francia. El resultado fue el francés criollo propio de Luisiana. En 1803, Luisiana se convirtió en territorio autónomo dentro de Estados Unidos y en 1812 se incorporó a la Unión, pero pasarían años antes de que se impusiera el uso del inglés.

GLOSARIO

atakapa
Pueblo indígena que habitaba una franja costera próxima al delta del Misisipi; por ese nombre era conocida una región de la antigua Luisiana.

bambara
Grupo étnico y lengua del África Occidental (Mali, Guinea y Burkina Faso).

barbe espagnole
Planta angiosperma similar al musgo; literalmente «barba española».

bateau
Barco.

batture
Terreno aluvial situado entre un río y un dique.

bayou
Cuerpo de agua semiestancada o brazo de la corriente principal en el delta del Misisipi.

besoin
Necesidad.

blanc
Persona de raza blanca.

blankitte
Persona de raza blanca en el francés criollo hablado por los esclavos.

bousillage
Mezcla de barro, paja, musgo u otros materiales empleada para rellenar huecos en las paredes de madera; adobe.

bouton
Grano; literalmente «botón».

bozal
En francés criollo, esclavo recién llegado a América (del castellano *bozal*).

cadeau
Regalo.

chalan
Barcaza o gabarra empleada para el transporte en el área del delta; chalana.

chênière
Montículo costero o ribazo formado por acumulación de conchas.

cimmaron
Esclavo fugitivo; cimarrón.

ciprière
En francés criollo, ciénaga o marisma con cipreses.

cochon
Cerdo, puerco.

Code Noir
Código que regulaba la vida (y la muerte) de los esclavos en las colonias francesas; su primera versión data de 1685. La administración norteamericana establecería leyes aún más restrictivas.

corbateur
Buhonero, vendedor ambulante.

coureur des bois
Trampero o comerciante de pieles que se adentraba en territorio

indio o en regiones no exploradas; por extensión «cazador» o «aventurero»; literalmente «trotabosques».

derringer
Pistola de bolsillo; el nombre común deriva de Henry Deringer, primer fabricante de esas armas.

Dieu
Dios.

dya
En lengua bambara, esencia espiritual de una persona que ésta transfiere al primer familiar nacido después de su muerte.

fantôme
Fantasma.

faro
Espíritu del agua en lengua bambara.

fils
Hijo.

fleur-de-lis
Flor de lis; representación estilizada de un lirio usada como emblema por la casa real de Francia; por extensión «monarquía francesa».

garçonnière
Apartamento de soltero; solía consistir en una o varias estancias separadas de la residencia principal.

grandmère
Abuela.

griffe
En francés criollo, persona con tres cuartas partes de sangre negra; grifo, zambo.

ibo
Grupo étnico y lengua del África Occidental (sudeste de Nigeria,

Camerún y Guinea Ecuatorial); *igbo* en la grafía actualizada.

jolie
Bonito.

ki
Negro africano de origen indefinido.

là-bas
Más allá (Moinette usa la palabra para referirse a la vida de ultratumba).

maringouin
Mosquito en francés criollo.

matelas
Pila o paca de caña protegida del frío y conservada durante el invierno para la siembra; literalmente «colchón».

mère
Madre.

mina
Nombre genérico que recibían los esclavos (de distintas etnias) capturados en la región correspondiente a los actuales estados de Ghana, Togo y Benín; esa franja del Golfo de Guinea (*Costa de Oro* en castellano) era conocida como *Costa da Mina* en portugués.

mulâtresse
Mulata.

nègre
Persona de raza negra (del castellano *negro*).

ni
Alma o espíritu en lengua bambara.

octoroon
Blanco con una octava parte de sangre negra; ochavón.

ouaouaron

Rana toro en francés criollo.

pas
No.

père
Padre.

petit
Niño; literalmente «pequeño».

pigeonnière
Palomar.

plaisir
Placer.

privé
Privado.

quadroon
Persona con una cuarta parte de sangre negra; cuarterón.

quartier
Conjunto de edificios donde vivían los esclavos; literalmente «barrio».

rêve
Sueño.

sacatra
Persona con una octava parte de sangre blanca; saltatrás, tornatrás.

sagamite
Gachas de maíz.

sais pas
Forma abreviada de *je ne sais pas*, «no lo sé».

sang mêlé
Sangre mixta, sangre mezclada.

sauvage
Salvaje.

singalés
Persona procedente de la región conocida por los europeos como Senegal.

tafia
Aguardiente barato elaborado con caña de azúcar.

tignon
Pañuelo que, de acuerdo con una ley española de 1786, debía cubrir el pelo de todas las negras libres o esclavas.

toujours
Siempre.

tout
Todo.

visage
Rostro.

voiture
Coche o carro.

Susan Straight (Riverside, California, 1960) ha escrito las novelas *Aquaboogie* (1990), *I Been in Sorrow's Kitchen and Licked Out All the Pots* (1992), *Blacker Than a Thousand Midnights* (1994), *The Gettin' Place*(1996), *Highwire Moon* (2001), *Take One Candle Light a Room* (2010) y *Between Heaven and Here* (2012). Sus cuentos y ensayos han aparecido en publicaciones como *Harper's Magazine, Salon, Zoetrope, McSweeney's* o *The Best American Short Stories*. Entre los premios que ha recibido destaca el California Book Award. *Un millón de ruiseñores* es su primera obra traducida al castellano.

NOTAS

[1] *Corpse* en inglés. (*N. del T.*)